



eI SUAVE  
SECRETO  
de tu PIEL

AMOR Y SANGRE Vol. I



M.C. SARK

# **El suave secreto de tu piel**

**M. C. SARK**

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)



Esta novela es una obra de ciencia ficción.

Los nombres, personajes y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con hechos reales, lugares o personas vivas o muertas, es mera coincidencia.

# Capítulo 1

Las siete.

Si se daba prisa, aún podría realizar algunos recados antes de que cerrasen las tiendas, así que a toda velocidad recogió su mesa, se puso el abrigo y se colgó el bolso para salir de la oficina.

Sara había dejado su pueblo natal nueve meses antes.

La muerte de su abuela Sabela, el último pariente próximo que le quedaba, y la promesa que se había hecho a sí misma de salir de aquel pequeño lugar, la había llevado inexplicablemente hasta Santiago, aunque Pontevedra, donde desde siempre había estudiado, estaba mucho más próxima al lugar donde nació. No la detuvo, que en la capital enclavada en el margen izquierdo del río Lérez, tuviera conocidos y amigos de su época estudiantil. Un nostálgico tirón la había llevado hasta la ciudad de los peregrinos.

De niña, religiosamente cada mes, había visitado Santiago para ir a casa de Román, el hermano de Sabela, y sentía nostalgia por su recuerdo. El anciano había resultado ser un bálsamo donde calmar sus heridas y sin quererlo, añoraba los momentos que pasó en su compañía.

La casa del abuelo Román, era un vetusto caserón en la parte más antigua de la ciudad, situado cerca de la Plaza de Cervantes, zona de paso obligado de los penitentes que estaban cerca de terminar «El Camino».

Qué recuerdos... cada verano, hordas de transeúntes colapsaban esta parte de la villa. Las estrechas calles se llenaban sin remedio de peregrinos y turistas que se dirigían hacia la hermosa plaza del Obradoiro, para contemplar la fachada de la catedral.

Cuando Sabela murió, Sara hizo las maletas y salió corriendo del pueblo,

camino de la capital. Allí se instaló en una pensión, y estuvo viviendo con la escasa herencia de su abuela, hasta que encontró un trabajo en una pequeña agencia de seguros. Desde su llegada, habían pasado semanas en las que recorrió sin descanso las oficinas de empleo, revisando cada día los anuncios por palabras de los diarios, hasta que por fin le hicieron una entrevista y la contrataron.

Hoy el calendario marcaba el veinte de diciembre, y las aceras estaban repletas de gente. Las fechas cercanas a la festividad de Navidad eran las culpables de ello. Zigzagueando, caminó a toda velocidad esquivando a los transeúntes. No había mucho tiempo hasta el cierre de los comercios y aún tenía algunas cosas pendientes.

Al detenerse en un semáforo sintió la humedad en los huesos y levantando la vista pudo comprobar, a pesar de la oscuridad, que el cielo amenazaba lluvia.

Debía darse prisa y terminar cuanto antes.

Suspiró.

Primero sus padres, después el abuelo Román y ahora Sabela. Ese año no habría regalos para ningún familiar.

Estaba sola en Santiago.

En aquella ciudad, las gentes, aunque amables, no parecían demasiado comunicativas ni confiadas y no tenía a nadie cercano. A pesar de ello, había adquirido un par de detalles para Sofía y Carmen, las compañeras de oficina que le habían ayudado a encontrar un piso de alquiler cercano al trabajo, y que se habían portado de maravilla.

Quizá se comprase algo para ella. Sí, eso haría. Al menos sería bonito tener un regalo en Navidad propio. Algo que poner bajo el árbol.

Apartó aquellos pensamientos y se centró en su tarea. Estaba en la zona

nueva de la ciudad, y era una suerte que hoy hubiese tenido la idea de traerse el coche. Habría sido imposible cargar con todo de haber ido en el autobús. Esa misma mañana, a la hora del almuerzo, se había dedicado también a comprar y tenía el maletero lleno de objetos destinados a hacer más cálido su nuevo hogar. Una lámpara de lectura, unos cojines, un *plaid* para cubrir el viejo sofá..., pero aún tenía que hacer un par de recados más para poder volver a casa.

Lo primero en su lista era darse prisa en recoger del tinte el vestido que llevaría en la inminente comida de Navidad de la empresa, y lo segundo, que le diese tiempo a comprarse unos zapatos apropiados.

Con el ticket en la mano aguardó pacientemente la cola en la tintorería, sumida en sus pensamientos. No tardó mucho. En pocos minutos estaba de nuevo en la calle, cargando con la bolsa del traje y dispuesta a encontrar unos zapatos de tacón que conjuntasen bien con la prenda que llevaba colgada del brazo.

Después de salir con las manos vacías de dos zapaterías, entró en la tercera.

«¿Por qué nunca tendrán mi número en lo que me gusta? La media de la mujer europea podría dormir de pie, ¿qué culpa tengo de ser menuda y tener los pies pequeños?»

En aquella pequeña tienda, encontró unos *stiletto nude* que combinaban bien, eran su número y estilizaban sus piernas. No se lo pensó dos veces: adjudicados. Una bolsa más.

Y entonces, cuando estaba llegando a su coche camino de la Plaza de Galicia, con la intención de regresar a casa, vio por centésima vez aquel abrigo camel, que le guiñaba el ojo al pasar desde hacía más de una semana, por aquel escaparate.

Iba a empeñar su corta paga de Navidad, pero lo necesitaba, el viejo ya



estaba para jubilar. Solo iba a probárselo... solo.

La bolsa del abrigo era más grande que ella, pero tenía el coche cerca.

Con una sonrisa triunfal se acercó al pequeño vehículo. «¿Y ahora qué?»

Haciendo malabarismos con las bolsas, abrió el bolso. —¿Dónde están las malditas llaves?

Desde el parque de la Alameda podía ver la fachada del Obradoiro iluminada, como en una hermosa postal.

Markus llevaba un par de horas vagabundeando sin rumbo por la ciudad, y al final sus pasos le llevaron hasta las estrechas calles cercanas a la catedral. A esas horas, en pleno mes de diciembre, las tiendas aún no habían cerrado. A pesar del ambiente invernal, había bullicio en las aceras, llenas de viandantes y turistas que circulaban en ambos sentidos.

Ya cerca de la hermosa plaza, escuchó al improvisado gaitero que, como siempre, se apostaba en el callejón que desembocaba a la fachada lateral de la gran iglesia. El reducido espacio hacía sonar el instrumento de forma espectral, multiplicando por diez su limpio sonido.

Esto le hizo sonreír.

Hay cosas que a pesar de los años nunca cambian y ese gaitero, ese sonido, le traía recuerdos de épocas pasadas. Santiago era una ciudad preciosa en invierno, tan fría, tan gris y tan tremendamente acogedora a la vez.

Esa noche caminaba mezclándose entre la gente, pues no estaba resuelto a ocultarse. Si así lo quisiera, podría arrojarse entre las sombras y desaparecer a la vista de todos, pero hoy, su andar cadencioso y su porte elástico y

elegante, captaba la atención de las mujeres y causaba la envidia de muchos hombres.

De rostro armonioso y delicado presentaba rasgos un tanto andróginos: ojos grandes, con largas pestañas, nariz recta, pómulos marcados, boca sensual y finos labios. La brillante y negra melena caía hasta sus hombros de forma desordenada, y hacía resaltar aún más su nívea piel de alabastro. Sus ojos, de un irreal color verde, eran ahora dulces y tranquilos, pero su mirada era intensa... de las que hacía retroceder o desviar la propia, pues era imposible mantenerla durante mucho tiempo.

Su rostro permanecía inalterable aunque hacía mucho que cada año cumplía veintitrés, pero su actitud era la de alguien con experiencia, que mira la vida cara a cara, con arrogancia.

De camino a casa, hacia la parte moderna de la ciudad, continuaba callejeando entre la multitud, cuando algo que vio le hizo pararse en seco. Frente a él, a unos diez metros, una joven mujer estaba rebuscando en su bolso las llaves del vehículo que tenía delante.

Era perfecta, precisamente lo que había estado buscando.

Era como Helena.

Se acercó un poco más y, entornando los ojos, pudo captar su aroma, eso le dejó embriagado. Paralizado. Rosa, jazmín, orquídea, fresa... Una explosión floral inundó sus fosas nasales.

—¿Dónde están las malditas llaves? —la escuchó decir en un murmullo, mientras sujetaba el bolso con una mano y con la otra revolvía en su interior.

Colgadas en el brazo llevaba algunas bolsas de compras navideñas y la maniobra de búsqueda se le hacía difícil. Cuando por fin las halló, tiro de ellas, pero debieron engancharse con algo y salieron volando.

Ella se agachó rápidamente a recogerlas, pero Markus, aunque estaba bastante más lejos, llegó primero por unas milésimas de segundo.

Si alguien le hubiera mirado en ese momento, se habría dado cuenta de que sus movimientos no fueron humanos. La velocidad con la que se había lanzado hacía el objeto no había sido normal.

Ambos quedaron durante unos segundos en cuclillas, con los rostros separados apenas unos centímetros y la mujer parpadeó un par de veces, como si no diera crédito ante el hombre que estaba agachado frente a ella. Markus no dijo nada, solo la observó, pero se sintió cautivado por su cálido aliento.

Sus delicadas facciones se dibujaron bajo la luz de la luna. Los labios le temblaban, y sus ojos brillaron de forma inusual sobre un iris azul oscuro, cuando ella alzó la vista para mirarle. De forma atropellada se levantó y su estilizado cuerpo se perfiló contra la luz de una farola. No era demasiado alta y, a pesar del apuro, su porte era esbelto y majestuoso.

Él constató el asombro en su mirada, mientras ella balbuceaba unas débiles gracias, cuando depositó las llaves en su mano.

De nuevo volvió a agradecerle el gesto y, cuando se dio la vuelta en dirección al coche, Markus no pudo más que admirarla.

La atractiva figura, de forma precipitada y nerviosa, consiguió atinar en la cerradura, abrió la puerta, metió las bolsas atrás, y se deslizó en el asiento del conductor. Puso el motor en marcha y a trompicones, pues debían temblarle las piernas, consiguió sacarlo del aparcamiento y circular calle abajo.

«¿De dónde ha salido ese tío? ¡Me asustó! No me di cuenta de tenía a alguien tan cerca. Por un momento creí que iban a robarme».

Con un suspiro que murió en sus labios, pensó: «Uff. Al menos, hubiera sido un ladrón atractivo. Muy atractivo».

Markus quedó plantado en la acera extrañado por lo que acababa de ocurrir. Generalmente, con solo una mirada doblegaba a sus víctimas hasta

hacerlas dóciles como corderillos, pero ella había tenido arrestos para huir. Se había sorprendido, sí, pero nada más. ¿Qué estaba pasando?

Sin pensárselo dos veces, caminó a toda velocidad para seguir al vehículo. Aquel pequeño utilitario rojo era ahora su presa. La muchacha era perfecta y no la iba a dejar escapar, tenía que seguir su rastro.

La excitación del inesperado encuentro, hizo que sus ojos se tornasen oscuros y notó cómo, bajo los labios, sus colmillos crecían desmesuradamente. Tuvo que parar un momento y concentrarse, para controlar el cambio antes de que nadie se apercibiera de la transformación, pero no se demoró mucho, la prioridad era no perderla.

Unos minutos más tarde, Sara buscaba aparcamiento en las cercanías de su casa.

Tras la maniobra entre dos vehículos, como una hormiguita trabajadora sacó todos los paquetes del maletero y los llevó hasta el portal. Los subió hasta su casa, en el primer piso y de nuevo bajó para recoger lo que había dejado en el asiento trasero de su pequeño Volkswagen. La muchacha iba y venía cargada con bolsas y cajas, ajena al desconocido que desde la acera de enfrente, entre las sombras de los edificios de la calle, estudiaba sus movimientos. Una vez vaciado el coche, comprobó que había cerrado bien las puertas y regresó a su hogar.

Desde su escondite, Markus había estado observando el edificio. En el primero de los viajes que hizo la muchacha, segundos más tarde de que se cerrase la puerta de la calle vio encenderse una luz en la primera planta.

Bingo. Ya sabía cuál era su piso.

Una vez revisado el coche y recogido los últimos paquetes, la vio aparecer en una de las ventanas, cerrando mejor la cortina para proteger la intimidad de

su hogar.

Miró a ambos lados de la calle.

Nadie.

Subir a esa primera planta no representaba ningún reto para él. Tan solo era un pequeño salto y estaría arriba, en la cornisa.

Con agilidad felina saltó para sujetarse a una moldura y sin hacer ningún ruido, cayó de pie sobre el saliente bajo las ventanas de la primera planta. Allí se mantuvo quieto unos segundos, mientras verificaba que no había nadie en aquella habitación. Cuando se convenció de que no le verían entrar, concentró su mente en mover la manivela de la ventana para abrirla y acceder al interior. Entró, como un vulgar ladrón, y tras cerrar la hoja de cristal suavemente, se mantuvo oculto tras las cortinas en el más absoluto silencio. Desde su nuevo escondite, ajustando su vista al cierre central de los cortinajes, pudo ver a la joven guardando los paquetes en un armario.

La muchacha, ajena a su presencia, iba y venía desde la entrada, atareada en ordenar todo lo que había bajado del vehículo. Cuando lo tuvo todo en su sitio, se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero que había en la pared detrás de la puerta para a continuación dirigirse al dormitorio y bajarse de sus tacones.

Markus aprovechó ese interludio para colarse en otra de las habitaciones y esperar el momento apropiado para hacer su aparición. A través de la puerta entreabierta, la vio entrar al baño y salir, ir a la cocina para prepararse un vaso de leche, encender la tele y sentarse por fin en el sofá. Un rato más tarde, después de cambiar de canal varias veces sin decidirse por nada en particular, emitió un ligero bostezo y debió pensar que ya era hora de dormir, pues se levantó y se dirigió al dormitorio. Después de unos minutos, escuchó el ruido

de un cuerpo que se sentaba sobre un viejo colchón de muelles y un revoloteo de mantas.

La muchacha estaba acostada.

Markus salió de su escondrijo cuando escuchó que su respiración se acompañaba, señal de que ya le había vencido el sueño y se encontraba profundamente dormida.

Antes de dirigirse junto a ella, su natural comportamiento curioso, le hizo vagabundear unos minutos por la casa, observando su contenido.

Seguramente era un piso de alquiler, pues los muebles parecían viejos y desgastados, aunque se notaban pequeños detalles añadidos a la austera decoración, intentando hacerla más confortable: unos mullidos cojines en el sofá, unas velas sobre el alfeizar de la ventana, unas flores sobre la mesa, libros muchos libros, algunos todavía en cajas sobre el suelo.

Llevaba poco viviendo allí.

Sus pasos le llevaron a la habitación donde ella dormía. Empujó la puerta y se apoyó en el marco, cruzó los brazos y se quedó inmóvil, observándola dormir.

En verdad era una criatura hermosa. Su cara estaba relajada, puesta de lado sobre la almohada, con su largo cabello castaño recogido en una coleta despeinada.

Su cuello. Su esbelto cuello.

Markus se quedó mirando durante largo rato su garganta, centrando su atención en el pulso, hipnotizado, admirando su cadencia, fantaseando sobre lo suave que se sentiría la piel bajo sus labios, imaginando como sería el sabor de su sangre. Realmente se parecía a Helena.

## Capítulo 2

A las tres de la mañana, Sara despertó jadeando, confusa y asustada.

Encendió la lámpara de la mesilla de noche y cuando acostumbró sus ojos a la tenue luz, empezó a sentirse mejor.

Fuera, en la calle, había comenzado a llover y las pequeñas gotas de lluvia resbalaban suavemente por los cristales de su ventana.

Estaba sola. En su casa, en su habitación, en su cama. O al menos, eso creía ella, pues desde un rincón en la penumbra del cuarto, Markus permanecía atento a sus movimientos.

Sara se incorporó, sentándose en la cama, y pensó en la extraña pesadilla que había tenido. Mientras respiraba profundamente para calmar su ansiedad, se esforzó en recordarla, ordenando las imágenes que bailaban inconexas en su mente: La más absoluta oscuridad, el arrullo de una nana, el miedo que aún le atenazaba el estómago, una extraña y real persecución... Eran fotogramas mezclados, como si se tratase de un sueño dentro de otro.

Se levantó y se acercó a la ventana, dejando su mirada perdida a través del cristal, y poco a poco, cuando sus pensamientos comenzaron a aclararse, empezó a recordar el mal sueño que la había atormentado.

«Cabalgaba a lomos de un caballo, un poderoso percherón negro de largas crines, e iba vestida con un ostentoso traje de terciopelo azul lleno de lazos, cuyo cuerpo encorsetado le impedía respirar con facilidad y las largas y pesadas faldas le aplastaban las piernas contra el robusto cuerpo del animal.

Iban galopando a toda velocidad, pero a pesar de los esfuerzos del corcel, apenas avanzaban, pues por mucho que hostigase a su montura, la distancia hasta los árboles próximos no parecía disminuir. Era como estar atrapada en un bucle de tiempo.

Pero además de aquel extraño fenómeno, había algo más.

Frente a ella, el ambiente era apacible. Los rayos del sol bañaban el prado y las copas de los árboles, mientras que una suave brisa mecía sus cabellos.

Una extraña sensación le atenazó el estómago, ahogando la paz que sentía, y le hizo girarse sobre su montura para mirar tras de sí. Al hacerlo, pudo comprobar con horror, que a sus espaldas se cernía la noche más oscura, y a través de la intensa bruma que comenzó a rodearla, escuchó con claridad el ruido de cascos de otro caballo que avanzaba en su dirección.

Mitad día, mitad noche. Mitad sosiego, mitad angustia.

Como hipnotizada, siguió mirando aquella escena, dejando que el percherón eligiera su camino entre los árboles. Esperando, con la piel erizada, ver aparecer a corcel y jinete, pues el golpeteo de las herraduras se oía cada vez más y más fuerte.

De repente, lo vio. Y a pesar de la casi ausencia de luz, pudo distinguir claramente el rostro del joven que aquella tarde había recogido sus llaves en la calle. Su tez era tan pálida y la noche tan negra, que su rostro brillaba como un faro en la oscuridad.

La distancia entre ambos cada vez era menor y empezó a distinguir su cara con claridad. Sus ojos eran dos bolas negras de azabache, aunque ella los recordaba verdes como el mar, y... sus labios entreabiertos dejaban ver afilados colmillos de animal...»

Aún frente a la ventana, dejó salir de golpe todo el aire, empañando con su aliento el cristal. Con el corazón en un puño por los recuerdos del sueño, se obligó a respirar despacio.

«Menuda pesadilla», pensó. Pero había sentido algo más... aquella nana, aquella dulce y tierna nana...

Fue hasta la cocina con los sentidos aún un tanto abotargados y bebió un buen trago de agua.

«Debería tranquilizarme y dormir».

Se quedó allí de pie con la mirada perdida un buen rato y cuando sintió que estaba más tranquila, fue hasta su dormitorio para acostarse de nuevo. Una vez en la cama, contra todo pronóstico, tardó muy poco en dormirse, apenas había



cerrado los ojos cuando una suavidad la envolvió y le hizo caer rendida.

Entre las sombras, Markus la observaba detenidamente.

En la intimidad de aquel cuarto podía haberla matado, violado, mordido, podía haberse alimentado con su sangre hasta el amanecer, pero inexplicablemente, su fragilidad le había hecho sentirse protector, y sentado junto a su cama pasó gran parte de la noche, velando su sueño.

Aquello no dejaba de resultarle curioso. El deseo por la sangre le había llevado hasta allí. Realmente ese había sido su primer impulso. Sin embargo, se había sentado junto a ella y la había observado dormir, admirando su belleza.

Tras un par de horas, en las que mató el tiempo aprendiendo de memoria sus rasgos, decidió ir más allá e intentó tener una conexión mental que le contase algo más de aquella desconocida, que plácidamente dormía a su lado.

La muchacha estaba soñando.

En sus sueños iba a lomos de un corcel negro y se la veía hermosa, vestida con aquellos suntuosos ropajes, pero mientras cabalgaba el día se transformó en noche y comenzó a sentir miedo.

Markus cesó inmediatamente el vínculo que había creado, no podía creer lo que había visto en la mente de aquella mujer.

Él estaba allí. En sus sueños. Transformado por la sed de sangre y persiguiéndola a lomos de otro corcel. ¿Cómo era eso posible?

Ella comenzó a moverse intranquila, y para calmarla, le había susurrado una nana, arropándola con mimo y acariciando con las yemas de sus dedos el suave óvalo de su cara.

En el momento en que sintió cómo su consciencia emergía y despertaba entre jadeos, tuvo que esconderse con rapidez para no delatar su presencia, y desde aquel oscuro rincón, la había visto levantarse y mirar por la ventana con

el rostro un tanto desencajado por el miedo.

Cuando regresó de la cocina, él había sentido la necesidad de ayudarla a dormir, con un pequeño empujón mental, y ahora volvía a sonreír plácidamente tendida en su lecho.

Salió de entre las sombras y se acercó de nuevo a ella. Le intrigaban las partes del sueño que habían compartido... Mientras la observaba dormir había estado rememorando aquella fatídica noche en la que perdió la última pizca de humanidad. Aquella noche en que a caballo persiguió a Helena... su Helena.

De repente se sintió extraño, fuera de lugar.

Suspiró. Y tremendamente aturdido, se marchó. No debía volver a verla. Seguirle había sido un gran error.

Qué extraña coincidencia. ¿Qué tenían en común ambas mujeres? Habían pasado doscientos sesenta años de aquello...

Por primera vez en muchos años no seleccionó a su víctima. El amanecer estaba próximo y no había tiempo...

## Capítulo 3

Enero de mil setecientos cincuenta, ciudad suiza de Lausanne.

Markus odiaba aquellas fiestas en casa de la baronesa, aquel grupo de aristócratas engreídos le importaba muy poco, pero se sentía obligado a asistir, ya que debía a su benefactora una inmensa gratitud, pues la acaudalada viuda cubría sus gastos y le pagaba las facturas y el alojamiento.

Él era un simple poeta.

Un joven sensible apasionado por las letras y la música, y eso, lamentablemente, no daba de comer. Lo que le había llevado a convertirse en bufón y amante de su mecenas.

Se había vendido por llevar una vida relativamente cómoda.

Debía distraerles.

Así se lo pedía la nota que tenía entre sus dedos, la que acababa de traerle uno de los lacayos de la adinerada mujer. Aquellas escuetas instrucciones le pedían subiese al coche que le aguardaba en la puerta para dirigirse al encuentro de su protectora. Se apresuró en vestirse con sus mejores galas y se dispuso a salir.

Cuando abrió la puerta de su domicilio, el frío le abofeteó el rostro. La nieve cubría las calles y las copas de los árboles, y aunque se subió el cuello de su abrigo, la gélida sensación no disminuyó.

El coche de la baronesa esperaba pacientemente en su puerta y tras saludar al cochero subió y se acurrucó en su interior.

Al llegar, se quedó durante unos segundos admirando la belleza de aquella casa a la luz de la luna. María, la Baronesa de Confranc, además de joven y viuda, era extremadamente rica, y la mansión era imponente.

Suspiró y llamó a la puerta. El mayordomo, le abrió con presteza.

—Le están esperando señor. Con impaciencia.

—He venido tan rápido como me ha sido posible. Recibí la invitación apenas hace una hora.

Mientras el hombre le ayudaba a retirar su viejo abrigo continuó hablando: —La baronesa ha insistido que a su llegada le hiciera pasar enseguida al salón. Ella y sus amigos le aguardan. Sígame señor.

El viejo mayordomo abrió la doble puerta y le anunció.

Y tan pronto como Markus estuvo en el interior del gran salón, el sonido de las hojas de madera al cerrarse a su espalda, fue el anuncio de un punto de no retorno al mundo que hasta ahora el poeta conocía.

Unas veinte personas se sentaban en torno a una extraordinaria mesa de caoba pulida, y tan absortos estaban, que apenas se dieron cuenta de su presencia.

Era una fiesta silenciosa, pues los invitados de la baronesa allí presentes, alzaban sus copas doradas, brindando y bebiendo, pero hablaban en susurros que apenas eran audibles. Parecían borrachos o quizá drogados, tenían los ojos fuera de las orbitas y sus gestos eran un tanto exagerados.

Miró a su derecha y no pudo dar crédito a lo que vio.

Habían retirado la pesada alfombra y sobre el frío y duro suelo yacía una muchacha con la ropa desgarrada, casi desnuda, con el cuello y los hombros cubiertos de sangre.

Agazapado junto a ella, uno de los aristócratas le sujetaba la mano izquierda, y a la altura de la muñeca había colocado una de las grandes copas. La mujer tenía un corte profundo y la sangre se deslizaba temblorosa, cayendo intermitente en el cáliz de oro.

El rostro de la muchacha se veía agonizante, con los músculos tensos y el rostro cubierto de sudor. Su pecho subía y bajaba aún, pero ya con un ritmo muy lento.

Todavía estaba viva, pero estaban desangrándola...

Su mirada volvió a la mesa y se quedó congelado al ver las grandes copas sobre la pulida madera.

«Las copas.... ¡Lo que beben es sangre! La sangre de esa joven».

Su corazón quedó paralizado, su boca se movió, pero no pudo articular palabra, y aunque al parecer ya llevaban tiempo hablándole, solo después de un rato pudo escuchar la voz de María, su mecenas, que estaba de pie ante él.

—¡Querido Markus...! ¿Me oyes? Hoy es un gran día para ti y también para mí.

El gran comedor había quedado en silencio y ahora todas las miradas apuntaban en su dirección.

—¿Me oyes, Markus? Quiero presentarte... Estos son mis amigos, mi familia. Ellos son, bueno somos, miembros de un clan muy antiguo. Amor mío. No puedes imaginar lo dichosa que me siento. Llevo tanto tiempo insistiendo... Y hoy, por fin, nuestro Padre ha aceptado a convertirte para mí. Vas a formar parte de esta gran familia. ¿No estás contento?

«¿Padre?» pensó el poeta. «¿Qué demonios significa esto? ¿Convertirme? ¿En qué?».

Pronto sus preguntas hallarían respuesta.

Tras el shock inicial, Markus consiguió que sus ojos enfocaran en dirección al grupo de invitados. La figura que estaba sentada en la presidencia se había levantado, y el resto le imitó en señal de respeto.

El poeta no reparó en él hasta que comenzó a rodear la mesa y se dirigió hacia ellos, pues sus pasos eran tan silenciosos y suaves que parecía que flotase a unos centímetros del suelo, en vez de caminar.

El hombre en cuestión era un simple muchacho de rostro dulce y aniñado, que no aparentaba más de dieciséis o diecisiete años. Apuesto, de aspecto un tanto frágil y modales refinados.

Al acercarse, pudo ver en su rostro una sonrisa seductora, y cuando habló, su aterciopelada voz, sonó tremendamente suave y tranquila.

—María, mi hermana, me ha suplicado que te diera la bienvenida a este nuestro clan. Y aquí estoy.

En ese instante, el instinto de conservación de Markus le hizo reaccionar y anticipándose a algo que no comprendía, pero que le aterraba hasta lo más profundo, intentó girarse para salir corriendo.

Solo lo intentó.

La mano de María le sujetó el brazo con tanta fuerza, que parecía que le fuese a partir los huesos, con la facilidad de quien rompe una barra de tiza.

Markus, sorprendido, la observó detenidamente, descubriendo en su rostro una actitud risueña y apacible. Nada que ver con la fuerza que ejercían sobre su piel aquellos delicados dedos.

El muchacho se quedó parado ante él, a muy poca distancia y, cuando conectaron sus miradas, el horror que sentía se serenó de forma inexplicable. Su cuerpo se congeló y le pareció pesado como una losa.

Con una hermosa sonrisa en los labios, el joven hizo un gesto con la mano, como el de quien ahuyenta un insecto, y despidió a María, que inclinándose levemente la cabeza, se separó unos pasos.

Markus no podía moverse. De forma extraña, se mantenía en pie por una fuerza desconocida, que le retenía y sujetaba. Intentó gritar, pero le resultó imposible articular palabra. Su misteriosa parálisis había llegado a sus cuerdas vocales y las había dejado mudas.

En ningún momento el muchacho desvió la mirada. Sin decir nada, se llevó la mano al pecho y estiró del medallón que allí llevaba, desgándolo en dos mitades. La parte superior quedó colgada del cordón del cuello y la inferior, que tenía una afilada cuchilla, giró entre sus dedos.

Lentamente, como pidiendo permiso, cogió la mano de Markus y le dio la

vuelta a su brazo dejando al descubierto su muñeca. Con rapidez deslizó en sus venas la mitad del medallón.

Brotó la roja sangre y en la sala se escuchó un murmullo de satisfacción. Rápidamente, para no desperdiciar ni una sola gota, el joven se la llevó a la boca y comenzó a succionar.

Aquellos labios le quemaron al tocar su piel, pero estaba paralizado, y no tenía capacidad siquiera para intentar retirar la mano. Poco a poco, su energía se fue debilitando, los párpados empezaron a pesarle, todo comenzó a darle vueltas, y sin darse apenas cuenta, se encontró de rodillas en el suelo.

Cerró los ojos y esperó la muerte, deseando que fuera rápida, esperando encontrar paz.

Se ahogaba. Y aunque abrió los labios para atrapar más aire, no fue eso lo que le alivió. Notó como unas gotas de líquido penetraban en su garganta, mientras una mano fuerte le sujetaba la nuca, obligándole a mantener una posición de la cabeza que le permitiera tragar. Al abrir sus párpados vio como aquel niño le estaba dando a beber su propia sangre, pues se había cortado las venas a la altura de su muñeca, y ahora la tenía justo sobre sus labios.

Qué piel tan suave. Qué sensación tan placentera.

Con renovadas fuerzas, deseó más..., pero a medida que aquel líquido comenzó a esparcirse por su cuerpo, sintió como se quemaba por dentro. La sangre ajena iba abrasando a su paso todos los órganos vitales, hasta que al fin, llegó al corazón y experimentó un agudo dolor. Sintió ahogo... su pecho había dejado de latir, sus pulmones ya no necesitaban aire.

Su cuerpo yacía inerte en el suelo.

Estaba muerto, y sin embargo seguía oyendo las voces a su alrededor. Estaba muerto, pero sus ojos continuaban viendo lo que ocurría en la habitación.

Junto a él, aún de rodillas, el joven llamado por María «Padre», le acarició

la mejilla con el dorso de su mano mientras le sonreía con dulzura.

—Intenta calmarte —le susurró—, pronto pasará. Eres bienvenido.

Llevalo a una habitación donde esté tranquilo —ordenó levantando su rostro y mirando a los demás—, pasarán unas horas hasta que la transformación se haya completado, y las luces y ruidos son muy molestos al principio.

Volviéndose hacia la baronesa añadió: —Ya tienes un nuevo juguete, hermana mía, espero que este joven te dure más que el anterior.

Horas más tarde Markus despertó en el lecho de María.

La molesta luz del sol se filtraba por las rendijas de aquellos pesados cortinajes que protegían la cama del frío, y se sintió encerrado allí.

Estaba tan cansado.

Era extraño... muy extraño... Los colores eran más brillantes, los sonidos más nítidos, los olores más intensos. Notó frío en el cuerpo, miró sus manos y las vio pálidas, intentó incorporarse pero se sentía débil. ¿Qué le habían hecho?

A su mente llegó una sola palabra: VAMPIROS.



## Capítulo 4

En su casa, después de haber dejado dormida a la mujer, y con sus sentidos más relajados tras la alimentación, se sentó en un rincón oscuro de su dormitorio, mientras veía a través de la puerta entreabierta filtrarse los primeros y tímidos rayos de sol de la mañana, que impunemente atravesaban uno de los grandes ventanales del salón.

El impacto al ver a la muchacha había sido tremendo y, sin desearlo, su mente hizo marcha atrás algo más de doscientos cincuenta años para recordar sus primeros días tras la conversión.

«Se sentía monstruoso. La transformación le había hecho fuerte, rápido, ágil... inmortal, pero él no había pedido todo aquello. Lo habían manipulado y convertido en un engendro al servicio de María, su “querida” baronesa.

¿Cómo podía haberle engañado, para que no se diera cuenta de su verdadera naturaleza? ¿Tan ciego había estado por las comodidades que ella le ofrecía?

En algún momento de su corta vida humana se sintió agradecido y en deuda con ella, pero después de aquello... la odiaba.

En un principio se negó a alimentarse de humanos.

Le parecía repugnante. Y para no debilitarse, bebía sangre de animal mezclada con vino, que enmascaraba su olor y sabor. Pensaba que, una vez lo probase, nada le detendría y se sentiría forzado a tomar más y más.

Sentado en la penumbra de su cuarto, rememoró aquellas fiestas a las que eran invitados por la condición social de la baronesa, y en las que, al mismo tiempo, eran claramente evitados por la mayoría de los asistentes.

«Sus rostros, tremendamente pálidos, su belleza sobrenatural, su frío aliento... todo aquello alejaba de sí cualquier trato normal con otro ser humano, y “eso” le hacía sufrir sobremanera.

Él, que siempre gustó de rodearse de amigos frente al fuego, acompañado de un buen vaso de vino... Cómo añoraba aquellas veladas en la taberna, donde reía y cantaba sus poemas.

Tras aquel fatídico día hombres y mujeres le evitaban, su vida había quedado atrás. Se había convertido en una marioneta de la maldita baronesa.

Y un día ocurrió lo inevitable.

Estaban en la mansión del marqués de Tournon, en otra de esas fiestas aburridas, llenas de aristócratas de caros trajes y blancas pelucas, y entre la gente la vio.

Helena, la joven hija del marqués, “la chica del coche rojo.”

No pudo dejar de mirarla en toda la noche, aunque fue muy consciente de que se turbaba y se encontraba tremendamente incomoda en su presencia. Cada vez que él se aproximaba, la muchacha se escabullía rápidamente. Aun así, consiguió acercarse lo suficiente para sentir el delicioso perfume de su piel y percibir la suavidad de sus cabellos.

Era tan dulce, tan hermosa.

La muchacha le evitaba, como todos, y procuraba estar siempre acompañada aunque fuese perdida en una insulsa conversación con alguna anciana dama, o con algún aspirante a pretendiente.

Al final de la noche, quizá agobiada por el cargante ambiente de aquella sala, hizo un intento de evasión y salió al jardín, dirigiéndose a paso rápido hasta las caballerizas.

Él se escabulló de la compañía de la baronesa y de algunos allegados a ella, vampiros también, que habían asistido a la fiesta y sigilosamente siguió sus pasos. No pretendía atacarla, solo estar más cerca y sentirla, algo que la muchacha le había negado toda la noche.

Una vez en el cobertizo donde estaban los caballos, ella se acercó a un enorme percherón negro, animal que su padre le había regalado por su décimo

sexto cumpleaños, y le susurró algo al oído mientras le acariciaba con cariño.

Debió percibir su presencia, pues de pronto se giró, con expresión aterrorizada en su rostro.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con voz trémula—. Salid de vuestro escondite ¿Quién sois?

Markus no dijo nada, solo salió de entre las sombras a donde ella pudiera verle, pero cuando vio el miedo en su rostro, intentó calmarla con una sonrisa y algunas palabras.

—¡Hola! —saludó cuando estuvo bajo la luz de la luna que entraba por una de las ventanas—. Una bella dama como vos no debería andar sola a estas horas. Sobre todo en un lugar como este, tan apartado.

Tan pronto cerró la boca y vio el pánico en el rostro de la muchacha, se dio cuenta del error que había cometido.

—¡Esperad! No quise decir... no quiero que penséis que... Yo no...

Sin dudar, Helena se subió a un taburete que estaba junto al percherón y como pudo, agarrándose a las crines, montó sobre el caballo. El animal estaba sin ensillar y eso hizo difícil la maniobra, pero era dócil y se quedó inmóvil para que ella pudiera colocarse sobre su lomo.

Markus se quedó quieto. No quería asustarla más, aunque la muchacha ya estaba fuera de sí. La niña espoleó al caballo como pudo y salió del cobertizo pasándole por delante.

Él no lo pensó dos veces, se subió a lomos de otra montura y corrió tras ella. Tenía que atraparla.

La noche era oscura, cerrada. Con dificultad se vislumbraba la luna escondida tras las nubes. Helena a duras penas podía mantenerse sobre el lomo del animal, y al poco de adentrarse al bosque, perdió el equilibrio y cayó estrepitosamente sobre la maleza, mientras que el percherón seguía el camino de tierra y se perdía entre los árboles.

Markus detuvo su caballo junto a ella, se deslizó con agilidad hasta el suelo y comenzó a tocarle brazos y piernas, buscando algún hueso roto, al tiempo que le preguntaba con voz queda por su estado.

Cuando por fin sus rostros se encontraron, se detuvo. Se miraron durante unos segundos que parecieron eternos y entonces... ocurrió. Sin ser consciente de ello, sus ojos, verdes hasta aquel momento, se convirtieron en dos orbes negros, sus manos se quedaron agarrotadas, convirtiéndose en fuertes garras, y sus desarrollados incisivos se alargaron hasta sobresalir exageradamente de su boca.

Se abalanzó sobre ella, clavó sus colmillos en su hermoso cuello y bebió... como si le fuera la vida en ello. Notó cómo su energía se desvanecía, sintió cómo se apagaba poco a poco..., pero no podía parar, necesitaba hasta la última gota.

Si hubiera podido controlarse ella no hubiera muerto, pero falleció allí, en aquel frío bosque, entre aquellos fríos brazos.

El espeso líquido le quemó al caer en el estómago, pero en pocos segundos, esa sensación se transformó en un placer indescriptible. Sabía a flores, al sol de la mañana, a las gotas del rocío, a la cálida luz de la luna... Se sentía fuerte, eufórico, excitado y feliz.

Aquello le había devuelto la vida.

Pero conforme iba remitiendo el éxtasis, empezó a darse cuenta de lo que había hecho. Al bajar la mirada, vio aquel hermoso rostro salpicado con gotas de sangre que caían de su propia boca y algo más abajo, su garganta brutalmente desgarrada mostraba la herida que le causó la muerte.

La imagen era grotesca. Los azules ojos que aún estaban abiertos le miraban sorprendidos. El vampiro dejó caer el peso del cuerpo en uno solo de sus brazos y con la mano libre le cerró los párpados.

Fue entonces cuando notó el acre sabor de la muerte en sus labios. Miró

hacía el cielo y gritó lo más fuerte que pudo, aunque eso no hizo que se sintiera mejor.

Con el cuerpo todavía entre sus brazos, comenzó a sentir náuseas, pero no por encontrarse débil, sino porque era consciente de que se había convertido del todo en una bestia. Ella era lo más hermoso que había visto en la vida y había sido capaz de dejar su cuerpo vacío, yermo.

Lloró. Como casi ningún vampiro puede, pero el dolor era tan profundo, que hizo que brotasen lágrimas de sangre en sus ojos.

¿Qué había hecho?

Con el cuerpo de la niña aún entre sus brazos, intentó en vano encontrarle el pulso, en un intento desesperado de arreglar el acto atroz que había cometido. Si no estaba muerta, podría transformarla. Lo haría incluso sin permiso de su Sire, pero... ¿estaba dispuesto a hacer de ella un monstruo?

No.

No podría hacerlo. Tendría que cargar para siempre con aquello.

Dejó el cuerpo en el suelo y se levantó tambaleante. Podía más la agitación por el acto cometido, que la plenitud que había hallado al beber de ella. Le costaba razonar y aunque no lo necesitaba, inspiró y exhaló intentando calmarse. «Markus, has de pensar cómo salir de esta, cuando el caballo regrese a la cuadra sin jinete, comenzarán a buscarla».

Subió a su montura y la dejó allí, sobre la maleza, en el frío suelo. Debía volver apresuradamente a la fiesta. Esperaba que no le hubieran echado en falta.

Helena...

Con los años había aprendido que no era necesario matar, que con cierta cantidad de sangre bastaba, pero en aquel momento salió toda el ansia que había reprimido, y fue tan fuerte, que pudo con él y le marcó para siempre.

Sentado en aquel comfortable sillón de su cuarto, recordó cómo transcurrieron los días sucesivos, la soledad que sintió, las ganas de dejar de existir. Los años de autodestrucción posteriores, en los que mató todo lo humano que se le puso por delante. Y ahora, la chica del coche rojo, le había traído de vuelta los demonios de su pasado. Las dos jóvenes eran idénticas, el mismo olor en su piel, la suavidad de sus cabellos, la candidez de su mirada. Se sentía más cercano a ella que a ningún otro humano.

¿Quién era esa mujer? ¿Acaso era una segunda oportunidad? ¿Por qué estaba en sus sueños?

Se sentía confuso, cansado... los rayos de sol entraban con más fuerza, ya era media mañana, así que con cuidado se deslizó hasta un mueble del salón y, desde allí, con un mando a distancia, bajo totalmente la persiana, regresó a su cuarto y se tumbó en la cama. Tenía que descansar y pensar... necesitaba alejarse, quizá le vendría bien un largo viaje.

Apartarse, olvidar. ¿Podría alguna vez olvidar?

## Capítulo 5

—¿Helena?

—Perdone, pero se ha confundido, no me llamo Helena.

Notó el titubeo en sus palabras, estaba tensa, asustada. No en vano él era un desconocido que la abordaba en plena calle. Markus sonrió, con gran cuidado de no mostrar sus incisivos, intentando con ello deshacer la capa de hielo que imperceptiblemente se había creado a su alrededor.

Era primavera, habían pasado cinco meses desde su primer encuentro y no era probable que ella le recordase.

—Pues... te pareces mucho a alguien que conocí —carraspeó—, conozco y se llama Helena. Perdona si te he asaltado así. Mi nombre es Markus, Mark —dijo agitando su mano a modo de reverencia.

Volvió a sonreír y se dio cuenta de que ella bajaba un tanto sus defensas.

—Te vi ahí parada y pensé... es ella, mi Helena.

Ella lo miró, ladeó la cabeza y frunció el ceño, intentando recordar dónde le había visto.

«Esa cara...»

De repente, como si los elementos se aliasen con el vampiro, empezó a llover inesperadamente. Grandes gotas bañaban la calle y la gente comenzó a correr para guarecerse de la lluvia.

—¿Qué te parece si te invito a un café? Solo hasta que pase la tormenta. Crucemos, ahí mismo podemos entrar. ¡Vamos! ¡Muévete! Te vas a empapar.

Mecánicamente ella le siguió.

En la puerta de la cafetería, él esperó, la miró y sonrió cediéndole el paso. Mordiéndose el labio inferior ella entró, intentando pasar lo más lejos posible de Markus. Se sentaron junto a la ventana y antes de que se diera cuenta ya tenían dos apetecibles y humeantes cafés sobre la mesa.

—No recuerdo haber oído tu nombre.

—Es que no lo dije.

—¿Y es?... ¿es?

Ella titubeo... pero al final no pudo evitar que su cálida sonrisa la desarmase totalmente.

—Sara.

«Precioso» pensó Markus. «Igual que tus ojos».

El vampiro desplegó con habilidad todos sus encantos. Sin apenas esforzarse fue capaz de apaciguar la situación y calmar su ánimo, eliminando toda tensión, incluso haciéndola sonreír. Tan cómodos estaban que paró de llover y siguieron sentados frente a frente en aquella mesa, charlando.

Sin que ella se diera cuenta, a cada sorbo de café que daba, el vampiro cambiaba las tazas de sitio, de modo que el contenido de la suya también iba disminuyendo, pero claro no era él quien bebía. Así que trascurrida una hora, ella había tomado dos cafés.

—Ha pasado el tiempo volando, se está haciendo tarde, he de marcharme... gracias por el café.

—Te acompaño, no quiero que vayas sola por la calle, déjame hacerlo, por favor. Sé que aún soy un desconocido...

—No es necesario, de verdad.

—¡Insisto!

—¡No te conozco!

Markus la miró con dulzura intentando parecer inofensivo, y funcionó.

—¡Está bien! ¡Está bien!

Al salir de la cafetería, estuvo a punto de rodearla con su brazo. pero no lo hizo, todo estaba saliendo a pedir de boca y no quiso estropearlo forzando la situación.

Caminaron juntos hacia su casa en un silencio cómodo y familiar, pero dos



manzanas antes de llegar, Sara se detuvo en seco.

—Está cerca, no hace falta te molestes más —dijo entornando los ojos y mirando hacia el suelo.

El vampiro avanzó un paso, colocándose frente a ella, y la miró fijamente. Puso los dedos bajo su barbilla y rozándola levemente, la empujó hacia arriba haciendo que levantase su mirada y que sus ojos se encontraran.

Sara tan solo lo enfrentó unos segundos porque, turbada, miró enseguida hacia otro lado. Al verla nerviosa y sonrojada, Markus dijo: —Quiero volverte a ver.

Ella balbuceó, estaba tan nerviosa que apenas podía articular palabra. El extraño magnetismo de aquel hombre la dejaba aturdida.

—Yo...

—Lo hemos pasado bien —dijo Markus interrumpiéndola con un susurro—. Hagamos que esto se repita.

«Di que no me volverás a ver. Soy un monstruo Sara...» pensó a su vez.

Durante unos instantes Markus se quedó mirando el esbelto cuello, casi podía ver el pulso latir en su garganta. Cerró los ojos y reaccionó con velocidad, volviéndose rápidamente para que Sara no se diera cuenta del cambio. Sus colmillos comenzaron a apretarle las encías y su rostro empezaba a desencajarse.

«Mierda ¡No! Ahora no. No debo asustarla. ¡Demonios! ¿Por qué su fragancia es tan dulce?»

En centésimas de segundo, la calma volvió a su rostro y se giró de nuevo para encontrarse los ojos de Sara, que le miraba con un gesto preocupado.

—¿Ocurre algo? —preguntó con inocencia.

—Que no me has dicho sí... ni me has dado tu teléfono y no sé cuándo volveré a verte.

Ella tímidamente esbozó una sonrisa.

—Quizá... quizá podríamos volver a vernos y tomar otro café. Aunque creo que pediré descafeinado, siento que tengo hasta taquicardias.

Mordiéndolo su labio inferior abrió el bolso y sacó una pequeña libreta, anotó su número de teléfono y se lo tendió a Markus, que volvió a sonreír. El vampiro alargó su mano para coger el papel y al hacerlo sus dedos rozaron los de ella. Una chispa eléctrica recorrió su columna vertebral.

—¿Puedo llamarte mañana? Podríamos ir al cine. Hacen una nueva de vampiros —dijo mirándola con ironía.

—¿De vampiros? —preguntó ella un tanto angustiada—. Uff, bueno... espero no pasarme toda la sesión gritando y tapándome los ojos. ¡Son horribles!

—Mmm, ¡estarás conmigo! —dijo arqueando una ceja y con una sonrisa burlona asomada a sus labios—. ¡No va a pasarte nada!

—Ya... Sé que es ficción, pero después en casa las pesadillas no me dejan dormir.

Se miraron de nuevo. Ninguno de los dos quería acabar la conversación y al final fue Sara la que rompió el hielo y dijo:

—¡Hasta mañana!

«Hasta dentro de unos minutos...» pensó Markus, mientras se despedía con un gesto de su mano.

—¡Hasta mañana, Sara!

Con una amplia sonrisa dibujada en la cara, Sara llegó al portal de su casa, entró y subió los escalones de dos en dos. Ya frente a su puerta se paró en seco, suspiró y rebuscó en su bolso hasta encontrar el llavero. Giró la llave en la cerradura, abrió la puerta y entró cerrándola suavemente.

Una vez en la intimidad de su casa se relajó. Apoyó su espalda contra la

pared, cerró los ojos, dejó caer el bolso y soltó todo el aire.

—No me reconozco —dijo en voz alta—. ¡Yo no hago estas cosas!

Markus ya estaba en la penumbra de aquel salón, observándola divertido. Había seguido la misma vía de acceso que usó cinco meses atrás, cuando entró en aquella misma casa.

Ella, apuntalada en la pared, intentaba digerir todo lo ocurrido durante la tarde.

De repente, reaccionó. Se puso en cuclillas junto al bolso y buscó algo desesperadamente. Con un objeto entre las manos, se abalanzó sobre el mueble de la entrada revolviendo en sus cajones.

—No me falles esta vez, pequeño —exclamó.

Dejando el móvil sobre la cómoda, lo conectó al cargador que había sacado del cajón, estiró del cable buscando el otro extremo y lo enchufó a la corriente.

Dio un paso atrás y contempló la escena, verificando que todo era correcto, y cual no fue su sorpresa al escuchar el pitido de aviso de un mensaje. Se llevó la mano a la boca para apagar un gemido y se lanzó sobre el aparato.

«Que tengas dulces sueños».

Mark.

Suspiró con una sonrisa en los labios, mientras volvía a dejar el teléfono cuidadosamente sobre el mueble. Markus mientras tanto, ponía el suyo en silencio y lo guardaba tras enviar el mensaje.

Ella dudó si contestar o no, aunque al final decidió no hacerlo. Tras unos segundos mirando el aparatito hechizada, mientras el contador de batería subía y bajaba en señal de recarga, se fue a la cocina. Momento en el que Markus aprovechó para ocultarse en el cuarto de invitados, desde donde podía observar con tranquilidad por la puerta entreabierta.

Salió de allí con una taza en mano, se sentía nerviosa y pensó que un chocolate calmaría su ansiedad. Al pasar por delante del móvil sutilmente estiró el cuello para ver si había algún cambio.

Nada.

Se paró en seco tras dar dos pasos, y se rio. Fue una risa fresca y limpia, una tímida carcajada. Se llevó la mano libre a su frente y agitó la cabeza.

—Deja de soñar, Sara —dijo en voz alta.

Taza en mano, se metió en el baño y abrió el grifo del agua caliente para llenar la bañera, encendió algunas velas y apagó la luz. Necesitaba relajarse.

Desde su escondite, el vampiro la observaba y, a través del espejo, le vio quitarse la ropa y meterse en la bañera. Era dulce y hermosa, y al mirarla le embargó un sentimiento de serenidad, de paz.

Sara era cálida, era vida embotellada, y se dio cuenta de que por primera vez, en mucho tiempo, observaba a un humano sin pensar en cómo atacar su garganta. Es más, tuvo que reprimir la tentación de entrar y enjabonarle la espalda, de recorrer su piel sedosa con las manos, de saborear la dulzura de su boca...

«¡Para Markus, para!» se dijo, divertido. «¿Qué demonios estás pensando? Eres un vampiro, un monstruo depravado y cruel. ¿Qué haces admirando a una humana?»

En la habitación frente a él, Sara estaba sumergida en el agua y en sus pensamientos.

«¿Quién es Mark? Ha surgido de la nada y parece empeñado en quedarse.

Es guapo, muy guapo, tremendamente guapo, ¿he mencionado que es guapo? Divertido, inteligente, educado, persuasivo, elegante... ¿Realmente existe gente así o es cosa de mi imaginación desbordada?

Seguro que hay fallo. Lo más probable es que sea gay o esté casado.

¿Cómo es posible que se haya fijado en mí? Está claro que juega en otra liga. A su lado, yo parezco un insecto insignificante. Y esa cara..., juraría que le he visto antes, tiene algo que me resulta familiar».

Era raro, pero se sentía cómoda con él, a pesar de conocerle hace tan solo unas horas.

«Disfruta del momento chica» pensó, «probablemente mañana, él ya te haya olvidado».

Mientras se relajaba en la bañera, Markus salió de su escondite y sigilosamente echó un vistazo a la casa. En esos cinco meses en los que se había apartado de su camino, el piso había sufrido pequeños cambios. La vida para ella había continuado, y ahora aquella pequeña vivienda de alquiler se parecía más a un hogar.

Sonrió al pensar que la había buscado nada más volver a Santiago, que durante su estancia en Lausanne no había dejado de pensar en ella, y que había suspendido unos negocios para volver a España, solo por verla. Apartarse había sido tremendamente difícil, el sueño que habían compartido volvía una y otra vez a su memoria, y se parecía tanto a Helena que no podía sacarla de su mente.

La misma tarde de su regreso, había estado vagando por el barrio con la esperanza de encontrarla otra vez.

Cuando por fin la vio, se quedó paralizado, su memoria le había jugado una mala pasada y no la recordaba tan bonita. Así que se dijo: «Igualmente arderé en el infierno, así que, qué más da. He de hablar con ella. Quiero tener esa segunda oportunidad, quiero conocerla».

Tras vagabundear un rato por la casa, se fue hasta la ventana por la que había entrado, salió a la cornisa y saltó a la calle, con la intención de regresar

a su hogar.

Se sentía feliz. Más que en mucho tiempo.

Tras el baño, Sara se puso una camiseta y unos shorts y se sentó en el sofá a leer, pero después de un buen rato se dio cuenta de que no podía concentrarse. Pasaba las hojas, mirando unas letras que esa noche no acertaban a decirle nada. Así que dejó el libro sobre una mesa auxiliar y subió las piernas al asiento, flexionándolas hasta tocar su barbilla, las rodeó con sus brazos y se quedó en esa postura unos minutos, mientras se hundía en sus pensamientos.

Al final se acostó, pero sabía que aunque cayera rendida por el sueño, los acontecimientos de la tarde volverían una y otra vez a su cabeza.

«¿Quién demonios es Mark?»

## Capítulo 6

El día era perfecto.

Las enormes nubes de color gris acerado ocultaban el sol y amenazaban lluvia, lo que le permitía salir a la calle sin peligro, si así lo deseaba, y vivir el pulso diurno de la ciudad.

A diferencia de lo que ocurría con los vampiros de las películas, el contacto directo con el sol no podía matarle. No, si era corto. Una exposición prolongada podría dañar gravemente su nivea piel causándole dolorosas quemaduras. Su luz le molestaba enormemente, aunque eso podía evitarse con gafas bastante oscuras, pero lo que realmente hacía que su vida social nocturna fuese más activa, es que por el día, su rostro parecía más mortecino, más lívido, y se hacía evidente que no era un humano normal.

Markus estaba cómodamente sentado en el salón de su ático. Perdido en sus pensamientos, observaba a través del gran ventanal como las gentes iban y venían.

Para evitar que Sara olvidase su cita o se arrepintiera sacó su móvil y se dispuso a enviarle un mensaje.

«¿Qué tal has dormido princesa?

Espero que recuerdes que ayer, prometiste compartir conmigo una cita.

Esta tarde te llamo y quedamos.

Que pases un buen día.

Mark».

Sonrió satisfecho mientras guardaba el teléfono en su bolsillo. La llamaría más tarde para concretar hora y lugar.

Por qué esa cita era importante para él escapaba a su razón. La mujer se parecía enormemente a Helena, su primera víctima humana, pero nada más. Él

había lamentado su muerte, pues fue el inicio de su pérdida de humanidad, pero aparte del deseo por la sangre de aquella niña, no había sentido nada por ella. No la amaba, ni siquiera la conocía. Tan solo fue el detonante que le hizo darse cuenta de su transformación en una oscura bestia.

Y ahora se sentía monstruoso.

Su corazón había sido de piedra durante más de doscientos años y apenas recordaba sus sentimientos humanos. Como vampiro no podía amar, ni odiar, ni tener compasión, o al menos eso creía, hasta ahora.

¿Era lujuria? Quizá. Sentado entre las sombras, mientras la veía desnudarse, había deseado tocar su piel, acariciar sus caderas, besar sus labios y sumergirse en ella. Pero... ¿por qué? Ni siquiera era un hembra despampanante como las que acostumbraba a elegir cuando sentía deseos de sexo. Desde luego era preciosa, pero no el estilo de mujer que habitualmente escogía para una noche de pasión. Y si tan excitado estaba ¿por qué no la había tomado sin más? Hubiera sido lo más fácil.

Suspiró.

Sencillamente, no había sido capaz de romper el encanto de verla serena tomando aquel baño.

Tenía que sacarse esa idea de la mente, su vida era él y la sangre su sustento. Sus presas: los humanos. Ciertamente se negaba a matar, pues le parecía abominable, pero se creía incapaz de sentir lástima por aquel rebaño de corderos que le mantenían con vida.

Sin embargo, con Sara era diferente. Con ella sentía cierta conexión. Y no solo por aquella coincidencia con el sueño de la muchacha, había algo más profundo que no acertaba a explicar.

Deseaba enormemente probar su sangre, beber directamente de su cuello el líquido que le daría la fuerza, la vida. Clavar los colmillos en su dulce garganta...



Aunque le costaba reconocer que lo que quería es que Sara se lo pidiese.

Cerrando los ojos se dejó llevar e imaginó su cara de deseo suplicando sus caricias, el ofrecimiento de su cuello, el aliento de su respiración quemándole la piel. Solo con pensarlo, los colmillos empezaron a apretarle las encías y un sudor frío le recorrió la espina dorsal.

Intentando serenarse, tomó el portátil de la mesa auxiliar y poniéndolo sobre sus rodillas se conectó y entró en internet. Debía comprar más plasma sintético. Necesitaba calmar sus ansias para no abalanzarse antes de tiempo sobre Sara, y... ciertamente, ahora mismo no le apetecía ninguna otra garganta más, así que intentaría estar relajado y bien alimentado.

«En unas horas estaré con ella» pensó y una sonrisa sincera iluminó su rostro.

Sara estaba en la oficina con la mirada fija en el reloj de la pared. Faltaban exactamente cinco minutos para las siete y ya tenía su mesa ordenada y recogida, y el ordenador apagado. La agenda que tenía abierta entre las manos solo era una excusa para dar la impresión a quien la mirase, de que estaba concentrada y seguía trabajando.

Cuando la manecilla más larga del gran reloj se puso totalmente vertical, la cerró de golpe y la dejó a un lado. Se colgó el bolso y salió de la oficina sin mirar atrás, por si a alguien se le ocurría pararla para cualquier conversación estúpida sobre el tiempo o de lo que pensaba hacer el fin de semana.

Rápidamente se dirigió a su casa.

Markus la había llamado al mediodía y al final habían quedado a las ocho de esa misma tarde, en la cafetería donde se vieron la noche anterior y no tenía mucho margen para preparar su cita. Debía apresurarse.

Al llegar lanzó el bolso sobre el sofá, se quitó los zapatos, que quedaron

solitarios en la alfombra del salón, y empezó a desvestirse mientras se dirigía a la ducha. Cuando recorrió la cortina y abrió los grifos, tras ella había un rastro de prendas que la hubieran ayudado a no perderse, de haber querido volver hasta la puerta de su casa.

Se dio una ducha rápida y se encaminó hacia el armario envuelta en una gran toalla. Y mientras se frotaba las piernas para secarse, lo abrió de par en par.

Este era el peor momento, escoger algo se le antojaba difícil. ¿Vestido? Demasiado formal. ¿Falda? ¡Tampoco! Muy de cita de novios. No quería dar la impresión de ir demasiado seria. Lo ideal sería parecer que había cogido lo primero que había visto y la combinación fuese perfecta.

Desenfadado y espontáneo.

Pero eso solo lo consiguen las mujeres adineradas que tienen un estilista escondido en su ropero.

¿Vaqueros...? Uff, se veían demasiado sus caderas, qué complicado.

Después de unos minutos se rindió, al final eligió vaqueros, un suéter azul verdoso que le quedaba bien y que dejaba los hombros al descubierto y unos botines de tacón alto de cuero marrón.

Se volvió a mirar, quizá debería ponerse una camiseta de nadadora bajo el jersey, el escote parecía algo atrevido para una primera cita.

Se miró unas dieciocho veces al espejo antes de estar segura de salir con ese look a la calle, y poniendo un mohín de disgusto frente a él la decimonovena vez, cogió una gabardina, pues amenazaba lluvia, se colgó el bolso al hombro y salió de casa. No quería llegar tarde y faltaban pocos minutos para las ocho, así que caminó apresurando el paso, mientras sus pensamientos se debatían sobre la misma pregunta que la noche anterior...

¿Quién demonios era Markus?

Cuando llegó, él la estaba esperando con una sonrisa.

Vestido con camisa azul oscura y vaqueros parecía relajado y seguro de sí mismo. Ella le miró, se mordió el labio y se sentó, pidió un refresco y en seguida comenzaron a charlar.

Casi sin darse cuenta se les pasó la hora de ir al cine. Cuando miraron el reloj, la película debía llevar una media hora empezada. Así que decidieron continuar en la cafetería conociéndose un poco más.

A pesar de llevar todo el peso de la conversación, Markus era reservado y hablaba lo mínimo, sobre sí mismo. Sabía escuchar y manejaba los hilos para que fuese ella quien hablase.

Y hablaron.

Ella se sentía cómoda y había olvidado los escudos. Se mostró tal como era, con sus ilusiones, sus miedos y sus celos. Le habló de la muerte de sus padres, que no recordaba, de cómo se había criado con su abuela, de sus días de colegio, de la universidad...

Era deliciosamente espontánea.

Al final de la tarde, la acompañó de nuevo aquella esquina, donde el día anterior se despidieron. Ella iba distraída caminando y esta vez fue Markus el que frenó.

Se quedaron mirando frente a frente unos segundos, que a Sara le pareció una eternidad, antes de que él le alborotase un poco el flequillo y le diera un suave beso en los labios. Casi ni la rozó.

—Te veo mañana, Sara.

Y dicho esto, dio media vuelta y se marchó.

La joven suspiró un tanto abatida mientras le vio perderse calle abajo y tras unos segundos en los que permaneció como un pasmarote en la acera, giró sobre sus talones para dirigirse a su casa. Por el camino repasó mentalmente el encuentro y fue consciente de que a pesar de lo intensa que había sido no le

conocía. Era muy reservado.

Y además..., esa súbita despedida que le había dejado un sabor amargo en la boca.

Mark le había dicho que la vería mañana, pero el beso había sido un pequeño roce, casi más de compromiso que otra cosa, y solo el gesto de tocarle el pelo había parecido tierno. No sabía qué pensar.

En fin, tendría que dejar algo de margen. Si pasados un par de días no la llamaba, podría lanzarse por una vez en su vida e intentarlo ella.

Él lo merecía.

Al girar la esquina, Markus se apoyó en la pared. Le resultaba insufrible tenerla tan cerca y no probarla. Su olor, la textura de su piel, el brillo de su mirada, la caída de su pelo, la curva de su sonrisa... todo ello le tentaba, sin embargo, tras una tarde infernal, había conseguido superar la prueba.

Ella parecía más segura, menos tensa.

Y aunque casi había salido corriendo al despedirse, por miedo a que el deseo le jugase una mala pasada, parecía que después de todo la cita había salido bien.

Su delicado aroma era una maldición.

«Sara».

## Capítulo 7

En la intimidad de su casa, Markus se estaba atiborrando de tanto plasma sintético como para no sentir el ansia de sangre durante un mes. Era una suerte que el mercado negro ofreciera tantas posibilidades.

Ciertamente, se vivía bien en el siglo XXI. Todo o casi todo estaba a su alcance. Eso sí, debía llevar cuidado pues la gente no era tan ignorante como en tiempos pasados y para sobrevivir debía pasar desapercibido.

Sangre sintética. No quería riesgos.

No quería lanzarse sobre ella antes de tiempo, y aunque no le costaba controlarse ante los otros humanos, con Sara le resultaba complicado. Su olor le embriagaba.

Sentado confortablemente en su sofá, con una copa de plasma en la mano, rememoró el día de su regreso a Santiago, buscándola por las calles cercanas a su lugar de trabajo y sus sensaciones en aquel primer encuentro.

Tras aquella cita se habían sucedido otras. En realidad, se habían visto todos los días durante la última semana. Habían ido al cine, a pasear por el parque, de compras... y Markus sonrió al recordar cómo disfrutó en todos y cada uno de sus encuentros. No había intentado llegar a nada más, ni siquiera había vuelto a besarla por miedo a que notase sus desarrollados caninos superiores, pero sentía que tenía que dar un paso adelante y para ello debía sincerarse con ella.

Sabía que hoy Sara tenía el día libre y le había mandado un mensaje dándole su dirección. Quería verla para explicárselo todo y pensó que lo mejor era encontrarse en la intimidad de su piso.

Que viera la verdad con sus propios ojos.

Se había excusado explicándole que tenía bastante trabajo y que disponía de poco tiempo. El justo para comer juntos.

Comer juntos... otra mentira.

No quería mentir más.

Deseaba que ella lo supiera todo para no tener que ocultarse, pero aún más deseaba que le aceptase tal cual.

Complicado.

Tremendamente complicado.

Intentó desechar esa línea de pensamiento y se levantó para dirigirse a la cocina, donde había pasado buena parte de la mañana inmerso en la preparación de la comida. Intentando que todo fuera perfecto.

Fuera llovía. Otra vez.

Desde aquel ático las vistas eran hermosas los días de lluvia. La cocina tenía parte del techo acristalado y las gotas de agua lo martilleaban sin cesar. Desde allí, a sus pies, se veía la ciudad. Cuando hacía sol, el lugar era increíble, sus ventanas daban a un bonito parque y el sol bañaba hasta el último rincón. Eso era un inconveniente, claro, pero él ya tenía una parte de la casa equipada para estos casos y en esos días se atrincheraba en sus habitaciones privadas.

En poco más de media hora ella estaría llamando a su puerta. La idea de sincerarse volvía una y otra vez. No sabía aún cómo plantearlo, pero debía ser hoy, necesitaba contárselo porque deseaba más que nada, dar un paso adelante en su relación.

Sara recorría a buen ritmo los metros que, desde donde aparcó su coche, la separaban de la dirección que Mark le había proporcionado. A pesar del paraguas los bajos de sus pantalones empezaban a empaparse. Maldita lluvia.

Sentía verdadera curiosidad.

Mmm, ver su casa y descubrir su intimidad. Por otro lado le daba un poco de reparo entrar en el piso de un desconocido, aunque solo iba a ser un

momento. En realidad habían quedado para salir a comer y seguramente él ni siquiera le pediría que subiese.

Pero... ¿era Mark un desconocido?

Ella no lo sentía así, pero su naturaleza desconfiada le instaba a que fuese despacio. De todos modos, no podía dejar de preguntarse por qué habían seguido saliendo. Ella disfrutaba muchísimo de su compañía y notaba que se estaba colgando por él, sin embargo se daba cuenta de que el sentimiento no era mutuo. Markus era encantador, pero se mantenía distante.

¿Y si ella le demostrase que quería algo más? ¿Y si intentase... besarle?

Maldita lluvia, en días como este la odiaba, sus zapatos estaban hechos un asco y no podía presentarse así. Se refugió en la portería aprovechando que otro vecino salía y abriendo su bolso saco unas toallitas limpiadoras. Perfecta, tenía que estar perfecta.

Sonrió.

«¡Qué estupidez! No soy perfecta, y no parece importarle...»

Una vez solucionado el problema, salió lo justo para poder accionar el timbre.

—¡Hola! Sara ¿Por qué no subes? Hace un día de perros y podríamos comer aquí en vez de salir —contestó Markus, y su voz sonó como siempre, suave y cálida.

Ella titubeó, un escalofrío recorrió su columna, había sentido mucha curiosidad por ver su casa, pero ahora tenía la impresión de que se metía en la garganta del lobo.

Bueno, llegado a este punto no podía decir que no.

—Ábreme.

Se metió al ascensor y pulsó el botón. Nerviosa ante su inminente encuentro, intentó comprobar, sobre la superficie pulida de acero de los pulsadores si su pelo estaba donde debía. Se pellizcó las mejillas y pasó la mano alisando su ropa.

Y por fin, en lo que pareció una eternidad, el ascensor paró, llegando a su destino.

Al abrir la puerta se chocó de bruces con Mark que la estaba esperando.

«Maldita sea... es que es muy guapo y tiene una de esas sonrisas que consigue desarmarte».

—¡Hola! —dijo Sara ahogando un suspiro.

—¡Hola! Me alegra verte —contestó él—. Pasa por favor, estás en tu casa.

Sara dejó el paraguas junto a la puerta, en un recipiente que había para ello, y se dejó quitar la mojada gabardina.

Tras un gesto con la mano de Markus, ella se adentró en el salón pero solo dio un par de pasos. La sala era enorme y la decoración muy moderna. Aquella habitación parecía sacada de una revista de diseño de interiores. Colores sobrios, muebles de calidad... y era más grande que todo su piso. Y todo aquel cristal, menudas vistas.

La cocina se abría al salón y en la barra tenía preparadas dos copas y una botella de vino blanco, que nadaba en hielo dentro de una cubitera.

Él sirvió una copa, se la ofreció y dijo: —Un segundo, espérame aquí, no quiero que se me quemé la comida. Apago el horno y vengo.

Ella lo miró complacida, cuántas molestias se había tomado, la mesa puesta, la comida preparada. ¿No dijo que tenía trabajo? Se quedó mirando al hombre mientras colgaba su gabardina en un perchero junto a la puerta, para a continuación desaparecer en la zona de la cocina.

—¿Tú no bebes?

—Claro que sí —dijo al volver, tras haber revisado el horno. Se sirvió una copa y se sentó con ella en el gran y confortable sofá.

La mirada de ella se perdió en la habitación.

—Tu casa es increíble... Nunca me has dicho a qué te dedicas, pero parece tener un buen sueldo —dijo Sara de forma descarada.



Mark rio.

—Verás, siempre he sido músico y poeta, pero como no soy lo bastante bueno para que «eso» me de comer, he tenido que dedicarme a las finanzas. Compro esto, vendo aquello, invierto en lo de más allá... Tremendamente aburrido.

—Pues es realmente preciosa. No sé por qué, pero no la imaginaba así para nada. La miro y pienso que no te conozco en absoluto, creí que vivirías en una casa de estilo clásico, abigarrada de mobiliario, oscura y aburrida. No esperaba encontrar piezas de Le Corbusier y Charles Eames, combinadas con antigüedades y obras de arte. Estoy sorprendida.

—¿Así que te parezco una antigualla aburrida? ¡Genial! —exclamó Markus levantando una ceja y exagerando un gesto ofendido.

—No quise decir eso y lo sabes, no es que parezcas una... ¿cómo dijiste? ¿Antigualla? Me refiero a que aparentas ser mayor de lo que eres. No lo sé, quizá es tu forma de hablar, o cómo te comportas. Abres la puerta de los sitios donde vamos para que pase yo delante, y de vez en cuando tu mano se escapa haciendo reverencias, como si realmente hubieras vivido en el pasado. Y, por ejemplo, en una conversación normal la gente no utiliza la palabra antigualla.

—Quizá tengas razón. Pero lo estás terminando de arreglar... ahora dices que me ves demasiado mayor para ti —dijo Markus con cara de pena—. ¿Te parece bonito llamarme vejestorio?

Sara abrió y cerró la boca, boqueando como un pez fuera del agua. Tras un par de intentos, añadió:

—¡Vaya! ¿Demasiado mayor? ¿Vejestorio? —dijo sonriendo—. Y vejestorio, otra palabrita —susurró—. Yo no dije que te veías mayor para mí. ¡Si pareces más joven que yo! Aparentas, como mucho, veintidós o veintitrés años, y yo ya he cumplido veintiséis. Solo digo que a veces pareces ser más viejo de lo que en realidad eres.

—Si sigues diciendo que parezco un anciano te daré unos azotes —dijo Markus intentando parecer enfadado—. Y si soy un caballero será porque me educaron bien, ¿no crees?

—No te enfades Mark, no pretendía insultarte. Solo era una observación. No es malo ser maduro y...

—¿Cómo voy a enfadarme, pequeña? —interrumpió Mark—. Si me conocieras mejor sabrías que esta discusión me divierte.

«Más de lo que piensas. Mucho más».

—Siento si dije algo que...

—¡Eh! No estoy enfadado. Lo digo en serio. Entiendo lo que quieres decir, y en el fondo tienes mucha razón.

Aspiró hondo, algo que no necesitaba realmente, y pensó que era el momento apropiado para confesar. «Ahora o nunca, Markus».

—Ven, he de enseñarte algo.

Le quitó la copa que aún sostenía y la dejó sobre una mesa auxiliar, la cogió de la mano y tiró de ella para que se levantase. Al hacerlo sintió su indecisión y la miró sonriente para tranquilizarla.

—Vamos Sara. Ayer me dijiste que sabes muy poco sobre mi ¿Quieres saber más? Pues ven, te lo mostraré.

Recorrieron el pasillo hasta llegar a una puerta que estaba cerrada. El vampiro la abrió y encendió las luces, le cedió el paso y cerró la puerta tras de sí. Sin que ella se diera cuenta, giró la llave y la sacó de la cerradura, guardándosela en el bolsillo del pantalón.

La sala era enorme, circular, con el techo abovedado. En el centro había una otomana tapizada con un rico brocado rojo y oro, sobre la que descansaban mullidos cojines de un tejido a juego, rematados con ostentosos borlones. El suelo estaba recubierto de antiguas alfombras orientales y las paredes casi ni se veían, de techo a suelo estaban forradas de madera oscura,

con huecos, estantes, percheros... La habitación era un enorme vestidor. Una pequeña vitrina en una pared lateral guardaba lo que parecía un joyero con forma de huevo.

—¿Una imitación de un Fabergé?

—Buen ojo. Pero no es una imitación.

Ella le miró como si fuera un extraño. «¿Un Fabergé? Tengo que buscar en internet pero tengo entendido que son objetos de coleccionista y son prohibitivos...». Por el contrario dijo:

—¿Lo ves? Esta decoración recargada te pega más. Y ese joyero —dijo señalando la vitrina— debe haberte costado un riñón, o eso o lo has robado —añadió levantando las cejas.

Ella sonreía mientras observaba la amplia estancia. Avanzó hasta el centro de la habitación y desde allí giró sobre sus talones, dando una vuelta en redondo sobre sí misma. La ropa colgada, zapatos y complementos estaban ordenados de forma aparentemente cronológica, como si fuera un museo que comenzaba con prendas que parecían del siglo XVIII y XIX para continuar con uniformes de la primera guerra mundial y la segunda, y finalizando con vestimenta actual.

Parecía una tienda de lujo.

—¡Coleccionas ropa! —exclamó sorprendida—. Menudo vestidor ¿Es este tu gran secreto?

Y entonces enmudeció, pues se dio cuenta de algo más. Sobre los trajes que parecían más antiguos colgaba una pintura de un joven, a continuación el mismo muchacho aparecía en un retrato a lápiz, justo donde la ropa parecía dar un salto cronológico importante, y girando un poco más su vista se fijó en dos portarretratos, que apoyados en un estante mostraban unas fotos muy antiguas en sepia, con el mismo hombre vestido con uniforme de aviador de

primeros del siglo XX, quizá de la primera Guerra Mundial. En el panel de al lado las fotos eran más modernas, ya en blanco y negro, pero con el mismo rostro como protagonista.

No podía ser. Todos los retratos eran de la misma persona, la misma cara en distintas épocas... el mismo joven que estaba tras ella. Se giró despacio y le miró.

Su cara estaba en todos los retratos, de eso no cabía duda. Comenzó a marearse y se tambaleó. Markus llegó rápidamente hasta ella, la cogió por los hombros y la sujetó con suavidad.

—¿Ahora comprendes? —le dijo—. Soy ese hombre «mayor» que te imaginas...

Ella había enmudecido y tras respirar lentamente unas cuantas veces y serenarse, se soltó de su agarre y comenzó a pasear en círculo. Cuando pudo articular palabra dijo:

—¿Es una broma? No puedes ser tú. ¡Nadie puede vivir tanto tiempo!

Lo miró fijamente, esperando que él descubriera la farsa, pero Mark estaba serio, de pie, con las manos tras la espalda, mirándola con su rostro inalterable. Lentamente abrió su boca y mostró sus incisivos a la vez que Sara frenaba en seco y se tapaba la boca con ambas manos.

—Esto no está pasando, ¡no puede ser verdad! —dijo con voz trémula.

—Te aseguro que no es una broma. ¡Mírame Sara!

Y allí, ante los desconcertados ojos de Sara, se transformó.

Sus colmillos al desarrollarse produjeron un desagradable chasquido, y en apenas un segundo sobresalían de su labio superior. Sus manos se crisparon y sus dedos se retorcieron como si fueran garras de largas uñas, y sus ojos, antes verdes como el mar, se tornaron negros como el azabache.

Ella dio un paso atrás, sin dejar de mirarle, otro paso más que le hizo tropezar con una estantería auxiliar que estaba llena de condecoraciones de

guerra. Cuando se recompuso, se giró y corrió hasta la puerta, en un intento desesperado de huir de aquella cosa.

Cerrada.

Estaba atrapada. Iba a morir a manos de un monstruo.

Sin gritar se volvió, apoyando la espalda contra la puerta, las lágrimas brotaron de sus ojos, pero nada dijo, su respiración se aceleró y los latidos de su corazón sonaban con tal estruendo que seguramente podrían oírse desde la cocina.

Markus no se había movido, estaba allí de pie mirándola, petrificado como una estatua, con una expresión en su rostro que no decía nada.

Al fin habló y su voz sonó profunda.

—No eres mi prisionera... si cerré la puerta fue porque intuía que saldrías corriendo, y necesito retenerte el tiempo suficiente para explicarte algunas cosas y que las asimiles.

Reinó el silencio de nuevo.

—Nací en Suiza en mil setecientos veintisiete, crecí y viví como un humano normal hasta los veintitrés años. En ese momento y contra mi voluntad me transformaron en esto que ves...

Tan solo los jadeos de Sara retumbaban en los oídos de Markus.

—Soy un vampiro, Sara. Y no quiero verte llorar. Ni te imaginas las ganas que me dan de ir a tu lado, abrazarte y calmarte. Si no lo hago es porque supongo que en estos momentos, lo que menos deseas es tenerme cerca.

Markus calló y de nuevo, lo único que podía oírse en la habitación era la respiración acelerada de ella y el galopar de su corazón.

—Sara... No voy a morderte ni mucho menos a matarte. No te haré daño. He sido un vagabundo durante más de doscientos años, me sentía más muerto cada día, hasta que apareciste. Ahora veo la vida a través de tus ojos y estoy sorprendido... quiero saber más, quiero ver más. Mi existencia ha tomado otra

dimensión y perderte sería el fin de todo esto, así que puedes estar tranquila, no voy a hacerte nada malo.

La expresión aterrorizada de ella le quemaba por dentro.

—¿Sara?

Dio un par de pasos en su dirección y se paró.

—No llores por favor. Me partes el corazón, y eso que es duro como una piedra. ¿Puedo...? ¿Dejas que me acerque?

Ella nada dijo, solo puso una de sus manos con la palma abierta hacia él con la intención de detener sus movimientos.

—Por favor...

Markus miró un instante al suelo, inspiró una bocanada de aire que no necesitaba, se serenó y volvió a su aspecto más humano.

—Por favor —repitió—. Quiero... necesito abrazarte, necesito que dejes de llorar.

No esperó su respuesta, se acercó y frente a ella, levantó una de sus manos a la altura de su rostro. Sara la miró con horror y él la bajó abatido.

—Por favor... deja que me acerque a ti.

Sara cubrió el rostro con sus manos, seguía llorando. Él se aproximó hasta que pudo notar su respiración sobre la piel y entonces la abrazó, poniendo su mejilla contra el pálido rostro, húmedo por las lágrimas.

Al menos no intentó soltarse, pero estaba rígida como el metal.

Markus la besó bajo la oreja y comenzó a susurrarle algunos versos.

*Non te movas, miña nena,  
e deixa xa de chorar,  
mira sempre cara adiante,  
ás olas ondeantes do mar.  
Non te vaias, miña nena,  
non te podes marchar,  
o lume da miña aperta*

*protexerate de todo mal.*  
*Miña nena, miña nena...*

Markus seguía cantando, embelesado, se sentía aliviado por habérselo dicho. Estaba tan conmovido que ni siquiera se dio cuenta que su cuello estaba tan, tan cerca... Solo quería que ella dejase de llorar.

—Sara... di algo por favor.

Ella se revolvió y Markus inmediatamente aflojó sus brazos separándose unos centímetros, pero manteniéndose frente a ella. Su rostro estaba enrojecido a causa del llanto, sus ojos se habían secado por fin, aunque la angustia persistía en su mirada.

Lenta y suavemente el vampiro le pasó una mano por la frente, retirando su pelo. Ella no se movió, aunque temblaba levemente. Le miraba de soslayo con cierto temor, observando sus lentos movimientos.

—Nada malo va a pasarte —dijo Markus—. Antes que dañarte me marcharía. Lo prometo.

—¿No vas a matarme? —consiguió decir con un hilo de voz.

—No. Sara, no negaré que deseo poder beber de tu cuello. Es tan... hermoso —contestó el vampiro. Y sus ojos se detuvieron un instante sobre el pulso que latía bajo la blanca piel de su garganta.

La carne de ella se puso de gallina.

—Sara... me tientes —dijo en un susurro a la vez que cerraba los ojos—, pero no debes preocuparte. Morder no significa matar. No necesito matarte, es más, no quiero hacerlo. Y... si darte mi palabra de vampiro sirve de algo, no te morderé hasta que tú lo desees también.

—¿Cómo podría desear yo algo así? ¡Es una abominación!

Markus sonrió con cautela, pero se puso serio al decir:

—Todo a su tiempo. Ahora mismo tienes muchas dudas, miedos y recelo hacía mí. Venceremos eso. Solo quiero que me des la oportunidad de

mostrarme cómo realmente soy y que me aceptes. El resto, si llega, llegará.

—¿Estás loco? ¡Nunca podrás convencerme!

—No lo haré, te convencerás tú misma.

Se quedaron ahí parados durante unos instantes, mirándose.

—Sara.... Respira, Sara. ¿Mejor...? ¿Te sientes más tranquila?

Ella asintió y entonces Markus sacó una llave del bolsillo de sus pantalones. La introdujo en la cerradura y la giró sobre sí misma. Cogió su mano y tiró de ella suavemente, separando su espalda de la puerta, para así poder abrirla y abandonar la sala.

—No eres mi prisionera, puedes marcharte si así lo deseas, pero quisiera que te quedases para darme la oportunidad de contarte todo aquello que necesites saber. En tu cara creo adivinar que tienes muchas dudas y preguntas que desearías hacerme. Te responderé a todo.

Salieron de aquel cuarto y se dirigieron al salón. Al pasar junto a la puerta de la entrada, el vampiro se dio cuenta de que Sara la miraba.

Se dirigió hacia ella, la abrió y dijo:

—No pongas esa cara, esta no está cerrada.

Ella miró al suelo avergonzada y abrazándose a sí misma se encaminó hasta una de las ventanas del salón. La lluvia había arreciado y apenas se veía gente en la calle. Llevaba bastante lloviendo y ya se habían formado grandes charcos en las aceras. El poco tráfico de aquella elegante zona residencial transcurría lento debido al intenso chaparrón.

Sin dejar de mirar a través del cristal, ella preguntó.

—¿Has matado a muchos humanos?

—Bueno... he participado en dos guerras —dijo Markus con un suspiro—, era piloto de caza y abatí a bastantes enemigos.

—Sabes que no me refiero a eso.

—La respuesta es sí. Fue a causa de mi inexperiencia y contra mi voluntad.



No imaginas la de veces que me he arrepentido de ello. Mi primera... victima —continuó hablando—, fue una mujer. Resistí lo que pude, pero un día simplemente ocurrió. Más tarde averigüé que se llamaba Helena. He soñado con ella y con el momento de su muerte cientos de veces, y el sentimiento de culpa por lo que hice lleva acompañándome desde entonces.

—¿Helena? El día que me conociste dijiste que me confundiste con ella.

Markus se acercó a la ventana hasta que su reflejo apareció en el cristal junto al suyo. Sara se tensó.

—Se parecía muchísimo a ti. Pero no te conocí ese día, ese día te abordé, ya te había visto antes.

Ella lo miró fijamente a través del pulido vidrio.

—No fue casual, Sara. Llevaba varios días siguiéndote hasta tu casa. Solo que hasta entonces no me atreví a hablarte. Y he de confesar... que deseaba hacerlo, pero claro, un vampiro... un humano... no me pareció buena idea. Al final pudo más mi parte visceral y me decidí a conocerte. No me arrepiento. He disfrutado estos días más que en los últimos cien años. Eres tan frágil, tan vulnerable... estás tan viva. No imaginas cómo te envidio.

Tras un pequeño paréntesis, en el cual los dos se miraron, Markus dijo:

—¿Vas a dejar que toda la comida se enfríe? He pasado toda la mañana cocinando para ti, debes tener hambre. Vamos, démonos un respiro.

Ella le miro como si fuese un extraterrestre.

—No creo que pueda comer ahora.

—Debes hacerlo, lo he preparado para ti. Al menos siéntate e inténtalo.

—¿Tú... tú no comes? —preguntó Sara con cautela.

—Te acompañaré a la mesa, pero has de disculparme si no pruebo lo que tú vas a comer... No es que no pueda... podría tomar algún bocado si eso te tranquiliza, pero no creo que me sentase muy bien.

Dicho esto se dirigió a un gran frigorífico de acero inoxidable, sacó una

botella de grueso y opaco cristal y aflojando el tapón, la metió al microondas. Unos pocos segundos más tarde, la sacó y vertió el rojo y espeso contenido en una copa.

—¡Salud! — y levantó su copa en señal de brindis.

Sara no pudo reprimir el asco al verle sorber el líquido. Su cara fue transparente y al notarlo Mark añadió:

—¡Es plasma sintético! No te imaginas lo que en esta época se puede conseguir en internet.

Dejó la copa sobre la encimera de la cocina y sacó la bandeja del horno. Olía de maravilla y el estómago de Sara hizo un ruidito de aprobación.

Markus sonrió y se dispuso a trinchar un trozo de la carne y colocarla en un plato, sirviendo una abundante ración de guarnición. Cuando le pareció que había suficiente comida, lo llevó hasta el salón y lo depositó sobre la mesa del comedor. Se acercó a ella y ofreció su brazo y, como se le quedó mirando aquel gesto sin saber qué hacer, dijo:

—Tu mano...

Ella apoyó suavemente los dedos sobre su antebrazo, como si fueran a iniciar un baile de salón y él añadió:

—Perfecto ¡Vamos!

Juntos se dirigieron a la mesa. El vampiro separó la silla para que Sara se sentase en una de las cabeceras y, tras sentarse él en el otro extremo de la mesa, negó con la cabeza y se levantó de nuevo, arrastrando su silla mientras llevaba la copa en la otra mano. Cuando llegó junto a Sara, se colocó a su derecha y se sentó.

—La mesa es demasiado grande —dijo guiñando un ojo—. Y allí te siento muy lejos.

Acercándose a su oído susurró:

—Odio el protocolo. ¡A comer!

—Es raro comer mientras te observan —objetó Sara.

—No pienses eso. Me encanta ver cómo comes. Además, aunque mi dieta sea líquida, también estoy comiendo —dijo al tiempo que levantaba su copa.

Ella estaba sentada con la espalda totalmente rígida, evitando la mirada directa del vampiro. Sus manos temblorosas estaban apoyadas sobre la mesa a ambos lados del plato.

—Sara... confía en mí. Relájate y come. Solo espero que sea de tu agrado. Verás, desde que planee esta cita, he estado buscando recetas en internet y he visto vídeos para reproducirlas lo mejor posible. He llenado el frigorífico hasta los topes, así que si no te gusta lo que he preparado puedes comer otra cosa.

—No tendrías que haberte molestado.

—Ha sido divertido. Hasta me he comprado un delantal.

Se miraron y despacio Sara cogió los cubiertos para cuidadosamente cortar un trozo de la carne que tenía en el plato. Con cierta aprensión se lo metió en la boca.

—No está nada mal —dijo tras masticarlo y tragarlo—. Parece carne y sabe a carne.

—¡Eres una pequeña bruja! ¿Sabes lo malvada que estás siendo ahora mismo? —dijo Markus sonriendo sin pudor, mostrando las puntas de sus incisivos bajo su labio superior—. ¡Me he esforzado un montón, niña! y tiene una pinta estupenda —añadió intentando hacerse el ofendido.

A ella se le escapó una mirada de reojo y trató de disimular una sonrisa. Se mordió el labio inferior y con la mirada perdida añadió:

—Nunca imaginé... yo... esto no puede ser real. Eres un vampiro y estoy en tu casa, comiendo contigo. Yo....

—¡Eh! Solo deja que las cosas pasen, ¿de acuerdo?

—¿Vuelas? —le soltó a bocajarro Sara, mientras recogían la mesa.

—No, no vuelo. Ni me convierto en murciélago, ni le tengo aversión a los ajos, ni me molestan los crucifijos... ¡Ah! y me reflejo en los espejos —dijo Mark con cierta ironía.

Sara lanzó un pequeño bufido.

—¡Solo quería saber! Dijiste que podía preguntar.

—Eh, eh, eh, no te enfades... y perdón si he sonado irónico, pero todas esas cosas son ficción. Quédate con esto, básicamente soy mucho más fuerte que un humano convencional, mis sentidos: vista, olfato, oído están multiplicados por diez con respecto a los tuyos y tengo un gran poder mental. Puedo mover pequeños objetos con la mente y soy capaz de sugestionarte para que pienses y sientas lo que yo quiero. Y por supuesto, puedes preguntar lo que quieras.

—Así que... ¿Eso es lo que has hecho conmigo? ¿Hechizarme?

—¡No! —dijo tajante—. Pero si hoy esta conversación no termina bien, haré que me olvides para que no vivas con miedo. Pero nunca, nunca he usado contigo ningún hechizo, como tú los llamas.

—¿Y la plata? ¿Y las estacas?

—Bueno... hay algo de verdad en eso. Una estaca puede paralizarme, pero mi velocidad y mi fuerza hacen que no sea fácil clavarme algo en el corazón. Y la plata quema. Un poco.

—¿Y los símbolos religiosos?

—No me afectan. De hecho hay algunos entre nosotros que son hombres de fe.

Sara suspiró.

—¿Sois muchos? ¿Hay más como tú?

—Depende de las zonas. Esta ciudad es pequeña y estoy solo. De vez en cuando recibo alguna visita de depredadores itinerantes, pero poco más.

—¿Les llamas depredadores?

—Sara, no todos son como yo. Al igual que con los seres humanos nuestra personalidad define nuestro comportamiento. Yo vivo aquí, estoy establecido, cojo lo justo para subsistir y no mato a nadie. Cuando pasen unos años, me mudaré a otra ciudad para no levantar sospechas y haré lo mismo. Llevo haciéndolo más de doscientos años. Sin embargo los vampiros nómadas son cazadores, tres días aquí, una semana allá... ellos matan para alimentarse. Viajan solos, como mucho en pareja, y son letales, crueles e implacables. Por otra parte también están los clanes, donde los patriarcas mantienen a su cuidado a toda su prole... Creo que te estoy aturdiendo, vayamos despacio ¿De acuerdo?

Ella tragó saliva. Era difícil asimilar todo eso, ante sus narices se descubría un mundo que horas antes no existía, pero que ahora lo sentía real. A pesar de la confianza que le inspiraba Mark, sentía terror, y notaba que, cuando él se acercaba, su cuerpo se tensaba como un arco a punto de disparar.

Le miró, parecía agotado, como si el esfuerzo por todo aquello estuviera acabando con él.

—Pareces cansado —dijo al fin.

—En cierto modo estoy exhausto. Hoy ha sido para mí un día complicado. Deseaba verte, olerte, sentirte... y a la vez, contártelo todo. Estaba preocupado pensando que seguramente huirías de mí. He estado en tensión desde que entraste por esa puerta, intentando no hacer nada que pudiera asustarte y eso me ha agotado... pero estoy bien. Cuando empezaste a llorar, no sabía qué hacer, casi esperaba que gritases y me lanzases cosas, pero no eso... Eres muy valiente Sara. Sé que sigues muerta de miedo... pero tienes una mente abierta y eso ayuda. Gracias por escucharme, me siento tremendamente aliviado, no me gusta andar con verdades a medias.

—No sé si aún saldré corriendo Mark. Todo esto es....

—Lo sé, créeme que lo sé.

Cogió su mano y la besó en la frente. La miró tiernamente y con el pulgar acarició su muñeca.

—Confía en mí. Por favor.

Una sonrisa maliciosa apareció en su rostro.

—¿Quieres ver mi ataúd?

—¿Ataúd? No, ni hablar. «¡Dios mío! Duerme en un sarcófago».

—Oh ¡vamos! Es una antigüedad, todo tallado a mano —explicó, al tiempo que aferraba su mano y la arrastraba por el pasillo, en dirección a la zona privada de la casa.

Cuando se detuvieron delante de una de las puertas, él levantó una ceja, y ella dio un paso atrás con miedo. Su corazón volvía a bombear a toda velocidad y parecía que se le había quedado encajado en la garganta.

Markus abrió la puerta de par en par y le dio un empujoncito para que entrase al cuarto a la vez que exclamaba:

—¡Tachan!

—¡Eres un payaso! ¡Tienes una cama enorme!

Giró sobre sus pies para encontrarle con una sonrisa burlona en la cara.

—¡Eres un mal bicho! ¿Por qué te gusta asustarme?

—Ay Sara... —susurró mientras la abrazaba, y metía la nariz entre sus cabellos aspirando su suave fragancia. Sintió su cuerpo frágil entre los brazos y tuvo que reprimir el fuerte deseo de besarla. Se separó de ella y tocó con el índice la punta de su nariz.

—Sara. Eres preciosa. Y... necesitaba ver tu sonrisa otra vez.

Volvieron al comfortable salón y entre preguntas y respuestas pasaron el resto la tarde. La tensión del ambiente fue bajando y, al final, hasta incluso ambos rieron.

—Es algo tarde y he de marcharme a casa... que mañana trabajo. He venido

solo a comer y he acabado pasando el día en tu casa.

—Iré contigo.

—Pero si tengo mi coche cerca...

—No hay discusión, te acompaño.

—No es necesario Mark...

—Shhh. ¡A callar! —exclamó.

Era absolutamente necesario, desde hacía días había notado la presencia de un vampiro errante en la ciudad. En los periódicos se había publicado la muerte de una joven en extrañas circunstancias y la desaparición de otra. Y él sabía perfectamente lo que aquello significaba.

Por nada del mundo iba a volver sola. No quería preocuparla más en el día de hoy, así que no iba a contárselo, aparte de que al fin y al cabo solo era una sospecha, pero él iría con ella, lo quisiera o no.

—Anda, déjame que te acompañe —dijo poniendo morritos de forma cómica—, así prolongamos un poquito más el día de hoy, que aún no estoy muy seguro de que mañana vayas a contestar mis llamadas... y bueno... en el trayecto espero galantear contigo lo suficiente como para conseguir otra cita.

Sara miró hacia el techo y esbozó una tímida sonrisa. En verdad era persuasivo.

—Está bien. ¡Vamos! Que mimado te tengo.

Fue Markus quien condujo hasta el piso de Sara. Con naturalidad le tendió la mano para pedir las llaves del coche, y le abrió la puerta para que ella se sentara en el asiento del copiloto.

—¿Conduces?

El vampiro sonrió.

—En los años setenta fui piloto de carreras, pero tuve que dejarlo porque empezaba a hacerme famoso... y no es bueno para mí llamar la atención.

—¡Eres una caja de sorpresas!

—No lo sabes bien...

Cuando se encontraron cómodamente sentados en el coche, Sara titubeó.

—Mmm, Mark...

—Dime.

—¿Por qué yo?

—Al principio porque eras como ella. No puedes imaginar hasta donde llega el parecido físico. Si viviera, pareceríais gemelas —dijo y aspiró una bocanada de aire para continuar—. Cuando te vi la primera vez me dio un vuelco el corazón. Y tu olor...uff, lo sentí a medio kilómetro de distancia. Como dije, eso fue al principio, ahora, no estoy seguro. Me atraes. Me tientas.

—Sabes que hablar así del olor corporal de alguien es horrible. Me haces sentir como si no me hubiera duchado en meses.

—No es lo que piensas, tu olor es increíble. Hueles flores, a muchas flores, a primavera, al primer sol de la mañana. Mmmm, eres muy dulce.

—¿Dices que te atraigo?

—Como las abejas a la miel. Me tienta saborearte. Mucho. Suelo fantasear con ello. ¿Te estoy asustando? Intento ser sincero contigo, pero debes confiar en mí, dije que no te morderé si tú no lo deseas y no lo haré. ¿De acuerdo? Además me haces sentir cosas que ni siquiera sabía que podía, y quiero seguir experimentando esas sensaciones. Me haces desear vivir y estoy encantado. Tranquila, puedo controlarme y te di mi palabra, ¿recuerdas? Si algo he aprendido en estos años es a mantener a raya mi lado oscuro. Eres especial y quiero disfrutar contigo. También deseo que quieras notar mis colmillos clavándose en tu cuello. No pongas esa cara... Será mejor que por ahora no hablemos más de esto. No quiero que vivas con miedo, ya te lo dije.

«Ahora mismo, no siento deseos de beber de nadie más. Te deseo Sara. Así de simple. Y hay algo más, algo que me cuesta reconocer. Lo hago como nunca he anhelado a otra... Deseo tocar tu piel, sentir tus labios, apretar mi cuerpo al



tuyo... No imaginas como me excita tu presencia, Sara».

—¿Puedo preguntar cómo ocurrió?

—Claro, Sara. Te dije que contestaría a tus preguntas y lo haré.

Y tras unos segundos para ordenar sus pensamientos prosiguió contando lo que había sido uno de los episodios más dolorosos de su existencia.

—Yo era un joven poeta que encontró como mecenas a una baronesa encantadora. Ignoraba que era vampira, ella pagaba mis facturas y yo le servía de distracción. Así de sencillo. Pero se encaprichó conmigo y pidió mi transformación a su hermano. Quiso que yo le acompañase por toda la eternidad. ¿Te imaginas? De la noche a la mañana verte convertido en un ser detestable. Yo exaltaba la vida y el amor en mis versos y me convertí en la misma muerte.

Aspiró con fuerza y su mirada se quedó suspendida, como si estuviera recordando.

—Lo negué hasta donde llegaron mis fuerzas, pero el ansia fue más fuerte y pudo conmigo. Era inexperto, no sabía controlar mis instintos, y maté. Helena fue la primera. Y tras ella vinieron unos cuantos años de desenfreno. No podía parar. Era una bestia y no pensaba, solo quería más. Menos mal que el destino me hizo cruzarme con otros de mi especie que no eran como María, y pude enderezar mi camino lo suficiente para no odiarme demasiado.

Tras esta confesión centró por unos segundos su mirada en ella y soltando el cambio de marchas tomó una de sus manos.

—Ahora tu aparición es una segunda oportunidad de hacerlo bien. Me preguntabas antes que por qué tú. De alguna manera no te elegí... lo hiciste tú al tener esa linda cara.

Markus aparcó el coche cerca de su casa. Paró el motor y antes de que Sara tocase la manivela para abrir la puerta del coche, ya estaba él abriéndola desde fuera.

—¡No hagas eso!

—¿El qué? ¿Qué hice? ¿Te molesta que te abra la puerta?

—No. Ahora la gente no hace esas cosas, pero creo que podría acostumbrarme. Me refiero a que tardes medio microsegundo en hacerlo. Estás allí y de repente estás aquí. ¿Es un truco mental o eres así de rápido?

Markus miró al cielo, sonrió y centrando su intensa mirada en ella tendió su mano para ayudarla a bajar del coche.

—¡Touché! —dijo llevándose la mano libre al pecho—. Lo siento. Intentaré comportarme de la manera más humana posible hasta que te acostumbres a mi naturaleza. Además tienes toda la razón, si alguien me viese se preguntaría que está pasando.

Sara apretó su mano y dijo:

—No estás frío.

—Eso es porque llevo todo el día tragando plasma sintético y eso mantiene mi temperatura casi normal. Si paso tiempo sin comer pierdo calor.

—¿Cada cuánto te alimentas?

—Depende, generalmente a diario. Pero no tomo mucho. En realidad puedo pasar varios días sin hacerlo, pero soy más difícil de controlar.

—¿Y escoges a cualquiera de la calle?

—Sara... Creo que por hoy ya tienes suficiente. Lo extraño es que no hayas entrado en shock. Voy a contártelo todo sobre mí, pero dejemos que vayas asimilando poco a poco toda la información, ¿de acuerdo?

Sara aspiró aire lentamente.

—Tienes razón. Es demasiado.

Caminaron hasta el portal y ella metió la llave en la cerradura, dio medio giro y la abrió.

Markus la sujetó por los hombros e hizo que se girase hasta que se

encontraron sus miradas. Con lentitud llevó ambas manos a los lados de su cara y bajó sus labios hasta encontrarse con los de ella. Fue un beso suave, ligero, como si las alas de una mariposa hubieran tocado su boca.

Se separó un poco sin soltarla y la miró tiernamente.

Sin mediar palabra volvió a besarla, pero esta vez no fue tierno, esta vez la besó con pasión. Bajó los brazos hasta su cintura y la apretó contra su pecho, mientras profundizaba en su boca. Sara pudo sentir sus desarrollados incisivos, pero como a él no parecían molestarle, ella decidió cerrar los ojos y no darle importancia.

Y de repente Markus dio un rápido giro, como una coreografía que combinase algunos pasos de baile, y la llevó con él hasta las sombras del zaguán. Separó su boca y la escondió entre su cabello mientras seguían abrazados.

El desagradable chasquido que acompañaba a la salida de sus colmillos sonó en el aire.

—Sara... —dijo. Y su voz sonó ronca y profunda.

Ella tembló ante su reacción.

—¿Markus? Estás...

—Sí. Lo estoy. No puedes imaginarte cómo me excitas.

—Markus... yo.

—Shhh. Todo va bien. No pasa nada. Estoy bien. Es solo que no quiero que me veas así. No otra vez, no ahora. En un día ya has tenido suficiente.

Ella temblaba entre sus brazos.

—Shhh, no pasa nada pequeña —musitó junto a su oído—. Todo va bien, pero será mejor que me marche.

Sus labios volvieron a posarse en su boca tímidamente, casi sin apenas rozarla y de repente, desapareció.

Y allí quedó Sara, abrazando la nada.

## Capítulo 8

Sara se sentó en la cama, abrazó la almohada y apoyó su espalda en el cabezal. Con la mirada perdida, cruzó sus piernas sobre el colchón y suspiró.

VAMPIROS.

Hasta hace pocas horas eran mitos de viejas y oscuras leyendas, o protagonistas de cine de ciencia ficción. Y por una de esas casualidades que a veces te juega el destino, ella había podido comprobar que eran reales.

Dios santo, estaba saliendo con uno de ellos.

Sin querer se había convertido en un espectador de primera fila, y por mucho que intentase asimilarlo le parecía del todo increíble y aterrador.

VAMPIROS.

Y aunque Markus era uno de ellos, se le hacía imposible pensar en él como un monstruo.

«Me ha mostrado sus sentimientos y contándome su secreto, ha demostrado ser honesto y sincero. Si hubiese querido podría haberme engañado y conseguir cualquier cosa que quisiera de mí. Sin embargo, no lo ha hecho. Siente odio, amor, deseo, pasión... como cualquier humano».

Su móvil estaba en la mesilla y vibró. Un mensaje.

Un mensaje de Markus.

«¿Estás bien?

No te hice daño. Al menos no físico.

Necesito hablar contigo mañana sin falta, quiero saber qué piensas de todo esto.

¿Alguna posibilidad de que nos veamos cuando termines de trabajar?

Por favor, di que sí...

Mark»

Buscó el número en la agenda del móvil y pulsó sobre el contacto para

llamarle. Aún no había dado un timbre de llamada y el vampiro ya había descolgado el teléfono.

—Hola —susurró.

—Hola Mark. Estaba despierta. ¿Tú... estás bien? Te marchaste tan de repente.

—¿Me preguntas si estoy bien? ¿Tú a mí? Pues claro que lo estoy. Un tanto acojonado pero bien.

Su voz sonaba un tanto prudente, como si tuviese miedo de decir más de lo estrictamente necesario.

—¿Acojonado? ¿De qué podrías tener miedo Mark? —preguntó Sara—. Pensé que los vampiros no se asustaban de nada.

—Te aseguro que si se asustan. Mi principal miedo ahora mismo es que me digas que no quieres volverme a ver.

—¿Por qué haría yo eso?

—¿No te he asustado?

—Me tienes «un tanto acojonada» —dijo Sara empleando la misma expresión que había usado él, lo que le hizo esbozar una tímida sonrisa—. Pero no has hecho nada que me haga salir corriendo.

—¿No? ¿Un beso con colmillos no te da miedo?

—Uf, pues si lo planteas así, sí. Pero supongo que depende de los colmillos de quien estemos hablando.

—Eso es cierto.

—Entonces no veo ningún motivo que me impida volver a verte.

—¿No?

—No.

Se escuchó un suspiro forzado al otro lado de la línea.

—Gracias.

—No me las des aún. Hoy no he tenido motivos para correr, quizá mañana

si los tenga.

—No seré yo quien te los dé. Eres valiente, Sara.

—No creas...

—Duerme bien, mi princesa. Debes estar agotada. Mañana pasaré a recogerte cuando termines de trabajar.

Sara sonrió.

—Toma nota, te daré la dirección.

—No será necesario. Sé dónde es.

—Mmm, creo que mañana me tienes que explicar algunas cosas.

—Lo sé, lo haré. Un beso, mi niña.

Y colgó.

Sara se quedó mirando el aparato y tras unos segundos lo dejó de nuevo sobre la mesilla de noche.

La cabeza le daba vueltas y por unos instantes pensó que debería llamarle y decirle que no quería volverle a ver en la vida, que era un monstruo, una abominación... pero no tenía fuerzas para ello.

Había visto sus enormes colmillos, sus manos transformadas en garras y creyó que no viviría para contarlo y, sin embargo, allí estaba, en su cama, pensando en la pasión que Mark le había demostrado con aquel beso.

«¿Es real? ¿De verdad esto está pasando?»

En que lío se estaba metiendo...

En la acera de enfrente, Markus guardaba su móvil mientras mantenía fija la mirada en las ventanas del primer piso.

Hoy había dado un paso gigantesco al contárselo todo y, aunque no tenía la guerra vencida, había superado aquella primera batalla.

Sentía tenue luz donde antes solo había oscuridad.

Animado por la pequeña conversación que habían mantenido, encaminó sus

pasos hacia su piso, contando las horas hasta su próximo encuentro.



## Capítulo 9

Cuando empujó la puerta del hall de la oficina y sintió el fresco aire de la primavera, lo primero que hizo fue mirar a ambos lados de la calle, buscándole.

Puntual, Markus la esperaba a la salida del trabajo. Estaba de pie, apoyado en un llamativo deportivo negro, con los brazos cruzados sobre su pecho. Vestía vaqueros desgastados y camiseta gris de manga larga. La pose sobre el vehículo en cualquier otro hubiera parecido un tanto estudiada, en él se veía totalmente natural.

Al verla sonrió sin mostrar los dientes, y la alegría en su cara llegó hasta aquellos ojos verdes de ciencia ficción.

—¡Guau! ¿Habéis visto eso? —dijo Sofía que señalaba con la cabeza la dirección del coche de Markus—. ¡Menudo espécimen! ¡Está tremendo!

—Sí, lo está —dijo Sara entre dientes.

—¡Nos está mirando! ¿Le conocéis? ¡Oh, Dios mío! ¡Está cañón!

La que ahora hablaba era Carmen, otra de sus compañeras de sección.

—Sí... —suspiró Sara enrojeciendo hasta las orejas.

Mark se separó del coche y caminó hacia ellas con pasos largos y cadenciosos que hicieron que otras féminas más apartadas también reparasen en su esbelta figura. En apenas unos segundos había acaparado la atención de todas las mujeres de la calle.

—Hola Sara —dijo con voz profunda—. ¿No vas a presentarme a tus compañeras?

Ella abrió la boca para contestar, pero no supo que decir y lo miró con ojos desvalidos. Ante su silencio él continuó.

—Me llamo Mark, soy amigo de Sara —dijo mientras cogía la mano de la chica más cercana y le estampaba un beso en cada mejilla.

La muchacha, sonrojada, se presentó:

—Yo soy Sofia. —Y con un leve tartamudeo añadió—: Trabajo con Sara en la oficina.

—Y yo soy Carmen —dijo su otra compañera mientras se abalanzaba sobre Markus y le plantaba un beso en los labios.

Él la miró de arriba abajo, pero su rostro no demostró sorpresa. Dio un paso atrás y cogiendo a Sara de la cintura les preguntó:

—Íbamos a tomar un café. ¿Os apetece?

—¡No! ¡No pueden! —interrumpió Sara con gesto nervioso—. Me estaban diciendo que tenían planes para esta tarde. Así que vamos a dejarlas que tienen asuntos urgentes que atender.

El vampiro se volvió hacia ella y la miró sorprendido, pero sin perder su aplomo añadió:

—Vaya, cuánto lo siento. Quizá en otra ocasión.

—Sí, eso. En otra ocasión. Ya las invitarás otro día.

Y antes de que nadie pudiera añadir nada más, Sara tomó la mano de Markus y tiró de él en dirección al coche.

Una vez dentro del vehículo el vampiro clavó sus ojos en ella y preguntó:

—¿Qué ha pasado ahí fuera?

—Las has oído, ¿verdad?

—Supongo que te refieres a los comentarios sobre mí cuando salían de la oficina.

—Sabes que sí.

—Sí, las he oído.

—Y has venido corriendo a coquetear con ellas.

—Sara, no he coqueteado. Son tus compañeras, solo intentaba ser amable.

—No puedes escoger a la próxima víctima entre ellas, ¿entendido?

Markus cerró los ojos y apretó con su mano derecha el pomo del cambio de

marchas. El ambiente en el coche bajó varios grados tras aquel comentario.

—Ah. Es «eso». Por un momento tuve la ilusión de que estabas algo celosa. No estaba pensado en «comerme» a ninguna, solo quería que vieran que no sales con un monstruo maleducado, pero parece ser que primero tendré que convencerte a ti de ello.

Sara trago saliva y se echó las manos a la cabeza.

—¡Mierda, Mark! No sé qué pensar. Te vi hablar con ellas y me encendí. Solo se me ocurrió que las habías hechizado con tus poderes, porque Carmen es una mosquita muerta y se lanzó a morderte la boca.

Markus estaba serio, observando todos y cada uno de los aspavientos que Sara hacía al hablar.

—Yo no tuve nada que ver en eso. Y ella solo me besó en los labios, morder la boca es otra cosa... Morder la boca es...

Y sin añadir nada más se inclinó sobre ella, puso la mano izquierda tras su cuello y la atrajo hacia sí. Se acercó despacio, sin dejar de mirarla, y le dio dulces y pequeños besos a su labio superior, cuando terminó con él, siguió haciendo lo mismo con el inferior para acabar mordisqueándolo con ternura.

Sara pudo notar el suave roce de sus caninos sobre la piel y eso la excitó sobremanera. Su enfado se evaporó en segundos y cuando Markus terminó aquel beso, frotando su boca suavemente sobre la suya y se separó unos centímetros de su rostro, ella sintió que su cuerpo se derretía entre sus brazos.

Él se quedó mirándola fijamente a los ojos. Ella los tenía abiertos como platos.

—Morder la boca es... esto. Lo suyo solo fue un «pico» —replicó con dulzura.

—¿Un pico? ¿Desde cuándo usas tú ese lenguaje?

—Los jóvenes de ahora lo llamáis así, ¿no?

—Sí.

—Entonces hay diferencia, ¿no?

—Sí. La hay.

«Vampiros-1, humanos 0», pensó Sara, mientras intentaba controlar la respiración y conseguir que su corazón bajase de los mil latidos por minuto.

Markus volvió a su asiento y la observó. Ella estaba nerviosa, se frotaba las manos y su pulso retumbaba acelerado. Con voz suave preguntó:

—Sara. ¿Tienes miedo?

—Sí. No. A ver... No tengo miedo de ti. Bueno, sí. Yo... he estado pensándolo y no creo que vayas a hacerme daño. Sé que eres peligroso, pero no creo que quieras deliberadamente herirme.

—Cierto —dijo él con cautela.

—Es solo que...

—¿Qué? Sara. Cuéntame.

—Ahora que sé lo que eres me siento extraña, ¿cómo debo tratarte? ¿He de llamarte señor o amo? Es una incógnita lo que piensas, y no sé qué quieres de mí, y yo...

—Estás balbuceando, Sara. Mírame —dijo Markus con aplomo—. Hazlo, por favor —insistió.

Sus miradas se encontraron.

—Tendrás que aprender a confiar. No soy tan distinto al resto de hombres que conoces. Con el tiempo averiguarás lo que quiero y lo que pienso, igual que yo contigo. Confía en tu instinto, Sara, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo. Lo haré, bueno, lo intentaré.

—Y no soy tu amo. ¡Santo Dios! ¿Cómo has llegado a pensar eso? —dijo mientras pellizcaba suavemente su mejilla—. Vamos. Tenemos mucho que ver, que contar, que compartir y después de este beso... se me ocurren muchas más cosas que quiero de ti.

Y bajó y ralentizó el tono de voz en la última frase, y sonó sexy como el

infierno.

Pasaron la tarde paseando por el Parque de la Alameda. Gruesas nubes grises amenazaban con lluvia, pero la temperatura era casi estival para ser solo mayo. Él la llevaba cogida de la cintura, «para que no puedas escaparte», le había dicho. Como si tuviera ella alguna posibilidad de correr sin que Mark la alcanzase. Y casi como si lo hubieran acordado, no volvieron a tocar el tema del vampirismo, aunque Sara no pudo evitar preguntarle por la Revolución Francesa y Napoleón, sobre la Guerra de Secesión o las guerras mundiales. Era increíble tener datos de primera mano sobre algunos momentos como esos de la Historia. Él era un buen narrador y ella lo escuchaba con atención.

Ya de regreso, Markus aparcó el coche casi en la misma puerta de su casa. Bajó, cerró suavemente y con paso cadencioso dio la vuelta hasta el lado del copiloto, con parsimonia y sin soltar la mirada de Sara. Cuando le ofreció su mano para ayudarla a salir, ella aplaudió.

—Pensé que te habrías olvidado.

—Por favor... ¿Yo? ¿Olvidar algo?

Esperó a que ella tomase su mano y Sara no pudo evitar sonreír.

Una vez que ella estuvo fuera del vehículo, él giró bruscamente la cabeza en dirección contraria, como si hubiera percibido algo. La miró y con angustia en los ojos dijo:

—No hay tiempo, un vampiro nómada viene hacia aquí. Te hablé de ellos ayer, ¿recuerdas? Pues no digas nada y sigue estas instrucciones al pie de la letra: eres mi víctima, te he sugestionado y te sientes muy atraída por mí, casi hasta el punto de no notar lo que ocurre alrededor. Sígueme la corriente y no tengas miedo. Sobre todo eso... si huele la mentira, captarás su atención y no

es lo que pretendo. Quiero que crea que eres solo alimento. ¿Lo has entendido? —preguntó con urgencia—. Responde. Es importante.

Sara tenía el corazón en la garganta, pero al fin consiguió articular un débil sí.

Markus la rodeó con sus brazos y la apretó contra su cuerpo. Ella cerró los ojos, dejó caer su cabeza contra el pecho del vampiro y, al hacerlo, su cabello le cubrió parte del rostro.

—Shhh, tranquila... sobre todo no demuestres miedo.

En tan solo unos segundos notó una segunda presencia..., fue como una ligera brisa que la envolvió, suave pero intensamente fría. Apretó sus ojos y notó que su corazón se desbocaba.

—Vaya, vaya, vaya, ¡a quién tenemos aquí! Pero si es Markus. ¡Cuánto tiempo! ¿Qué hace unos... treinta años?

Su fuerte acento francés delató su procedencia.

—¡Hola, Didier! ¡Exactamente treinta y dos!

—*Mon dieu*. ¡Siempre tan puntilloso!

—No puedo evitar contar los minutos si te echo de menos...

—Bueno, te veo estupendo y parece que te he pillado en pleno festín.  
¡Déjame ver!

El vampiro estiró el brazo para retirar el pelo de la cara de Sara. Ella notó el frío glacial de aquella mano que se acercaba y se tensó. Markus la tenía fuertemente sujeta y notó su nerviosismo. No tuvo más remedio que intervenir...

«Corría descalza por un verde prado, los rayos del sol calentaban su cuerpo. Era un niña... tenía diez años, llevaba un blanco vestido y una margarita cogida en el pelo... la sensación era de paz, de bienestar. Se relajó y dejó caer los brazos, su cuerpo era liviano, frágil, ligero... A lo lejos oía las

voces de dos hombres, parecían tensos pero no podía distinguir las palabras... daba igual, aquel sitio era maravilloso...».

—Pues sí que es bonita —dijo Didier—. Ay, Markus, siempre buscando el mismo tipo de chicas ¿eh? Eres un obseso. Hummm..., déjame probarla, no te preocupes, dejaré algo para ti. Será nuestro aperitivo.

La voz de Markus fue glacial.

—¡Busca tu propia comida y lárgate!

Un grupo de jóvenes apareció en la esquina, iban charlando y bromeando. Poco a poco se acercaron.

Didier los miró con enfado. «Testigos. Tendrá que ser en otro momento».

—Oh, Markus enfadado... —exclamó en voz alta—, eso sí es una novedad. Me voy, me voy. ¡Qué te aproveche! —dijo con sorna—. Pero...—y bajó la voz—, te libras porque no estamos solos, ahora que sé que estás en la ciudad volveremos a vernos. Te lo aseguro.

«Yo también lo espero», pensó Mark.

Se marchó tan rápido como había llegado, y al hacerlo Markus liberó a Sara, que empezó a bajar de su nube, llevándose las manos a la cabeza como si sintiera dolor...

—¿Qué ha pasado?

—¿Estás bien?

—¿Por qué has hecho eso? Me siento imbécil, yo flipando con pajaritos mientras tú hablabas con tu amigo. Os oía a lo lejos.

—Lo hice porque sentí tu miedo y no quería que te delatases... Y no es amigo mío, más bien todo lo contrario.

Miro a ambos lados de la calle y añadió:

—Subamos a tu casa. Si se ha quedado por aquí, quiero que piense que me estoy dando la gran fiesta a tu costa.

Una vez arriba, cuando estaban frente a la puerta, ella preguntó:

—¿He de invitarte a entrar?

—No. No es necesario, puedo entrar y salir de donde quiera.

—Otro mito pelicularo que se cae al infierno.

—Además... ya he estado aquí antes.

—¿Qué?

—Que ya he estado en tu casa.

—¿En mi casa? ¿Cómo que has estado en mi casa? ¿Cu... cuando?

—Entremos, no quiero discutir esto en la escalera.

Entraron y Sara dejó el abrigo y el bolso colgados en el perchero tras la puerta. Se giró y se enfrentó a él.

—¿Y bien?

—En realidad han sido dos veces. La primera en diciembre, fue un shock verte. Estabas en la calle, frente al coche, se te cayeron las llaves y yo me agaché contigo a recogerlas. Te seguí hasta aquí...

—¡Te recuerdo! ¡Ahora lo recuerdo! Saliste de la nada. ¿Y me seguiste? ¿Cómo entraste?

—Por la ventana del salón. Hay que reparar esa cerradura, solo es un primer piso, podría entrar cualquiera.

—¡Tu estuviste aquí! En mi casa. ¿Qué esperabas para contármelo?

—Lo haré si me dejas.

El semblante de Sara se iba avinagrando por segundos.

—Adelante. Te escucho.

—Pues te seguí. Sí, no me mires así. Me tentaste. Quería el sabor de tu sangre en mi boca pero... no sé, no lo hice. Te vi dormir, velé tu sueño... ¡Maldita sea! Me trajiste tantos recuerdos.

Mark suspiró al tiempo que empezaba a dar vueltas por la habitación, como un tigre enjaulado.



—Tuviste una pesadilla, te canté una nana. Te arropé y me marché. Nada más.

La mirada de ella era dura.

—Continúa. Dijiste que hubo una segunda vez.

—Tras cinco meses de apartarme de ti, te busqué, no quería, pero lo hice. El día que te abordé en la calle, ¿recuerdas? Te confundí con Helena, tomamos café... te acompañé hasta la plaza que hay a dos manzanas de aquí. Pues... cuando te dejé, vine a tu casa, entré por la misma ventana y te esperé.

—¿Estabas aquí cuando entré? —dijo casi en un grito.

—Sí.

—¿Me mandaste desde aquí el mensaje del móvil?

—Sí.

—¡Dios! Me siento estúpida.

Markus se plantó ante ella. Extendió sus brazos para alcanzarla pero al ver su expresión, cambió de opinión y dejó ambas manos muertas a los lados de su cuerpo.

—No tienes por qué. Me colgué por ti esa misma tarde. Necesitaba prolongarlo un poco más. Quería saberlo todo y estuve escondido un rato, pero al final me fui. Sara, si tuvieras la oportunidad, si para ti fuera posible llegar donde otros no llegan... dime: ¿qué habrías hecho?

Ella caminó con la mirada perdida por el cuarto, sin rumbo fijo, pero al final sus pasos se dirigieron a la ventana.

—Espera, no te acerques, no sabemos si el francés sigue aun merodeando por ahí.

—¿Estoy en peligro?

—No lo creo, pero me quedo más tranquilo si él no te ve como algo importante para mí. En circunstancias normales yo te habría llevado al dormitorio para tomar tu sangre y tú, debilitada, te quedarías en la cama hasta

mañana. Así que mejor que no te vea en la ventana. En unos minutos me iré. Lo haré sin esconderme mucho, para que, si está, me siga de regreso a casa. Más tarde volveré y seguiremos hablando sobre esto. No quiero dejarte enfadada.

—¿Crees que no tengo motivos?

—Sí y no. Me conoces Sara. Podría no haberte contado nada de esto, pero sabes de sobra que no quiero mentiras entre nosotros.

—Está bien —dijo ella, y con cierta sorna añadió—: ¿No necesitas llaves, verdad?

—Sara... Preferiría entrar por la puerta.

—Pues llama, como haría cualquiera —protestó, claramente enfadada.

—Sara...

—¿Qué quieres que diga Mark? Me siento como un títere.

—Sabes de lo que soy capaz... Me estoy comportando lo mejor que sé.

Sara suspiró, eso era cierto. Él se estaba comportando como todo un caballero, estaba siendo honesto y sincero.

—¿Me esperarás luego? —preguntó.

—Sí.

—Llámame si detectas cualquier cosa. Estaré aquí antes de que te des cuenta.

A pesar de su rendición, estaba enfurruñada.

Markus fue hasta ella para despedirse, pero solo llegó a retirar un mechón de pelo que le caía en su cara. Con suavidad se lo puso tras la oreja.

—No tardaré.

Y desapareció.

Una hora más tarde sonó el timbre de la puerta. Sara estaba sentada en el sofá. Aún llevaba la ropa con la que había llegado a casa y al oír la llamada se levantó y fue hasta el intercomunicador.

—¿Quién es?

—Sara, soy yo. Abre.

Pulsó el botón, se echó atrás un par de pasos y esperó.

De dos en dos Mark subió los escalones y se plantó en un suspiro frente a la puerta.

—¿Sara?

Tras la puerta oyó su voz.

—Muéstrame como lo haces. Quiero ver cómo eres capaz de entrar a mi casa.

—¿Quieres que eche la puerta abajo?

—¡Demonios, no! Abriste la ventana, ¿no puedes con la puerta?

—Las cerraduras no se me dan tan bien. Abre por favor.

Oyó como ella se acercaba despacio y asía la manivela. Tenía las llaves puestas por dentro y las giró en la cerradura antes de accionar la palanca.

—Adelante.

—Gracias. ¿Sigues enfadada?

—¿Serviría de algo?

—No. Eres muy pragmática. ¿Lo sabías?

—Tomaré eso como un cumplido.

—Sara...

—¿Te han seguido?

—No.

—Dime como entraste.

—¡Cabezota! —suspiró—. En fin... La ventana izquierda de tu salón tiene la manivela algo floja y es fácil moverla. Ven.

Se pusieron los dos frente a la ventana y Sara lo miró. Él tocó el cierre y dijo:

—¿Ves? Tiene holgura. Mira ahora.

Y ante sus asombrados ojos la manivela se giró sin que nadie la tocara. Cuando alcanzó la posición vertical la hoja de cristal se abrió lentamente.

—Así entré.

—Pero, ¿es un primer piso!

—¿Crees que eso puede detenerme?

—Ya veo que no.

Markus cerró la ventana de forma manual y corrió las cortinas.

Ella le miró con seriedad y preguntó:

—¿Cuántos conejos más tienes en la chistera?

—Supongo que más de los que puedas llegar a pensar.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Se me ocurren unas cuantas cosas... —dijo levantando una ceja y mostrando una media sonrisa sin enseñar los colmillos.

—¡Mark! —casi gritó Sara.

—Intento deshacer la capa de hielo que se ha forjado entre nosotros. Mira, si quisiera hacerte algo malo, te aseguro que nada ni nadie podría detenerme.

Sara resopló.

—Mientras estabas despistando a Didier estuve pensando en algo. Cuando estuviste aquí la primera vez yo tuve un sueño en el que aparecías. No le di importancia en ese momento, pero ahora que sé que estuviste aquí y que no eres un hombre normal, empieza a cobrar sentido. ¿Tuviste algo que ver en ello?

—No lo sé, Sara. Me siento más conectado a ti que a cualquier otro humano. Quizá el sueño fue culpa mía y lo proyecté yo... quizá tú y yo estamos aquí por un capricho del destino... Realmente, no lo sé.

Sara le observó. Markus no estaba tan calmado como era habitual en él. No es que pareciera nervioso o asustado, más bien estaba tenso, expectante.

—Cambiando de tema. ¿Quién es él? Ese que tu llamas, «el francés».

—Su nombre es Didier. María siempre fue caprichosa y como mi incorporación a «la familia» no salió del todo como ella quería, tomó a Didier y lo transformó directamente sin el consentimiento del Consejo. Tuvo algunos problemas por ello, pero la baronesa tiene muchos contactos. Su hermano, «mi padre», es un purasangre bastante poderoso.

Por otro lado, a mí me vino muy bien, pude librarme de ella y sus estúpidos caprichos, pero Didier siempre ha pensado que sigo teniendo cierto poder sobre los sentimientos de María y me siente como su rival a batir. Por cierto, el sentimiento es mutuo, no nos queremos mucho, que digamos, por eso no quería que él viera que para mí eres importante. Siempre ha intentado destruir aquello que yo he querido o tenido.

—Y entonces yo...

—Si te toca un pelo, lo mataré.

Sara abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. Suspiró y se dejó caer en el sofá.

—¿Pasarás aquí la noche?

—Si no te importa, sí. ¿Te da miedo que me quede?

—No. No te tengo miedo.

—¿No? Pues deberías.

—Mientras estabas fuera he pensado sobre eso y a pesar de lo que eres, veo que actúas igual que otros hombres. Cuando te miro no veo al vampiro, no veo al monstruo. Veo al hombre. Sientes, sueñas y actúas igual que otros.

Markus se sentó a su lado y la rodeó con sus brazos.

—Gracias. No te imaginas lo que significa para mí oírte decir eso. Cuidaré de ti, Sara. No permitiré que ese animal te haga daño.

—Lo sé. No puedo imaginar que te mueve a ello, pero sé que lo harás.

Con la punta de los dedos le empujó la barbilla para obligarla a mirarle.

—¿No te lo imaginas? ¿De verdad que no?

Y la besó. Al principio suavemente, con miedo, pero cuando ella le correspondió, la atrajo hacia sí con fuerza y desató su pasión. Por un momento los miedos, los recelos, la angustia desaparecieron y estuvieron solos los dos.

Cuando terminaron el beso, Sara se separó unos centímetros y le miró.

—¿No te transformas?

—A duras penas consigo controlarme.

—Es raro verte «todo vampírico», pero no pasa nada si tienes que hacerlo. Se tú mismo. Tendré que acostumbrarme.

Intentó que sus palabras sonaran serenas y casi lo consiguió, pero su corazón retumbaba a una velocidad de infarto y un sudor frío perlaba su frente.

Markus esbozó una tímida sonrisa.

—No hablas en serio. A ver, Sara, el miedo se huele, puedo notarlo. Quizá con el tiempo pueda transformarme delante de ti sin que eso te asuste, pero por ahora intentaré contenerme. No quiero que salgas corriendo.

—No voy a correr, Mark. Sé que no llegaría muy lejos.

—Sara, si huyeras de mí no te detendría.

—No voy a correr —dijo reafirmandose.

—¿Estás segura? ¿Quieres comprobarlo?

Sara afirmó con la cabeza y él le cubrió las mejillas con ambas manos y acercó su rostro hasta que casi sus narices se rozaron. Cerró los ojos, aspiró profundamente y se concentró.

Al abrirlos, aquellos preciosos ojos verde esmeralda, se habían convertido en dos bolas negras de obsidiana.

Sara aspiró aire atropelladamente, pero se mantuvo firme y no intentó escapar de su agarre. Las puntas afiladas de unos colmillos asomaron bajo el labio superior y sus manos se convirtieron en dos barras de acero que sujetaban firmemente su cara.

—¿Y ahora?

Ella tragó saliva y se hizo hacia atrás. Él no la detuvo pero avanzó hasta recortar la distancia conseguida.

—El miedo me excita Sara. No huyas.

—Tu... tu voz suena diferente. Más profunda. No debe ser fácil hablar con unos caninos tan grandes.

La voz de Sara temblaba y su respiración tomó un ritmo más rápido.

—Y que lo digas —contestó Markus—. El primer año ceceaba cada vez que me transformaba. Te imaginas a un «poderoso vampiro» diciendo: «Zoy Markus y ¡he venido a zcarte la zangre!»

—¡No puede ser verdad! —dijo Sara sorprendida. Y en sus labios se dibujó una tímida sonrisa.

—No. No lo es, pero necesitaba hacerte reír.

Y tras decir esto volvió a besarla, aunque más que un beso, fue una caricia. Cerró los ojos y frotó su mejilla contra la de ella, hundiendo la nariz en su pelo.

—Sara...

Sus manos bajaron a sus hombros y la reclinó sobre el brazo del sofá. Se fue deslizando hasta quedar a su altura, pasó un brazo por debajo de su cuerpo, abrazándola, mientras que la otra mano vagabundeaba por su cabello.

—¿Todavía no imaginas por qué quiero cuidar de ti? ¿Aún no lo ves?

Sara cerró sus ojos y se acercó para devolverle el beso.

Él se tensó.

—Ten cuidado. Son afilados y no quiero herirte.

—Lo tendré.

Temblaba, pero se acercó a su boca y le besó tímidamente. Tocó uno de sus colmillos con el dedo índice y después lo acarició con sus labios.

Mark jadeó.

—Sara. Me matas.

La sujetó por la nuca y la besó con sumo cuidado.

Ella apretó contra él sus caderas, su cuerpo ardía. Con la respiración entrecortada murmuró:

—Mark...

—Me gusta como pronuncias mi nombre.

Ella sonrió antes de repetir:

—Mark...

—Deja que te lleve a la cama y haré que olvides hasta tu nombre.

Sara solo pudo asentir, su cerebro se deshacía y su cuerpo tenía voluntad propia.

Markus se levantó atropelladamente del sofá, tenía los nervios a flor de piel. La tomó entre sus brazos, ligera como una pluma, y la llevó hasta el dormitorio.

Cuando llegaron junto a la cama, la dejó suavemente de pie en el suelo, acariciando el contorno de su cuerpo mientras bajaba sus manos.

—Dame un minuto. —tartamudeó ella, y salió, casi corriendo, en dirección al baño.

A su vuelta, le mostraba un sobrecito precintado que llevaba entre los dedos. Cuando lo vio, Mark dijo:

—No nos hace falta, no soy fértil y tampoco te transmitiré ninguna enfermedad, aunque... puede ser divertido ver cómo me lo pones.

La miró con dulzura y añadió:

—Déjalo. Ven.

—¡Vuelves a ser tú! —dijo ella con cierta sorpresa en su voz.

—Me ha costado horrores, no creas, pero quiero besarte como es debido. Puede que mi lado oscuro vuelva, pero necesito disfrutarte mientras tanto. Me vuelves loco.



De pie, junto a ella, comenzó a desabrocharle los botones de la camisa. Despacio, muy despacio, sin dejar de mirarla a los ojos. Cuando la prenda cayó al suelo, puso sus manos bajo los pechos, los empujó hacia arriba y besó uno y otro con ternura, por encima de la tela del sujetador. Sus dedos recorrieron la tersa piel de su abdomen hasta el ombligo y después rodearon su cintura hasta llegar a su espalda, donde recorrieron la columna para buscar el cierre de la prenda.

Lo desabrochó y la acarició desde el cuello hasta la cintura. Terminó de quitárselo y suspiró.

—No imaginas la de veces que he deseado esto. Todos los momentos en los que he fantaseado estar contigo, como ahora.

La tumbó sobre la cama y continuó desnudándola.

Ella intentó levantarle la camiseta, pero él la detuvo sujetándola por las muñecas. Besó su cuello y le hizo subir los brazos por encima de la cabeza. Esos dedos largos y fuertes eran una tortura. Sin descanso, recorrían todos y cada uno de los rincones de su cuerpo, haciéndola vibrar con un solo roce, con una sola caricia.

—No los muevas de ahí o te ataré.

—Pero yo quiero tocarte —dijo ella, poniendo la voz caprichosa de una niña pequeña.

—Shhh. Después. Primero necesito verte.

Terminó de desnudarla y se paró unos segundos a admirarla. Su blanca piel, suave como la seda, sus hermosos pechos, su vientre plano....

Markus comenzó a quitarse la ropa despacio, sin dejar ni un solo momento de mirarla a los ojos. Al terminar se tumbó a su lado, apenas rozándola. Piel contra piel.

Ella temblaba.

—No me tortures por favor. Necesito tocarte.

—Puedo sentir tu necesidad. ¿Qué es lo que deseas Sara? —dijo mientras con las yemas de sus dedos dibujaba el óvalo de su cara.

—Mi piel duele por tenerte.

Con una sonrisa capaz de fundir el infierno respondió:

—Soy tuyo, pequeña, todo tuyo.

El corazón de Sara se hizo una bola que atascó su garganta, y no tuvo más remedio que cerrar los ojos e intentar relajarse. Cuando lo consiguió, expulsó todo el aire que había acumulado. Tímidamente llevó las manos hasta a sus hombros, recorrió con caricias su espalda y acabó llegando a sus nalgas. Se apretó contra él y frotó su rostro en su mejilla.

Se separó un poco y le miró.

Sus ojos estaban cerrados, su cabeza echada hacia atrás, conteniéndose. Su cuerpo era como mármol esculpido, cada músculo, cada curva era perfecta. Sintió su dureza contra su estómago y se restregó contra él como un animal en celo, mientras su garganta emitía un dulce ronroneo.

—Mi turno —replicó el vampiro.

Comenzó besando su cara, su cuello, sus hombros.

Reptó por el cuerpo de Sara, bajando despacio hasta lamer sus senos y su estómago, mientras que sus manos y labios iban dejando un rastro de calor sobre la piel.

Sus dedos se deslizaron entre sus piernas y acariciaron la parte interna de sus muslos, mientras que Sara se quedaba sin aliento.

—¿Qué...?

—Shhh. Quiero tu sabor en mi boca.

Recorrió con sus labios todo lo largo de la sensible piel y la garganta de Sara expulsó un jadeo y se aferró a las sábanas con sus manos mientras Mark la saboreaba lentamente.

Pese a sus súplicas, el dulce tormento no cesó. Markus subió hasta su rostro

trazando un camino de besos por todo su cuerpo, hasta que llegó a su boca y, tras un beso lento, la miró fijamente, con aquellos ojos verdes que cada vez parecían más irreales. Con parsimonia, fue colocándose despacio entre sus piernas, presionando sin entrar.

Ella cerró los ojos y susurró:

—Por favor. No pares ahora.

—No podría aunque quisiera, Sara.

—Pues hazlo. Ya.

Tras la orden, la penetró despacio, muy despacio, sin dejar de mirarla, atento al observar sus reacciones. Temía descontrolarse y lastimarla.

En la cara de Markus se reflejaba tormento, ternura y necesidad.

—He deseado esto desde la primera vez que te vi —suspiró con ronquera en la voz.

Comenzó a mover sus caderas lentamente, con sumo cuidado, y entrelazando sus dedos, poco a poco fueron tomando un ritmo apropiado para ambos, sincronizándose hasta que se unieron en un solo cuerpo, como si fueran dos piezas metálicas que se hubieran soldado. Ella gimió, y repitió una y otra vez su nombre entre jadeos hasta llegar al climax.

Al sentir su orgasmo, Markus se sumergió en un último asalto y colapsó, abrazándose a ella mientras convulsionaba. Entre besos, la hizo girar hasta que quedaron uno frente al otro en la cama. Permanecieron así, inmóviles, durante algunos segundos, hasta que la respiración de Sara comenzó a normalizarse y mientras ella recuperaba el aliento, el vampiro acariciaba su mejilla con delicadeza al tiempo que murmuraba lo hermosa que era.

Con desgana, Markus se levantó para ir al baño, pero cuando estaba ya en la puerta de la habitación, volvió a la cama para besarle las mejillas y las sienes, murmurando palabras en francés que Sara no comprendió, aunque que sonaron como hermosas promesas.

Tras un beso apasionado, caminó de nuevo hasta la puerta mientras la mirada de Sara se perdía en sus curvas perfectas.

Volvió a los pocos segundos con una toalla humedecida entre las manos que utilizó para lavar a Sara con sutileza, como si fuera un recién nacido, besando cada centímetro de su suave piel.

—No me has mordido —soltó ella, mientras le miraba a los ojos.

—No me lo pediste.

—Creí que los vampiros teníais que morder para hacerlo.

—Ya ves que no. Fuiste muy clara diciéndome que te parecía una abominación. Así que, nada de mordiscos, nada de sangre... por ahora. Y otra cosa... no creas todo lo que ves en las películas.

—Ha sido increíble.

—¿Ha sido? No hables en pasado, todavía no he terminado contigo, pequeña —dijo besando su garganta—. Queda mucha noche por delante y yo... duermo muy poco.

Cuando Sara despertó a la mañana siguiente estaba sola en la cama. Desde la cocina, le llegó el olor de café recién hecho.

—¡Buenos días! —oyó decir a Markus.

—¿Cómo sabes que estoy despierta? Desde ahí no puedes verme.

—Pero puedo oírte, mi niña. Y el ritmo de tu respiración ha cambiado.

Markus, apareció en el umbral con una bandeja en la que traía una taza humeante de café con leche y un plato con galletas.

—Sé cómo tomas el café, pero ignoro qué prefieres para desayunar. Investigando en la cocina encontré galletas. ¿Está bien?

—Está perfecto.

—Pues adelante. Voy a prepararte el baño, te espero allí.

—Me está malcriando —dijo Sara en voz baja cuando él salió por la puerta.

—Te he oído —replicó el vampiro.

—¡Maldición! —contestó Sara mientras esbozaba una gran sonrisa.

«Qué gran manera de despertar» pensó, «aunque lo peor de todo, es que a esto es demasiado fácil acostumbrarse».

Cuando Sara entró en el lavabo al terminarse su café, él la esperaba desnudo y rodeado de espuma, en el interior de la bañera.

—¿El baño no era para mí?

—Lo es. Estoy aquí exclusivamente para enjabonarte la espalda, pero se hace mucho mejor desde dentro que desde fuera. Vamos, ven. La temperatura es perfecta.

Ella se quitó la bata y sintió un poco de vergüenza. No era lo mismo estar desnuda frente a un hombre magnífico en la penumbra nocturna del dormitorio, que a plena luz del día, aunque la persiana estuviera casi cerrada y la luz entrara tímidamente.

Markus se incorporó un poco, tendiéndole la mano.

—Ten cuidado, no vayas a resbalar. Y no te sofoques, eres más hermosa aún de día.

Ella cogió su mano y entró sentándose frente a él.

—Ponte de espaldas a mí. Esto es un poco estrecho, pero nos apañaremos.

En los minutos siguientes la enjabonaron, le lavaron el pelo, la enjuagaron y mimaron tratándola como a una princesa.

—¡Lista!

—¿Y ahora?

La mirada socarrona de él lo dijo todo, aun así añadió:

—Ahora seguiremos donde lo dejamos anoche...

## Capítulo 10

Sara salió de la oficina después de un lunes infernal, con un jefe histérico y el timbre del teléfono aun resonando en su cabeza.

Tenía unas ganas locas de llegar a casa y llamar a Mark.

Mark. Menudo fin de semana, todavía estaba en una nube.

La noche del viernes había sido... había sido... No podía encontrar las palabras. Nunca nadie la había hecho sentir igual.

No es que ella hubiera tenido demasiadas experiencias, un par de novietes de unos pocos meses, y una noche loca después de una fiesta de la que salió algo bebida, así que tampoco podía hacer grandes comparaciones, pero nunca hubiera imaginado que pudiera ser así.

Mark le había hecho subir el Kilimanjaro, una docena de veces.

¡Dios! Había hecho el amor con un vampiro y no solo una vez. Qué locura.

El sábado, tras dormir buena parte de la mañana, lo pasaron juntos en casa, entre risas y mimos. Después de cenar, él le había dicho que esa noche era solo para ella ya que necesitaba sangre para estar de nuevo al cien por cien, y solo con sus manos y su boca la había llevado a alcanzar el éxtasis más salvaje.

Si ella hubiera sido más lanzada... A una milésima estuvo de decirle que tomase de su cuello, pero no se atrevió.

Ahora se sentía egoísta por no haberlo hecho.

El domingo durmió casi todo el día y al despertar se encontró tumbada sobre Mark en el sofá, mientras él veía la televisión más pálido que nunca. Ante sus preguntas, trató de tranquilizarla sobre su estado y con palabras dulces y caricias se despidió.

—Llámame mañana, mi niña —le había susurrado mientras sus ya fríos labios rozaban su oído.

Estaba deseando llegar y escuchar de nuevo su voz de seda...

Tan ensimismada estaba en sus pensamientos, que la primera vez no oyó que alguien llamaba su atención.

—¡Estos humanos!

Sara se paró en seco. Se giró y se quedó mirando al hombre. Alto, delgado, con una media melena oscura y rizada y rasgos muy definidos. Su cara...

No, su cara no le dijo nada. Fue su voz y un marcado acento francés lo que le delató: «¡Didier!».

Se quedó helada.

—*Bonjour, ma chérie!* No deberías ir tan distraída por la calle, alguien podría atropellarte.

—¿Perdone? Creo que no le conozco.

—Mmm. Yo creo que sí. Tu nerviosismo te delata.

Se acercó a ella y giró a su alrededor como un tiburón.

—Y hueles a él —añadió.

El mundo se ralentizó a su alrededor. Su corazón comenzó a bombear con fuerza y, como si estuviera en una escena de una película de cine, Sara fue consciente de la gente que pasaba a su lado por la acera y de los coches que estaban parados en el semáforo. Todo ocurría como si ella fuese un espectador.

Sus manos comenzaron a temblar. «Sara, tranquilízate. Estás en plena calle y aquí no puede atacarte»

Respiró hondo y abrió su bolso. Cogería su móvil y llamaría a Mark. Él sabría que debía hacer y seguro que vendría a buscarla.

—¿Buscas esto? —Didier sostenía su teléfono en alto—. Te lo quité del bolso mientras esperabas para cruzar por el semáforo. Los humanos sois tan fáciles, tan predecibles... Ha sido una suerte encontrarte, buscaba un aperitivo y te vi. Es fantástico.

—Hay gente por todas partes, usted no puede atacarme aquí.

—Mmm, *ma chérie*, creo que disfrutaré siguiéndote hasta arrinconarte en algún lugar discreto y apartado. ¿No te ha dicho Markus que la caza nos excita? —dijo alzando las cejas—. Tomar tu mente sería demasiado fácil —añadió—, prefiero hacerlo sin trucos. Además quiero que seas consciente de TODO.

Sara miró a su alrededor, como si esperase encontrar a alguna tabla de salvación. «Nerviosa, no te pongas nerviosa. Piensa, piensa».

El vampiro se dio cuenta de su reacción.

—Markus no sabe que estás aquí, ¿eh? *Très bien*. Mejor que mejor. Le mandaré una foto nuestra desde el móvil, mientras dreño tu cuello. *D'abord!* ¿Qué dirección vas a tomar? Mmm, hagámoslo más divertido, *ma chérie*, me taparé los ojos y contaré hasta diez.

Sara se había quedado petrificada. ¿Qué podía hacer? Tenía que estar con gente hasta que pensase algo.

—*Un!* Y abrió los dedos de su mano, para dejar ver uno de sus ojos verdes... *Deux!*

Sara tomó camino calle abajo y decidida, se dirigió a la cafetería donde había conocido a Mark. «Si me echa de menos quizá piense que estoy en un apuro, quizá me busque... ¡Dios! Que me eche de menos».

Las lágrimas llegaron a sus ojos. «Mark, ¡por favor!»

Abrió la puerta de la cafetería y se sentó en una mesa junto al gran ventanal. La zona estaba llena de oficinas y comercios y mucha gente que terminaba su turno quedaba allí para tomar café. Al menos no estaría sola.

—¡Eres sorprendente, *ma petite!* Comenzamos una cacería y tú te sientas a tomar un café —negó moviendo su cabeza. —Puedo sentarme, ¿verdad? Así podremos «conocernos» mejor.



Markus miró la hora en su reloj de pulsera. «Qué raro», pensó, «hace más de una hora que Sara ha salido del trabajo... Mierda, si hubiera tomado su sangre ahora sabría si ella está bien y podría rastrearla».

Tecléo su número y esperó.

A pocas manzanas de donde Mark se encontraba, Didier y Sara estaban sentados frente a frente, separados tan solo por una pequeña mesa y dos tazas de café.

—Uy, esta cosita que vibra es tu móvil... A ver, a ver, pero si es Mark.

*Bonsoir, mon ami!*

—¿Dónde está ella?

—Amigo, no te preocupes, ella está ahora conmigo. Estamos, cómo se dice... ¿intimando?

—Si le haces daño yo...

—¿Tu qué? Ja, ja, ja —se carcajeó pronunciando todas y cada una de las sílabas con cierto desprecio—. Siempre Markus, el honorable. *Le champion* de las damiselas indefensas. Pues a esta no vas a poder protegerla, ahora es «MÍA». Mmmm, hasta estoy pensando en vincularla a mí... Eso te gustaría, ¿no?

—¡No puedes vincularla, Didier!, el Consejo no te permitirá tomar a nadie sin su consentimiento.

—El Consejo, el Consejo... menuda pandilla de inútiles. Le quitan a uno la diversión. Qué ingenuo eres Markus, si tomo su mente, ella dirá sí a todo lo que yo le pida. Mírala, estás haciendo que llore. Pobrecita, *ma chérie*...

Y estiró su gélida mano para acariciar su rostro.

—No te atrevas a tocarla.

Didier se carcajeó y su risa sonó como miles de cristales rotos.

—¿Y cómo me lo vas a impedir? —preguntó con diversión.

—¿Crees que no puedo?

Y esta vez la voz de Markus no sonó a través del móvil, sino a dos pasos a su espalda.

—Vaya, vaya... —replicó sorprendido el francés, mientras se giraba para encarar al vampiro—. ¿Habéis intercambiado sangre? Si no, no veo la forma de que la hayas encontrado tan rápido.

—Ya ves, ¡nunca dejaré de sorprenderte!

Mark se acercó despacio a la mesa, dejó un billete sobre ella para pagar los cafés y le tendió una mano a Sara.

—Vamos.

Ella se levantó temblando, tenía los ojos enrojecidos por el llanto y se encontraba al borde de un ataque de nervios. Mark la acunó entre sus brazos, arrancó el móvil de los dedos del vampiro y sin dejar de mirarle, la sacó de allí.

—¿Estás bien? —le preguntó cuándo se encontraron en la calle.

—¿Cómo me has encontrado?

—Salí de mi casa preocupado porque no llamabas y fue una suerte que estuviese cerca de aquí. Cuando él descolgó, reconocí la voz de la camarera que tomaba nota en otra mesa.

—Sabes... ahora mismo no imaginas cómo me alegro de que seas un vampiro y tengas ese oído tan, tan fino.

—Sara, esto es por mi culpa. No deberías haberte visto envuelta en todo esto, yo no debería haberte abordado aquel día, tendría que haber dado media vuelta y dejar que siguieras tu vida pero... no pude alejarme. En fin, dejémonos de lamentaciones, no nos llevan a ninguna parte. Ahora quiero que te tranquilices, vamos a ir a mi casa y allí decidiremos que hacer. Te mantendré a salvo, mi niña.

—Mark, no cambio por nada el haberte conocido. Lo digo en serio.

—Cuando te des cuenta del lío en que te he metido, no pensarás igual

—dijo con amargura.

Caminaron hasta el ático en silencio, con Sara aferrada a él, como un náufrago a un salvavidas. Solo cuando llegaron al ascensor, Mark se relajó un poco y comenzó a besarle la frente y a susurrarle palabras dulces en francés.

Mientras abría la puerta ella le dijo:

—No he entendido nada de lo que has dicho.

—No es necesario. Solo pretendía tranquilizarte. No quiero que te derrumbes ahora.

—Puedo... ¿puedo preguntarte algo?

—Claro, dime.

—Didier dijo algo sobre... vinculación. ¿Qué es eso? ¿Iba a transformarme en algo así como una esclava?

Markus la miro de soslayo, le cogió la mano y la llevó con él hasta el gran sofá.

—Ven, siéntate.

Cuando se encontraron sentados frente a frente, Markus tomó aire. Lo que tenía que contarle a Sara no le iba a gustar.

—Desde la antigüedad, los vampiros hemos necesitado de la ayuda de los humanos para sobrevivir ya que de día somos vulnerables. Solo en este siglo, con la aparición de alarmas y empresas de seguridad hemos ganado independencia, pero antiguamente necesitábamos a un sirviente humano para superar la franja diurna.

Lo que llamamos «vinculación» —continuó—, es una manera de atar a ese humano a ti y tenerle a tu servicio sin condiciones. El ritual da ciertos poderes al humano y le une al vampiro hasta la muerte de este. A los humanos vinculados se les llama siervos, pero no es un término literal, algunos son tratados como esclavos, otros no, todo depende del Sire. Desde hace un par de

siglos, el Consejo, una especie de reunión de ancianos, decidió que las vinculaciones no debían ser impuestas.

La cara de Sara era un poema. Sentía el miedo a flor de piel. Había estado con un monstruo que quería algo peor que matarla, quería hacerla su esclava por toda la eternidad.

—Si las dos partes no llegan a un acuerdo —prosiguió Mark—, la convivencia puede ser insufrible, pues dependen, en cierto modo, el uno del otro, y están atados hasta la muerte real del vampiro. Lo que puede ser mucho, mucho tiempo. Didier podría vincularte, si toma tu mente, pero no podría hacer durar tu sumisión para siempre y créeme, él no te trataría amablemente.

—¿Tú estás vinculado a alguien? —preguntó la muchacha con voz trémula.

—No. No he sentido la necesidad de atarme a nadie.

Sara tragó una bocanada de aire y exclamó:

—Creo que lo entiendo.... Es algo así como Renfield y Drácula.

—No necesariamente, aunque podría darse el caso.

—Es genial —murmuró con voz estrangulada—, tengo a un animal tras de mí que no se decide entre dejarme seca o convertirme en una Barbie sin cerebro. Creo que cuando se me baje el subidón de adrenalina voy a estar llorando un mes.

—Para, para... Nadie va a dejarte seca, ni tampoco van a convertirte en una zombi. Sara, no dejaré que te haga daño.

—¿Y cómo vas a conseguir eso? No puedo pegarme a ti indefinidamente. No puedes ser mi guardaespaldas las veinticuatro horas del día. Tienes tu vida.

—Básicamente hay varias formas de impedir que te tome.

—¿Cuáles?

—Así de golpe se me ocurren tres: acabar con él, ser una de nosotros... o ser de otro vampiro. Uno. Matarle no es fácil, yo no soy hábil con las armas,

siempre he preferido las palabras, pero podría contratar a alguien que lo hiciera por mí. La parte negativa es que está prohibido y si me pillan el castigo es la muerte, la muerte real.

Dos. Si te conviertes... las vampiresas son independientes, tratadas como iguales. Y tres, por último, si eres de otro, él no puede tocarte. La propiedad privada es muy importante para nosotros.

—Genial. Absolutamente genial. O te castigan por su muerte, o dejo de ser humana... o me convierto en esclava.

—Te dije que cuando lo entendieras me odiarías por ello.

—Mark no te odio, solo soy un daño colateral en vuestra historia. De momento, mi cabeza no puede asimilar todo esto. Es demasiado.

—Acabo de darme cuenta de que hay otra opción —dijo mirándola fijamente a los ojos.

—No sé por qué me da la impresión de que esa tampoco me va a gustar.

—Puedo retarle.

—¿Retarle?

—Si yo desease también vincularte, no estaría mal visto que luchase con Didier. Verás. El Consejo no aprueba que luchemos entre nosotros, ni mucho menos que no matemos, pero si él acepta el reto, y créeme, lo hará, no podrán negarse.

—Pero, ¿por qué? Tienes más que perder que ganar.

—Yo no diría eso. Al fin y al cabo tú eres el premio, y estoy dispuesto a asumir los riesgos.

—No puedo pedirte que te conviertas en mi protector.

—No me lo estás pidiendo, soy yo quien se ha ofrecido.

—Y si pierdes...

—Pides la protección del Consejo para que Didier no te vincule bajo coacción.

—¡No! ¡No puedes! ¡No puedo! Tú mismo dijiste que no eres un experto en armas. No permitiré que te batas en duelo con él.

—Pues vincúlate a mí ahora mismo y asunto solucionado.

—¿Qué? —Los ojos de Sara se abrieron desmesuradamente—. No estoy preparada para eso, no creo que pueda beber sangre humana, ni vivir pensando que te sacrificaste, para mantenerme con vida.

Markus se acercó a ella y le sujetó la cara entre las manos.

—Sara. Los «siervos» no beben sangre para subsistir. Son humanos y se comportan como tales. Sus sentidos se amplifican, vista, oído, tacto... No tanto como los de su señor, pero superan la media de un humano corriente. Aumentan también su fuerza y su poder mental y, aunque no pueden tomar la mente de otros humanos, son capaces, si así su maestro lo quiere, de contactar con la mente de su creador. Gozan de una vida inmortal, de eterna juventud y están libres de enfermedades...Y te aseguro que no sería un sacrificio.

—¿Hasta la muerte de su señor?

—Hasta la muerte de su señor.

—Creo que no puedo hacerlo. Ahora mismo mi cabeza no está para decidir algo así.

—Hagamos una cosa. Tengo una casita en el bosque, está apartada y es muy tranquila. Vayamos unos días. Allí podrás olvidarte de todo, descansar y centrarte. No tienes que decidirlo ya.

—Mi jefe me despedirá.

—Yo hablaré con él. Y cuando me vaya, no solo se sentirá encantado de darte unos días libres sino que además estará dispuesto a subirte el sueldo.

—Eso no me parece muy honesto.

—Realmente, no lo es.

Sara se mordió el labio y se lo pensó unos segundos antes de decir:

—Está bien. Le llamaré mañana y le daré alguna excusa.

—Perfecto. Haré la maleta. Después iremos a tu casa y cogerás lo básico.  
Nos vamos en un par de horas.

—¿Nos seguirá?

—Intentaremos que no.

Markus sonrió tratando de tranquilizarla, pero tras ver la reacción de Didier en la cafetería, sabía que iban a tener problemas.

Mientras hacía la maleta, decidió que contactaría con el Consejo, les pondría en antecedentes y llevaría a Sara a un lugar tranquilo donde ella pudiera serenarse y decidir cuál era el siguiente paso.

«Por alguna extraña razón, vincularse se le antojaba... deseable».

## Capítulo 11

Llovía intensamente y Markus conducía rápido, sin vacilaciones, como si el firme estuviera totalmente seco.

Su cara era una máscara que no transmitía lo que estaba pensando.

A toda velocidad, subidos en un gran todo terreno de tipo militar con los cristales tintados, se dirigieron hacia el este, donde les esperaba una zona de montaña repleta de bosques.

—María y tú... —empezó a decir Sara.

—María está loca, es caprichosa, voluble y algo excéntrica. Y la odio por lo que me hizo.

—Antes de todo esto, ¿la amabas?

—Pagaba mis facturas, me compraba trajes, enloquecía por mi poesía... no podía pedir más. Pero no, no la amaba.

La mirada de Sara se perdió a través del cristal del vehículo. Los campos, las casas, los árboles iban pasando a toda velocidad a su lado envueltos en la oscuridad. En realidad, ella no miraba el exterior, estaba perdida en sus pensamientos. Markus la miró de reojo y pudo ver su reflejo en el cristal.

Alargó la mano y le tocó la rodilla, lo que la sacó de su abstracción. Aquella mujer le atraía sin razón y estaba dispuesto a cualquier cosa para mantenerla sana y salva, a su lado.

—Sara. ¿Tan duro te parecería vincularte a mí?

Ella no dijo nada, solo lo miró.

—¿Sara?

—No te conozco lo suficiente como para saber si quiero pasar el resto de mis días a tu disposición.

—¿A mi disposición? —exclamó enfadado—. ¿Crees que yo te obligaría a ser mi esclava? ¿Qué te pediría obediencia ciega?



—No, pero no eres solo un hombre. La parte humana de ti sé que no lo haría, pero de tu parte vampira no estoy tan segura. Desconozco tantas cosas de tu naturaleza.

—No confías en mí —murmuró Markus mientras negaba con la cabeza.

—¿Crees que no lo hago? Estoy poniendo mi vida en tus manos.

—Cierto —dijo en un susurro—. Pero no te cierres a todas las posibilidades, puede que no sean tan horribles como parecen.

«¿Vincularse? ¿Con Mark?»

Ella sabía que se estaba enamorando de él. La dejaba sin aliento, le perdían sus besos y sus caricias, y se sentía protegida y querida entre sus brazos, pero de ahí a pasar con un desconocido el resto de sus días...

El camino se hizo largo y al final, el cansancio le venció y se quedó dormida. Comenzaba a amanecer cuando Markus la tocó suavemente.

—¡Despierta! Ya hemos llegado —le dijo con voz suave.

Abrió los ojos y miró a su alrededor. El coche estaba aparcado en un claro del bosque, junto al embarcadero de un pequeño lago. Desde allí se vislumbraba una senda que se adentraba en la espesura y podía verse, a lo lejos, una moderna casa unifamiliar, un bloque de hormigón y cristal, que se encontraba medio escondido entre los árboles.

—¿Esta es tu «casita»?

—Sí.

—Tu concepto de los diminutivos es interesante.

Mark la miró y sonrió.

—Algún día te llevaré a Lausanne.

—Allí que tienes... ¿una choza?

—Algo así.

Sara salió del vehículo y aún medio dormida dirigió su vista al lago. Los

primeros rayos de luz se filtraban entre las nubes y lo que allí vio la dejó boquiabierta.

Era naturaleza pura y dura.

«El sitio desde luego es precioso. Como él dijo, discreto y apartado. ¿Cuántas de sus amantes habrán pasado por aquí?»

—Muy bonito, y tranquilo ¿Vienes mucho por aquí?

—La verdad es que sí. Sobre todo me gusta en invierno, cuando está nevado. Se siente la paz del lugar.

Y como si hubiera leído sus pensamientos añadió:

—Es mi escondite, no he traído nunca a nadie, en realidad, este sitio ha sido solo para mí. Ven. La casa te gustará.

—Tendríamos que descargar lo que llevamos en el maletero del coche, ¿no?

—Ya lo hice. No quise despertarte. Está todo dentro de la casa, solo falta colocarlo en su sitio. Mañana iremos al pueblo a por más provisiones, pues traje lo justo para un par de días. La nevera portátil está llena de plasma para mí.

La comida humana siempre es más fácil de conseguir —dijo con una pequeña mueca en su rostro—. Vamos, hay habitaciones de sobra. Puedes instalarte en la que desees.

—Gracias. ¿Me dejas primero inspeccionar?

—Adelante. Estás en tu casa.

Entraron a la vivienda y accedieron directamente a la zona de estar. El salón-comedor-cocina era muy amplio y con los techos a doble altura.

Al igual que en su ático de Santiago, los muebles eran modernos combinados con alguna que otra antigüedad. Una gran chimenea de acero colgada del techo presidía la sala, delante de una impresionante pared de cristal.

Pocos muebles, muy minimalista.

Mientras Mark metía en la nevera el plasma, bien oculto en un contenedor opaco, y la comida, Sara se adentró en el salón.

—Está todo bastante limpio. ¿Nadie más vive aquí?

—Nadie. Hay una empresa que viene cada tres semanas y hace una limpieza general. Así, si llego de improvviso no me encuentro el salón lleno de telarañas.

—Muy previsor...

Sara se dirigió hacia el enorme ventanal y en su camino pasó la mano sobre un espléndido piano de cola que estaba colocado en un lateral, junto a la cristalera.

—¿Tocas? —preguntó.

—Sí. Cuando vengo, porque en el ático no tengo piano.

—¿Lo harás para mí?

Él levantó la vista para mirarla y afirmó:

—Claro.

Sara se plantó delante de la gran pared de vidrio que de techo a suelo iluminaba la estancia.

—¿No crees que una pared de cristal de estas dimensiones es demasiado para alguien con tu aversión al sol?

—Los cristales se oscurecen con la luz —explicó Mark—. El clima de la zona ayuda a que no haya demasiados días soleados y el bosque, que es muy tupido en esta parte, hace el resto. Y otra cosa que me hizo no renunciar a ella es la sensación de estar sentado entre los árboles.

—Otra vez es una decoración ultramoderna. Es curioso viniendo de alguien de tu edad.

—Me adapto con facilidad a los nuevos tiempos. No me queda más remedio, ¿no crees?

Sara dejó que su mirada y sus pensamientos se perdieran por la ventana.

—¿Qué haremos si viene? —preguntó mientras admiraba las primeras luces del día.

Markus la abrazó pegándose a su espalda. Eso la sobresaltó, pues no le esperaba tan cerca, pero apoyó la cabeza contra su pecho, inspiró profundamente y se relajó.

—He informado al Consejo del incidente que protagonizó Didier hace unas horas. Raptar a la novia de un vampiro y aterrorizarla es una falta grave. Ahora solo tenemos que esperar. Si viene, esta es mi propiedad, mi bosque y mi casa, y tú eres «mi» invitada. Si traspasa los límites tendrá que atenerse a las consecuencias.

—¿Le dijiste al Consejo que yo era tu novia?

—¿No lo eres? ¿Qué crees que hay entre tú y yo? Salimos, hacemos cosas juntos, hemos hecho el amor. No te he hecho una petición formal, pero en los tiempos que corren... ¿No es eso ser novios?

De repente sonó el móvil de Mark. Descolgó y habló directamente en francés. Su voz era pausada, serena. Su cara no mostraba ninguna expresión.

Tras unos minutos hablando se despidió y colgó.

Miró a Sara y dijo:

—No esperaba esto.

—¿Qué ha sucedido?

—Al parecer, Didier ha llamado también al Consejo y ha argumentado que yo entré a la cafetería y me llevé, ante sus narices, a su futura sierva. Quiere que se me castigue por ello.

—No puede ser verdad...

—La llamada me la ha hecho un amigo, alguien en quien confío. El Consejo viene hacia aquí, quieren verificar que no mentimos y que eres mi novia.

Tenemos unas pocas horas hasta que lleguen.

—¿Bueno, eso no supone un problema, no? ¿O sí?

—Verás, en el plano humano si somos novios, pero en el vampiro nos falta un pequeño requisito.

—¿Sangre? —balbuceó Sara.

—Me temo que sí.

La muchacha sintió como su corazón fuese a detenerse.

—¡Hazlo! ¡Hazlo y acabemos! —gritó con rabia, y con ojos vidriosos y manos temblorosas, empezó a desabrocharse la camisa.

—Espera, espera. No quiero esto... No así. Solo necesito un poco de tu sangre, pero no es necesario que te muerda. Tengo alguna jeringuilla en el botiquín, solo he de extraerte un poco, ingerirla y ya podrán seguir tu rastro en mi sistema. ¿De acuerdo? Solo será un poco.

—¿Y qué pasará entonces? ¿Me controlarás como Drácula a Renfield?

—¿Es solo eso lo que te preocupa? ¿Qué pueda ejercer poder sobre ti? —dijo con cierto malhumor—. Con tu sangre en mi sistema habrá un contacto más íntimo entre los dos. Yo podré sentirte y, es cierto, podría controlarte, anular tu voluntad, pero dime Sara, ¿no crees que me conoces lo suficiente como para saber que no lo haré? ¿Y qué es mejor que sea yo... que Didier?

El rostro de Sara era todo un poema, allí de pie frente a la ventana se la veía asustada e insignificante. Puso sus brazos alrededor de su cuerpo y se abrazó.

—Sí. Tienes razón. Hazlo —contestó con un hilillo de voz.

—Confía en mí, Sara.

—Lo hago.

Markus salió del salón y se dirigió al cuarto de baño. Al volver, llevaba una jeringuilla y unos guantes desechables en una mano y algodón, una goma, y alcohol en la otra. Lo dejó todo ordenado sobre el banco de la cocina.

—Dame tu brazo.

Se puso los guantes y, como un verdadero profesional de la medicina, apretó la goma, limpió la zona con alcohol, busco la vena y le pinchó. Extrajo sangre, retiró la jeringuilla y desinfectó de nuevo. Todo en un tiempo record.

—Parece que no es la primera vez que lo haces —dijo ella con voz trémula.

—¿Te he hecho daño? —preguntó mientras presionaba el algodón humedecido sobre el pinchazo.

—No, nada.

Se levantó y con la jeringuilla en la mano salió del salón.

—¿Qué vas a hacer?

—Bebérmela.

—¿A escondidas?

—No creo que estés muy feliz por verlo.

Mientras él desaparecía tras la puerta del cuarto de baño, Sara se levantó, cogió los envases de los desechables, el algodón usado y se fue a la cocina a buscar el cubo de la basura.

—No, espera —dijo Mark que volvía en ese momento—, mejor lo quemamos, no quiero ninguna prueba.

—Oh, lo siento. No pensé...

—Tranquila.

—¿Ya te la has tomado? —pregunto ella mirándole de soslayo.

—Sí.

—¿Y bien?

—A+. Tu nivel de hemoglobina es más bajo de lo normal, tienes un poco de anemia.

—Ya. No es eso lo que quería saber.

—¿Y qué querías saber?

—No lo sé. Olvídalo.

—Sara. Tu sangre es un regalo para mí, aunque hubiera preferido degustarte en otras circunstancias.

—¿En un callejón? ¿Mientras me persigues?

—En mi cama..., mientras te hago el amor.

Sara abrió la boca y no dijo nada, la situación la sobrepasaba. Suspiró, mientras miraba hacía el techo agitando su cabeza y dijo:

—Lo siento. Esto es demasiado.

—No hemos acabado.

—¿No?

Markus negó con la cabeza. Se acercó a ella y la besó duramente, de forma casi dolorosa, tanto que dejó su mente como un folio en blanco. Y de repente lo sintió, pudo paladear el sabor metálico de la sangre en su lengua y sin quererlo ella la tragó.

—¡Me has mordido! Dijiste que no lo harías, pero lo has hecho.

—No te he mordido, la sangre es mía.

—¿Qué?

—Es la segunda parte del contrato. Yo bebo tu sangre, tú bebes la mía. Ahora, oficialmente, ya eres mi novia.

—¡Eres un cerdo! —exclamó con rabia, apartándose de él, con una lagrimilla asomando a sus azules ojos.

Markus la cargó como si fuera un saco de cemento y la llevó al dormitorio. Allí no fue suave, la tumbó sobre la cama y se recostó encima, sujetó sus manos por encima de su cabeza y volvió a besarla. Primero fue duro, pero poco a poco los besos se fueron ralentizando hasta convertirse en suaves caricias. Mordisqueó sus labios y siguió por su mandíbula hasta el cuello.

—Sara. Necesito hacerte el amor. Ahora.

Ella solo pudo asentir y dejarse fundir en sus brazos.

Había ya entrado la noche cuando se escuchó un sonido atronador. Estaban sentados en el salón delante del televisor, Markus la había convencido para jugar a la Xbox, y estaban haciendo carreras de coches. A ella no se le daba mal, pero claro, el vampiro ganaba todas las partidas.

«¿Qué era aquello? ¿Un helicóptero?».

Mark no pareció sorprenderse y levantándose, cogió la mano de Sara para llevarla al exterior.

—El Consejo. Vamos.

Bajaron por el camino hasta el claro, donde el aparato había aterrizado. Cuando llegaron, la portezuela ya estaba abierta y los pasajeros comenzaban a bajar de él. Poco a poco las aspas se iban ralentizando.

Una hermosa mujer llamó la atención de Sara. Tenía el aspecto de tener unos veinticinco años, piel blanca como la nieve, y una larga y ondulada melena de tono cobrizo, que brillaba a la luz de la luna. Ojos verdes, almendrados, nariz recta. Era bellísima.

Su esbelto cuerpo iba enfundado en un vestido de falta tubo, que se ceñía como un guante a sus curvas, y llevaba unos altos tacones que hacían sus piernas interminables.

Sonriendo, se acercó a ellos aunque sus pies la llevaron directamente hacia Mark. Cuando le tuvo delante le besó en los labios, suave primero y apasionadamente después.

Sara notó cómo sus piernas no le sostenían y se tambaleó. Unas grandes manos la cogieron por detrás, apuntalándola para que no cayera. Ella se medio giró para ver quién era y solo alcanzó a ver los botones de una camisa y unas solapas de una chaqueta. Tuvo que alzar su cabeza para poder contemplar el rostro del desconocido. El hombre que estaba tras ella era enorme, debía



medir dos metros y tenía espaldas de camionero.

—Todo irá bien —le dijo con voz profunda pero suave—, Celine está comprobando si verdaderamente hay unión entre vosotros. Soy Erik.

Sara, impotente, asintió y se quedó allí mirando la escena.

Cuando Celine se separó de Mark dijo:

—Es una verdadera lástima, pero sí, ella le pertenece. Erik, tu turno.

—Tranquila muchacha, Markus me mataría si uso el mismo método contigo, y el muy bastardo no me deja meterme en tu mente. Así que buscaremos un sitio donde no puedan oírnos y te preguntaré un par de cosas. ¿De acuerdo?

Sara parecía una autómata. Solo pudo asentir y seguir al tal Erik, hasta la casa.

—Siéntate, ponte cómoda y si tienes alguna pregunta hazla ahora.

—¿Quién eres? ¿Otro vampiro? —preguntó tartamudeando.

El hombre intentó que su sonrisa pareciese familiar.

—Soy el que llamó por teléfono esta mañana a Markus. Confía en mí. Todo irá bien. Nuestra amistad viene de hace mucho tiempo, fuimos compañeros en alguna que otra aventura, y a lo largo de la historia nos hemos ayudado siempre. Siempre le he considerado un hijo, aunque yo no le creé. Pero en este momento, soy la ley y si Markus ha hecho algo indebido tendremos que castigarle. Te haré unas preguntas, no debes tener miedo...Y te aviso, contesta con sinceridad, tengo la cualidad de oler la mentira... Dime, alguna vez Markus ¿ha tomado tu mente? ¿Te ha coaccionado?

«Mierda» pensó Sara. «En realidad si lo ha hecho. Una vez. Cómo decirle a este hombre que fue para salvarme de Didier...»

—Nunca me ha obligado a nada que yo no quisiera —consiguió decir con voz decidida.

La respuesta pareció satisfacerle, porque asintió y siguió con la ronda de

preguntas.

—Bien... ¿Cómo conociste a Didier?

Brevemente Sara le contó su encuentro cuando iba con Mark a su piso.

—Y después, ¿le volviste a ver?

—No hasta la semana siguiente, al salir de la oficina me lo encontré.

—¿Te atacó?

—Había gente alrededor. Me siguió hasta una cafetería.

—¿Y cómo supo Markus que estabas allí con él?

—Me robó el móvil, cuando Mark me llamó reconoció los sonidos del lugar y vino a buscarme.

El hombretón se rascó la barba y con gesto complacido dijo:

—Eso es todo. ¡Vamos!

Salieron de la casa y volvieron con el grupo.

Al llegar junto a ellos, Erik dijo:

—La chica corrobora la historia de Markus. No miente. Así que de momento, tema zanjado.

—Si Didier ha intentado manipular al Consejo en su conveniencia obtendrá su castigo. Sus amigos no le ayudarán esta vez —exclamó Celine.

—Nos marchamos. Markus, un placer verte de nuevo —dijo Erik mientras estrechaban sus manos.

—Mi casa es vuestra, volved cuando queráis.

—Humm —dijo Celine—. No dudes, lo haré. Qué lástima que las cosas no puedan volver a ser como antes. Pero tengo paciencia... mucha paciencia.

Y en un susurro junto al oído de Mark dijo:

—Sigues besando igual de bien, ¡canalla!

Las aspas del aparato volvieron a girar mientras Celine y Erik subían y se acomodaban en el interior. Desde allí la mujer lanzó un beso, siguiendo el

gesto con la mano y soplando después.

En el claro, Markus abrazó a Sara desde atrás mientras que observaban como el helicóptero se elevaba y desaparecía.

—Han sido rápidos —dijo Sara.

—Siempre lo son.

—¿Una antigua novia? —preguntó ella mientras giraba su rostro para mirarle.

—¿Celine? Bueno, no puede decirse que fuera una novia, pero si tuvimos una relación.

—¿Reciente?

—¿Unos ochenta años lo consideras reciente?

—No. Supongo que no.

—¿Celosa?

—Un poco. Es que es muy guapa.

—Lo es, pero no tiene corazón.

Markus la rodeó de nuevo con sus brazos y la animó a volver al interior. Era primavera, pero allí en la montaña refrescaba al caer la noche, así que entraron en la casa y encendieron la chimenea.

Sentada delante del fuego y hundida en sus pensamientos Sara dijo:

—Mark.

—Dime.

—¿Estamos vinculados?

—¿Te da miedo estarlo?

Ella lo miró de reojo.

—No, no lo estamos. «Aún». Se necesita intercambio de sangre, pero el trámite es distinto. Ahora llevas mi sangre y pasas a estar a «mi servicio» —ronroneó con voz sexy a la vez que elevaba sus cejas.

«Genial» pensó Sara, «me ha convertido en su amante-criada-esclava».

—¿A tú servicio? —balbuceó.

—Sara, Sara... solo desde el punto de vista de los otros vampiros. No tienes nada que temer, no te obligaré a nada.

Absorta en sus pensamientos se sobresaltó cuando Markus preguntó:

—¿Te apetece dar un paseo a la luz de la luna?

—¿Hay bichos en el bosque?

—¿Bichos?

—Lobos y eso.

El vampiro no pudo evitar esbozar una amplia sonrisa.

—Sara... el bicho más peligroso del bosque lo tienes delante.

—¿En serio?

—¿Me estás desafiando?

Sara se encogió de hombros y suspiró.

—¿Tengo alguna posibilidad?

—Ninguna.

—Bueno, iré contigo, pero solo si prometes no dejarme caer en ningún hoyo.

—Hay luna llena y cuando habitúes tus ojos, verás que la luz es suficiente para andar. De todos modos iremos por senderos y si los árboles ocultan la luna, te llevaré en brazos para que no tropieces.

—No me cargarás como un saco otra vez, ¿no? Eso fue humillante.

—No me negarás lo sexy que resultó llevarte como un fardo hasta la cama —dijo mientras con sus dedos pellizcaba suavemente la mejilla de ella.

Sara lo miro entrecerrando los ojos con fuerza y él sonrió.

Cogieron un par de chaquetas, pues la temperatura había bajado y tomaron el camino que transcurría junto al lago. La luna reflejaba sobre la superficie del agua y reinaba el silencio. El espectáculo que ofrecía la naturaleza era muy hermoso.

—Algunas cosas de las que han pasado hoy no las comprendo del todo.

—Sara, intentaré explicarme lo que mejor que pueda, dime, ¿qué quieres saber?

Siguieron el serpenteante sendero, él la cambiaba de zona en el camino si detectaba piedras sueltas, la cogía en brazos si el suelo estaba resbaladizo y sujetaba su mano si la veía inestable.

Parecía que iban ejecutando un baile.

—¿Es tan importante un humano como para que el Consejo intervenga en una disputa? Pensé que para vosotros solo éramos alimento.

Markus la cogió de la cintura para ayudarla a bajar de un pedrusco.

—Verás, no es el hecho de que sea un humano el tema de discordia, podrían haber sido unas tierras, una propiedad... cualquier cosa. El caso es que si un vampiro acusa a otro de robo, eso se investiga y si hay culpable se castiga.

Al ver que ella le miraba atentamente prosiguió:

—Estamos organizados en familias y cada Padre se ocupa y dirige de todos sus vástagos. Entre líderes se solucionan los posibles problemas, pero el Consejo está por encima de todo esto. Tramita los temas de vampiros nómadas que no tienen una línea directa de sangre.

—¿Tú eres un nómada?

—Sí y no. Mi Padre, Jean Jacques le Loup vive, pero mi creación fue el encargo de su hermana María. Él respetó su petición y no quiso vincularse a mí más de lo necesario, digamos que me dio libertad, aunque realmente podría reclamarme si quisiese. A Didier lo creó María directamente, ella no tenía, ni tiene permiso para crear su propia línea de sangre. Estas circunstancias nos convierten a ambos, en una especie de parias. Es por eso que les llamé, para que mediasen en el conflicto.

—Y Didier... ¿Por qué se ha arriesgado a la ira del Consejo?

—Él disfruta con todo esto y tiene buenos contactos allí. En realidad, no

creo que sufra ningún castigo, le amonestarán y punto. Siempre ha aprovechado cualquier motivo para enfrentarse a mí y cuando aparecí en la cafetería, confirmó que sentía algo por ti y decidió aprovecharlo.

—¿Qué le has hecho para que te odie así?

—¿Yo? Nada. Siente celos porque María siempre me ha querido. A su loca manera, claro. La baronesa está un poco desequilibrada, pero es la hermana mayor de Jean Jacques y eso la pone en una posición muy respetable. Entre tú y yo, es una psicópata.

Un lobo aulló a lo lejos y Sara se tensó.

—No vendrá. Tranquila. Puede olerme y me tiene miedo.

—¿Miedo de ti?

—Soy un superpredador, estoy por encima de él en la pirámide alimentaria, es normal que me tenga miedo.

—¿Y yo? ¿Debo tenerte miedo? —preguntó Sara mientras una sonrisa burlona llegaba hasta sus ojos.

—Tú más que nadie... —dijo Markus, bajando la voz y poniendo una mirada lobuna y sexy.

Y justo cuando iba a empezar a abrazarla, unos aplausos se oyeron desde las sombras, al otro lado del camino.

— *Ô! Que l'amour est beau!* —exclamó Didier avanzando en su dirección—. *Ma chérie*, ¿te ha tratado bien este bastardo?

Markus colocó su cuerpo ante ella, en ademán protector y apretó los puños.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Vengo a llevarme lo que me robaste —alegó con sorna.

—No te he robado nada. ¡Ella es mía! Y ahora tendrás que rendir cuentas al Consejo por toda esta pantomima que has montado.

—Eso lo veremos. Les he desafiado muchas veces y nunca me ha pasado nada. Menuda panda de memos. La baronesa me protegerá cuando todo esto

acabe, al final siempre lo hace y además, la vida es muy aburrida con todas esas normas y reglas. Me gusta los retos, y... sobre todo, me va a gustar joderte, Markus.

Llegó hasta ellos y comenzó a caminar en círculos alrededor de la pareja.

—María te tiene siempre presente —continuó hablando—. Markus esto, Markus lo otro, y estoy harto de que solo te vea a ti.

—Puedes quedártela —respondió Mark—, los deseos de la baronesa hace mucho que no son los míos.

—Ay, pero ella te añora... y por eso, solo por eso, yo quiero matarte. Cuando tú definitivamente desaparezcas, ella volverá a mí.

—No es tan simple, Didier.

—*Mon Dieu!* ¡Claro que sí! Seré su paño de lágrimas y de una vez por todas se quedará conmigo. Al fin y al cabo me creó a tu imagen y semejanza. ¿O es que nunca te has dado cuenta de lo mucho que nos parecemos? Cuando tú la abandonaste buscó otro poeta, alto, moreno de ojos verdes... y me encontró: a mí.

En su paseo alrededor de la pareja, se volvió hacia Sara, sin dejar de vigilar a Markus y dijo:

—Respecto a ti... Creo que me gustará poseerte antes de drenarte. ¡Eres tan dulce! Humm, mejor, creo que maniataré a tu novio para que pueda ver todo lo que pienso hacerte. ¿Qué tal se verá el rojo sangre sobre el blanco de tu piel?

Como consecuencia de sus palabras Marcus se transformó, dejando salir a la bestia que llevaba dentro. Se oyó un fuerte chasquido en sus encías y sus incisivos crecieron como nunca los había visto, su rostro parecía más blanco, casi espectral. Sus uñas prolongaron sus dedos, dándole apariencia de garras y sus ojos... sus ojos, ya no eran humanos, el globo ocular era todo negro, ya no se distinguía ni el iris, ni la pupila.

Allí de pie, delante de ella, emanaba poder, parecía que estaba rodeado de

electricidad.

—Verás —continuó Didier—, esto promete ser divertido, cuando María se entere de que tienes una amante humana querrá arrancarle los ojos. Así que será mejor terminarlo ahora, ¿no crees?

—Lucha contra mí —casi gritó Markus.

—¡Oh, *mon ami*! ¡Qué impaciente por morir!

El francés se quitó la chaqueta y la dejó en el suelo. Y sin dejar de mirar a Markus, recogió algo que estaba apoyado en un árbol.

Cuando Sara pudo enfocar vio que estaba desenvainando una espada. Se llevó las manos a la boca reprimiendo un grito.

Mark estaba desarmado.

A partir de ahí, todo sucedió rápidamente.

Ella no alcanzaba a seguir sus movimientos pues eran demasiado veloces. Un fuerte golpe en unos árboles cercanos le hizo girar el cuerpo en aquella dirección, pero solo acertó a ver ramas aplastadas y remolinos de hojas que caían lentamente al suelo.

Sus pies se quedaron clavados, no sabía si quedarse allí o correr. Fue el pánico quien decidió por ella y la congeló.

Sin mover la cabeza, su mirada buscaba indicios de lo que estaba ocurriendo, pero le resultaba del todo imposible seguir sus movimientos. La escena sucedía demasiado rápida para el ojo humano.

Golpes, crujir de ramas, sonidos chirriantes, pequeños flashes de los dos hombres. Sintió frío interno y se abrazó, no conseguía ver nada, solo estelas de polvo dispersas en el aire...

De repente el silencio. Sara se giró y pudo verles detenidos a unos metros de distancia. La camisa de Mark estaba cortada y manchada de sangre a la altura del pecho. Didier, de espaldas, empuñaba la espada, pero no estaba muy



estable, parecía tambalearse levemente.

Se enzarzaron de nuevo en la pelea y ella volvió a ver dos borrones perderse entre los árboles.

Los golpes se sucedían, y tan pronto sonaban lejos como cerca. Quiso llorar, se sentía pequeña y tremendamente frágil, pero algo golpeó sus pies y se quedó inerte a su lado, distrayéndola y haciéndole olvidar por un momento donde se encontraba. Al bajar la vista para ver el objeto que había chocado contra ella, contempló con horror que se trataba de una cabeza humana con el pelo y el rostro ensangrentados.

No le resultaba posible distinguir si era de uno u otro, pues había caído de lado y ambos tenían larga melena y finos rasgos. Se agachó, intentando ver de frente el rostro, pero tenía el cabello pegado y aunque alargó la mano, fue incapaz de tocarlo.

Con el miedo en el cuerpo, busco con la mirada al otro luchador, y a pocos metros a su espalda, pudo distinguir a Markus que de rodillas y apoyado en la espada de Didier, que estaba clavada en la tierra, tenía todo el torso ensangrentado. Con la mano izquierda taponaba una herida cerca del hombro derecho de la que manaba sangre con fluidez. Su aspecto ya era humano, pero bajo la luz de la luna se veía como un espectro. Tenía el rostro desencajado por el dolor.

Sara se movió tan rápido como fue capaz y se acercó a él. Cuando llegó a su lado se quedó quieta, sin atreverse a tocarle siquiera.

—¿Markus? —preguntó con voz temblorosa.

—Estoy bien.

Y su voz sonó amortiguada, como si en vez de encontrarse a un paso, estuviese muy lejos, al otro lado del bosque.

—Tranquila. Todo va bien.

Pero estaba más pálido de lo habitual. Su mirada no enfocaba nada, estaba

perdida en el infinito. Cayó de costado sobre el suelo y Sara se arrojó sobre él, intentando rodearle con sus brazos.

—¡No, no lo estás! ¡Dios mío! Estás perdiendo mucha sangre.

—Solo estoy débil... —balbuceó y entornando los ojos añadió—. Todo va a ir bien. No te preocupes.

—¡No! —lloró Sara.

Y sin pensárselo dos veces desabrochó los primeros botones de su camisa, tiró de ella y dejando al descubierto su hombro derecho se inclinó, hasta que casi su cuerpo tocó los labios del vampiro.

—¡Muérdeme! ¡Aliméntate! —imploró.

Markus abrió los ojos despacio y la miró.

—No es necesario...

—¡Quiero que te pongas bien! —dijo con angustia.

—De veras que no es necesario...

—Por favor, por favor. No vayas a dejarme sola en este bosque. ¡Hazlo!

—¿Estás segura? De veras que no hace falta...

—¡Hazlo ya! —casi gritó.

El vampiro levantó su mano para rozar la mejilla de Sara con el dorso de sus dedos, pero su mano ensangrentada se congeló antes de tocarla. Ella estaba desencajada. Sus ojos vidriosos, la boca entreabierta, suplicando... Qué hermosa estaba bajo la luz de la luna.

Entrelazó sus dedos con ella y se llevó su muñeca a la boca. Sus colmillos emitieron aquel desagradable chasquido al salir, pero para Sara, todavía fue peor el sonido al hincarse en la frágil piel.

Markus bebió y le pareció aún más dulce, más suave. La poca cantidad que había ingerido horas antes de la jeringuilla, no era nada comparado con esto, tomado de su propia piel.

Era pura ambrosía.

Levantó la vista y la miró mientras tenía los colmillos clavados en su muñeca y en su rostro pudo adivinar primero miedo, después paz y más tarde placer.

Tomó lo justo para regenerar rápidamente sus heridas y se mordió la lengua para pasarla por las incisiones de sus colmillos cerrándolas sin dejar rastro.

Aquel líquido le transmitía fuerza y le devolvía la vida.

Sara tenía los ojos entornados, jadeaba, y sus mejillas estaban enrojecidas. Su boca se abría y cerraba, como si buscara palabras que no encontraba. Sin darse cuenta de lo que realmente hacía, sus labios buscaron los de Markus para mordisquear su labio inferior y besarle.

El vampiro se sorprendió un poco por la reacción, pero comenzó a devolverle el beso, y entonces ella... se desmayó.

Sara despertó al notar que alguien le soplaba en la cara.

Mark.

Estaba sucio y llevaba la camisa rota y llena de sangre, pero parecía estar totalmente recuperado. Ella torpemente se miró la muñeca. Nada, no había herida... ¿lo había soñado? Intentó incorporarse pero se sentía mareada.

—Despacio. No te hagas la valiente.

—¿Qué ha pasado?

—¿No lo recuerdas?

—Sí, y me siento avergonzada. No me dijiste que esto era así. Yo...

—Shhh, ha sido fantástico. Al menos para mí. Tranquila, intenta levantarte despacio, yo te ayudo. Hace frío y será mejor que volvamos casa.

—Y... ¿Didier?

Por toda respuesta Markus se encogió de hombros. Ella miró a su alrededor. No había ni rastro del francés.

—¿Qué ha pasado con él?

—Mejor no quieras saber....

La rodeó con sus brazos y le ayudó a caminar, pero avanzados unos pasos la cogió en volandas y la cargó hasta la vivienda. Cuando entraron en el salón, la chimenea, que ya tenía leña preparada, se encendió de repente.

Sara miró a Markus.

—Dijiste que eras un poco más fuerte y más rápido, que tenías superoído y supervista y que podías meterte en la cabeza de los demás..., pero ¿esto?

—No quise aburrirte con los detalles.

—No, si es práctico...

Su cabeza daba vueltas, acababa de ver morir a un hombre y solo le preocupaba un fuego de chimenea que se había encendido con magia... ¿Eso era el estado de shock?

Markus la obligó a sentarse junto al fuego y la abrazó durante largo rato. Cuando le pareció que ella recobraba el color en sus mejillas, le dijo:

—Vengo en seguida, tengo que llamar a Erik y contarle lo ocurrido.

Descansa, ahora mismo vuelvo y hablamos de ello.

Volvió a los pocos minutos. Ella ya se encontraba mejor y él parecía estar como si nada. Solo la ropa rota, sucia y ensangrentada delataba lo que había ocurrido.

—¿Qué ha dicho Erik?

—Tiene que informar al Consejo, pero después de lo de esta tarde y contando que estábamos en una propiedad privada, cree que se solucionará sin demasiado politiquero. Solo hay que esperar que María no tire de sus contactos.

Markus se dio cuenta de que ella lo miraba con aprensión y dijo:

—Me quito esta ropa manchada y vengo. No te vayas a ir, ¿eh? No podrías escapar de mí.

—Yo también debería lavarme, tengo el pelo pegajoso y las manos sucias.

—Pues ven conmigo. Yo te ayudaré.

La miró con ternura y observó su reacción con interés.

—No sé si estás sorprendida, asustada, o satisfecha, o todo a la vez. Deseo que cuando te sientas mejor, me lo cuentes todo.

Él la ayudó a quitarse la ropa sucia y arrancando los restos de su desgarrada camisa se metió, medio vestido, en la ducha con ella. La ayudó a enjabonarse el pelo y eliminar la sangre seca de su cara y manos. Cuando cerró los grifos, la envolvió en suaves toallas y la llevó en brazos al salón, sentándola de nuevo frente al fuego.

—Vengo en un minuto.

Cuando regresó recién duchado y con ropa limpia parecía un modelo de pasarela. Una camiseta gris, unos vaqueros rotos y sus pies descalzos. No le hacía falta nada más para ser hermoso.

Nadie podría pensar que unos minutos le hubiese visto agonizando en medio del bosque.

Con sus ya habituales, elegantes movimientos se sentó en el suelo, a su lado. Tomó sus manos y las besó.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, es increíble lo que consigue un buen fuego. Parece que nada haya sucedido ahí fuera.

—El caso es que ya ha finalizado. Definitivamente. Ya no te acosará más...

—Pero fue horrible, yo estaba en medio de todo y no podía ver nada.

Nunca me he visto envuelta en una pelea, en mi pequeño universo esas situaciones solo se dan en las películas. Y además, estabas desarmado...

—Mujer de poca fe.

—Yo... No es que no crea en ti, es que no aparentas ser un luchador y él parecía fuera de sí. Y después, casi te mueres.

Markus se acercó más a ella, y se puso serio.

—He de confesarte algo. Con tu sangre me recuperé en unos minutos. Sin ella hubiese tardado días y lo hubiera pasado mal, porque Didier me dejó bastante tocado, pero que yo bebiese tu sangre solo hizo que se agilizase mi recuperación. No estaba al borde de la muerte.

—Tu voz sonaba tan débil...

—Me sentía débil. Pero soy un vampiro, no soy fácil de matar. Sé que me la ofreciste solo porque creías que mi existencia tocaba a su fin. Me siento tremendamente halagado por ello. Es la primera vez, que un humano hace algo así por mí, de forma desinteresada.

Sé también, que aunque te dije que no te mataría al morderte, debías estar aterrada cuando me la ofreciste. Te repetí varias veces que estaba bien, que no era necesario, debí haber insistido más... Por todo eso perdón y gracias.

Sara se miró la muñeca donde Markus había clavado sus colmillos, sintió una punzada de dolor al recordarlo...

—No tengo marcas.

—Mi sangre tiene un gran poder de cicatrización. Cuando hube bebido lo suficiente me mordí y lamí tus heridas, por eso no tienes cicatriz. De todos modos creo que has podido comprobar que no es tan horrible como imaginaste. Hasta estoy casi seguro que te gustó, por tu reacción...

Sara enrojeció hasta las orejas... recordaba perfectamente cómo había buscado la boca de Markus y con qué pasión le había besado. Desvió su mirada de la del vampiro y se quedó pensativa.

—Sara. Quiero que me lo cuentes todo. Tómate tu tiempo pero cuéntamelo.

—Bueno... yo... Fue como ser la protagonista de una película de terror de clase B. Confieso que cuando vi tus colmillos acercarse a mi piel, experimenté el miedo más intenso que había sentido en toda mi vida. No me pareció real, era como estar en el cine, como si no me estuviese pasando a mí. Noté tu

mordisco, sentí dolor y empecé a marearme. Quise gritar pero no pude, tenía la sensación de que la vida se escapaba entre mis dedos, pero entonces, se hizo el silencio y me sentí en paz. De pronto, algo activó una corriente eléctrica por mi espalda y no sé lo que pasó. Estaba viva y excitada. No sé cómo describirlo, mi cuerpo se descontroló. Te tenía tan cerca, me sentía tan alterada, tan eufórica, que yo... no pude reprimirme, mi mente no funcionó. Lo siento. No entiendo como pude atreverme a besarte. Qué vergüenza.

Markus la miró, entre sorprendido y divertido.

—¿Vergüenza? Sara, no es la primera vez que nos besamos...

—¿Y entonces por qué me siento como si te hubiera utilizado?

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Porque simplemente quise algo y lo cogí.

—Pues deberías hacerlo más a menudo. No debes esperar a que te regalen nada. Ser un poco egoísta no es siempre malo.

Mark la abrazó, más que por darle consuelo, porque quería notar su cuerpo junto al suyo.

—Deberías comer algo, hace muchas horas que lo hiciste y tienes aspecto de estar agotada.

—No sé si después de lo que ha pasado, mi estómago podrá digerir algo.

Sin mediar palabra, Markus se levantó y fue a la cocina. Volvió con una cesta llena de fruta, un cuchillo y un cuenco. Con parsimonia empezó a pelar una pera, la cortó a gajos y le ofreció uno.

—Come.

Sara lo cogió y se lo echó a la boca, el partió otro y también se lo dio.

—¿Vas a darme de comer?

—Sí. Me da la sensación de que si pudieras, vivirías del aire.

Al final se comió tres piezas de fruta, todas peladas y troceadas por Mark.

— ¿Cómo he podido sobrevivir hasta ahora sin ti?

—Francamente, pequeña: No tengo ni idea. Y ahora a dormir.

La tomó de la mano y la llevó hasta el dormitorio principal. Abrió el armario y sacó una de sus camisetas de un cajón.

—Usa esto como pijama. Te metí la ropa que cogiste de casa en el armario, y no vi ninguno en tu maleta. ¿Se te olvidaron, o eres muy sexy durmiendo?

—Creo que lo olvidé.

—¡Lástima! Ya estaba haciéndome ilusiones...Venga, cámbiate que necesitas descansar.

Él se quitó la camiseta y los vaqueros y se quedó en ropa interior.

—¡Vamos!

Ella titubeó.

—Date la vuelta.

—¡Sara! Ya te he visto desnuda antes.

—Es que no es lo mismo... ponerse el pijama no es nada sexy, es algo de estar por casa.

Negando con la cabeza, Markus se metió en la cama poniéndose de espaldas a ella.

Sara se deshizo de las toallas y se puso la camiseta de Mark, las mangas le cubrían casi por entero sus manos y le llegaba hasta medio muslo. Su pelo continuaba húmedo. «¡Mañana seré un puercoespín!», pensó con resignación. Se hizo una coleta y se recostó en el hueco libre de la cama tapándose con las sábanas.

—¿Ya estás visible? ¿Puedo volverme?

—Sí.

Se giró y se recostó a su lado, casi rozándola.

—¿Quieres que me vaya a otra habitación?

—No.

—¿Entonces, qué pasa? ¿La vergüenza del día de después?



Markus inspiró profundamente.

—Sara. Soy el mismo que el viernes por la noche te hizo el amor hasta que casi despuntó el alba. El mismo que al día siguiente te consiguió unos cuantos buenos orgasmos que te dejaron extenuada. El mismo, que hace unas horas te colmó de caricias y besos y te hizo el amor suavemente, mientras esperábamos al Consejo. Lo que ha pasado no me ha cambiado. Sigo siendo yo. Sara... No me dejes ahora, quédate a mi lado. Lo peor ha pasado, créeme, ahora estamos solos los dos. Mírame —dijo mientras con los dedos sujetaba su barbilla y le hacía girar la cabeza para encararle. Al hacerlo vio que una lágrima solitaria resbalaba por una de sus mejillas—. Sara no, cualquier cosa, pero no llores, mi niña.

La besó en la frente y la apretó contra su cuerpo.

—Duérmete mi amor, duérmete. Debes estar exhausta. Cuando descanses bien verás las cosas de otro modo. Yo estaré aquí, velando tu sueño, nada malo va a pasarte.

Y se durmieron abrazados, con sus cuerpos pegados formando un todo.

## Capítulo 12

En el pueblo había una pequeña tienda donde se vendía de todo. Alimentos, ropa, enseres, convivían con normalidad en aquel establecimiento.

Markus y Sara habían ido hasta allí para comprar algunas cosas. El vampiro iba delante. Había cogido una cesta e iba metiendo en ella todo lo que veía que era comestible.

Sara iba tras él, sacando cosas.

—¿Por qué no quieres galletas?

—¡Engordan!

—¿Y qué?

—Pues eso, que engordan. Además yo no puedo comer todo eso, es demasiado.

—No suelo comprar y no sé calcular lo que puedes consumir.

—¡Pues deja que lo haga yo!

Markus resopló, pero la dejó hacer. Sospechaba que ella iba a coger lo mínimo, por esa estúpida manía de que sus caderas eran anchas, pero ya la obligaría él de algún modo. Quería verla fuerte y feliz.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos? —preguntó Sara, mientras recorrían los pasillos de la pequeña tienda—. Tengo un trabajo que quisiera conservar, y aunque les dije que tenía un problema personal y que necesitaba unos días, no debería desaparecer durante una semana completa.

—Realmente ahora ya no hay nada que nos retenga aquí —suspiró el vampiro—, pero me gustaría pasar unos días a tu lado. La miró y añadió—: No te obligaré a permanecer conmigo si no estás a gusto.

Ella le sonrió con timidez y se acercó hasta la caja para pagar los víveres. Él se adelantó y rápidamente sacó un billete de su cartera. Sara le dejó pagar, no quería discutir por una tontería como aquella, así que se dispuso a meter

todo en bolsas y a prepararse para volver al coche.

Fuera llovía copiosamente.

Al salir, Markus dejó las bolsas en el porche del establecimiento para proteger a Sara con su chaqueta y llevarla en volandas hasta el vehículo. La sentó con cuidado en el asiento del copiloto y le cerró la puerta. Volvió a por la compra y la guardó en el maletero.

Cuando por fin entró y se sentó, estaba chorreando.

Sara protestó.

—Tengo piernas y si me mojo un poco no pasa nada. Me tratas como si fuera de cristal.

—Yo no puedo resfriarme. Tú sí. Además, cualquier hombre que no tenga serrín en su sesera, haría eso y más por su chica. Me pareces frágil, pero solo por tu condición humana, y te trato como cristal porque no quiero hacerte daño.

La miró fijamente y ella le devolvió la mirada frunciendo el ceño.

—No quiero verte enfadada... y no arrugues la nariz que te pones fea... ¿Es tan malo que no quiera verte en cama con fiebre?

Sara permaneció callada durante todo el camino de vuelta a casa. Absorta en sus pensamientos, repasando mentalmente todo lo ocurrido hasta ahora desde el encuentro con Didier en la puerta de su casa.

En silencio, se estremeció al recordar el mordisco de Markus. Casi había tenido un orgasmo mientras él bebía de su vena, aunque no lo había confesado directamente. Pero lo que más le inquietaba era que ya no pensaba en él como en una aberración, quería hacerlo, pero ya no era posible.

Con ella se había comportado como nunca otro ser humano hizo antes. Era cálido, protector, era amigo, amante y padre.

Extraño que el ser más antinatural que ella conocía, abrigase los sentimientos más humanos.

Sus padres habían muerto cuando ella todavía era pequeña y no recordaba esa calidez en las personas. Su abuela se había hecho cargo, pero a Sara siempre le pareció que ella era más un estorbo que alguien querido. Tampoco es que la hubiera tratado mal, no, simplemente era ignorada. Solo se había sentido querida por el abuelo Román, pero con Markus... con él todo era diferente.

Era curioso descubrir que la vida, era una verdad a medias, que el mundo tenía más cosas que ofrecer, y que la mayoría de los mortales las desconocían.

Le miró.

Iba conduciendo, parecía concentrado. Su rostro era tremendamente hermoso, emanaba serenidad, seguridad, confianza... y a la vez era inquietante, sexy y peligroso.

Excitante combinación.

Markus se dio cuenta de que Sara le miraba y sonrió. Extendió su mano y con el dedo le golpeó suavemente en la nariz.

—¿Qué piensa mi niña?

—Intento descifrar lo que eres...

—¿Te causo intriga?

—Sí.

—Soy más simple de lo que parece. ¿Sientes miedo por mi naturaleza?

—En cierto modo, sí. Pareces una válvula sometida a mucha presión, está controlada, pero no sabes en que momento puede saltar.

—Buena definición.

—No... no eres como Didier.

Markus la miró, sonrió mostrando las puntas de sus caninos y dijo:

—No, no lo soy. Pero sigo mirando tu cuello y pensando... ¿Por qué no?

¿No crees que eso me convierte en otro tipo de monstruo?

No se dijeron nada más en el resto del trayecto.

Ya en la casa, después de guardar todo lo comprado, pasaron la mayor parte de la tarde junto al fuego. A pesar de estar en primavera, la temperatura era algo fresca y las brasas daban calidez al gran salón.

Sara continuó ausente toda la tarde. A pesar de que contestaba a lo que él le decía, sus pensamientos la llevaban con facilidad a otra parte. Tenía mucho que asimilar.

Markus lo sabía y por ello la dejó a su aire, pero cuando cayó la noche y se acercó a la pared acristalada a admirar las estrellas y la llovizna intermitente, se aproximó a ella y se colocó detrás. Necesitaba sentirla cerca, olerla y abrazarla.

Sara se sobresaltó al verle tan próximo, reflejado en el cristal.

—¿Me lo vas a contar o he de adivinarlo? —preguntó mientras que despacio la rodeaba con sus brazos.

—¿El qué?

—Pues lo que andas rumiando todo el día...

—¿Yo?

Podía notar su aliento en la nuca y se puso tensa.

—Sara... dime porque estás triste o tendré que sonsacártelo.

—¿Y qué vas a hacer... tomarte un aperitivo?

—No, tenía pensado algo realmente peor.

Y dicho y hecho, empezó a hacerle cosquillas. Los ojos de Sara se salían de las órbitas

—Por favor noo. ¡Para! ¡Para! ¡Por favor!

Se retorció entre sus férreos brazos y sin poder soportarlo, comenzó a llorar de la risa.

—¡Detentee!

Y Markus paró.

El vampiro contuvo una carcajada e intentó ponerse serio. Incluyó la cabeza hacia el suelo, con lo que su pelo le cubrió parte de la cara y mordiéndose el labio, sin levantar la barbilla, la miró con su mejor cara de pícaro.

Con las manos hizo ademán de comenzar de nuevo...

—¡No! ¡No!

Sara retrocedía con las manos extendidas hacia adelante, intentando frenar su avance.

—No puedes escapar de mí... lo sabes, ¿verdad? —ronroneó el vampiro mientras se acercaba despacio a ella.

—Vale, lo sé. Por favor, ¡cosquillas no!

—Solo me detendré a cambio de tu confesión. ¡Si no cantas empezaré de nuevo! —Y se puso serio para añadir—: Sara, dime qué pasa.

Ante su silencio, Markus suspiró.

—Escúchame un momento. Necesito que hagas algo por mí. Quiero que seas frívola con todo esto, intenta no darle importancia a lo que soy. Sabes que no voy a hacerte daño y eso es lo que realmente cuenta. Para mí no es fácil tampoco, yo no lo elegí, aunque ahora mismo, he de confesar que me alegro de que me infectasen, de lo contrario habría muerto en el siglo XVIII y no te hubiera conocido. Sonríe y deja que bromeo con mi papel de coyote y tu rol de correccaminos... que solo es eso, ¿eh? Tú puedes llamarme chupasangre, murciélago, sanguijuela... y yo me reiré.

—¿Coyote y correccaminos?

—Bueno ¡Yo también veo la tele! Tengo mucho tiempo libre —dijo mostrando los dientes en una amplia sonrisa—. Y si en algún momento he dicho algo que te ha molestado, quiero saberlo.

Sara se relajó y por primera vez en varias horas... sonrió.

—¡Por fin! —casi grito, poniendo los ojos en blanco y lanzándose sobre el sofá como los saltadores de atletismo—. Ven y deja las estrellas en paz que

son muy aburridas.

—¿Cómo puedes saber todo eso? ¿Te has metido en mi cabeza? ¿Lees mi pensamiento?

—No... Sin tu permiso, no lo haré. Lo prometí, ¿recuerdas? Pero he vivido mucho tiempo, y no siempre he sido un loco solitario. Soy buen observador, aunque está claro que también puedo equivocarme. Al fin y al cabo, errar es de humanos.

Sara se sentó en el sofá junto a él.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres que hagamos la cena? —preguntó el vampiro.

—Mark, no puedo comer a todas horas. Hemos... bueno, he merendado hace un rato. Creo que no voy a cenar. Me estás cebando.

—No controlo el tema de las comidas, hace mucho que no convivo con humanos. Siento ser tan pesado, solo pensaba en esa anemia que he detectado.

Le acarició el pelo y la besó en la frente. La rodeó con su brazo y se quedaron un rato mirando cómo crepitaba la madera en la chimenea.

—¿Por qué no tocas el piano un rato? Me gustaría escucharte.

—¿Te gustaría? ¿De veras?

—Pues claro.

—Me moría de ganas de hacerlo. En el ático no tengo piano y tenía un poco el mono por tocar de nuevo.

—¿Y por qué no lo has dicho?

—Porque no quiero que creas que soy un tostonazo, ni que pienses que solo quiero impresionarte.

—Ya impresionas lo suficiente... aunque no quieras.

—Ven. Siéntate conmigo, te enseñaré.

—Ni hablar, soy una negada para la música. Me sentaré a tu lado porque siento curiosidad... «Y porque me excita ver cómo mueves tus manos y como acaricias, más que tocas algunas cosas».

Sara se llevó la mano a la boca. «¡Dios mío! Espero no haber dicho eso en voz alta».

Markus sonrió al escuchar en su mente los pensamientos de la niña. Sin darse cuenta, ella los había proyectado hacia él.

No dijo nada, se sentó delante del piano y golpeó su muslo para que Sara se colocase encima y cuando la hubo acomodado, la rodeó con sus brazos para llegar al teclado.

Con los ojos cerrados se abandonó frente al piano para interpretar el Nocturno de Chopin. Parecía un músico profesional.

—Cuando dijiste que tocabas, no imaginé esto.

—Eso es que no conoces a Jack. Sara, no tiene tanto mérito, he tenido mucho tiempo para aprender y practicar.

—¿Quién es Jack? Y claro que lo tiene, sobre todo si lo que tocas hace sentir cosas. No soy una entendida, pero en algunos momentos me has puesto la carne de gallina.

Markus la besó suave, acariciando sus labios.

—No era mi intención inquietarte.

—Han sido emociones intensas pero agradables.

—¡Qué cursis nos hemos puesto!

—Sí —se carcajeó Sara—, pero no me has dicho quién es Jack.

—Humm, un medio hermano que tengo.

—¿Y es bueno?

—Más que bueno, es sublime. Ha dejado de llover, salgamos, verás lo increíble que es oler a tierra mojada y a bosque.

Se pusieron botas de agua y cogieron unas chaquetas gruesas. Empezaba a hacer frío.



—¿Existen los hombres-lobo?

—Sí... ¿quieres que te presente a alguno?

Con cara de horror, Sara contestó:

—¡No!, solo sentía curiosidad.

Pasearon hasta el embarcadero, había demasiado barro como para algo más. La luna se reflejaba en el lago y el cielo se había plagado de estrellas.

—Entiendo que te guste venir, este sitio es precioso.

—Tienes que venir en invierno, con nieve es aún más espectacular.

Una punzada de frío hizo estremecer a Sara y Mark al notarlo, se quitó enseguida la chaqueta para ponérsela sobre los hombros. Dejó sus manos sobre ellos y agachándose colocó la mejilla junto a su pelo. Aspiró y sintió el delicado aroma de su piel, se dejó llevar y comenzó a mordisquear su oreja.

Sara se removió inquieta. En su mente aparecieron aquellos enormes caninos perforando su muñeca.

—Sara, si a estas alturas te asustas de esto, es que apenas me conoces. Y ya que intentar convencerte parece que no sirve de nada, creo que voy a empezar a chantajearte —susurró junto a su oído—, mmm, ya sé, si rehúyes estas caricias investigaré por todo tu cuerpo para averiguar dónde más tienes cosquillas. ¿Entendido?

—Vaya, tu sí que sabes persuadir a una dama.

—Por supuesto, seducir es lo mío —replicó con humor.

Se quedaron un rato allí, bajo el manto de estrellas. Mark la abrazaba desde atrás y el mundo era perfecto.

—Vamos dentro, ya toca ir a la cama. Te quiero descansada, porque mañana tengo la intención hacer una pequeña caminata. Antes de que insistas que debes volver a tu vida, quiero que veas algo arriba en las montañas.

Una vez en casa le quitó la chaqueta y dándole una palmadita en el trasero dijo:

—A dormir, mi niña, y no digas que no, que en tu cara se adivina el cansancio y el sueño.

Sara no protestó, dejó que la guiase por el pasillo y que abriese la puerta del dormitorio.

—Hay más habitaciones, pero estaré en el salón. Si necesitas algo no dudes en llamarme. Apenas duermo, así que no te importe la hora.

—¿No vas a dormir conmigo? —preguntó Sara abriendo mucho los ojos.

—No creas que no lo deseo, pero te noto bastante agobiada y no quiero ser el motivo. No pretendo presionarte.

La besó tímidamente y se marchó cerrando la puerta tras de sí.

Durante unos segundos ella se quedó parada.

Después, como una autómatas se puso la ropa de dormir, para dirigirse a la gran cama sobre la que se sentó con cierto pesar.

Fuera la lluvia había vuelto y los cristales del cuarto estaban como ella, llenos de lágrimas.

«¿Qué mierda estoy haciendo? Encuentro al hombre de mi vida, y estoy sola en su cama. Es un vampiro, ¿y qué? no todo puede ser perfecto. Él tendrá todo el tiempo del mundo por delante, pero yo no. Adelante Sara».

Las palabras de Markus resonaron en su cabeza. «Ser un poco egoísta no es siempre malo».

—Tengo que demostrarle lo que siento —expresó en voz baja.

Se levantó, decidida a salir a buscarle, y cuando abrió la puerta del dormitorio le encontró en el pasillo, enfrentado a la entrada, sentado en el suelo. Estaba descalzo y llevaba solo un pantalón de deporte atado a la cintura, que resbalaba y dejaba ver el inicio de sus caderas. Muy sexy.

Se levantó rápidamente mientras explicaba:

—Te oía llorar y yo...

—Entra en la habitación inmediatamente.

—¿Qué?

—Me has oído de sobra, no volveré a repetirlo.

Se quedó mirándola sorprendido, como si de repente no la conociera. Ella se puso de puntillas y le besó. Su boca le dio la bienvenida y Sara profundizó en el beso, al tiempo que Markus le deshacía la coleta y metía los dedos entre los mechones de su melena.

Sara fue dura a propósito, quería demostrarle que no era de cristal, que también podía ser una mujer fuerte y estar a la altura de sus necesidades.

Markus puso las manos bajo su trasero y la levantó, para recibir mejor sus besos. La apoyó contra la pared y presionó su cuerpo contra el suyo. Sosteniéndola con una sola mano le subió la camiseta que estaba usando para dormir y rompió sus bragas. Liberó su miembro y la penetró, hacia arriba, golpeando su espalda en la pared con cada embestida.

Ella tuvo enseguida un orgasmo y, cuando acabaron las réplicas de placer, Markus la tomó entre sus brazos y la llevó a la cama. Allí la tumbó boca abajo, se colocó tras ella y tomándola de la cintura la subió hasta que quedó a cuatro patas. La penetró desde atrás mientras tocaba sus pechos con ambas manos. Cada embate era más fuerte, más profundo y ella jadeaba y gemía hasta que colapsó en un segundo orgasmo.

Salió de ella y la giró sobre su espalda.

Iba a penetrarla de nuevo cuando Sara encontró la lucidez suficiente para gritar:

—¡Para! ¿Quieres matarme?

Él frenó en seco, se tumbó sobre ella y metió su cara entre su cabello esparcido por la almohada.

Su voz sonó quebrada cuando dijo:

—¿Te he hecho daño?

—No, pero si insistes en que tenga un orgasmo cada dos minutos no voy a durar mucho esta noche.

Cuando levantó su cara y la miró una gota de sangre roja surcaba su mejilla.

—Lo siento. Sentía tu necesidad y yo...

—Estás sangrando. Tu cara... ¿Te has golpeado?

—Mi niña, los vampiros lloramos lágrimas de sangre.

—Sangre...

—Sí, mi semen también la contiene, por eso siempre te limpio al terminar, no me gustaría que te asustases pensando que te he golpeado hasta hacerte sangrar.

—¿Tu semen es rosa? ¡Guau!

Ella lo miró de forma picarona, llevó sus dedos hasta la pequeña gota que resbalaba por su mejilla, la recogió y se la llevó a la boca. Sacó la lengua y lamió el dedo, después lo metió dentro y chupó despacio.

—Sara... ¡eres un demonio!

—¡Cállate y hazme el amor como Dios manda!

—Como mi señora desee...

## Capítulo 13

Al despertar, la luz de la mañana comenzaba a filtrarse entre los árboles. Abrió los ojos y cuando consiguió ver con nitidez, se encontró a Markus de pie, junto a la ventana. Ya estaba vestido y la observaba.

—Buenos días, princesa. Parece que va a hacer el día perfecto para dar un paseo. Está bastante nublado, pero no amenaza lluvia.

Se acercó a la cama y le besó la frente.

—Estaba esperando a que despertases para bajar y hacerte el desayuno. ¿Qué quieres comer?

—Café con leche.

—¿Solo?

—Y... ¿una tostada?

—¿Nada más? Sara, vamos a caminar un buen rato, debes comer más o desfallecerás.

—Pues por eso mismo, si me atiborro a desayunar podría vomitar por el esfuerzo. Me haré un sándwich y lo tomaré a medio camino, ¿contento?

—Bueno, eso es mejor que nada.

Cuando entró en la cocina, duchada y vestida, Mark ya estaba metiendo agua y comida en una mochila. Tomó su café y salieron.

En el momento se alejaron de la casa pareció que se habían adentrado en otro mundo. Un lugar mágico lleno de verdes infinitos y de sonidos exóticos. Los árboles tenían un follaje tan tupido en algunas zonas, que la luz solar no llegaba nunca al suelo, y este se encontraba lleno de helechos y hojas.

El agua estaba presente en todo momento.

—Yo soy de ciudad, solo espero que tú sepas hacia dónde vamos, porque yo ya me encuentro perdida.

—Confía en mí.

—Ya sé, fuiste *boy scout* en los años setenta y en los ochenta recorriste este bosque haciendo fotos para la *National Geographic*...

—Mírala que listilla... pues no, estoy tan perdido como tú.

Sara puso cara de susto.

—Debemos volver, ¡Quizá aún encontremos el sendero por donde vinimos!  
La carcajada que soltó Markus se escuchó por medio valle.

—No te agobies... ¡Sé dónde vamos! ¿Cansada?

—No, bueno..., un poco. Llevamos dos horas andando, ¿podemos parar un momento?

—Quedan quince minutos para llegar donde quiero llevarte, pero tenemos todo el día, así que sentémonos aquí mismo.

—No, no, si solo es eso creo que podré soportarlo. Pero cuando volvamos a la ciudad, voy a llevarte un día entero de compras, y entonces tú sabrás lo que es bueno, cuando lleves horas y horas viendo ropa, zapatos y complementos. Me implorarás parar en cualquier sitio.

—En serio..., ¿haces eso en tus días libres?

—No, pero solo por fastidiarte sería capaz de hacerlo.

Markus sonrió, cogió a Sara a la altura de las rodillas y se la colgó en un hombro como si fuera un saco de cemento.

—Eh, ¡suelta! ¿Por qué me cuelgas así siempre que te apetece? ¡Bájame!  
¡Bájame!

—Shhhh, ¡no te muevas tanto que al final te caerás!

—¡Déjame en el suelo! ¡Ya!

—Ni hablar, cuando lleguemos te bajaré. Y no hagas tanto ruido, vas a espantar a todos los animalillos en varios kilómetros a la redonda.

Sara fue gruñendo todo el camino, pero el vampiro no cedió y a buen ritmo subió la empinada cuesta.

A los pocos minutos, frenó en seco y cuidadosamente la bajó al suelo. Ella frente a él, seguía diciéndole de todo, pero Markus se llevó el dedo índice a la boca y le hizo señal de callar, la cogió de ambos hombros y la giró para que viera lo que tenía a su espalda.

Sara quedó boquiabierta, muda ante la belleza de aquel rincón. El arroyo, el salto de agua, el gran árbol caído y lleno de musgo, el pequeño claro por donde se filtraban unos tímidos rayos de luz...

El vampiro le susurró al oído.

—Dime, ¿merecía la pena el paseo?

Ella no habló, solo movió la cabeza asintiendo. Instintivamente sacó el móvil para hacer algunas fotos y poder recordar luego el magnífico lugar.

—¿Puedo hacerte una a ti?

Markus dudó, pero al fin dijo...

—Está bien, pero solo una, así que elige bien el momento.

—¿Temes que te robe tu alma al hacértela?

«Me la robaste cuando te conocí», pensó, aunque dijo:

—No tengo alma, la perdí en una partida de póker.

Sara parecía feliz, cansada por la caminata, pero feliz.

Avanzó hasta el remanso de agua y metió las manos, para refrescarse. El agua estaba helada, pero mojó su pañuelo y se lo pasó por la cara. En aquel magnífico lugar, respirar dolía de lo puro que se sentía el aire.

Se sentaron sobre el gran tronco a descansar y Markus sacó de la mochila agua y un sándwich y le hizo señas para que se dejase de fotos y que comiera...

—Jo, ¡quieres cebarme!

—No es eso..., debes comer.

Markus estaba allí a su lado, serio... mirándola. La luz de un tímido sol, tamizada por las nubes y las copas de los árboles, incidía en su cabello y su negra melena brillaba.

«Aquí está la foto», pensó. Sacó su móvil, enfocó y la hizo. La miró en la pantalla de cristal líquido. «¡Dios! Qué guapo es este hombre, a veces no parece real».

Ahí tenía su recuerdo.

Ahora tenía una prueba de que Mark existía y la guardaría para siempre. De todos modos, aunque el tiempo pasase, nunca podría sacar de su corazón aquellos días en los que conoció al vampiro y compartió con él un pequeño trocito de su larga vida.

Le miró de nuevo y suspiró.

Estaba convencida de que esta situación no iba a durar. Y es que él era demasiado especial como para andar por ahí con una humana. Sara estaba cada vez más convencida de que, cuando acabase la novedad y él viera que ella no era nada del otro mundo, se esfumaría con la misma rapidez con la que apareció. Pero ahora tenía la prueba de que existía, y cuando fuese vieja y recordase aquellos días sabría que todo ocurrió de verdad.

—¿Eso de la bolsa es sangre humana?

—No. Es sintética.

—¿Y sabe bien?

—Bueno... Sirve como nutriente, me sacia y no tiene mal sabor, pero para que lo entiendas es como comer todos los días patatas hervidas. Es normal que si pasa por delante de ti un buen filete se te haga la boca agua, ¿no crees?

—¿Y yo soy tu filete?

—Tú eres un plato de Ferran Adriá. Deliciosa, exquisita... para probar y soñar. No pongas esa cara, no voy a incluirte en mi dieta. Nunca serás parte de mi manutención. Contigo el hecho de poder algún día compartir sangre, toma otra dimensión.

—No te entiendo.

—Creo que el mayor escollo que hay entre los dos es el hecho de que



piensas que todo lo que hago es con el único objetivo de comerte. Y no te quiero como alimento, contigo deseo recibir y dar sangre. Sentirte mía y darte parte de mí.

—¿Quieres que yo beba tu sangre?

—Sí.

—Y tú beber de mí.

—¡Aja!

—¿Eso no me transformará en lo que tú eres?

—Lo que te ofrezco no es infectarte, lo que propongo es que te vincules a mí.

—¿Cómo?

—Creo que estamos teniendo esta conversación demasiado pronto.

—Yo no voy a...

—Tampoco ibas a dejarme beber de ti —interrumpió Mark—. Y sin embargo lo hiciste, aunque al parecer te arrepientes.

Sara dio un gran suspiro.

—Mark, yo... yo he estado pensando en lo que ocurrió y no me arrepiento de nada. Lo hice y lo volvería a hacer. Como humana debería estar asqueada, pero no lo estoy. En realidad darte sangre para que tú vivieras fue... no sé. Hizo que me sintiera bien conmigo misma, como si hubiera hecho lo correcto.

—Pensabas que me perdías y eso te dio miedo. Es una reacción normal.

—Yo pensaba que te perdía y lo que sentí no fue miedo, fue pánico, y si hubiera tenido que ir a la luna a por un saco de sangre hubiese volado hasta allí, pero de ahí a vincularme a un vampiro...

—No soy un vampiro cualquiera.

—Eso es cierto. No lo eres.

—Te importa lo que pueda ocurrirme —afirmó Mark.

—¿Te parece extraño que sienta cariño por ti?

—¿Cariño? Cariño, se les tiene a los perros...

—Bueno, vale, me gustas. Ya está dicho.

—Mi pequeña Sara... Tú también me gustas mucho, aunque creo que ya lo has notado, pero no adelantemos acontecimientos, vayamos despacio.

La cogió de la mano e iniciaron el camino de vuelta a casa.

—Si estás cansada puedo llevarte.

—¿Cómo si fuera un saco? Olvídalo, quiero conservar mi dignidad.

Bajaron a buen ritmo por la ladera.

Siempre por algún extraño motivo, el camino de regreso se hace más corto y en menos tiempo del esperado se plantaron delante de la vivienda. Sara fue directa a la ducha, se sentía pegajosa después del esfuerzo. Notar el agua caliente deslizarse sobre su piel fue un placer bien recibido. Salió de la bañera y envuelta en una toalla se miró al espejo.

En voz baja le habló a su reflejo....

—Si te viera tu abuela... pasando unos días en casa de un hombre, ¿Qué digo un hombre? Un vampiro.

Sonrió ante la idea de su abuela amonestándola y tratándola de mujerzuela, y comenzó a secarse el pelo.

Mientras Sara se duchaba, Markus avivó las brasas de la chimenea y metió un tronco más. Fue hasta el sofá, seleccionó los cojines más grandes y los dejó en el suelo hasta hacer una pequeña montaña en la alfombra, justo delante del fuego. Después, en la cocina preparó una gran ensalada, calentó un poco del pastel de carne que compraron en el pueblo y lo puso todo en una bandeja. Sacó una de sus copas de cristal opaco, se calentó un poco de plasma en el microondas, se sentó y esperó.

—Me malcrías —dijo Sara al ver todo el despliegue que él había hecho en el salón.

Como una autómatas, se arrodilló frente a Markus y él la abrazó. Con un

rápido movimiento que fue incapaz de ver, la rodeó con su brazo y la recostó sobre la pila de cojines, quedando él a escasos centímetros de su cara, pero sin dejar caer peso sobre el cuerpo de ella.

—¿Te he dicho que hueles increíblemente bien?... Y no me refiero al jabón con el que te duchas, eso también, sino a que tu piel emite un sutil perfume que me ha condenado al más profundo hechizo. Sara...

Ella se quedó paralizada al notar su aliento tan cerca. Comenzó a tener sudores fríos y a temblar.

Markus se dio cuenta en seguida y se separó de ella.

—¿Tienes miedo? —preguntó alarmado.

—Un poco... —dijo ella intentando esbozar una forzada sonrisa.

—¿Tienes a un monstruo rendido a tus pies y te entra el pánico? — Suspiró—. Haces bien... ante todo soy un monstruo, puede que tenga piel de cordero, pero soy un mal bicho al fin y al cabo. Contigo me ocurre algo extraño. Deseo tu sangre y la vida que me dará, pero tu presencia me proporciona un placer que tenía ya olvidado: la vida. Has despertado al hombre y necesito abrazarte, tocarte, olerte. Necesito sentirte mía.

Mientras hablaba cogió una de las manos de Sara y puso su palma directamente sobre la piel de su pecho...

—¿Qué sientes?

—Estás algo frío.

—¿Y qué más?

—No sé... nada.

—Exacto. Nada. No bombea la sangre, no hay latidos..., mi corazón es de piedra. Mientras que yo a través de la palma de tu mano, siento como fluye la vida entre tus dedos. Y ese sentimiento me tiene embriagado.

Esa tarde, a Sara le entró el síndrome de responsabilidad de repente, y le

propuso a Markus volver a la ciudad argumentando que debía regresar al trabajo, si es que aún no la habían despedido. Así que con pena por acabar con aquellas vacaciones, se organizaron para volver.

Igual que a la ida, el vampiro se hizo con el volante. El camino era largo y él insistió en que no estaba cansado y que quería conducir, pero con la condición de que Sara fuera inventando historias durante el camino para que no fuese tan aburrido.

Llegaron pasadas las diez de la noche y Markus la llevó directamente a casa.

—Mañana vengo a por ti para llevarte al trabajo.

—¿No te quedas un rato?

—No. Tengo cosas que hacer.

La besó en la frente y desapareció.

Sara entró a su casa con pesar. Se le hacía extraño pasar una noche sola, después de los días intensos con Mark rondando a su alrededor.

Volvía a la realidad y se le antojaba fría y triste sin la compañía del vampiro. Bueno, solo era una noche, por la mañana le vería de nuevo, pero se había marchado con prisas, diciendo que tenía algo que hacer.

Seguramente buscar una víctima, claro, que estúpida. Mejor no pensar más en ello, ella había querido ofrecerse como alimento en varias ocasiones, pero llegado el momento, siempre se echaba atrás. ¿De qué tenía miedo? Ahora le asustaba perderle por no haberlo hecho.

—¡No pienses más, Sara! Le estás dando vueltas a algo de lo que no estás segura —dijo en voz alta—, y al final seguro harás una montaña de un grano de arena.

Se preparó un baño para relajarse y tras él se fue directamente a dormir. Una vez en la cama comenzó a dar vueltas y a pensar.

Realmente era una situación bastante absurda. Un vampiro...

De repente existían y eran seres crueles y sanguinarios. No podía dejar de sentir el aliento de Didier sobre su cara. Cada vez que cerraba los ojos podía verlo a pocos centímetros de sus ojos. Era una sensación horrible.

Y luego estaba Markus. También espeluznante cuando se transformaba, pero por algo que escapaba a su razón, no le inspiraba el mismo sentimiento de horror que cuando tuvo al francés tan cerca. Aun así era un ser sobrenatural también, claro que Mark le había demostrado que aún quedaba humanidad en él. Pero ¿podía un vampiro respetar a los humanos? Eran su comida».

Inquieta se dio la vuelta intentando encontrar una postura más cómoda para dormir, pero girarse en la cama no impidió que su mente siguiera trabajando.

Por otro lado... ¿Qué había visto en ella? ¿Qué buscaba? Quizá solo era un pasatiempo pasajero para el todopoderoso ser inmortal que todo lo tiene, y busca un juguete nuevo.

En realidad, no le parecía que el vampiro la usase para su beneficio, pero ¿qué otra cosa podría ser? Eran demasiadas preguntas sin respuesta, se sentía francamente confundida, porque además a ello se sumaba lo que ella sentía por él.

¿Estaba solo deslumbrada? ¿O se estaba enamorando?... ¿Por qué demonios necesitaba de su presencia si se sentía totalmente cohibida cuando le tenía cerca? A veces, algunas veces, él conseguía que se sintiera a gusto y tranquila, pero ¿no sería por su facilidad para conducir la mente de los que le rodeaban? Quizá era eso, quizá no era real y todo lo que experimentaba era fruto de la capacidad de Markus, pero ¿cómo saberlo?»

Casi sin darse cuenta se hicieron las siete y media de la mañana, hora de levantarse. Se le hacía un mundo ir a trabajar. Un trabajo anodino, un jefe insoportable, pero era obligatorio, debía pagar el alquiler y las facturas. Se

animó al recordar que Mark le había dicho que vendría a llevarla al trabajo.

«Markus, Markus...»

Ducha, ropa limpia y desayuno... Lista para salir.

El día era soleado, el cielo estaba muy azul y parecía pleno agosto. Abrió la puerta de la calle, y el sol le golpeó fuerte en la cara. Respiró el aire fresco y sonrió, pero su sonrisa se desvaneció al ver que Mark no estaba aparcado frente a la puerta y que nadie le esperaba en la acera.

En fin, era lo que había temido.

No pudo evitar recordar su actitud la pasada noche, cuando salió disparado sin apenas unas palabras de despedida...

Era temprano, así que caminaría hasta la plaza y allí cogería un autobús.

No se dio cuenta de que un vehículo todoterreno negro con cristales tintados, aparcado algo más lejos, arrancaba y la seguía. Al llegar a la esquina, se apostó a su altura, frenó y bajo la ventanilla.

Dentro, un individuo con pasamontañas y gafas negras, sacó su mano enguantada y la cogió del brazo.

Sara dio un salto atrás y a punto estuvo de gritar si él no hubiera hablado primero.

—¿Estás sorda? Llevo un rato pitando. Anda sube antes de que me dé algo.

—¿Mark?

—¡Vamos! ¡No te quedes ahí parada!

Sara dio la vuelta al coche y subió, aún no muy segura de si debía hacerlo...

—¿De verdad eres tú?

Markus se bajó las gafas y dejó a la vista sus increíbles ojos verdes.

—¿Quién crees que saldría de casa con esta pinta en un día así? Te dije que vendría, ¿no?

Sara parecía aún sorprendida.

—Pareces un secuestrador...

—Mmmm, no me des ideas.

Condujo el vehículo con soltura por las estrechas callejuelas, y a pesar de ser un coche enorme parecía ligero en sus manos.

Llegaron en pocos minutos y cuando por fin se detuvo junto a la acera, Sara miró el edificio y puso cara de resignación.

—¿Por qué no buscas otro trabajo?

—No tengo muchas perspectivas de encontrar algo mejor.

—No digas tonterías... Claro que podrías encontrar otra cosa.

Estaba ya abriendo la puerta del coche cuando Markus la detuvo. Sacó el móvil y marcó un número.

Sara abrió la boca para protestar pero no pudo, estaba atónita.

Delante de sus narices, el vampiro estaba hablando con su jefe, diciéndole que no seguiría trabajando allí, que preparase los documentos del finiquito, que sus abogados pasarían a recogerlos.

Colgó y dijo:

—¡Libre! ¿Te apetece viajar a Londres?

Sara abrió varias veces la boca para decir algo... algo que no salió. Al fin se recompuso y protestó.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de hacerme? ¡Me has despedido!

—Por supuesto... Así eres libre de hacer lo que quieras.

—¡Pero esto no funciona así! Yo no puedo viajar donde quiera, ni comprarme coches caros ni nada por el estilo. Por Dios ¡Vivo de alquiler!

—El dinero no es problema.

—¡Como que no! Dios, ahora tendré que implorarle a ese energúmeno que reconsidere mi despido...

—De eso nada, ¡eres libre!

—Esto es demasiado, no creí que pudieras hacerme algo así.

—Mañana me lo agradecerás...

Sara estaba a punto de llorar de la tensión que estaba viviendo.

—Eh, eh, tranquila, no te pongas a llorar ahora, que no es grave... Verás, esta mañana hablé con mi banco en Suiza. He abierto una cuenta a tu nombre con una pequeña suma de dinero. Con el asesoramiento de un experto —dijo señalándose a sí mismo—, podrás vivir toda tu vida sin necesidad de trabajar de nuevo. Así elegirás las cosas que te gustan... No podrás despilfarrar, pero administrándote bien, tendrás para algunos caprichos.

La respiración entrecortada de Sara cortaba el silencio como un cristal.  
—Vamos, Sara... No pongas esa cara y vámonos a Londres... Hay muchas cosas que quiero mostrarte. Soy muy egoísta, lo sé, pero la vida pasa deprisa, y si te la pasas trabajando, ¿qué hago yo mientras?

—No puedo aceptar eso, simplemente no puedo.

—Está bien, entonces te ofrezco un trabajo. A partir de ahora serás... mi «señorita de compañía». ¿Suena eso mejor? Tienes que acompañarme a todas partes y asegurarte que me distraigo y lo paso bien. Sara, por favor.... Déjame hacer esto.

Sin dejarle el derecho a replicar, arrancó el vehículo y se dirigió hacia su ático.

—Menudo día, me encantaría llevarte a dar un paseo por alguna playa, pero me resulta imposible. Vamos a mi casa a esperar a que oscurezca, que este calor me está matando...

Una vez metió el coche en su garaje, Markus se deshizo de las gafas y del pasamontañas.

Sara seguía enfadada. Aquel hombre hacía lo que le venía en gana, estaba acostumbrado a mandar y a que se le obedeciera, y a pesar del gesto que había tenido con ella, se sentía tremendamente molesta al ser manipulada como una marioneta.



Subieron al ático en silencio y una vez dentro fue derecha al gran ventanal de la cocina, a sabiendas de que él no se acercaría allí, pues el sol bañaba la estancia. Deliberadamente, ella le dio la espalda y fingió mirar la calle. Realmente su mirada se perdía en la nada y no veía nada más allá de su reflejo en el cristal.

Markus se quedó junto a la puerta, lejos del sol, observándola en la distancia.

—Si no te presiono, nunca habrías aceptado el dinero.

—Tienes razón, y puedes cerrar la cuenta, no lo quiero.

—Sara... solo quiero que te liberes de las cosas que no te gustan. Me gustaría que tuvieras la oportunidad de ser feliz. De sobra sé que lo material no aporta nada, pero créeme, ayuda mucho. A mí no me supone nada desprenderme de esa suma, y para ti puede ser la oportunidad de empezar algo bueno. De seguir estudiando, si quieres, montar tú propio negocio..., hacer algo por ti misma. No lo he ingresado a tu nombre para demostrar nada, solo quería corresponder a todo lo que has hecho por mí.

—No hice nada.

—Te equivocas, me has devuelto las ganas de seguir. ¡Estaba tan cansado de todo! Hasta has conseguido que me disfrace y me atreva a salir en un día soleado solo por ver tu encantadora sonrisa. Tienes ángel, Sara, despides una luz que otros no tienen, y eres adorable. Me duele verte enfadada, y sobre todo... me duele que escapes de mí refugiándote al sol, junto a la ventana. Tras unos segundos en los que reinó el silencio, Markus añadió:

—Hace mucho calor aquí para mí, me voy a atrincherarme en el fondo de la casa.

Se volvió para irse, pero a mitad del gesto se detuvo para decir:

—Me gustaría... me gustaría que te quedases conmigo. Todavía tenemos mucho que compartir, mucho que disfrutar. Déjame que te haga la vida más

fácil. Cuando llegue el momento me retiraré y me iré, dejándote en paz, ¡Palabra de vampiro! Pero ahora, por favor, quédate conmigo.

Se marchó y Sara se quedó allí delante de la ventana, mirando sin mirar... con el pensamiento perdido en el discurso de Mark. Se apoyó en la pared, se sentía mareada. Todo iba tan rápido. Conocía al vampiro apenas unas semanas y ayer él parecía decidido a desaparecer mientras que ahora, como aquel que dice, le estaba montando un piso.

Salió de la cocina y entró al dormitorio de Markus. Él estaba en la penumbra, sentado en un cómodo sillón, mientras bebía sangre en una copa de vidrio opaco.

—No te entiendo. Me gustaría que retirases el dinero de esa cuenta, pero por lo que te conozco sé que no vas a hacerlo. ¡Maldito vampiro cabezota! No sé qué quieres, pero el caso es que separarme de ti duele, me tienes pillada....

—Shhh, no digas nada de lo que te puedas arrepentir —dijo Mark levantándose y acercándose a ella—. Hagamos la maleta y vayámonos de aquí. ¡Londres nos espera!

## Capítulo 14

Tuvieron que esperar hasta el atardecer, pero fue todo muy rápido.

Reservar los billetes, hacer la maleta de Mark, coger un taxi e ir a casa de Sara para preparar sus cosas, llegar hasta el aeropuerto, subir al avión, volar y aterrizar en Heathrow.

Les recibió un cielo plomizo y una atmósfera fría y desapacible. La noche era tremendamente húmeda.

Al salir del aeropuerto les esperaba un coche.

—¿Dónde vamos? —dijo Sara

—A casa de un amigo. Julius no me deja comprarme un piso en esta ciudad, cuando vengo tengo que obligatoriamente hospedarme en su casa. Sabe que vas conmigo y no hay ningún impedimento.

—¿Amigo? ¿Qué clase de amigo? —preguntó Sara con la inquietud escrita en la frente.

Markus sonrió y puso los ojos en blanco mientras negaba con la cabeza...

—De los que se comen a las niñas malas en un callejón... Julius es un buen hombre, le conozco hace mucho y confío plenamente en él. Para mí ha sido como un padre, me ayudó, junto con Erik, cuando yo estaba desorientado con mi nueva naturaleza, y se comportó como un verdadero tutor, algo que no tuve con María. Me instruyó, e hizo de mí lo que ahora ves.

—O sea que es un... un...

—¿Te da miedo ahora decir la palabra vampiro?

—No puedo olvidar a Didier...

—Pues ignóralo, Julius es alguien, en quien hasta tú puedes confiar.

El coche aparcó ante una lujosa mansión de la exclusiva zona de Belgravia,

cerca del Buckingham Palace. El chofer bajó, les abrió la puerta para que salieran y se encargó de sus maletas.

Un anciano mayordomo les dio la bienvenida.

—¡Señorito Markus! Qué alegría volver a verle. El señor les espera en el salón. No, no, ¡por favor! yo llevaré sus maletas...

—Pero Sebastian —replicó Markus—, son muy pesadas, déjalas aquí y ahora cuando saludemos a Julius ya las subo yo.

—No, señor, no puedo consentirlo, aunque por mí sí pasan los años, ¡sigo fuerte como un roble!

—Está bien, está bien. No pienso discutir contigo. ¿Me has preparado mi antigua habitación?

—¡Por supuesto, señor! y la señorita tiene la contigua a la suya, con vistas a Eaton Place.

Markus la guio hasta el salón.

La casa era señorial, de estilo victoriano y parecía que su decoración no se había tocado en años. Sus pinturas y mobiliario denotaban un gusto refinado y exquisito. Al abrir la doble puerta del salón se encontraron con Julius, que al oírles, ya salía a su encuentro.

Los dos vampiros se dieron un efusivo abrazo.

Julius hizo una inclinación de cabeza ante Sara y dijo:

—Supongo que este bastardo no te habrá contado nada o casi nada de mí. Es natural en él hablar poco de su pasado, pero que sepas que hace mucho nos topamos de casualidad, y que desde entonces hemos sido grandes amigos. Mi casa es tu casa y es... totalmente segura para ti. Espero disfrutes de Londres y de nuestra compañía.

Sara no pudo evitar mirar a Julius mientras él y Markus se ponían al día. No era un vampiro de aspecto joven, aparentaba entre cuarenta y cuarenta y cinco años. Se le veía maduro y muy atractivo.

Moreno, de ojos penetrantes y rasgos finos y delicados, con piel tan blanca que parecía porcelana. Le pareció curiosa su nariz, que tenía el tabique nasal un poco desviado, como si le hubieran dado un golpe en un ring de boxeo, pero eso no le restaba belleza, sino todo lo contrario, le hacía parecer muy masculino. Por su físico era difícil intuir su procedencia y su forma de hablar tampoco le delataba, su inglés era perfecto y académico. Podría haber vivido en medio mundo.

Julius notó la curiosidad de la joven y sin esperar ninguna pregunta dijo:

—Romano, siglo I antes de Cristo —dijo mirándola.

—¿Puedes leer mis pensamientos?

—Podría, pero no lo he hecho. Lo que pasa es que esa es la pregunta del millón. Cada vez que un humano conoce la existencia de un vampiro, lo primero que quiere es ubicarlo en una época y un lugar, de ahí mi respuesta. Yo nací en Roma, exactamente en el año sesenta y seis antes de Cristo.

Sara lo miró perpleja.

—¿Conociste a Julio César?

—No. Lamento decepcionarte. Mi familia no estaba metida en política, mi padre era escultor, pero si estuve en Roma en el verano del cuarenta y seis, cuando César regresó a la ciudad tras las victorias de las Galias, Egipto y el norte de África, y organizó los mejores espectáculos que puedas imaginar. Pude verle de lejos en un desfile, pero es lo más cerca que estuve de él. Yo tenía tan solo veinte años.

Sara cerró la boca tras darse cuenta de que se había quedado pasmada y boquiabierta.

—Tienes...

—Shhh. No lo digas. Me produce escalofríos incluso a mí.

«Dios mío», pensó Sara. «Este hombre ha vivido más de dos mil años, tiene que haber visto de todo, y está aquí, delante de mí, como si nada».

Julius se volvió a Markus para decirle:

—¿Dónde está nuestra educación, Markus? Estamos dejando de lado a Sara. Ya nos pondremos al día, hace mucho que no nos vemos, pero ahora comportémonos como caballeros.

A partir de ese momento los dos se volcaron en involucrarla en la conversación. Era una situación un tanto graciosa, pues parecía un cuadro sacado del pasado, donde ella era el único punto anacrónico, ya que los dos vampiros, por su forma de hablar, moverse y comportarse, parecían encajar con el espíritu de la casa, a pesar de sus actuales vestimentas.

Sentados frente a la chimenea conversaban, cuando entró el mayordomo portando una bandeja. Colocó tres copas doradas sobre la mesa y de una jarra metálica vertió un espeso líquido rojo en dos de ellas. La tercera la rellenó con Coca-cola. Miró a Sara, sonrió y le guiñó un ojo y ella le devolvió la sonrisa.

Y entonces, sonó el timbre de la puerta.

—Mmm, Paul es puntual, eso sí es raro —murmuró el anfitrión.

—¿Paul? No me digas que le has invitado...

—En el momento supe que venías le llamé. De sobra sabes que tiene devoción por ti. No hubiera podido excluirlo aunque quisiera, te hubiera oído de todos modos.

—¿Quién es Paul? —preguntó Sara con preocupación mientras miraba a uno y a otro.

—¡Maldito Julius! —rió Markus—. Sara, hoy vas a conocer a tu primer licántropo.

A ella le dio un vuelco el corazón y ambos debieron notarlo, porque a la vez se giraron hacia ella y la miraron con diversión.

Cuando ella, en la casa de la montaña, le preguntó a Mark si existían, él le contestó afirmativamente, pero siempre pensó que había sido una broma.

Ahora el mundo se le antojaba muy extraño. Había viajado a Londres con un vampiro, se alojaba en la casa de otro e iba a conocer a un hombre lobo.

Markus pareció adivinar sus pensamientos...

—Eh, todo va bien, ¿de acuerdo? Tranquila.

Paul era... era... enorme.

Mediría al menos dos metros de altura, alto, altísimo y corpulento.

Parecía un niño gigante, algo salvaje y desaliñado.

Entró a toda velocidad en el salón en el que estaban, se lanzó sobre Markus, como si fuese un jugador de rugby haciendo un placaje y le abrazó. El vampiro intentó soltarse, pero los brazos de Paul eran como tenazas. Debía ser tremendamente fuerte.

—Vale ya, ¿no? ¡Suelta, suelta!

—Hace mucho que no te veo, te he echado de menos.

El abrazo se deshizo y Markus recompuso su ropa y su postura con un grácil movimiento.

Ella los miraba atónita y Julius comenzó a reírse.

—Verás, Sara. Markus encontró a Paul en una alcantarilla aquí, en Londres, hace cinco años. Estaba malherido y cuando se acercó a él percibió su olor a lobo, aunque aún no se había transformado ni una sola vez. Era solo un niño, acababa de cumplir doce años y tenía el cuerpo magullado y lleno de cardenales, alguien le había dado una paliza. Varios huesos de su pierna, estaban rotos y a la velocidad a la que los hombres lobo se recuperan o se le recomponían correctamente o quedaría cojo de por vida.

Como yo soy médico, Markus lo trajo aquí. Entre los dos fracturamos lo que ya había soldado de forma incorrecta y entablillamos para que en el proceso de curación, la pierna quedase bien.

Ni te imaginas lo rápido que se cura un licántropo...

Dos noches después tuvo su primera transformación. Estaba muy asustado, nadie le había explicado que le estaba ocurriendo y tuvimos que atarle para que no nos atacase, fue un caos. Aun así, conseguimos superarlo, recogimos toda la información que pudimos y le ayudamos a comprender su naturaleza. Y ahora aquí lo tienes. Para Paul somos su familia, aunque nuestros instintos digan que debemos ser enemigos.

Sara miraba a Julius y a Paul que estaba parado junto a Markus esperando que el vampiro terminase su presentación.

—Pese a lo que todo el mundo cree —continuó Julius—, los licántropos no se transforman únicamente por la mordida de otro lobo, algunos crecen y viven como niños normales y cuando llegan a la pubertad, su crecimiento humano se ralentiza y comienzan a transformarse. Al principio a todas horas, con luna, sin luna... cuando y donde sea. Después comienzan a controlar esos cambios y al final acaba siendo a voluntad. Realmente no son inmortales, es solo que su capacidad de regeneración impide que envejeczan o mueran.

No atacan a los humanos, así que tranquila. En realidad están diseñados para aniquilar vampiros, aunque el antagonismo entre razas solo se da entre grupos radicales. Los demás intentamos convivir pacíficamente aunque no nos mezclamos demasiado.

Cuando terminó la explicación, Sara se dio cuenta de que Paul la miraba con cara afable.

—¡Hola! Yo soy ese de quien habláis...

Y se acercó a ella con los brazos abiertos como para darle un caluroso saludo, pero Markus le detuvo.

—¡Quieto! Ella es humana, por si no lo has notado. Un abrazo como el mío y tenemos que hospitalizarla.

—¡Eh! Que yo trato con más humanos que tú y nunca he matado a ninguno.

—Pero yo te he visto romper más de una copa de cristal con esas manazas,



así que ¡pórtate bien!

Paul puso morros y se limitó a decir hola con su mano.

—¡Maldita sanguijuela! —murmuró.

—¡Te he oído, Paul! ¡Te he oído!

Un gruñido sordo fue emitido por la garganta del licántropo, fue tan sonoro que Sara dio un paso atrás.

—¡Lo siento! —se apresuró a decir—. El gruñido no iba dirigido a ti. No pretendía asustarte.

La escena era un cuadro y Julius reía a carcajadas. Paul parecía un niño al que están a punto de castigar y Markus que estaba de brazos cruzados, miraba con expresión severa al lobo.

—¿Pensáis quedaros algún tiempo? o simplemente, vas a salir corriendo como la última vez.

—Aún no lo sé —dijo Markus gesticulando con las manos—, no solo depende de mí. He traído a Sara para que vaya conociendo más cosas sobre mi... mi naturaleza. Ella decide también.

—Je, je, pues entonces os quedareis —declaró Paul, exhibiendo su perfecta dentadura, en una forzada sonrisa dedicada a Markus.

—¡No estés tan seguro! No tienes tanto sex-appeal cómo crees.

Como si de repente Mark hubiese recordado algo importante, se volvió hacia ella y preguntó:

—¿Tienes hambre, Sara? Hace horas que tomaste tu última comida, quizá deberíamos pedir algo para ti.

—¿Comer? dijo Paul. Mmmm me muero por comer.

—A ti no te he preguntado —dijo Mark poniendo los ojos en blanco—, ya sabemos que eres como una termita, capaz de comer cualquier cosa, a cualquier hora.

—Mmmm, la comida está rica. Tienes envidia, como a ti todo te sabe a

cartón.

—Déjalos que discutan solos —dijo Julius mientras le ofrecía su brazo—, salgamos de aquí que me dan dolor de cabeza. Ven, te enseñaré la biblioteca...

La colección de libros de Julius era impresionante.

La biblioteca daba a un pequeño jardín en la parte trasera de la casa. Una enorme vidriera debía durante el día dejar pasar una bonita luz a través de sus intrincados dibujos, pero ahora que ya había oscurecido las luces artificiales le daban al cuarto, un aire mágico. El resto de paredes, estaban de suelo a techo forradas con estantes repletos de libros. Parecía una tienda.

—¿Te gusta leer? Markus me dijo que sí. Tienes entrada libre para elegir lo que quieras. Los libros no son nada sin alguien que los lea.

—Sí. Claro que me gusta. Pero tal despliegue de medios se me hace apabullante. Y ahora me dirás que los has leído todos...

—Bueno, todos, todos... No. Si quieres algo sobre algún tema, yo te guiaré y te ayudaré a elegir. De todos modos no creo que en Londres tengas mucho tiempo para quedarte en casa. Hay mucho para ver y seguro que Markus ya te ha organizado un buen tour.

En el centro de la habitación había un par de mesas de estudio equipadas con ordenadores de última generación.

—Se me hace raro que os guste la tecnología —dijo Sara mientras distraída, pasaba los dedos por una de las pulidas mesas.

—No a todos. Yo personalmente creo que internet es el invento de los inventos, y no hay gadget que no caiga en mis manos. Estoy totalmente enganchado... y me avergüenza decir que soy un poco friki... No somos casos aislados, a la mayoría les ocurre lo mismo, solo unos pocos están verdaderamente anclados en el pasado y su vida es un bucle temporal. Pero... hay que entender lo que ha evolucionado el mundo e intentar seguir adelante.

¿Qué me dices de ti? ¿En qué trabajas?

—Pues ahora mismo y gracias a Mark, en nada. Llevaba unos pocos meses trabajando en una oficina de seguros y hoy ha decidido que ya no más. Ha llamado y ha pedido mi finiquito —dijo dejando que el enfado se notase en su voz.

—Sara. Conozco a Markus hace mucho, créeme, si lo hizo es porque hay una buena razón. Él no va a dejarte en la estacada, es un buen hombre.

—No puedo evitar estar un poco enfadada con él. Hace lo que le viene en gana. En algunas cosas no tengo ni voz ni voto.

—La mayoría de nosotros lo hacemos. Es lo que hace tener poder. No es fácil vivir tanto tiempo, no se lo tomes del todo en cuenta.

La puerta de la biblioteca se abrió de repente. La cabeza de Paul entró dejando su cuerpo fuera del cuarto. Sin más dijo:

—Sara deja a estos acartonados y ven a cenar, que la mesa ya está puesta. No me preguntes por qué, pero la cocinera de estos paletos es la mejor de Londres y la pobre está harta de no poder cocinar nunca para nadie. Ven. Hoy la dejaremos encantada.

—¿Nadie te ha dicho que se llama a las puertas antes de entrar? ¿Dónde dejaste tus modales, Paul? —le reprendió Julius—. ¡Maldito crío!

Volviéndose a Sara y dulcificando su voz añadió:

—Ve a cenar anda, estarás cansada del viaje, y lo de la cocinera es totalmente cierto, todas nuestras visitas acaban maravilladas.

—¿Recibís a muchos humanos?

—Muchos no, pero algunos de nuestros amigos están vinculados y vienen a vernos a menudo. Date prisa o Paul te dejará sin cena.

«Amigos vinculados.... Quizá pudiera preguntarle a Julius sobre eso. No quería volver a tocar el tema con Mark, era demasiado personal».

Markus la esperaba en el comedor. Al verla, golpeó un par de veces el asiento contiguo, indicándole así que se sentase junto a él. Parecía alegre y eso hizo que se sintiera bien. Se sentó a su lado y sonrió.

—¿Qué hay para cenar?

Paul tenía razón, la cocinera era magnífica y por primera vez en mucho tiempo, Sara rebañó lo que quedaba de salsa en el plato con un trozo de pan. Cuando se dio cuenta de que Mark la miraba, se sonrojó, pero él parecía absolutamente feliz y la miraba con gran ternura.

—Si llego a saber que para que comieses a gusto tenía que traerte a Londres, lo habría hecho mucho antes.

Tras la fantástica cena, se sentaron a charlar en el salón. Paul rasgueaba las cuerdas de una guitarra española y Markus le corregía de vez en cuando, y allí apoyada en el hombro de Mark y rodeada en su abrazo, Sara se quedó dormida.

—Deberías llevarla a la cama —dijo Julius.

—Sí. No es preciosa, ¿Julius?

—Lo es, amigo. Y no sabes cuánto te envidio.

Con extremo mimo, pasó una mano bajo sus rodillas y la otra tras su espalda, y en brazos la subió hasta su habitación. La desnudó, le puso un pijama y la metió entre las sábanas de la mullida cama.

—Duerme, mi niña.

Y tras un suave beso en la frente y una suave caricia, se marchó a su cuarto.

## Capítulo 15

Había muy poca luz en el dormitorio, pero el reloj indicaba que ya eran las ocho. Sara se levantó y se encaminó a la ventana, separó un poco la cortina y se quedó admirando la fina lluvia que caía sobre los adoquines de la calle. De nuevo, el día era plomizo y triste.

Dos golpes en la puerta que separaba las dos habitaciones, anunciaron la voz de Markus.

—¿Despierta?

—Sí.

—¿Visible?

Sara sonrió.

—Sí.

El vampiro abrió la puerta y entró.

—¿Qué tal has dormido? Porque yo no he pegado ojo...

—Mark, tú no duermes casi nada. ¿Me trajiste hasta aquí y me pusiste tú el pijama? Espero no haberme puesto a roncar en mitad del salón, porque creo que caí rendida de sueño nada más dar con mis huesos en el sofá.

—No. Estabas preciosa mientras dormías, pero la postura no era cómoda así que te traje aquí para que descansases como dios manda. Y sí, yo te puse el pijama.

—Me hubiera gustado más dormir contigo.

—Pero yo no te hubiera dejado dormir... y créeme, lo necesitabas.

Sara se desperezó como los gatitos y le preguntó:

—¿Y bien? ¿Cuál es el plan para hoy?

—¿Pusiste en la maleta un traje de noche?

—¿Cómo?

—Sí, un traje bonito y estupendo, como para ir a una boda.

—Sé perfectamente lo que es —protestó arrugando la nariz—. Pues no, no metí nada en la maleta de esas características, no pensé que fuese a necesitarlo.

—Pues entonces vístete y desayuna, que yo tengo que ir de compras y tú tienes hoy una agenda muy apretada.

—¡Espera! No entiendo nada...

—Verás. Esta noche te llevo a un sitio, donde podrás ver y aprender más sobre esos monstruos terribles a los que llaman chupasangres, y para entrar hay que ponerse guapos.

—¿Un bar de vampiros?

—¿Bar de vampiros? Bueno, algo así.

—Pero Mark... yo, yo... no pasaré desapercibida.

—No pretendo que pases desapercibida, sino todo lo contrario.

Y guiñando un ojo salió de la habitación, cerrando despacio la puerta tras él. Sara se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos.

Se oyó una voz amortiguada.

—¿Quieres empezar a moverte ya? Tenemos muchas cosas que hacer y sé que sigues plantada en mitad del cuarto. ¡Vamos!

De forma automática, sin pensar en lo que estaba haciendo, Sara se duchó y se vistió, lo más rápido que pudo.

Su cabeza andaba por otros derroteros... «Un bar de vampiros, ¡Markus se ha vuelto loco!»

Cuando salió de la habitación, él la estaba esperando en el pasillo.

Estaba guapísimo, como siempre.

Sara pensó que nunca podría cansarse de admirarle, y si era capaz de verse así, con una camiseta, vaqueros y botas militares, como no estaría con un traje o un smoking.

—Han preparado un desayuno estupendo, pero tendrás que darte prisa, el licántropo acabará con todo antes de que puedas terminar de decir Constantinopla.

La tomó de la mano y juntos bajaron hasta el comedor. En efecto, la mesa del desayuno estaba repleta de platos muy apetecibles. Dulces y bollos, distintos panes y fruta.

El lobo, que estaba en una esquina tomando zumo y zampando a dos carrillos, saludó con su mano y siguió desayunando.

Sara cogió dos galletas y se puso leche fría en un vaso. Markus miró al techo, cogió un plato, y empezó a coger cosas.

—¿Tú desayunas? —preguntó ella con los ojos como platos—. Hoy voy de sorpresa en sorpresa...

—No. ¡Eres tú la que vas a desayunar! Dos galletas —dijo negando con la cabeza—, tienes que comer mi niña, hoy será un día largo.

Subieron al taxi, Mark le indicó al conductor una dirección, y el taxista les llevó a toda prisa a pesar de la lluvia y el tráfico.

Sara iba pegada al cristal, mirando los edificios y las concurridas calles, preguntándose a donde la llevaba el vampiro.

Al llegar a su destino Markus le indicó al conductor:

—Espéreme aquí.

Sara se volvió y le interrogó con la mirada.

—Sígueme.

—¿No vas a decirme dónde vamos?

—Todo a su debido momento.

Cruzaron la calle y llegaron al portal de un vetusto edificio. Markus le abrió la puerta y se apartó para que ella pasase.

—Detrás de usted, señora.

Ella entró y se quedó muda admirando el hermoso interior del portal.

El suelo estaba enlosado con piezas de mármol blancas y negras, como un tablero de ajedrez. Al fondo, una hermosa escalera también de mármol, aunque esta vez blanco, con una ornamentada barandilla de forja, ascendía a la primera planta. Y en el centro del vestíbulo, una mesa redonda de marquetería servía de soporte a un inmenso ramo de rosas blancas y helechos, que hacía que aquel espacio oliese de maravilla.

Todo era muy lujoso.

—Solo es un piso, ¿quieres subir con el ascensor?

—No, la escalera es preciosa...

En el descansillo les esperaba una joven que llevaba un traje de chaqueta muy formal.

—Buenos días, estábamos esperándoles. Todo está preparado.

Sara miró a Markus y a la mujer con cara de intriga.

El vampiro sonrió.

—Este salón de belleza es muy exclusivo, pero he podido conseguirte una cita —le explicó—. Van a peinar, hacerte la manicura, la pedicura, te darán un masaje. Todo lo que pidas. Yo pasaré a recogerte más tarde.

La cara de Sara fue del rosa claro al rojo bermellón.

—Pero...

—Me marchó, he de ir a elegir vestido y zapatos para ti.

La besó suavemente y desapareció.

La chica ante ella le sonrió y en perfecto castellano le dijo:

—Mi nombre es Julie, por favor pase por aquí. Deme su bolso y su chaqueta. En seguida estará aquí nuestro estilista para ver qué tipo de peinado desea, aunque tenemos órdenes muy específicas.

Sara quiso correr, pero estaba atrapada.

Retenida en un salón de belleza de alto nivel. Tendría que resignarse. Era la



primera vez que entraba en un sitio así, y se sentía un poco cohibida, pero estaba dispuesta a disfrutarlo, ya «mataría» a Mark después, por la encerrona.

Horas más tarde, cuando salió del salón vio el coche de Julius esperándola, pero Mark no estaba por ningún lado. «Menos mal que no llueve», pensó, mientras miraba a ambos lados de la calle esperando para cruzar.

La voz de Julius la sorprendió.

—¡Sara!

—¡Hola! Perdona, no te esperaba a ti.

—Markus me ha pedido que te recogiera, al parecer está ocupado aún.  
¿Qué tal la mañana?

—Me han lavado el pelo, cortado y secado. Me han depilado, hecho la manicura y la pedicura, también una limpieza de cutis y un masaje de relax, me siento como un recién nacido.

—Estás realmente preciosa —respondió el vampiro mientras tomaba una de sus manos y le besaba el dorso.

Sara lo miró de frente arqueando una de sus cejas.

—Vamos, he prometido llevarte al club para comer. No sé si Mark se reunirá con nosotros ahora o más tarde. En realidad me ha pedido que me ocupe de ti hasta que llame.

—Julius, yo no quiero ser una carga. Londres es una ciudad enorme y seguro que tengo un millón de cosas para hacer...

—Ni hablar. Estoy encantado de tener a alguien a quien llevar del brazo y enseñarle la ciudad. Vamos, Paul nos está esperando.

Subieron al asiento trasero del Audi y se dirigieron al restaurante.

Sobre la cama estaba su vestido.

Era uno de los míticos vestidos de metal de Paco Rabanne. Una re-edición

que este mismo año había sido presentada en la Paris Fashion Week. El diseño, recordaba uno que llevó Brigitte Bardot en 1969, con franjas horizontales en plata y oro. Sara recordó haberlo visto en un blog de moda.

Aún en shock por el vestido abrió la caja de los zapatos: Unas gladiator negras, de Jimmy Choo, en piel de pitón. Las sacó de la caja y las abrazó. Se sacó sus zapatos dando puntapiés al aire y se las puso. Eran como un guante, todo un lujo sobre doce centímetros de tacón.

Quedaban un par de cajas más sin abrir sobre la cama. En una de ellas encontró ropa interior, culottes y sujetador negros de la marca Victoria's Secret, y en la otra una chaqueta negra de smoking para mujer de Yves Saint Laurent.

Empezó a sentirse mareada y buscó desesperada una silla en la que sentarse. Lo hizo frente al tocador y al mirarse al espejo, se dio cuenta de que había un frasco de perfume sin marca, con una nota escrita a mano sobre la pulida madera.

«La primera vez que te vi, cargada de paquetes intentando encontrar las llaves de tu coche, tu olor llegó a mí y me dejó desarmado y aturdido.

Hace unos días encargué este aroma, con las notas y recuerdos de aquel día.

Huele a ti.

Espero que te guste.

Mark»

Bajo el frasco había una nota con la descripción de la fragancia que el perfumero había elaborado.

«Esta fragancia se mueve delicadamente desde la breves notas cítricas secas de la bergamota y el té, a un corazón sutil de jazmines, zambac y fresas, para acabar en un olor cremoso, apolvado, de rosa centifolia y pachouli

gourmand con toques de vainilla...».

Esto era demasiado.

Quería gritar, quería llorar y reírse, pero sobre todo quería salir corriendo, encontrar a Mark, y abrazarle hasta que se le durmiesen los brazos.

Dos golpes en la puerta la sacaron de su nube.

—¿Mark?

—¡Hola! —respondió una voz de mujer—. Soy Giuletta, de la peluquería. He venido a ayudarte con el maquillaje.

—Pasa por favor —dijo Sara al tiempo que abría la puerta—. No tenía ni idea de que ibas a venir.

La joven entró cargada con una maleta metálica. La abrió sobre la mesa y sacó un cinturón ancho con bolsillos, que estaba cargado de brochas como si fuera una canana de caza. Se lo puso y empezó a sacar cajas y tubos de maquillaje, sombras, colorete, máscara de pestañas, lápiz delineador...

—Precioso vestido —dijo, y sonrió—, y veo que ya has estrenado las sandalias.

—No pude reprimirme —contestó Sara con algo de vergüenza.

—Lo entiendo, yo tampoco hubiera podido. Siéntate y relájate. Yo me encargo de todo.

Con manos diestras comenzó a maquillarla. Base, sombras, delineador... Cuando terminó Sara casi no podía reconocerse ante el espejo. Ella casi siempre iba a cara lavada, salvo en contadas ocasiones, pero tenía que reconocer que esos ojos ahumados eran perfectos para la noche.

El maquillaje era ligero y si no hubiera visto la cantidad de potingues que habían extendido por su cara, quien la viese podría pensar que apenas llevaba nada. Un poco de rubor en las mejillas, un toque de brillo en los labios, pero los ojos estaban increíbles, se le veían enormes, felinos.

En una palabra, se sentía sexy.

—Estás muy guapa. Tienes una cara resultona y unos preciosos ojos. Deberías maquillarlos más a menudo y sacarles más partido. En el salón podemos enseñarte, ven cuando quieras.

—Giulietta, gracias.

De forma espontánea se levantó y la abrazó.

—Yo no hubiera conseguido esto ni de lejos.

La joven estaba muy sorprendida.

—¡Caramba! en todo el tiempo que llevo trabajando en esto nunca nadie había sido tan agradecido como tú. Nos ha encantado conocerte, hemos pasado un gran día contigo, de verdad, ven cuando quieras. Es un placer tenerte como cliente.

Dicho esto recogió su arsenal y se marchó.

Empezó a cambiarse de ropa y a ponerse todo lo que Markus le había comprado. Cuando terminó se miró al espejo. «¿Dónde está Sara?».

Aunque la verdadera pregunta era: «¿dónde está Mark?» La última vez que le vio fue en la puerta del salón de belleza a las diez de la mañana.

Salió de su cuarto y se dirigió al salón. Paul y Julius conversaban sentados en el amplio sofá. Cuando entró, el silencio fue sepulcral y, durante unos segundos, Sara dudó y miró hacia abajo por si se le había caído el vestido.

—¡Guau! —articuló el lobo, aunque ningún sonido salió de su boca.

—¿Sara? ¿Eres tú? —preguntó Julius fascinado.

—A Mark se le van a caer los colmillos —declaró Paul.

—No os burléis. ¿Sabéis dónde está? No le he visto en todo el día.

—Llegó hace media hora y se fue a su habitación a ducharse y cambiarse.

No tardará —contestó el vampiro.

—¿Quién os ha dado permiso para intentar robarme a mi novia?

—demandó una profunda voz desde la puerta, a espaldas de Sara.

—Hablando del rey de Roma...

Ella se giró y casi se cae de culo. Mark llevaba un traje negro de Armani, con camisa también negra, sin corbata. Su pelo había sido cortado y casi le rozaba los hombros, sus suaves rizos caían a los lados de su cara, y al verle, ella sintió la necesidad de acercarse y meter los dedos entre ellos.

—Estás preciosa, mi niña. —Y volviéndose a su amigo añadió: —Julius, préstame una pistola. Presiento que esta noche me voy a tener que liar a tiros con alguien.

Se acercó a ella, cogió su mano y la besó.

—Absolutamente preciosa.

—Sí, solo me falta un cartel: ¡Muérdeme, muérdeme!

—Humm no me des ideas... —murmuró el vampiro entornando los ojos.

—¿No crees que será un poco peligroso que yo llame tanto la atención?

—Verás. En realidad es lo que pretendo. A los vampiros nos gusta mostrar nuestras «posesiones». Sí, somos así de prepotentes... pero nadie, nadie se atreverá atacarte si llevas esto puesto.

Y mientras hablaba sacó del bolsillo de su chaqueta una pequeña caja de joyería. Al abrirla, le enseñó a Sara un fino colgante de oro blanco que llevaba un símbolo. El mismo que Markus llevaba en el sello de su mano derecha.

—Esto significa para ellos, que eres de mi propiedad. Te protegerá donde quiera que vayas. Y aquí, en Londres, deberías llevarlo.

Ella abrió la boca para protestar, pero él la cortó.

—Es mi primer regalo Sara, espero lo aceptes. No significa que seas una esclava, quiero que te lo pongas porque confías en mí.

Y sin añadir nada más lo deslizó por su cuello, antes de que ella saliese del shock y pudiera protestar negándose a llevarlo.

—Shhh. Vamos, estoy deseando que todos te conozcan.

De camino al club en el coche Sara no podía parar de moverse. Cruzaba las piernas, las descruzaba, se tocaba el pelo, se frotaba las manos...

—Pareces nerviosa.

—Lo estoy. Es como si me llevaran al matadero. Y además, miro tu cara y parece que disfrutas con esto.

—Sara... No pasará nada. Confía en mí, ¿crees que te llevaría si entrañase peligro? Además, Julius también estará, y algún que otro amigo que conocerás esta noche y que son de mi entera confianza.

—Pero es que parezco un árbol de Navidad, solo me faltan las luces de colores para llamar un poco más la atención.

—No. Estás preciosa y te aseguro que allí pasarás desapercibida. Hazme caso, respira hondo y relájate.

Markus condujo en dirección a la parte sur del Soho, y tras culebrear por estrechas calles, se metió en un oscuro y angosto callejón. El vampiro detuvo el vehículo ante lo que parecía la salida trasera de una tienda. En seguida, se abrió la puerta y la silueta de dos hombres quedó recortada por la luz que tenían detrás. Uno de ellos bajó rápidamente los tres escalones que le separaban de la calzada y fue directo a abrirla a Sara. Inclino su cabeza al salir ella del coche y cerró la portezuela.

Mientras, Markus había abandonado su asiento y ya estaba esperándola junto a la entrada.

El individuo que le había abierto la puerta se sentó al volante y se llevó el coche a un aparcamiento privado cercano.

Entraron.

El local era el almacén de una tienda de instrumentos musicales de segunda mano. Caminaron casi en la penumbra entre guitarras, violoncelos y pianos de

cola, llenos de polvo. Se pararon frente a una vitrina que estaba llena de instrumentos de viento y el hombre que les acompañaba tocó una moldura de la pared, lo que provocó un ruido chirriante. La vitrina se hundió y dejó un hueco de paso suficiente para una persona.

Markus entró primero y le tendió la mano a Sara para que entrase tras él. Al hacerlo, ella se paró para intentar acostumbrar los ojos a la poca luz que emitía una bombilla que colgaba de dos cables, más adelante. Cuando pudo ver, se dio cuenta de que se encontraba en un estrecho corredor.

Sara intentaba no poner cara de pánico, pero le parecía que iba derecha a un ritual satánico.

Markus la agarró por la cintura para que avanzase y, al final del pasillo, cuando llegaron a una angosta escalera escasamente iluminada, la ayudó a bajar.

Una vez en el sótano, traspasaron una puerta de acero y entraron en una sala más amplia, donde ya empezaba a escucharse el sonido amortiguado de la música de baile.

—Esta es una de las entradas... —informó Markus—. Hay otras, claro, pero cómo puedes ver, somos muy discretos.

La puerta se abrió y lo que era un ruido lejano se convirtió en estruendo.

La música estaba altísima.

Sonaba una versión, si cabe más oscura, del *If I was your vampire* de Marilyn Manson, que resultaba de lo más apropiado. El local estaba lleno y parecía que habían hecho una selección para dejarles entrar, pues todos eran altos, esbeltos, jóvenes y hermosos. Era como una reunión de top-models que acabasen de bajar de la pasarela de un desfile.

Sara se quedó frenada ante el espectáculo, pero su vampiro la rodeó con el brazo y suavemente la fue empujando a entrar. Algunos saludaron a Markus como si fuera un viejo amigo, él la fue presentando, pero Sara apenas podía

articular palabra, estaba muy ocupada en aparentar serenidad, intentando sonreír y que no se le notase el miedo que corría por sus venas.

Mark la cogió por la cintura, se colocó tras ella y la fue guiando hacia el interior. Ella podía notar su aliento en el cuello. Le daba seguridad tenerle cerca.

—El ambiente es de pijos o niños ricos, no sé porque os hacía más góticos y espeluznantes —dijo volviendo su cara hacia él.

—Algunos lo somos —contestó una hermosa y suave voz de locutor de radio, frente a ella.

Cuando se giró a mirarle, deseó haberse mordido la lengua. El tipo era alto y fornido, muy rubio, de raza aria y llevaba la cabeza casi rapada. Tenía la oreja derecha llena de *piercings* y asomando al cuello de su camisa, un tatuaje tribal serpenteaba hasta terminar en su mandíbula.

—¡Buenas noches, Judas!

—¡Buenas noches, Markus!

Se estrecharon las manos efusivamente.

—Te presento a Sara, mi novia.

—Encantado de conocerte.

—Judas es el dueño del club —aclaró Markus.

—¿Judas? —preguntó Sara con un rastro de sorpresa en su voz.

Y el interpelado, levantando su mano derecha dijo:

—Juro que no tengo nada que ver con ese tipo. Nunca hubiera vendido a Jesús por treinta monedas de plata. Sabiendo lo que sé, hubiera pedido mucho más.

—No le hagas caso —susurró Mark a su oído—. No engañaría ni a su abuela. Vayamos a nuestra mesa. Judas, ¿ha venido Poppy?

—Por supuesto, no voy a ningún lado sin ella, ya lo sabes. ¿Qué vais a



tomar? —añadió.

—¿Aparte de sangre sirven algo más? —preguntó Sara con la cara desencajada.

—No todos son vampiros, hay humanos que como tú vienen acompañados de su amo —contestó Mark a su espalda—. Así que también puedes beber cosas normales.

Judas les indicó que fuesen al fondo del local, donde Julius, que acababa de llegar, les estaba esperando. Hizo una seña al camarero y se evaporó.

Sara se volvió enfrentando a Mark.

—¿Tú eres mi dueño?

—Esta noche sí. No hablemos aquí de esto, cuando volvamos a casa te cuento más cosas ¡Vamos! Te presentaré a Poppy, te gustará.

Julius no estaba solo.

Su acompañante era una despampanante vampira nórdica llamada Früa. Alta, muy alta y fornida, pero con una cara angelical.

Llevaba el pelo corto y era muy rubia, casi albina. Su piel parecía de porcelana. Con largas trenzas enroscadas en su cabeza hubiera sido una formidable vikinga.

Seguro que en la calle la mujer causaba la admiración de cualquiera, hombre o mujer, que se cruzase con ella.

Mark las presentó.

—Entonces —dijo Früa, agachándose y acercando su cara al rostro de Sara—, esta es tu niña bonita... Mmmm parece deliciosa, ¿me dejarías probarla? Huele de maravilla...

—Pero Früa —atajó Julius—. Yo creí que esta noche eras toda para mí.

—Hummm, cierto, quizás en otra ocasión, niña. Esa piel de seda necesita se le dedique tiempo, te aseguro preciosa que si me lo permites te haré

disfrutar...

Sara trató de sonreír.

Julius notó su miedo y se levantó cogiendo a Früa de la mano.

—¡Vamos a bailar!

—¿Estás bien? —preguntó Markus en cuanto la pareja desapareció.

—Sí... creo que sí —respondió con voz débil, Sara.

—Lo de Früa es más pose que otra cosa, plántale cara y te dejará en paz, que no te preocupe. Hoy te darás cuenta de cómo son ellos... y de cómo soy yo. ¿Confiarás más en mí a partir de ahora? —preguntó esbozando una sonrisa esperanzadora—. Dime, ¿lo harás?

—Mi vida depende de ello.

—No. No te equivoques. Tu vida no depende de lo que yo desee. Esto no funciona así. —Y cambiando de tema radicalmente añadió—. Estás realmente preciosa, entiendo que Früa se sienta atraída por ti, creo que a la mitad de los bichos de esta sala les ocurre lo mismo. Mira a tu alrededor...

Sara se giró y pudo comprobar que la miraban, unos de reojo, otros descarado, pero había unos cuantos pares de ojos fijos en ella.

Miró a Markus con estupor y él dijo:

—Qué se pongan a la cola, ¡Yo te vi primero! Y pensándolo bien, ahora que tenemos público, voy a aprovechar. ¡No te muevas!

Se acercó despacio y la besó de forma descarada, como nunca había hecho antes delante de extraños. Se recreó lamiendo sus labios y mordisqueando su boca y al separarse, sus colmillos asomaban un poco bajo su labio superior.

—Shhh —siseó—, forma parte del espectáculo.

Retiró su pelo y se abalanzó sobre su cuello en apenas un suspiro. Comenzó a besarlo, lamerlo como preparándolo para algo más. Sara se estremeció, pues notaba sus dientes rozar su piel. Todo era muy erótico y empezó a sentirse

confundida. Su corazón empezó a trotarle en el pecho y todas las terminaciones nerviosas en su cuerpo acusaron el estímulo.

El vampiro se retiró a su asiento, sin dejar de mirarla y enseñar sus colmillos, de la comisura de sus labios caía una fina gota de sangre.

Tras unos instantes tomó su mano y dijo:

—¡Ha salido perfecto! Aunque menos mal que estás de espaldas y no pueden ver tu cara. —Pasó el pulgar por el labio recogiendo la gota y lo lamio descaradamente—. La sangre no es tuya, Sara. Me mordí yo mismo para que fuese convincente...

—¿Por qué juegas así conmigo?

—Jugar es lo único que me queda —murmuró con resignación—. No me hagas caso, estoy mintiendo, en realidad, me apetecía mucho hacer lo que he hecho, no soy de piedra, ¿sabes? Estoy tirando de mis últimas reservas de fuerza de voluntad y ciertamente, me hubiera gustado otro final. En fin —suspiró—, ahora esos que te miraban ya no tienen dudas de que soy tu dueño y señor.

En ese momento, apareció Judas acompañado de una pequeña muñeca con cara de ángel, y seguido de un camarero que llevaba una cubitera de acero inoxidable con una botella de champaña y unas copas. La chica que le acompañaba era delgada y menuda, con el pelo rubio y corto, lleno de suaves rizos. Llevaba un vestido rojo tan ceñido que parecía que había crecido en él.

—Sara —presentó Judas—. Esta es Poppy. Mi esposa.

—Oye, no me dijiste que fuera tan guapa —replicó la muchacha.

—¿Para qué? ¿Para qué me dejases tu bolso tatuado en la cara?

—Humm —dijo frunciendo el ceño. Ya hablaremos tú y yo luego —dijo ella poniendo un dedo acusador sobre el intrincado tatuaje que se veía en el pecho del vampiro, por la abertura del cuello de su camisa.

—¡Cielos! Eso solo puede significar que hoy dormiré en el balcón. —Se

resignó Judas, intentando parecer abatido.

Poppy se giró hacia Sara olvidándose del resto y se lanzó literalmente a sus brazos, en un efusivo achuchón.

—Me alegro mucho de conocerte. No sabes las ganas que tenía de hablar con alguien que no fuera un viejo carcamal.

—Gracias, Poppy —dijo Markus—. Yo también te quiero.

—No lo decía por ti, en realidad eres el benjamín de la familia. Es por este vejestorio que me acompaña, que parece haber olvidado divertirse.

—Sara —exclamó volviéndose a la muchacha—, vamos a bailar. Ha cambiado el DJ, y esta canción me vuelve loca. No te preocupes, ellos no se van a ir.

Ella miró a Markus como pidiendo permiso.

—Ve tranquila, te veo desde aquí.

Se adentró en la pista de la mano de Poppy. Sonaba *Sleep alone* de *Two Door Cinema Club*. En esa zona, el estruendo de la música golpeaba con fuerza, la masa de cuerpos se movía al unísono: brazos levantados, caderas insinuantes. Sobre sus cabezas, una bailarina se balanceaba sentada en un trapecio, y las luces parpadeantes de colores hacían que los movimientos de la gente pareciesen hechos a cámara lenta.

Sara se sintió durante unos instantes rodeada, pero el sonido la envolvió y decidió que no se iba a echar atrás. Otra cosa no, pero bailar... Llevaba practicando ballet clásico desde los ocho años, y siempre que tenía tiempo se apuntaba a cualquier clase de baile que dieran en la academia: hip hop, tango, danza oriental...

Dejó rienda suelta y se desmelenó.

Y se movía bien, vaya que si se movía bien. Iba enlazando movimientos de diversas disciplinas haciendo que su forma de bailar fuese original y

tremendamente sensual.

—Tu chica sabe moverse —dijo Judas.

—Mi chica no deja de sorprenderme —suspiró Mark.

La Dj que había entrado en cabina, una vampiresa jovencísima, siguió con músicaailable y comercial, y entre las siguientes canciones Sara reconoció *On Dancefloors* de *Metronomy* y *Pumped Up Kicks* de *Foster The People*.

Poppy y ella disfrutaron de lo lindo.

—Uy, que tenemos aquí, un bomboncito sin marcas —dijo un alto y huesudo vampiro mostrando las puntas de sus colmillos bajo una desagradable sonrisa.

De repente, una mano de manicura perfecta se puso sobre el hombro del tipo y el feroz agarrón le hizo retroceder un par de pasos.

—Ella no es para ti —dijo la voz femenina—. Lárgate. ¿No has visto su collar? ¡Ya tiene dueño!

Früa estaba junto a ellas, imponente sobre su metro noventa.

—Cerdos machistas. No saben tratar a una chica.

Volviéndose a ellas, preguntó:

—¿Queréis vosotras algo? Julius fue a por unas bebidas.

Sara abrió la boca para contestar, pero la cerró sin que una palabra saliese de ella. Poppy fue la que habló.

—No gracias, ya tenemos bebidas en la mesa.

—Tenemos que quedar, Sara, tienes que enseñarme ese movimiento tuyo con las caderas, ese que parece un latigazo —dijo la vikinga antes de desaparecer.

—Le has caído bien. A mí tardó meses en dirigirme la palabra —dijo Poppy a su espalda—. Sigamos bailando, que ese cerdo no te estropee la noche. Ya ves que estamos a salvo aquí.

Tras unas canciones más volvieron a su reservado.

Poppy se sentó a su lado, era un encanto de chica y parecía más que enamorada de Judas. Quién lo hubiera dicho, como pareja no pegaban nada, sin embargo no podían estar separados.

—No llevas marcas —dijo Poppy a su oído—. ¿No te lo ha pedido aún? Se ve a la legua que le gustas y eres la primera chica que nos presenta.

—Corrígeme si me equivoco, pero lo del vínculo a nivel vampírico es algo muy serio, ¿no? Llevo poco tiempo con Mark y me siento un tanto confundida a veces.

—Pues es muy, muy serio. Es una unión en cuerpo y alma, de por vida y eso, referido a los vampiros, solo puede significar que van a ser bastantes años. Yo ya tengo las marcas —dijo tocando las dos pequeñas cicatrices de incisiones que se notaban en su cuello—. Soy su sierva —declaró con orgullo.

—¿Y no te molesta? En el mundo en que vivimos, nadie debería ser un esclavo.

—No es esclavitud para nada. Con Judas es amor, es compartir, es sentir lo que el otro siente... Parece que nos llevamos como el perro y el gato, pero yo no podría vivir sin él. El término es muy antiguo y su significado a lo largo de los siglos ha ido evolucionando. Quizá para los vampiros viejos pueda significar esclavitud y sumisión, pero créeme para estos jovenzuelos que tenemos aquí es mucho más profundo. Cuéntame, entonces, ¿te lo ha pedido?

—Bueno... sí.

—Estás loca si le rechazas, Markus es un bombonazo. Mira, sé que es meterme donde no me llaman y yo no pretendo entrometerme, pero no lo descartes solo porque creas que va a hacer de ti una esclava. Nada más lejos. Al menos piensa sobre ello antes de tomar una decisión precipitada.

Sara se quedó pensativa y durante unos minutos su cabeza fue a la deriva.

El resto de la noche Markus volvió a ser él mismo y no se comportó de nuevo en plan vampiro. Bailó con ella en la pista de baile, le hizo reír y

olvidarse de donde estaba.

Poco a poco la personalidad de Sara afloraba y era porque empezaba a sentirse cómoda entre ellos.

Fue una noche que no podría olvidar...

Salió eufórica del local. Se sentía realmente bien a pesar del miedo que había pasado. La compañía de Markus le había dado alas, porque junto al vampiro, todo parecía fácil. El modo en que él manejaba las situaciones, su seguridad, su aplomo al hablar.

Mark se quedó mirándola unos segundos, mientras estaban parados en aquel semáforo. Al ver su cara de felicidad se preguntó en qué estaría pensando..., pero nada dijo por miedo a romper el hechizo. No era tan exuberante como las vampiras del Club, pero era dulce, encantadora... mágica. Se sentía tremendamente vivo en su compañía.

Por nada del mundo quería que se perdiera aquella locura que había nacido entre los dos. Costase lo que costase, haría que se diera cuenta de que él la amaba, como cualquier hombre podría hacerlo, y que su oscura naturaleza no era un impedimento para sus sentimientos.

En el interior del coche, la cercanía del vampiro se le hacía insoportable y varias veces estuvo a punto de lanzarse a sus brazos y pedirle que la hiciera su sierva, allí mismo. Debía estar volviéndose loca.

Después de ver la relación entre Poppy y a Judas, vincularse rondaba por su cabeza, bueno, más que rondar le estaba dando martillazos, pero no debía precipitarse, era una decisión que no podía tomarse a la ligera.

Cuando llegaron a casa de Julius, se sentaron frente al fuego y Mark fue a la cocina para traerle un cacao caliente.

Cuando volvió, Sara estaba dormida.

La miró con deseo. Dibujó el contorno de su rostro con los dedos y la tomó

en brazos para llevarla hasta su dormitorio.

Una vez allí, la dejó sobre la cama, la liberó de los tacones y la tapó con una ligera manta. Se quedó un rato admirándola, escuchando el latido de su corazón.

«Mi Sara».



## Capítulo 16

Una sirena de ambulancia la despertó.

Aún era noche cerrada y la lluvia golpeaba los cristales de su ventana con fuerza.

Estaba tumbada sobre su cama, sin zapatos pero aún con el vestido puesto. Su vampiro debió llevarla en brazos hasta allí.

«Su vampiro».

Lo último que recordaba era estar en el salón frente al fuego y pedirle un cacao caliente.

En aquel ostentoso cuarto, tumbada sobre el mullido colchón, se dio cuenta de lo mucho que disfrutaba de Mark y de que ese hombre era lo que ella necesitaba.

Fue como una revelación: «Le quiero», pensó. «Ahora lo sé».

Se levantó decidida y con pasos torpes, por estar aún medio dormida, se dirigió hasta la puerta del dormitorio de Markus. Al pasar por delante del tocador cogió una cinta para sujetarse el pelo, se pellizcó las mejillas para que tuviesen color y respiró hondo. Era el momento.

Iba a tocar con los nudillos pero dudó y apoyo la frente sobre el panel de madera.

Esta se abrió suavemente. No estaba cerrada.

«Pillada in fraganti», se dijo y se dio ánimos para añadir: «Sara, no hay marcha atrás».

Respiró hondo y se enderezó, irguió sus hombros y se adentró en la habitación.

Descubrió al vampiro sentado en el alfeizar de la ventana mirando la lluvia caer. Las luces del cuarto estaban apagadas, pero ella pudo ver con claridad su hermoso rostro, porque la luna parecía estar derramando su luz por toda la

habitación. Él se volvió lentamente y la miró.

—¡Hola! ¿No tienes sueño, Sara?

—He venido a someter a un vampiro —murmuró ella suavemente.

La cara de Markus se iluminó y sonrió sin mostrar los colmillos.

—¿Cómo piensas hacerlo?

Ella cerró la puerta sin hacer ruido, se acercó con timidez y cuando estuvo junto a él se inclinó, y junto a su oído susurró:

—Con esto...

Y sacando la lengua lamió suavemente su oreja, trazando después un camino de pequeños besos hasta llegar a su mandíbula y a su boca.

Markus respondió intentando rodearla con sus brazos.

—¡Eh! Las manos quietas.

Sara se quitó la cinta que le sujetaba el pelo y le hizo un gesto para que pusiera las muñecas juntas delante de su pecho, y él, con semblante divertido, mansamente las puso y esperó.

Con cierto nerviosismo, la muchacha ató sus manos a la altura de sus muñecas, haciendo un bonito lazo, y tiró de sus ataduras para ponerle de pie.

Markus no se resistió. Embobado mirándola, fue tras ella hasta la enorme cama.

Allí Sara le hizo girar hasta tener el lecho a su espalda, y le empujó poniendo sus manos sobre el torso hasta conseguir que se sentase en el colchón. Después le obligó a recostarse.

Ella también subió a la cama, gateando hasta alcanzar a subirle las muñecas atadas y colocárselas por encima de la cabeza.

—Las manos quietas —repitió con dulzura.

Empezó a desabrocharle los botones de la camisa, pero no le resultaba fácil pues le temblaban los dedos. Se sentía torpe y nerviosa. Por fin, tras unos segundos que se le hicieron eternos, consiguió abrirle la prenda y descubrirle

el pecho.

Menudo torso, con esos definidos abdominales y esa piel tan suave. Pasó sus uñas sobre la piel, casi sin tocar, y notó como él se tensaba. Maravillada, observó cómo los músculos de su abdomen cobraban vida por donde las yemas de sus dedos vagaban.

Comenzó liberarle del cinturón del pantalón y la hebilla parecía que se atascaba.

—Esto no va a resultar —dijo empezando a incorporarse—. Me siento torpe. Para qué vamos a engañarnos, yo no soy como ellas....

Markus se levantó y bajó sus brazos, haciendo que la cabeza de Sara quedase entre ellos, con sus caras enfrentadas a un suspiro de distancia.

—¡Eh! Tu torpeza, tus imperfecciones, te hacen la mujer perfecta para mí. Te hacen humana, Sara. Nunca pierdas esa frescura, nunca. Es lo que adoro de ti.

La miró fijamente y la besó con ternura, recostándose de nuevo y poniendo las manos en su lugar. Un guiño y el gesto pícaro en su cara la invitó a seguir.

Ella respiró hondo y acercó sus manos de nuevo al cinturón.

—¡Sara! —dijo Markus en un susurro—. Primero los zapatos.

—¿Qué? —preguntó ella de forma mecánica.

—Los zapatos... o los pantalones se te atascarán.

Sara se mordió el labio inferior y comenzó a liberar sus cordonerías. Quitó el primero y, tras sacar el calcetín, besó su empeine. Hizo lo mismo con el segundo y se quedó unos segundos mirando sus pies. Hasta esa parte de su cuerpo era proporcionada y hermosa.

«¡Dios mío! Este hombre va a matarme».

Volvió a atacar la hebilla del pantalón y esta vez se liberó con facilidad, demasiada facilidad. Ella le miró a la cara y él simulando ruborizarse se encogió de hombros.

—Solo era un poco de ayuda...

—Nada de ponerte vampírico. ¡Me oyes! —dijo intentando ponerse seria.

—Vaaale. Me portaré bien.

Abrió los botones de su pantalón y los bajó hasta sacarlos totalmente de sus atléticas piernas, para mostrar sus calzoncillos negros de Armani.

«Ni Beckham ni Ronaldo... Dios mío, ¡esto si es publicidad! Este hombre me deja sin palabras por muchas veces que le mire... Vaya cuerpo».

Metió los dedos en la cinturilla y los bajó, liberando sus partes.

—Eres... eres grande

—Eso ya lo sabías, ¿no?

—Bueno, desde aquí se aprecia mejor.

—Sara...

—Shhh

Lo tocó, rodeándole con su mano y escuchó un siseo expirar en su boca. Era a la vez duro y suave, acero envuelto en terciopelo. Acercó sus labios y empezó a besarle, a lamerle y a tomarle, con deliberada lentitud.

Él parecía estar en un potro de tortura, se arqueaba, gemía y su cara mostraba un gesto de dolor.

—¿Quieres que pare?

—¡No! —y su voz sonó profunda. Desgarrada—. ¡Sigue, por favor!

Ella continuó su lenta tortura hasta el punto en el que Mark no pudo más, y rompiendo en dos la cinta que rodeaba sus muñecas, la cogió por los hombros y la deslizó sobre su cuerpo hasta ponerla a la altura de su cara.

—Quiero correrme dentro de ti.

La hizo girar para poner su espalda sobre la cama. En unos segundos, la desnudó por completo y situando las manos bajo sus nalgas, se colocó entre sus piernas y la penetró, de un solo movimiento.

Dolió, pero ese dolor quedó en segundo plano, pues el placer que recorrió

su espina dorsal lo barrió por completo de su cuerpo.

El ritmo fue duro e infernal y ambos llegaron a la cima y colapsaron juntos.

—Sara... me matas.

Sin salir de su interior y con una sonrisa en sus labios, giró hasta que quedaron de lado. En esa posición, comenzó a acariciarle los pechos con ternura.

—Yo... —comenzó a decir Sara. Y su voz se quebró. Le miró con ansiedad y mal disimulado deseo al decir—: Yo quiero llevar tu marca.

Markus la miró con tranquilidad.

—No me debes nada —dijo—, no estás obligada a hacerlo.

—Pero... lo quiero.

—Sara, eso no es algo que se pueda deshacer...

—Yo... Mientras estábamos en el club, hable con Poppy, y me di cuenta de que lo deseaba. No te imaginas lo mucho que te quiero...

—¿Qué has dicho?

—Que en el club...

—No, lo último —interrumpió Mark con dureza.

Ella se enfrentó a sus ojos irreales.

—Pues que... te quiero.

—¿No estás aquí porque soy tremendamente guapo y sexy? —intentó bromear el vampiro.

—Bueno, eso también.

Él acarició tiernamente su rostro.

—Sara... Por fin me ves como a un hombre, pero has de estar segura... yo...

—Ahora eres tú él que titubeas.

—No —dijo tajante—. No imaginas como lo deseo, solo quiero que estés segura de ello.

Sin decir ni media palabra más, Sara giró la cabeza y dejó su garganta al descubierto. Él acarició su cara, introdujo sus dedos entre sus cabellos, acariciando su cabeza, pero sin poder evitarlo, su gesto se contrajo, sus colmillos afloraron y ella notó como crecían sus garras sobre la piel.

—¿Ves lo que ocurre cuando te ofreces así? Me transformo en un animal.

—Quiero que lo hagas.

—Sería nuestro primer vínculo.

—Lo sé. Lo quiero. ¿Me harás daño?

—Nunca.

Y con un rápido movimiento acercó su rostro hasta la blanca piel y la olió, inhalando su particular aroma. La intensa emoción le hizo cerrar los ojos.

—Di que no y pararé. Sara. Di que no.

—Deseo ser tuya. Estoy segura.

Se colocó sobre ella y comenzó a mover sus caderas de nuevo y su dulce cuerpo le respondió al instante con un suave contoneo.

Markus llegó hasta su cuello y lamió la zona hasta encontrar una leve pulsación. Besó ese punto y lo olió antes de clavar sus dientes con fuerza.

Si en un primer momento ella se sintió desvanecer, tras la sensación de mareo inicial, sintió un placer extremo.

La piel del vampiro emanaba poder y vibraba, era como estar unida a un rayo envuelto en seda. Sus mentes se fusionaron en una sola, como si lo viese desde su interior, y sintiera el amor que él le estaba ofreciendo.

Se quedó sin aliento, parecía no haber suficiente oxígeno en la habitación y por un momento pensó que no volvería a respirar. El orgasmo estalló sin previo aviso y fue devastador.

El vampiro gemía. Succionaba y tiraba de la fuente vital con verdadero ansia. Cuando por fin soltó su cuello, ella pudo ver su rostro torcido en una mezcla de placer y dolor. Sin abrir los ojos, se aferró a su cuerpo y empezó a

tener pequeños espasmos que le llevaron a culminar.

Terminó besándola con pasión, pero al darse cuenta de lo que estaba haciendo, se separó y lamió sus labios, eliminando cualquier rastro de sangre de su rostro...

—Perdóname, no debí besarte. Mi boca sabe a sangre, lo siento.

—No pasa nada Mark... está bien —dijo Sara esbozando una tímida sonrisa.

El vampiro estaba tremendamente inquieto.

Sentía la vida de aquella mujer fluyendo por sus venas y no podía apartar la mirada de su cara. Nervioso, observaba todas y cada una de sus reacciones y se sentía tan feliz, que tan pronto le tocaba suavemente la cara, como le daba pequeños besos en la boca.

Era un manojo de nervios.

—¿Qué sientes? ¿Cómo te encuentras? —preguntó acariciando su rostro con ternura.

—No me siento tan débil como aquella vez en el bosque.

—Allí tuve que beber más.

—¿Has usado tus poderes mentales conmigo? Es que lo que he sentido ha sido asombroso. Era como si yo también bebiese de ti. Como si pudiera ver a través de tus ojos.

—Sara, durante unos instantes hemos sido una unidad. No he usado ningún poder contigo, ha sido la fuerza del vínculo. Me das la vida, Sara, y ahora..., ahora ya sabes lo mucho que te quiero.

Se callaron y se quedaron allí, abrazados durante un buen rato. Mirándose.

Markus se sentía feliz. «Mi pequeña Sara. Mi dulce y pequeña Sara. Mi compañera, mi amor...».

Y así, juntos, pasaron la noche, aunque ella cayó desfallecida por el sueño y él se quedó desvelado a su lado, esperando para verla despertar.

Junto con las luces que se filtraban por los pesados cortinajes, lo primero que vio Sara al abrir los ojos fue la sonrisa de Markus. El vampiro estaba allí, junto a ella, tumbado en la cama. Aún tardó unos pocos segundos en ordenar sus ideas y despertar del todo. Estaba desnuda, bajo las sábanas y tenía un imponente vampiro sonriente a su lado. Se sentía un poco desconcertada.

—¡Buenos días! ¿Cómo te sientes? —preguntó Markus mientras le metía un travieso mechón de pelo tras la oreja.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —murmuró, con cierta alarma en su voz.

—Bueno sí, me encuentro genial ¡Como si hubiera dormido un mes!

—En realidad han sido diez horas.

—¿Tanto? Dios mío, debe ser tardísimo.

—¿Y qué más da? ¡Eh! ¡Eh! No te levantes, no hay ninguna prisa.

—¿Y tú...? ¿Tú llevas diez horas ahí?

—Sí. Ha sido un placer verte dormir.

—Uff...

—¿Uff? ¿Cómo que uff?

De repente, recordó lo acontecido horas antes y se llevó los dedos al cuello, justo donde tenía las marcas.

—¿Soy tuya?

—Lo eres —dijo Markus besando las pequeñas heridas ya cerradas.

—Me siento confundida.

—¿Te arrepientes?

—No, claro que no.

—Mira, tócame ahora.

Y al igual que días antes, cuando estuvieron en la casa del bosque, cogió su mano y la llevó a su pecho.



—Dime, ¿Qué sientes?

—¡Te late el corazón! Puedo sentirlo.

—Yo creo que en realidad es un reflejo del tuyo. Empecé a sentirlo anoche, tras marcarte. Al principio me asusté. Ha sido extraño, muy extraño sentirlo después de tantos años. Me das la vida Sara. No miento.

—¿Vas a convertirte en humano?

—No, lo siento. Me temo que eso no tiene solución.

—Yo no lo siento. Te quiero cómo eres.

Le abrazó y pegó su oído al pecho, para escuchar su recién despertado corazón. Con ojos de burla levantó las sábanas y miró descaradamente entre sus piernas.

—¡Menos mal que a mí no se me ha pegado nada tuyo! Ainss, ¡Gracias a Dios! Sigo siendo una chica.

—¡Lo que eres es una bruja!

—Mmm, cuando pones morritos tienes una cara muy sexy...

Markus sonrió.

—Quédate aquí un rato. Iré abajo a buscarte algo para desayunar, porque si sigues mirándome con esa cara picarona, acabaré abalanzándome sobre ti otra vez.

—Está bien te espero. Quizá luego.... te deje desayunar.

Markus rió.

—¿Manejando la situación? Sí, mi ama... os traeré el desayuno y esperaré pacientemente las sobras.

Besó su mano y abandonó la estancia, sin dejar de mirarla mientras se marchaba.

Aún no terminaba de creerlo. Tenía una hermosa mujer en su cama, a la que amaba con locura, y ella había accedido a llevar su marca. No podía ser más feliz.

Cuando el vampiro cerró la puerta tras él, Sara se levantó y fue derecha al espejo del tocador.

Giró su cuello y admiró las pequeñas marcas que el vampiro le había hecho. Con curiosidad, llevo sus dedos hasta ellas para tocarlas, mientras cerraba los ojos recordando el momento en el que le había dado su sangre.

Respiró hondo y se miró.

Seguía siendo ella, pero parecía más segura de sí misma, más madura.

Con una sonrisa dibujada en los labios, se dirigió a su cuarto por la puerta que comunicaba ambas habitaciones. Necesitaba una ducha rápida y ponerse algo de ropa decente.

Markus volvió unos minutos más tarde, con una bandeja en sus manos en la que traía zumo, leche, pan tostado, mantequilla y fruta. También había una copa de vidrio opaco para él.

—¿Por qué? —dijo Sara señalando la copa—. ¿No beberás de mí?

La cara de ella cambió. Markus no podría jurarlo, pero parecía decepcionada.

—¿Acaso deseas que vuelva a ocurrir? ¿Tan pronto? ¿Significa eso que lo has disfrutado?

—La noche pasada contigo fue extraña y especial. No sé cómo describirlo, pero me noto ansiosa. Que me mordieses mientras me hacías el amor fue una mezcla de... miedo, morbo, deseo, pasión y ahora... ahora me angustia no volver a tenerlo, no volver a sentirlo. ¿Tengo el mono?

Sara hablaba, pero sin mirarle, y sus mejillas eran de rojo grana.

—¡Eh! ¡Mírame! ¡Sara, mírame! Yo siento lo mismo... y volveremos a hacerlo, si quieres, en este mismo instante. Ni te imaginas cómo te deseo.

—Ahora sé lo que experimenta un heroinómano cuando despierta su

síndrome de ansiedad —dijo Sara con la mirada clavada en el suelo—. Eres una droga.

—Yo me siento como un adolescente que ha despertado a la sexualidad y solo veo tu cuello por todas partes —dijo Markus sonriendo.

Sus ropas desaparecieron en segundos y, ya desnudos, la cogió entre sus brazos y la mordió de nuevo, esta vez suavemente, despacio.

Y ella se convulsionó como la noche anterior... deshaciéndose en su abrazo mortal, abandonándose para que hiciese con su cuerpo lo que deseara.

Finalizó su beso de sangre, poniendo sobre las heridas un poco de la suya propia, para que esta vez, no quedase cicatriz, y terminando con dulces caricias, esperó a que se curase. Mientras ella yacía con los ojos cerrados y una sonrisa en los labios, bajó sus dedos por su estómago, hasta llegar a su entrepierna y al comprobar que seguía jugosa y excitada, jugueteó un rato y después le hizo el amor.

Desayunaron y se quedaron durante bastante tiempo charlando junto a la ventana, observando la fina lluvia londinense. En eso, dos golpes en la puerta y la voz de Paul que con apremio dijo.

—Eh tú, ¡animal! Hace dos horas bajaste a por comida y dijiste que ella estaba bien... pero que pasa, ¿la tienes secuestrada o qué? ¡Sara, di algo o tiro la puerta abajo! ¿Qué te ha hecho esa bestia?

Markus se levantó y abrió la puerta.

—Puedes comprobarlo tú mismo. Sara está bien: sana, contenta y feliz.

El niño gigante entró decidido en el cuarto y se acercó a ella... La cogió del mentón y le giró la cabeza a ambos lados, comprobando si tenía alguna mordedura del vampiro...

Vio sus marcas de la noche anterior y se hizo un paso atrás.

—¡La has marcado! ¡Maldito chupasangre!

Por un momento pareció que el lobo estaba a punto de estallar.

—¿Tenéis que joder todo lo que tocáis?

—¡Paul, déjala en paz! Sara está bien. No le he hecho ningún daño.

—¡Pero ella tiene tu firma en su cuello!

—Ha sido consentido, Paul. Yo quería que lo hiciese —protestó Sara.

—¿Seguro?

Sara asintió. Pero Paul añadió mirando al vampiro:

—Si le haces daño... tendrás que vértelas con un lobo enfurecido.

Julius estaba en el dintel de la puerta y miraba la escena divertido.

—¡Perdónale, Sara! A Paul todavía le cuesta admitir que somos vampiros. Él nos ve como a papá y mamá, y se esfuerza por que no hagamos atrocidades. Mi pequeño lobo, lo que ha ocurrido aquí es fantástico, Sara ya es más parte de esta familia. Mis más sinceras felicitaciones a ambos. ¡Vamos, lobito! Aquí tú y yo sobramos ahora.

Paul la miró muy serio y dijo:

—Si me necesitas, ¡silba!

—Lo haré, tranquilo.

Sara se levantó y poniéndose de puntillas le besó en la mejilla. Paul se sonrojó, después de todo aún era un crío, y a regañadientes se acercó a Julius, que estaba en la puerta del cuarto, para marcharse.

Cuando volvieron a estar solos se dieron un beso apasionado y allí juntos, pasaron el día en el dormitorio, entre risas y mimos, entre besos y mordiscos.

Al final, las luces del día fueron cayendo y decidieron bajar al salón un rato para contentar a Paul. Habían disfrutado de una jornada de verdadera intimidad, algo que no habían tenido desde sus cortas vacaciones en el bosque, porque desde que habían llegado a Londres, las oportunidades de estar solos habían sido escasas.

Lo que no sabían, es que alguien les había estado observando desde el otro lado de la calle. Ni siquiera Markus, con sus desarrollados sentidos, se había apercebido de aquella siniestra presencia, que escondida, había estudiado sus movimientos buena parte de la tarde.

## Capítulo 17

Ocultas tras los visillos de la ventana del vecino edificio, María de Confranc, examinaba atentamente los movimientos de los habitantes de la magnífica residencia de Julius.

Entrar en aquella casa, tan próxima a la mansión, le había resultado fácil. Acabar con la vida de la anciana que allí vivía, había sido más sencillo aún, pero permanecer oculta, manteniendo un bajo perfil, sin saltar a los brazos de Markus, «eso» la había vuelto loca.

Su amado.

Allí estaba, tan hermoso y carismático como siempre. Risueño, encantador, amable... Tal y como ella le recordaba antes de convertirle, porque después..., después había sido un verdadero grano en el culo.

Ella, que le había ofrecido un puesto a su lado, que le habría dado la luna si él hubiese querido. Pero no. Nunca estaba contento. Siempre con odio, siempre enfadado. ¿Pues no había conseguido que accediera a un status superior, dejando de ser solo comida?

Hombres.

Incluso cambió de táctica e intentó darle libertad... Sonrió al pensar aquello. ¿Libertad? No era del todo cierto. La de veces que le había pedido a su hermano Jean Jacques que le transfiriese su paternidad para ejercer mejor control sobre sus deseos. ¡Demonios! Él era un purasangre y «podía» hacerlo, pero se lo había negado siempre. ¡Maldito crío! Y, no contento con eso, para colmo había conseguido que el Consejo le diese cierta inmunidad y que ella tuviera orden de apartarse de su lado.

¿Familia? ¿Quién la quiere?

La obligada separación la había vuelto loca y llegó hasta tal punto que le buscó un sustituto.

Sonrió al recordar a aquel joven que en las calles de Paris, tremendamente asustado, le rogó por su vida.

Didier.

Cómo se parecía a su amado.... Ella había arriesgado bastante transformándolo para su disfrute, pues el Consejo no permitía tales libertades, pero el memo de Jean Jacques había intercedido por ella y todo había quedado en una pequeña amonestación.

Su «querido» hermano, otra vez. Aunque al menos ahora sí había resultado de provecho.

Se le ponían los pelos de punta solo pensar en el castigo de ser enterrada viva durante años, por desobedecer esa estúpida norma.

Pero eso iba a cambiar. Tenía planes. Planes que ahora tendría que postergar porque su amado Markus había decidido enamorarse de otra. Que inoportuno.

La muerte de Didier la había puesto sobre aviso.

Nunca pensó que la afinidad entre padre y vástago pudiera afectar tanto. Quizá por eso, unos pocos elegidos eran los que podían mantener su propia línea de sangre. Su vínculo con él la había metido en la pelea, había sentido sus heridas en lo más profundo de sus entrañas y cuando sucumbió, un gran vacío se apoderó de su podrido corazón.

Aunque, para ser sinceros, le había quitado un peso de encima, porque su niño había sido un lastre. Desde luego le había servido bien. Era, bueno... fue, un gran amante, pero su amor por ella había sido obsesivo y enfermizo y había terminado por odiarle.

En fin, todo eso ya formaba parte del pasado y ahora lo importante era mirar al futuro. Y ella ya lo tenía todo más que calculado. Llevaba varios días observando sus idas y venidas, y había tenido tiempo más que suficiente para trazar un plan...»

## Capítulo 18

Ajenos a todo, en el gran salón de la mansión de Julius, Markus, Sara, junto con Paul y el dueño de la casa, participaban en una animada conversación.

No se podría pasar por alto que entre Mark y Paul había una conexión especial. A pesar de que pasaban el rato discutiendo, se notaba que se tenían un especial cariño. Para el lobo, todo aquello que decía el vampiro era escuchado con veneración y aunque en algunas cosas no opinaba igual, era palpable el respeto que el chaval le tenía.

Pasada la media noche, el afable Sebastian entró en la sala y musitó unas palabras en voz baja a su señor.

Era un tanto absurdo hacerlo, pues excepto Sara, el resto pudieron escuchar perfectamente el recado del mayordomo.

—Señor Julius, hemos recibido una llamada telefónica de la señora Salomé. Me dijo que no era necesario hablar con usted directamente, solo me pidió que le diera el recado. La señora les indica que deben esta noche personarse en el domicilio que Celine tiene a unas manzanas de aquí, para una reunión extraoficial. Usted y Markus. Ha añadido que era importante.

Cuando el criado se hubo retirado ambos vampiros intercambiaron miradas sin decir nada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sara.

—Es algo extraño —respondió Julius—. Salomé nos reclama.

Sara les miraba a uno y a otro, esperando algún tipo de aclaración.

—A Celine ya la conoces, ¿recuerdas? La mujer del helicóptero... pues Salomé es la cabeza del Consejo... Ignoro a que se debe todo esto, pero debemos acudir.

—No lo demoremos, Markus —indicó Julius—, cuando antes vayamos,



antes saldremos de dudas y terminaremos con esto.

—Cierto —contestó Mark y tomando las manos de Sara, añadió: —Cariño, Paul cuidará de ti, o tú de él, según se mire. Si ves que se pone borde le pones esto... Y mientras hablaba se levantó y se dirigió a un mueble cercano, de uno de sus cajones sacó un bozal.

—¡Nos hemos levantado graciosos hoy! —protestó el licántropo.

—Paul, tienes que reconocer que una noche contigo puede ser... cómo diríamos. Ah sí, ¿Insoportable? No pongas esa cara que sabes que es broma, lobito. Cuida de mi chica y sobre todo, que no se aburra, ¿eh?

—Descuida —dijo Paul con una mueca—. Cuando regreses de tu paseo, tendrás que suplicar para que te la devuelva, porque ella no querrá dejarme.

—No volveremos tarde, es solo una visita de compromiso. Llevo el móvil, si surge cualquier cosa, avisad.

—¿Puedo pedir pizzas? ¡Tengo hambre!

—Son más de las doce, tú pídelas, otra cosa es que te las traigan.

Sara y Paul se quedaron solos, en la planta baja de la gran casa, pues Sebastian, el anciano mayordomo ya se había retirado a dormir. Y como no contestaban en la pizzería, se metieron en la cocina para ver que podían comer.

—Malditos bastardos, la nevera está pelada.

—No está pelada Paul, en realidad está bien surtida, lo que pasa es tú vas buscando chucherías.

El licántropo se puso a sacar todo lo que encontró apetecible y a colocarlo sobre la mesa.

De pronto se quedó inmóvil. Un ruido que Sara no escuchó, le llamó la atención. Le hizo señas a esta para que guardara silencio y apagó la luz de la cocina.

Se mantuvo alerta, intentando captar algún nuevo sonido, y unos segundos más tarde y con cierto nerviosismo en su voz, empujó a Sara bajo la mesa de la cocina al tiempo que susurraba:

—No te muevas, yo estoy a tu lado. No tengas miedo.

La puerta de la cocina se abrió, y una risa femenina sonó con estruendo.

—Humm, a la niña de Markus la han dejado al cuidado de un cachorrito. No tienes que apagar la luz perrito, veo incluso mejor que tú en la penumbra.

—Tras decir esto la encendió y sonriendo dijo—: Mmm, pensándolo mejor quiero ver bien la carita de miedo de la niña.

Paul se encorvó y sus huesos comenzaron a chasquear y a quebrarse. Su torso pareció romperse en mil pedazos para posteriormente volver a recomponerse tras el aumento de su masa muscular. Ropas y zapatos se desgarraron y reventaron, y una manta de pelo negro comenzó a cubrir su cuerpo. A pesar de ello aún tenía apariencia humana, pues aunque su cabeza era lobuna, el muchacho seguía manteniendo brazos y piernas.

Oculto bajo la mesa, Sara no tenía ángulo para verle bien, pero no se atrevió a salir de su escondite. Desde allí solo le veía de medio muslo hacia abajo, pero fue suficiente para confirmar que Paul ya no era humano.

En un momento en el que el licántropo flexionó las piernas, como para saltar, Sara pudo ver una de sus manos, transformada en una poderosa garra. Y aunque estaba aterrada, en un momento de lucidez, pensó que estaba demasiado cerca del lobo y la vampiresa, y que no se avecinaba nada bueno, así que a gatas salió en dirección opuesta, hacia el fondo de la cocina.

Cuando llegó a la pared, se sentó con la espalda apoyada en ella y desde allí sí pudo verle entero. Su cuerpo, con la ropa desgarrada, se veía recubierto de pelaje, y era poderoso y fuerte. Su cabeza había dejado de ser humana para convertirse totalmente en la de un animal de largas fauces y un punto de locura en la mirada.

—¡Oh! ¡Qué lobito tan mono! Lástima que tenga que morir.

Al escuchar la voz femenina, Sara se giró para mirar a la mujer.

Era de media estatura, esbelta y tenía una larga melena rubia. De rasgos finos y delicados, parecía etérea y frágil. Aunque la sensación de mujer débil que su aspecto mostraba cambió en un instante, pues de un solo manotazo, la mesa central, bajo la cual ella había estado momentos antes, voló y se estrelló contra unas vitrinas repletas de copas y vasos.

Gracias a Dios, Sara ya no estaba debajo.

En el espacio que quedó libre, lobo y vampiresa se tantearon, girando en redondo, mirándose fijamente a los ojos, antes de comenzar una batalla sin tregua.

El animal era muy fuerte, pero la dama hacía gala de una velocidad impresionante, y a la primera arremetida consiguió rasgar la gruesa piel del licántropo.

Sara se había desplazado lo más lejos posible de aquello, pero cuando vio sangrar el pecho de Paul se quedó paralizada, con la espalda pegada al enorme congelador de acero inoxidable donde se guardaba el plasma que consumían los vampiros. Desde allí le veía recibir golpes y más golpes, él intentaba cubrirse y devolverlos, pero era inexperto en la lucha y ella no le daba tregua.

A pesar de que el terror la había dejado paralizada, tuvo la suficiente lucidez como para recordar que llevaba el móvil en el bolsillo de su pantalón, lo sacó y pulsó el número de marcación rápida que le comunicaba con Markus. Lo dejó en un estante cercano y para distraer a la atacante, salió corriendo en dirección opuesta, hacía la puerta de la cocina. Eso hizo que Paul tuviese un respiro, pues la mujer salió corriendo tras ella. Aunque realmente, su maniobra duró poco, porque antes de que pudiese dar tres pasos, ya estaba acorralada.

—¿Dónde crees que vas?

A unas pocas manzanas de allí, Julius y Markus esperaban a que alguien les abriera la puerta de la casa donde les había citado Salomé.

Intrigados porque nadie respondía, y ya casi resueltos a volver, el móvil del vampiro vibró en su bolsillo. En el momento Markus descolgó el auricular se quedó helado, además de golpes y chasquidos pudo escuchar una risa que le resultaba muy familiar. En silencio, le pasó el auricular a Julius, y sin esperar respuesta salió corriendo en dirección a la mansión.

Sara estaba en manos de aquella despiadada mujer.

Con una mirada burlona puso su mano en el pecho y cuando sus dedos comenzaron a colocarse en posición para arrancarle el corazón, paró en seco y se quedó mirando en dirección al móvil, que emitía pequeños destellos de luz a lo lejos...

—¡Maldita zorra! —exclamó.

A empujones la sacó de la estancia, dejando a Paul malherido en el suelo. Rompió el cristal de una de las ventanas del salón y se la llevó a rastras de la casa.

Al minuto llegaron los dos vampiros, aunque ya era tarde. El olor a sangre les llevó hasta Paul, que empezaba a recuperar su aspecto humano, y junto a él, el anciano mayordomo que con todos aquellos ruidos había acudido a la cocina, y estaba ayudándole a levantarse.

—Estoy bien, estoy bien. Id tras ella, se llevó a Sara. Lo siento Markus... era demasiado rápida —dijo medio llorando.

—Eh amigo... tranquilo. Lo sé.

Markus se giró e intentó concentrarse, era un buen rastreador y ayudaba que

la sangre de Sara y parte de su vínculo corrieran por sus venas. La encontraría, solo deseaba más que nada, que no fuera demasiado tarde.

El vampiro saltó por la ventana rota y cayó como los felinos, amortiguando la caída al flexionar sus piernas. Se quedó allí parado unos segundos, con una de sus manos apoyadas en el suelo y con los ojos cerrados, concentrándose en todo lo que le rodeaba. Julius saltó tras él y quedó en silencio, esperando una señal.

—¡Por allí!

Y sin más, salió a la carrera calle abajo.

La dama misteriosa arrastró a Sara hasta una azotea de un viejo edificio vacío, casi en el otro extremo de la ciudad. Al llegar, la lanzó deliberadamente contra el suelo, y al caer su cabeza golpeó contra una chimenea, causándole gran dolor.

—No vamos a tener mucho tiempo para intimar... mi amado llegará de un momento a otro —bufó—. Tu numerito del móvil me ha trastocado los planes. Mi idea era montar un escenario perfecto, con una muerte muy teatral para ti. Pobre lobito, iba a matarte desgarrando tu cuello y después sin poder soportar lo que había hecho iba a acabar con su vida. ¡Pero tú has tenido que estropearlo todo!

Y mientras hablaba sacó una vieja pistola, que había robado de la colección de Julius.

—Si hasta tenía balas de plata. ¡Era el plan perfecto! Yo aparecería providencialmente para consolar a mi niño y él volvería a mí, como otras muchas veces.

La mujer caminaba dando círculos, con los nervios a flor de piel, mientras pensaba a toda velocidad cuál debía ser el siguiente paso.

Unas calles más allá, Markus seguía sin vacilar el rastro... tenía el olor de Sara, tenía su sangre, y eso era suficiente para encontrarla en cualquier lugar del mundo.

—No me queda más remedio que eliminarte... A estas alturas, ya debe saber que soy yo quien te ha raptado. Seguro que el lobo se lo ha dicho. —Y se mordió el labio para añadir—: Mierda, no tengo muchas opciones.

Sara la observó. Debido a su esbeltez parecía más alta de lo que era y con esa mirada salvaje y cuerpo escultural seguro habría vuelto locos a muchos hombres. Su larga y ondulada cabellera rubia le llegaba hasta la cintura y en ese momento ondeaba al viento como un estandarte.

Su voz dulce y seductora tenía un peculiar acento afrancesado.

La mujer sintió cómo era examinada y se giró a mirar a Sara levantando su mentón arrogante. La muchacha yacía aún en el suelo, tras el tremendo golpe que la vampira le había propinado.

—No sabes quién soy, ¿verdad?

—Eres María —masculló Sara.

Ella estalló en carcajadas.

—¡Muy bien! Chica lista. Parece que Markus te ha estado contando cosas sobre su vida. No es muy común en él, pobrecillo, debe sentirse muy solo para haberse confiado a ti...

La vampira se acercó a ella en dos zancadas, la cogió del pelo y la obligó a mirarle cara a cara. De la herida de la cabeza manaba sangre profusamente, y Sara empezaba a encontrarse débil y bastante mareada.

—¡Pues sí! Soy María, baronesa de Confranc. Amante de Markus, su amiga y confidente, y mírame bien... pues esta cara será la última que veas en este mundo. —La miró de arriba abajo con desprecio y añadió—: No entiendo que ha visto mi amado en alguien tan vulgar. No voy a morderte. ¡Me das asco!

Pero morirás a mis manos esta misma noche.

Apartándola de si con brusquedad, volvió a girar sobre sus pasos. A Sara le costaba respirar y comenzó a advertir que todo se volvía más oscuro, como si de repente alguien hubiese apagado la luz y solo quedasen sombras a su alrededor.

—Está cerca, puedo sentirle... No tengo mucho tiempo. ¡Ha llegado tu hora! Mmm —ronroneó—. ¡Dejaremos que Markus te vea morir!

La arrastró sin esfuerzo hasta llevarla al el borde de la azotea. Una vez allí, la levantó por encima de su cabeza con la intención de lanzarla contra el asfalto. Si le imprimía fuerza, además de la caída, sufriría el golpe del empujón con el que ella la había lanzado.

Escuchó la llegada de los hombres y no esperó a escuchar el sonido del impacto, tan pronto como la soltó, salió corriendo alejándose de aquel lugar.

Sara notó como perdía el punto de apoyo y su cuerpo caía a peso muerto. Las fachadas del edificio pasaban rápidas ante sus ojos. Mentalmente se preparó para el choque y pensó:

«Te quiero, Mark».

Markus entraba en el callejón cuando vio a Sara precipitarse al vacío desde lo alto del edificio. Casi voló hasta llegar a ella, cogiéndola en vilo segundos antes de que impactase contra el suelo, y, gracias al cielo, amortiguando su caída.

Julius llegó un segundo tras él.

—Rápido —gritó Markus al ver toda la sangre en su cabeza—. ¡Debemos llevarla a un hospital!

Julius se arrodilló para examinarla y le miró consternado sin pronunciar palabra. Solo negó con la cabeza.

—Nooooooooo —bramó el vampiro desgarrando con un alarido su garganta.

—En su estado no debemos moverla, pero... escucha. Puedes hacerlo, Mark. Si compartes tu energía vital la sanarás.

—No soy lo suficientemente poderoso para hacer eso.

—No lo sabrás si no lo intentas... —Julius cogió la muñeca de Sara, que estaba inconsciente, en un gesto automático de buscarle el pulso, aunque perfectamente podía escuchar sus débiles latidos. Soltó el aire retenido y en voz baja insistió—: Es tu decisión amigo.

Lágrimas de rubíes brotaron de los ojos de Mark.

—Sara... Mi Sara.

De la boca de ella salió un hilo de sangre.

—Debes decidir. Pronto. Yo no puedo hacerlo por ti, tú creaste el vínculo... Ella es tuya.

Markus, sin saber bien lo que debía hacer, empezó a concentrarse. Un hormigueo de electricidad recorrió su piel y una suave brisa se levantó alrededor suyo. Comenzó a susurrar en su francés natal, lento, cadencioso. La levantó contra su pecho y empezó a arrullarla como si fuera un bebé. Totalmente abstraído intentaba traspasarle su fuerza, su poder.

Se vació por completo pero no parecía suficiente. Y cuando ya casi había perdido la esperanza, una brisa cálida les envolvió y unas nuevas fuerzas de origen desconocido, llegaron hasta él y le permitieron darle a Sara un poco más de energía, para sanar sus heridas.

Tras unos instantes que parecieron horas, Sara abrió los ojos, la cabeza le dolía, pero la voz melódica de Mark se llevaba parte de ese dolor. El vampiro la besó en la frente.

—¿Te sientes mejor?

—¿Qué me has hecho? —balbuceó.

Él parecía exhausto, su rostro estaba tremendamente pálido, como si el esfuerzo hubiera sido extremo.



—He compartido mi energía contigo. Te curarás. No será rápido, pero sanarás. —Volvió el rostro hacia su amigo y le dijo—: Julius, ¿podrías traer un coche? Sara y yo lo necesitamos.

—Por supuesto, compañero. Cuenta con ello.

Y desapareció, convirtiéndose en un borrón en el aire.

—Markus, fue María, estaba fuera de sí.

—Shhh. Lo sé. Y te aseguro que solucionaremos esto, de una manera o de otra, lo arreglaremos. No hables, necesitas descansar.

Sara tosió y haciendo un esfuerzo Markus se quitó la chaqueta, cubriéndola para que no cogiese frío.

—Julius vendrá en seguida, mi niña. Aguanta, pronto estaremos en casa.

En pocos minutos Julius estaba de vuelta. Ayudó a Markus a levantarse y como el vampiro gruñó cuando intentó que soltase a Sara, los cogió a ambos desde atrás, para acompañarles hasta el coche. Les ayudó a acomodarse en el asiento de atrás y en sin mediar palabra se sentó al volante.

Un silencio tenso les acompañó en el viaje y cuando llegaron a las inmediaciones de la mansión de Julius, Paul les esperaba ansioso en la calle.

El romano tomó en brazos a Sara, del asiento trasero del vehículo y la llevó dentro, entró en el salón y la depositó cuidadosamente en el sofá. Paul ayudó a Markus, que se veía pálido y extremadamente débil y que parecía hacer un esfuerzo sobrehumano para caminar.

—¿Qué ha pasado? —la voz del licántropo sonaba un tanto histérica—. Julius ha llegado con tanta prisa que apenas me ha contado nada. Mierda Markus, ¿estás bien?

—Sobreviviré.

—Debes, deberías alimentarte, tienes un aspecto horrible.

—Cierto, ¿podrías traerme un par de bolsas de plasma?

—La sangre de lobo es más nutritiva que esa basura sintética.

Y girando su cabeza ofreció su garganta.

—Delante de ella, no.

—Vamos, si apenas puedes andar....

A Sara le dio miedo lo que a todas luces estaba a punto de presenciar, pero no pudo evitar estirar el cuello para ver lo que ocurría entre el licántropo y el vampiro.

—¡Vamos! —insistió Paul—. Hazlo.

—No te va a gustar, lobito, y no quiero que te pongas cachondo conmigo.

—Intentó bromear Markus.

—Yo... tú me salvaste. Eres mi hermano mayor y no voy a ponerme cachondo...

—Era broma, Paul. Te va a doler, y mucho.

El muchacho volvió a ofrecerse, agachándose ante Markus, que se había desplomado en una de las sillas y parecía más demacrado que nunca.

—¿Estás seguro? No tengo fuerzas para mitigar el dolor.

—Tú hazlo ya y deja de decir tonterías.

Con la mirada atenta de Sara como testigo, el vampiro cogió a Paul del pelo y le hizo doblar el cuello en un ángulo un tanto antinatural. En segundos, la cara de Markus ya no era humana y con la velocidad de un rayo, su mandíbula superior se hundió en el cuello del lobo.

Sara ahogó un grito con sus manos y abrió sus ojos con horror sin poder apartarlos de la escena.

Tras unos segundos de succionar en su garganta con un sonido que a ella le hizo helar la sangre, el vampiro se soltó del cuello del licántropo y se quedó mirando al techo, mientras dos regueros de sangre caían de las comisuras de su boca.

Mantuvo esta postura hasta que sintió que volvían sus fuerzas y cuando bajó la cabeza y la miró, sus ojos eran de nuevo humanos.

Paul, sumiso, esperaba acuclillado.

—¿Estás bien, lobito?

Y no había terminado de hablar cuando tiró de él para levantarlo y le abrazó.

—Gracias, hermano.

El cachorro le devolvió el abrazo, y se quedaron así durante unos instantes. Después se dieron un par de palmadas en la espalda, como hacen los hombres y se separaron.

Markus se limpió la cara con la bocamanga de la chaqueta, lo que emborronó de sangre sus labios. Con la mirada más centrada, pero aún con cierto titubeo en sus pasos, se levantó y fue hasta el sofá. Se sentó en el suelo junto a Sara y le dijo:

—Pensé que te perdía. Nunca vuelvas a darme un susto así.

Le cogió una de las manos y le acarició con el pulgar la cara interna de la muñeca. Con la otra le retiró un mechón de pelo que estaba pegado con sangre en su frente.

Ella seguía un tanto tensa y horrorizada, por la escena que acababa de presenciar y Markus, dándose cuenta de su estado murmuró:

—Es lo que soy pequeña... No puedo cambiarlo.

Bajó la mirada, con el corazón profundamente herido, e hizo ademán de levantarse para irse de su lado, pero ella le sujetó la mano con todas las fuerzas que fue capaz de reunir.

—Está bien, aún es raro para mí, pero está bien...

—¿Cómo te sientes, mi niña?

—Cuando estás a mi lado, siento tu fuerza y parece que nuestros corazones son uno.

—Es el vínculo Sara, ahora estamos aún más cerca el uno del otro.

—Significa eso que con lo que ha pasado me has dado otra marca.

—No exactamente, he hecho que la que tenías fuese más profunda. Digamos que he reforzado nuestra unión, pero no eres más mía que antes. —Llevó una mano hasta su rostro y acarició el contorno de su cara—. Gracias a dios ya tienes color.

—El dolor ha remitido casi por completo, me siento mareada pero creo que estoy bien.

—No volveré a dejarte sola. Lo prometo.

—Paul —dijo Julius—. Ven conmigo, mañana llamaremos para que reparen la ventana pero debemos tapar de alguna manera el acceso por esta noche. Sara se está recuperando y Markus pronto estará bien, vamos, lobo —Y en voz muy baja añadió—, dejémosles a solas.

—¿Qué le pasa a esa mujer? —preguntó Sara—. Me golpeó con tanta fuerza contra el suelo, que aun no entiendo como mi cabeza no reventó como una sandía. El golpe fue tremendo.

—Mi marca hace que seas más fuerte. Si no fuese por el vínculo seguramente habrías muerto. El hecho de que ahora te haya cedido parte de mi energía te ayudará a sanar más rápido.

—No vuelvas a hacerlo, te has debilitado muchísimo.

—Sara, no soy fácil de matar. Ya deberías haberte dado cuenta. ¿Puedes andar?

—Con ayuda creo que llegaré hasta el dormitorio. A cada momento que pasa, me voy encontrando mejor.

—De acuerdo, vamos. Te prepararé un baño caliente y haré que te relajes.

Ayudó a Sara a levantarse, ella se tambaleó un poco, pero despacio fue caminando hasta las escaleras. Subieron escalón a escalón, sin prisa y cuando llegaron a la habitación de Markus, él abrió la puerta.

—Hoy duermes conmigo. Sin discusión. Prepararé el baño.

La dejó sentada en la cama y fue directo al baño. Mientras le oía abrir y cerrar grifos empezó a desvestirse. Se quitó los zapatos y los vaqueros, sacó su camiseta y se quedó allí esperando en ropa interior. Miró hacia abajo y contempló los hematomas de color azulado que decoraban su cuerpo. Se sentía como si le hubiera pasado un autobús por encima.

Markus entró en ese momento y se quedó mirándola. Negó con la cabeza y dijo:

—La mataré por lo que te ha hecho. —Se acercó a su lado y se arrodilló ante ella—. Juro que la mataré.

Con una gran ternura terminó de desnudarla y la acunó entre sus brazos. La llevó hasta el cuarto de baño y delicadamente la sumergió en el agua caliente de la gran bañera. En un segundo se quitó sus ropas y se metió a su lado. Rodeándola con sus brazos, arrullándola con cariño.

—Se siente bien...

—¿Sabes? Cuando me mirabas en el salón, mientras me alimentaba de Paul, pensé que te perdía.

—Mark... creo que no podría separarme de ti ni el hecho de que comieses cucarachas.

—¿Comer cucarachas? Eso es asqueroso.

—Pues ni eso...

Markus sonrió, y la sonrisa llegó hasta su mirada. «Le doy gracias al cielo por haber encontrado a esta mujer...».

—Te pondrás bien, mi vida. Te pondrás bien, Sara... —repetía sin cesar Mark, mientras secaba con pequeños toques suaves el cuerpo de la joven—. Sara.

—¿Si?

—¿No has notado nada? Me refiero a que el vínculo es recíproco y si yo he

notado que mi corazón se activa cuando el tuyo está cerca, tú deberías haber obtenido algo de mí.

—Bueno, creo que en circunstancias normales el golpe que me di en la cabeza debería haberme matado casi al instante. Pero no me siento superwoman.

—No, no es eso. Quizá oigas mejor, veas más nítido..., no sé. ¿No notas nada especial?

—No me he parado a analizar nada aún. Todo ha sucedido tan rápido. Aunque ahora que lo pienso, cuando Paul luchaba con María yo pude seguir la velocidad de sus movimientos. No al cien por cien, pero desde luego mucho más que cuando luchaste contra Didier en el bosque.

—¿Me dejas que pruebe algo? No te dolerá, lo prometo.

—¿Qué vas a hacer?

—Mírame.

Ella giró su cabeza y levantó su mentón para mirarle directamente a los ojos.

«Sara dime... ¿sabes ya lo mucho que te quiero?».

Sara abrió muchos los ojos y sus labios formaron una nítida O.

—Te he oído, pero no has abierto la boca. ¿Es un truco?

«No. Es parte de nuestro vínculo. Estamos más unidos ahora y podemos comunicarnos mentalmente».

—Podemos, no... Puedes.

«Yo estoy más acostumbrado a utilizar la mente, pero tú puedes aprender».

—Déjalo ya, ¡por favor!

—De acuerdo, mi niña. Iremos despacio.

—Es perturbador. No me gusta tener más voces que la mía en la cabeza, me hace parecer esquizofrénica.

—Shhh. Vale. Lo entendí. Lo haremos poco a poco.

La llevó a la cama y la metió entre las sábanas, se acostó a su lado rozando apenas su piel. Ella lo miró, acarició su cara, se acurrucó junto a su pecho y se durmió.

Pasaron dos días hasta que Markus consintiera que Sara saliese a la calle. Durante ese tiempo, el vampiro había estado contactando con amigos que le pudieran dar el paradero de María, pero hasta ahora no había obtenido resultados.

La baronesa parecía haberse evaporado.

## Capítulo 19

Poco a poco, sus vidas parecieron volver a la normalidad y el vampiro le enseñó por fin la ciudad. Salieron de compras, al teatro, a visitar museos, a recorrer mercadillos... La inquietud inicial tras el atentado a la vida de Sara se iba diluyendo, y el romance surgido entre los dos era cada vez más intenso.

—¿Dónde está tu inseparable media naranja? —preguntó Julius.

—Ha subido al dormitorio a cambiarse de ropa, nos vamos a un concierto —contestó Markus.

—Parece que entre vosotros todo marcha bien... Tus miedos iniciales han sido totalmente injustificados.

—Bueno, ella siente algo por el hombre, aunque aún le da miedo el vampiro. No hemos vuelto a hablar sobre el tema del vínculo y eso me preocupa.

—Mark, tú ya tienes asumido que eres un vampiro, pero ¿no recuerdas por todo lo que pasaste? Demasiado bien se lo está tomando Sara y lo sabes.

—Lo sé, lo sé. Pero pretendo que se case conmigo y si no hablamos sobre el futuro no puedo pedirle algo así. No puedo atarla a mí si no es su deseo.

—¿Casarte?

—Hace una semana que compré el anillo. ¿Te sorprende?

—En realidad no. Los jóvenes ahora no se casan, viven juntos y se separan tan pronto como aparecen las tensiones. En nuestro caso es diferente, somos de otra época, amigo mío.

Los dos se callaron al mismo tiempo. Acababan de oír en el piso de arriba, como la puerta del dormitorio se cerraba y unos pasos ligeros comenzaban a bajar las escaleras.

—Mmmm, no lleva tacones. ¿Dónde demonios va a llevarme?

Sara entró en el salón.



Con el rostro casi sin maquillar y una coleta alta despeinada, iba vestida con unas converse azules, shorts vaqueros rotos, y una camiseta con la Union Jack en el pecho. Parecía una chiquilla.

—Nos vamos a ver a David Bisbal...—exclamó tan pronto estuvo delante de los dos hombres.

Por unos momentos, la cara de Markus mostró el más puro horror, pero en segundos se recompuso y puso su habitual gesto de no mostrar nada.

—¡Qué lo paséis bien! —dijo Julius con una sonrisa tan amplia que las puntas de sus colmillos asomaron bajo el labio superior. Y dándole dos palmaditas a Mark en el hombro añadió—: No te envidio, compañero.

—¡Ajaja! ¡Lo sabía! —Sara estalló en carcajadas—. Que noooo, que he conseguido entradas para el concierto de Radiohead. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Qué llegaremos tarde!

—Esta mujer va a matarme....

Julius les miraba con cariño mezclado con un toque de envidia. Cómo echaba él de menos una relación así.

A los pocos minutos de que salieran por la puerta, el teléfono sonó.

—Sr. Julius —replicó Sebastian, el mayordomo—. Es una llamada para el Sr. Markus. Un tal Jean Jacques Le Loup insiste en hablar con él, o en su defecto con usted.

—Pásamela, podría ser importante.

— ¿Julius? Soy Jean Jacques.

Julius se tensó sobremanera al reconocer la voz del vampiro.

—¿Qué te trae por Londres, placer o negocios?

—Salgo poco de Paris, ya lo sabes, pero los acontecimientos de las últimas semanas han hecho que rompa mi retiro espiritual y me obligan a tomar cartas en el asunto. Es algo que no me gustaría hablar por teléfono. ¿Podríamos

reunirnos?

La voz de Julius cortaba como el cristal.

—No sé por qué, pero parece que estás preparando una trampa para salvarle el culo a tu hermana, como siempre.

—No no..., no es lo que piensas. Markus también es mi responsabilidad y las cosas han ido demasiado lejos. Si me lo permites, y para que confíes en mi buena voluntad, estoy dispuesto a reunirme con vosotros en tu casa. Solo. Sin ningún tipo de escolta. ¿Mañana noche estaría bien?

—Creo que sí. Dame un número de teléfono para que pueda localizarte y te lo confirmaré una vez hable con Markus.

—De acuerdo. Me hospedo en el Berkeley.

Le dio un número de móvil y se despidió con amabilidad.

Julius se quedó pensativo. Que el hermano de María dijera que las cosas habían llegado demasiado lejos era una novedad. ¿Qué tipo de pacto iba a proponerles?

Sara estaba nerviosa y se mordía el labio inferior.

Jean Jacques, el Padre de Markus, estaba frente a ella inclinando la cabeza a modo de saludo y sonriendo plácidamente.

Judas y Julius estaban dos pasos delante, uno a su izquierda y otro a su derecha. Mientras que a Mark lo tenía a su espalda, con una de las manos sobre su hombro.

—Me encantaría darte un abrazo, Sara, lo digo de corazón, pero tus dos guardaespaldas no van a dejar que me acerque. Mi nombre es Jean Jacques, soy purasangre de la raza y el padre de mi línea de sangre. Quiero que sepas que estoy encantado de conocerte.

Más bajito que Markus y mucho más delgado, el inquietante vampiro era la

versión morena de su hermana María.

Llevaba el cabello a la altura de los hombros y su color era negro como la noche, tan oscuro, que a la luz del sol seguro tendría reflejos azules. Boca pequeña, labios carnosos, sensuales. Nariz perfecta. De tez pálida pero mejillas sonrosadas.

Sus ojos eran de un azul tan profundo como el mar en un día de tormenta, y parecían maquillados de lo espesas que eran sus negras pestañas.

Si el protagonista de Lolita de Nabokov hubiera sido un muchacho, estaría ante ella en esos momentos.

No aparentaba más de diecisiete años.

Parecía un ángel.

Un ángel caído.

Pensar que ese niño-querubín era un no-muerto le helaba la sangre. Y pensar que era el hermano de la mujer que tan solo hacía dos semanas había intentado matarla, la dejaba aterrorizada.

—No tengas miedo de mí. Por favor. Yo no soy como María, no me compares con ella. —Sara le miró con horror y el vampiro añadió—: Lo siento. No intentaba meterme en tu mente, pero has proyectado con tanta claridad tus pensamientos, que me ha sido imposible protegerme de ellos.

Su voz era suave, modulada, y parecía sedoso chocolate en los oídos de Sara. Realmente ese niño-hombre no era como Julius, Judas o Markus. Tampoco como María o los vampiros del club de baile. Era algo más. Emanaba poder. Parecía que una corriente eléctrica le envolvía por los cuatro costados.

—¿Nos sentamos? —preguntó con inocencia.

Como nadie parecía querer ser el primero en moverse fue el propio Jean Jacques el que se dirigió al gran sofá y se sentó, pero nadie secundó su propuesta y todos se quedaron de pie, en el mismo sitio. Congelados.

El vampiro, que en un principio se había recostado cómodamente en el asiento, tras mirarles y ver que no iba a ser una reunión cordial se incorporó, poniendo recta su espalda, y tras deliberar unos instantes se dirigió a Markus.

—Me encuentro entre la espada y la pared. No estoy satisfecho con el comportamiento de mi hermana, su forma de actuar ha sido precipitada e irreflexiva. Considero que se ha excedido y que no ha medido su respuesta a tu vinculación con esta mujer.

—Sara —interrumpió Markus apretando los dientes—. Se llama Sara.

—Discúlpame... —dijo muy despacio—. Tu vinculación con Sara. El Consejo, no se ha pronunciado públicamente, pero me presiona para que sea yo quien le proporcione un castigo, por los actos de traición, que ha cometido contra el código de maestros. Y aunque estoy de acuerdo de que no ha de quedar impune, es mi hermana y no tengo estómago para iniciar los trámites. Por otro lado, desconozco su paradero.

—¿Qué te propones? —preguntó Julius.

Jean Jacques paseó su profunda mirada por los allí presentes antes de contestarle.

—Cuanto más tiempo pase escondida, peor será. Quiero encontrarla, llevarla ante el Consejo y suplicar clemencia. Y, Sara —dijo encarándola—, de ti y de tu bondad espero que la perdones en público para mitigar el castigo. La pena por lo que ha hecho son cincuenta años enterrada viva. Yo quisiera para ella tu perdón y así conseguir únicamente el exilio. Sé que no estoy en condiciones de solicitar nada, pero, ¿lo pensarás?

Sara se sentía embaucada con la suave y musical voz de Jean Jacques mientras que Mark a su lado permanecía callado, aunque apretaba tanto los puños que sus nudillos se veían, aun si cabe, más blancos.

—Por Dios, Jean. ¡Intentó matar a la mujer de uno de tus vástagos! —bramó Julius.

—Lo sé. Créeme que lo sé. Y por eso y en su nombre, te pido disculpas Sara. Estaré en deuda contigo por toda la eternidad. Es todo lo que puedo decir.

—Yo nunca le hice nada —susurró débilmente, aunque por supuesto, todos la oyeron.

La voz del maestro derrochó dulzura cuando se dirigió a ella.

—En eso te equivocas, pequeña. No intento disculparla, pero destruiste la esperanza de su gran amor.

Se miraron incómodos y tras unos instantes Jean Jacques dijo:

—Me marcho al hotel, gracias por vuestra hospitalidad.

Y volviéndose a Sara añadió:

—Pequeña, si hay algo que yo pueda hacer, no dudes en pedírmelo.

Se llevó la mano al bolsillo y sacó una cartera, de ella extrajo una tarjeta de visita y se la ofreció.

—Si necesitas cualquier cosa o sospechas que María está cerca, no dudes en llamarme. Es mi número personal. Estaré unos días más en Londres, pero aunque me marche, ten presente que tengo contactos que pueden ayudarte a lo que sea.

Sara estiró la mano para coger la tarjeta con mucho cuidado de no rozarle. Sentía lo suficiente de su poder teniéndole cerca como para estar interesada en tocar su piel. No se atrevía ni a pensarlo. Él sonrió tímidamente al notar su titubeo, inclinó la cabeza a modo de saludo y salió de la habitación.

—¿Qué pensáis? —preguntó Judas cuando estimó que Jean Jacques estaba lo suficientemente lejos para no oírles.

—Creo que es sincero —dijo Julius—. En realidad su petición no es tan desmesurada, es consciente de que ha de recibir castigo, pero es carne de su carne y aunque no estén muy unidos, es normal que quiera protegerla. Además,

podría obligar a Sara y de momento no ha ejercido ninguna presión.

—¿Obligarme? —preguntó la joven con horror—. ¿Obligarme a qué?

—Nunca ha reclamado mi fidelidad —contestó Markus, pero soy su hijo y si él me dice «salta» he de saltar. Y ahora que tú estás medio vinculada a mí... Lo mío es suyo.

La cara de ella se desencajó totalmente.

—Tranquila —dijo Julius—, a Jean Jacques no se le conoce por ese tipo de actos.

—¿Por qué se presentó como un purasangre? ¿Qué significa? —preguntó ella recordando la conversación.

—Nació vampiro y eso es poder. Es una forma de demostrar su superioridad ante nosotros.

—¿María también lo es?

—No. En realidad son hermanastros. Tienen la misma madre, pero no comparten padre.

—Entonces... ¿podéis tener hijos?

—No realmente, es decir, no en el plano físico —contestó Julius que se sentó para comenzar a explicarle la historia de Jean y María—. Un vampiro llamado Bjorn vinculó a la madre de Jean cuando esta ya estaba embarazada. El niño nació humano, pero cuando llegó a la pubertad empezó a desarrollar la infección. Ya has visto lo que es y el poder que emana. María es su hermana mayor —continuó—, fruto de un anterior matrimonio de su madre, y era una niña preciosa, pero normal y corriente, es decir: humana. Al crecer, descubrió lo que ocurría y exigió ser transformada. Como Jean Jacques se negó, convenció a Bjorn, el padre vampiro, para que lo hiciera. Por eso, aunque fueron creados de distinta forma son hermanos por partida doble, en la parte humana y en la vampírica.

—Menudo culebrón —cuchicheó Judas. Y añadió—: ¿Qué hacemos?

¿Esperamos entonces a que el Consejo se pronuncie?

—Pues decepcionantemente sí —continuó Julius—. No podemos hacer nada por nuestra cuenta, equilibraríamos la balanza. Además, el propio Erik nos dijo que de momento nos mantuviéramos al margen, y una orden directa no debemos obviarla así como así.

—Odio no hacer nada —protestó Markus—. Esa zorra estuvo a punto de matar a Sara.

—No debes preocuparte —respondió Julius—. Seguro que pronto tendremos respuesta.

Judas se marchó a casa y Julius se retiró a la biblioteca. En el salón, Markus y Sara se quedaron a solas. El vampiro se acercó a ella y la abrazó.

—Lo que más deseo en el mundo es que esto termine pronto. Debes estar suspirando por volver a una vida normal... Conocerme es lo peor que te ha pasado en tu vida.

—¿Crees que estoy contigo solo porque me siento acosada, perseguida y amenazada por una vieja vampira maniática? Mira, majete, conocerte y compartir contigo una parte de tu mundo, de tu existencia ha sido increíble. Lo mejor que me ha ocurrido en mi corta vida. Así que déjate de rollos y lamentaciones y bésame.

Él la miró con orgullo y mostrando ciertas dudas comenzó a decir:

—Sara, yo... Sé que no es el mejor momento, pero....

Hincó una rodilla en el suelo y del bolsillo de su chaqueta, sacó una pequeña caja forrada en terciopelo negro. Al abrirla ante ella descubrió un sencillo anillo con un diamante. Los ojos de Sara se abrieron como platos, y sus labios intentaron articular unas palabras que no quisieron salir.

—Quiero que esto nuestro dure. Querrías...

—¡Mark! Hay respuesta. Tenemos una misiva con un requerimiento del

Consejo, en la villa de Chartrettes, a unos cincuenta kms. de París. Acaba de traerlo un emisario. Julius entró al salón en tromba, portando un sobre abierto en una mano y una carta en la otra. Se detuvo en seco y enmudeció tan pronto como vio la escena.

—¿Cuándo? —preguntó Markus levantándose.

—¡Ya! Saldremos en mi jet privado en dirección a París en un par de horas máximo, así viajaremos de noche. Tenemos el tiempo justo de hacer las maletas.

Markus se volvió hacia Sara y besándola en la frente le dijo:

—Solo serán un par de días y Julius viene conmigo, no debes preocuparte. Estarás bien, les pediré a Poppy y a Judas que se queden contigo en la casa.

—¿Vas a despedirte? —dijo Sara, y su voz sonó como un graznido—. ¿Yo no voy?

—Mark —intervino Julius—, en realidad han pedido también su presencia.

—Pero ella...

—Ella es parte de esta historia y han prometido su seguridad. Debemos ir los tres. Y bueno, os dejo unos instantes, yo... siento mucho haberos interrumpido.

Markus deslizó el anillo en el dedo anular de la mano izquierda de Sara.

—No me contestes ahora, piénsalo bien, porque nuestra unión será para siempre.

La besó de nuevo en la frente y salió a toda prisa de la habitación.

Sara miró el anillo, miró la puerta y volvió la vista a su mano.

Acababan de pedirle en matrimonio y ella se había quedado ahí parada como un pasmarote sin decir nada. ¿Qué le estaba pasando? Tenía que ir corriendo a buscar a Mark, lanzarse a sus brazos y gritar que sí con todas sus fuerzas. ¿Por qué no podía moverse?



Casi sin darse cuenta se encontró sentada en el comfortable asiento envolvente del jet privado de Julius.

Advirtió que Markus la miraba frecuentemente de reojo, observando sus reacciones, inquieto por su posible rechazo. Ella miraba el anillo, la pieza era preciosa, sencilla y parecía muy antigua.

«Casarse.

Con un vampiro.

Para siempre».

La sensación de pánico que había tenido en el salón de Julius, cuando Mark le puso el anillo se había disipado. Trascurridas un par de horas, en las que había tenido tiempo de serenarse, no le parecía tan descabellado. Había analizado sus sentimientos hacía él y sabía que le quería.

«¿Qué demonios estaba demorando su respuesta?» Es cierto que no había tenido oportunidad de hablarle porque siempre había alguien alrededor, pero era tan fácil como decir: «Mark he de hablar contigo», y apartarle del resto.

Markus suspiró aliviado cuando se sentaron en el avión, al menos ella aún llevaba puesto el anillo, pero se sentía horrorizado ante la posibilidad del rechazo. Esa mujer, «su mujer», era su vida. No podía imaginar lo que ocurriría si ella le devolvía la sortija. «No pienses en ello, Markus» se dijo, «dale tiempo. Ella te quiere, pero le estás pidiendo que se ate a ti para siempre».

Sentado frente a ellos, Julius miraba a uno y a otro. Al final, se desabrochó el cinturón de seguridad y dijo:

—Pareja, creo que tenéis que hablar de lo que Sara lleva en el dedo. Voy a irme a la cabina del piloto a ver si me deja llevar un rato los mandos. El vuelo no es muy largo, pero creo que tendréis tiempo para deciros lo realmente

importante.

Y dicho esto, desapareció.

—Mark...

—No digas nada Sara, me hago cargo. Yo no debí pedirte algo así. Te he puesto en un compromiso.

—¿Estás tonto? Lo que quiero decirte es que sabes que te quiero y que deseo decir que sí, pero no sé cómo será estar casada con un vampiro, tú vas a vivir siempre y a mí me quedan unos años nada más.

—Pero, cariño, ya te pedí que te vinculases conmigo y si no ocurre ninguna desgracia, eso te da el mismo tiempo que a mí.

Mark se desabrochó el cinturón de seguridad del asiento y fue hacia ella. Se colocó en cuclillas frente a Sara, colocando las manos sobre sus rodillas.

—Si te vinculas a mí seremos «uno».

—¿Y seré tu esclava...?

—Por el amor de dios, hemos hablado de esto antes y sabes que no. Jamás te haría algo así. Quiero una compañera, una amiga, una amante... Yo te propongo una sociedad, y por eso he comprado ese anillo, para que firmemos un contrato, de igual a igual. ¡Cásate conmigo! «Quiero que lo hagamos antes de que te plantees la segunda parte del vínculo. Necesito que te sientas segura conmigo. Di que sí, di que sí...».

Sara se mordió el labio inferior, tragó saliva y dijo:

—Sí. Lo haré. Me casaré contigo. Y me da igual que tenga que ser en un juzgado, no quiero que ardas a lo bonzo, si entras en una iglesia.

—Amor mío. Podrá ser donde tú quieras, en una cueva, en medio del océano o en la cumbre del Everest, todo menos a plena luz del sol... en eso no puedo complacerte.

Se fundieron en un abrazo y Mark besó todas aquellas partes de su cara que quedaban a su alcance.

«Gracias Sara»

—No me des las gracias... y deja de hablar en mi cabeza. Se siente raro.

Le desabrochó el cinturón y la levantó del asiento para ocupar su puesto y sentarla así en su regazo.

—Ay, Sara, mi pequeña gruñona, me haces muy feliz.

## Capítulo 20

Aquella reunión la tenía en un estado de tensión tal, que saltaba del asiento cada dos segundos.

Iban a encontrarse con el Consejo en pleno, en un château rural a las afueras de Paris, donde habían requerido su presencia. Una reunión de vampiros en toda regla, en la cual sería presentada «en sociedad» como la prometida de Markus.

Habían transcurrido ya unos minutos desde que el avión había aterrizado en un aeropuerto privado, alejado del tráfico aéreo comercial. Y la euforia que había sentido momentos antes cuando aceptó la petición de Mark se había ido. Ya no se sentía nada valiente. La limusina les esperaba a pocos metros del aparato, en la misma pista de aterrizaje y parecía inminente el encuentro. Sin darse cuenta, tenía un férreo agarre sobre la mano de Markus. Él, para tranquilizarla, levantó sus manos enlazadas y le besó los dedos.

Intentando bromear dijo: —Vas a molerme los nudillos...

—Lo siento. Me estoy poniendo nerviosa.

—Sshh. Nada malo va a pasar. No te preocupes.

El coche les llevó a través de carreteras secundarias a un lugar apartado. La finca tenía un extenso jardín de parterres con flores, y arbustos de boj recortados al más puro estilo versallesco. Retazos de la casa se veían al fondo, pues estaba semioculta entre los árboles. No parecía grande, y por lo que Sara recordaba de sus estudios de arte, debía haber sido construida en el siglo XVI o XVII. Bueno, ahora que se iban acercando no parecía tan pequeña. El cuerpo principal se encontraba retrasado con respecto al resto de la fachada, dándole un dinamismo al edificio propio del barroco, pero todo el exterior era de gran pureza clasicista, y entre el frondoso arbolado que la

rodeaba, pudo ver que los laterales se ampliaban a ambos lados.

Cuando el coche aparcó junto a la puerta principal, dos criados salieron rápidamente a abrirles las portezuelas del coche y a cargar con su equipaje.

Al bajar del vehículo, se quedó embobada admirando la magnífica construcción, y al recorrer con la mirada el edificio, de un extremo a otro, se encontró a una hermosa mujer que les observaba desde una de las ventanas ovales del primer piso.

Ya empezaba a rayar el alba y los vampiros estaban ansiosos por estar en el exterior, por lo que sin demora accedieron al vestíbulo. Una vez dentro, Sara pudo observar maravillada, la preciosa escalera helicoidal toda construida de mármol blanco, que comunicaba la estancia con el piso superior, los pulidos suelos de mármol y la descomunal araña de fino cristal que colgaba del techo.

Erik, el fabuloso vikingo que Sara ya conocía, salió a su encuentro con su habitual rostro afable, estrechó la mano a los vampiros e hizo una pequeña inclinación ante ella. Tras un breve intercambio de palabras les indicó que estaban esperando reunir a todos los implicados y que no les recibirían hasta bien entrada la tarde. Tendrían tiempo para descansar del viaje.

El personal del servicio les acompañó a un pequeño apartamento que se les había asignado en el ala este. Era como un pequeño piso y estaba totalmente equipado, un pequeño salón-cocina y dos habitaciones-suite con baño privado. Todo decorado con estilo afrancesado muy confortable.

—Será mejor que descansemos unas horas, nos veremos al mediodía, ¿os parece? —dijo Julius.

—De acuerdo, puedo notar como mi niña se agota a cada minuto. Nos veremos después.

Se retiraron a sus respectivas habitaciones y una vez allí, Markus le susurro en el oído a Sara...

—No puedo esperar más, tengo que hacerle el amor a mi futura mujercita.

Y dicho esto la cogió en brazos y la llevó directamente a la cama dónde la amó, la besó y la acarició, hasta que agotada se quedó dormida.

Cuando horas más tarde despertó, Mark seguía jugueteando con su pelo.

—¿Cómo se encuentra mi futura esposa?

—Creo que feliz.

—¿Solo lo crees? Mmmm, voy a tener que hacer algo para convencerte.

Bajó sus labios hasta su boca y la rozó suavemente como si fuera brisa fresca.

—¿Y crees que vas a convencerme solo con eso?

—Esto es solo el comienzo, mi niña...

Empezó acariciando su cara y besando sus labios hasta llegar a su mandíbula para después dirigirse a su cuello. Allí se detuvo acariciando con la lengua las dos pequeñas marcas de su vinculación.

Bajó la sábana, y comenzó a acariciarle los senos delicadamente. Trasladó su boca hasta ellos y los besó. Mientras, la mano libre fue bajando por su cintura hasta llegar a sus caderas y desde allí sus hábiles dedos llegaron hasta la entrepierna y jugaron en su interior llevándola a otro nivel de excitación.

—Estás tan jugosa...

—No me tortures más, te quiero dentro de mi Mark.

—No puedo. Hace mucho que tomé mi última comida y mi cuerpo no responde, necesito sangre.

—¿Y por qué no la tomas?

—¿De ti?

—Ves a alguien más...

—¿Estás segura?

—Sí. Y mi cuerpo también lo quiere. Lo siento como si fuese lo correcto, es como darte parte de mí.

—No se sí podré amarte más... Ahora mismo ya duele.

—¡Muérdeme, vampiro! —dijo bajando la voz para que sonase sexy.

Y con los dedos entrelazados y se colocó ante ella para que viera su transformación. Su rostro se volvió de piedra, sus colmillos se agrandaron y aquellos orbes de azabache ocultaron su verde mirada.

Lentamente bajo su cara hacia la curva de su garganta, besó toda la zona y frotó sus marcas con la nariz. Clavó los colmillos y bebió.

Ella gimió, aunque no de dolor, la respuesta de su cuerpo fue increíble y el orgasmo que tuvo la dejó temblorosa y agotada.

El vampiro levantó su boca ensangrentada y mordió su lengua para lamer las heridas y con su sangre curarlas evitando que quedase cicatriz.

—¡Bésame, vampiro!

Y lo hizo, pero con sumo cuidado, pues el tamaño de sus caninos lo hacía complicado.

De una embestida se introdujo en ella y se quedó allí, saboreando el instante, notando el cálido y acogedor calor de su cuerpo alrededor.

—Dios mío, Sara...

Despacio comenzaron el baile que les hizo moverse al unísono, como en una danza sincronizada, incrementando el ritmo a cada paso, hasta que ambos alcanzaron el éxtasis.

Dos gruesos lagrimones recorrieron las mejillas de Sara.

—¿Cariño? ¿Qué ocurre? —preguntó Mark alarmado.

—Que ahora lo sé...

—¿Qué sabes?

—Que soy feliz. Muy feliz.

A media tarde, los tres se encaminaron hacia la gran biblioteca de la casa, donde se encontraron con una pareja que, al parecer, también había sido

convocada para la reunión.

Bjorn era un enorme vikingo danés asentado en Inglaterra desde el siglo IX. Su padre llegó con Halfdan Ragnarsson a conquistar el país en el año ochocientos sesenta y cinco, se asentaron y se quedaron. Y como no, representaba el estereotipo romántico que cualquier humano tiene de un hombre de esta raza. Dos metros de puro músculo, larga melena rubia y ojos azul claro. Pero ahí acababa todo, si alguien podría pensar que iban a encontrarse con un bárbaro, estaba totalmente equivocado. Se le veía culto y refinado e iba perfectamente vestido a la moda actual. Estaba sentado en un gran sofá, en el centro de la estancia, acompañado por una hermosa mujer.

—Mi nombre es Bjorn y os presento a mi esposa y «sierva», Juliette.

Ellos también se presentaron y Markus aclaró:

—Sara, ellos son los padres de María y Jean Jacques.

—Decidme, ¿sabéis porque nos han convocado?

Markus hizo un resumen y le contó al vampiro y a su esposa, toda la historia, sin guardarse nada para sí.

—Realmente es horrible —dijo Juliette a todas luces enfadada—, María es carne de mi carne, y simplemente, no puedo admitirlo. Acataré las leyes si la hayan culpable, pero perdonadme si me niego a creer lo que nos contáis.

—Son malas noticias para mi esposa. Estamos más que dispuestos a seguir las leyes y colaborar con el Consejo, pero no sé qué podríamos hacer —intervino Bjorn—, cedí mi línea de sangre en favor de mi hijo Jean Jacques, y ahora es él el patriarca.

—Pero seguís siendo el creador de María, y por lo tanto podríais convocarla. Ella no rehuiría la llamada del «padre» —dijo una voz femenina que llegó desde la puerta.

Todos se volvieron para admirar a la hermosa mujer de pelo cobrizo que había entrado al salón.



«Celine, la mujer del helicóptero», pensó Sara.

—Cierto, no podría rechazar mi llamada —murmuro entre dientes Bjorn—. Si el Consejo me pide que lo haga formalmente, lo haré. Pero no consentiré un linchamiento, habrá juicio.

—Si la convocáis habrá un juicio justo, os lo prometo. Es lo que todos queremos.

Celine se apartó del umbral para dejarles paso y dijo:

—La reunión va a comenzar, el Consejo espera.

Les acompañó a un gran salón ricamente decorado con grandes espejos dorados que colgaban de sus paredes. En uno de los extremos y sobre una tarima elevada a modo de escalón, siete sillones estilo Luis XIV, auténticos, colocados en fila y orientados a la sala, como si se tratase de un tribunal, estaban ocupados por cuatro hombres y una mujer. Celine se sentó en el sexto, quedando un sillón vacío a la derecha de la sala.

Jean Jacques estaba sentado en un extremo de lo que parecía un incómodo sofá, situado en uno de los laterales junto a la pared. Cuando entraron, les saludó con la cabeza.

Sara ya conocía a Erik y a Celine de la visita a la casa del bosque de Mark, e intentando tranquilizarse ocupó su mente en observar uno a uno, al resto de los integrantes del Consejo.

En el centro se sentaba la otra mujer del grupo, la hermosa dama que había visto en la ventana al llegar. Y para su sorpresa no tenía un aspecto juvenil, como la mayoría de vampiros que hasta ahora había conocido, aparentaba unos cincuenta años y la edad se hacía notar en su cara y manos, aunque su rostro todavía era muy hermoso. Su liso cabello negro azulado, le llegaba hasta la cintura. Tenía una mirada glacial. Sin duda era Salomé.

A su derecha e izquierda se sentaban dos caballeros idénticos, y parecía un

truco hecho con espejos, pues su pose y su gesto eran exactamente iguales. Evidentemente debían ser gemelos. Ambos eran pelirrojos y llevaban el pelo cortado igual, vestían con una camisola y un kilt escocés con el mismo dibujo en el tartán.

A la derecha de la mujer morena y junto a uno de los pelirrojos, Erik, el enorme vikingo iba vestido, sorpresa, con un traje de Armani gris marengo de raya diplomática, camisa azul lisa del mismo color que sus ojos y zapatos de Ferragamo. Estaba muy, muy guapo y cuando Sara le miró, la saludó de nuevo con una sonrisa en los labios.

Celine estaba en el extremo y llevaba un traje de coctel carmesí, con escote tipo halter, que resaltaba mucho su figura y Sara sintió una punzada de envidia, realmente era preciosa.

Al lado contrario de donde se estaban sentados Erik y Celine, a la izquierda de Salomé, había un caballero de raza oriental, que vestía lo que parecía una armadura de ceremonia de samurái, solo que llevaba su cabeza al descubierto. El séptimo sillón estaba vacío.

Bjorn, su esposa Juliette, Marcus, Julius y ella caminaron hasta que se quedaron de pie frente al Consejo, a pocos metros del estrado, esperando que alguno de ellos dijera algo.

Estaban todos tan inmóviles que Sara se sobresaltó cuando la mujer que ocupaba el sillón central comenzó a hablar.

—No estamos aquí para celebrar un juicio. Para ello tendría que haber un acusado y no lo tenemos, solo queremos hacer unas preguntas a los implicados, pero como el Consejo se reserva la posibilidad de tomar alguna decisión al respecto y uno de nuestros miembros no se encuentra en estos momentos en Europa, hemos decidido invitar a un purasangre de raza que se encuentra en París, para que forme parte de esta reunión y que ocupe el sillón número siete. Al ser impares nos aseguramos la mayoría simple. Por favor,

hagan pasar a Olivier d'Aubry. Hoy, nuestro séptimo consejero.

Markus y Julius intercambiaron miradas, y Sara que les miraba de reojo se dio cuenta. Se abrió una puerta doble lateral y apareció un hombre, que mediría cerca de uno noventa, delgado y de porte atlético. Con una mirada altanera, entró en la sala, como si estuviera haciendo un desfile de pasarela, conoedor de que todos le observaban.

Su vestimenta parecía sacada de un cuadro de la corte del Rey Sol. La larga peluca de rubios tirabuzones le llegaba a mitad de la espalda. Su cara estaba empolvada, como la de una geisha, con un lunar pintado en su mejilla cerca de la comisura de los labios. Vestía una rica chaqueta entallada, que le llegaba hasta casi las rodillas y estaba hecha con un brocado de seda negro bordado en tonos de azul y plata.

La camisa blanca que llevaba debajo, asomaba a su cuello rematada con puntillas y un lazo. En las mangas, los encajes sobresalían de su chaqueta tapándole las manos, casi por completo. Aunque podían verse sus dedos con la manicura hecha perfecta, y las uñas pintadas de negro. Los pantalones no se le veían, pues llevaba unas botas de ante tan altas, que debían llegarle hasta medio muslo y por lo tanto quedaban cubiertas por la faldilla de la chaqueta.

Caminaba portando un largo bastón, que por algún extraño motivo Sara pensó que guardaba en el interior una espada.

«Menudo personaje, ¿de qué va disfrazado?», pensó Sara.

Y en ese instante él se volvió hacia ella y le dedicó una sonrisa lobuna.

«¡Mierda!, otro que lee el pensamiento».

Él le hizo una leve reverencia con su cabeza, y se sentó en el sillón vacío en una postura un tanto teatral, como si estuviera posando para una foto.

—Podemos empezar —dijo la mujer.

—Sara —continuó dando un tono de dulzura a su voz—. ¿Puedes dar un paso al frente?

Nerviosa, ella lo hizo, y entonces la dama se levantó de su asiento y avanzó hasta encontrarla. Cuando estaba a apenas un paso de distancia, levantó su mano y se la puso sobre la frente. Sara notó el frío gélido que desprendía aquella mano sobre su piel, a la vez que una pequeña corriente eléctrica de poder recorría todo su cuerpo.

La mujer cerró los ojos por unos instantes y después sonrió mostrando las puntas de sus colmillos.

Ciertamente —expuso—, has recibido la primera marca del vínculo. Sin quitar la mano de su frente la mujer añadió—: Mírame a los ojos.

Como un autómatas, Sara lo hizo, pero cuando notó una brisa fresca en su cabeza que iba empujando suavemente, intentó resistir el empuje. En su interior, escuchó la voz de Markus. «No, Sara. Permite que entre, no hagas que te obligue..., estoy aquí a tu lado. Todo va bien».

Al escucharle se obligó a relajarse, aunque su instinto le ordenaba lo contrario, y permitió que accediera a su mente, pero el leve contacto sobre su frente la estaba dejando helada hasta los huesos.

Cuando por fin, Salomé despegó la mano de su piel, empezó a recuperar el control y se sintió mejor.

La dama le sonrió y acercándose a su oído, susurró:

—Pronto, querida. Muy pronto.

—¿Cómo?

—Shhh, pronto tendrás lo que quieres.

«¿Y qué es lo que quiero», se preguntó Sara, mientras miraba como se giraba la mujer y con andares cadenciosos, volvía al estrado para sentarse.

Una vez acomodada en su sillón habló en alto:

—La chica no ha sido coaccionada, libremente ha accedido a ser la sierva de nuestro compañero de raza y pronto se terminará su vínculo total. Ahora si sois tan amables, salid todos del salón excepto Markus. Tenemos unas

preguntas para él.

Mark le guiñó un ojo a Sara mientras Julius tomaba su mano para sacarla de la gran sala. A regañadientes, ella le acompañó.

—¿Preguntas para Mark? ¿Qué preguntas? —dijo cuando salieron al jardín.

—Ellos son la policía, y esto es un interrogatorio. Tranquila solo quieren hacerse con una versión de la historia de cada uno de nosotros.

—¿Qué pasará ahora? ¿También me interrogaran a mí?

—Lo que querían de ti ya lo tienen. Salomé investigó a fondo en tu cabecita y tiene información de primera mano. Los vampiros no somos tan fáciles, de ahí que tengan que hablar con todos nosotros.

—Todo esto es tan complicado...

—Tranquila, lo que Markus quiere es que le den la razón y que tengas la protección del Consejo ante María.

Markus tardó un buen rato. Y cuando salió de allí tocó el hombro de Julius y dijo:

—Tu turno, amigo. —Y volviéndose hacia Sara con una sonrisa en los labios preguntó—: ¿Cómo está mi niña?

—Con los nervios de punta.

Sintió como unos brazos la rodeaban y automáticamente se relajó.

—Háblame de ellos, de los integrantes del Consejo.

—No se sabe demasiado. Como ya te dije se encargan de hacer cumplir las leyes y para eso controlan a todos los padres de las líneas de sangre, sus clanes o familias, y también a los parias.

—¿Y ese d'Aubry? Descubrí como Julius y tú os mirabais cuando entró.

—Olivier... Es un purasangre, como Jean Jacques, del que se rumorea que han sido o son amantes, pero no conozco su historia. Realmente lo único que se sabe de él es que debió nacer en Paris, a finales del siglo XVI o principios

de XVII, y que es un maestro en esgrima, un mercenario, astuto y peligroso. Actúa como ejecutor de muchas de las «misiones» del Consejo. Y también se rumorea que es un hijo bastardo del Rey Luis XIII o quizá Luis XIV... Es un tipo peligroso, un libertino. Ha vivido en medio mundo. No sé qué más te puedo decir. Nadie le conoce demasiado, es un lobo solitario.

—Menudo currículum...

—Sí. Mejor si no te acercas a él.

—¿No es de fiar?

—No le conozco, pero la mayoría de los vampiros no son de fiar...

—De acuerdo, entendido.

Julius salió y el consejo se reunió para deliberar.

Después de un buen rato entraron al vestíbulo y se acomodaron allí, sin poder evitar de vez en cuando mirar de reojo las grandes puertas que les separaban del Consejo. Pasaron un par de horas y al escuchar el ruido de la cerradura al abrirse, todos fijaron sus ojos allí. No había aún resultados, tan solo era Jean Jacques que con pasos lentos y sigilosos se acercó hasta ellos.

—Quedan unas cuatro horas para el alba, señores, —anunció el vampiro—. Van a servir un «refrigerio» en el salón de invierno y aunque, seguramente hasta mañana no tendremos ninguna noticia de las decisiones que tomen, nos brindan la hospitalidad de su casa y nos han pedido que nos reunamos con ellos para «cenar».

A Sara se le puso la carne de gallina al pensar en la cena de los vampiros, e intentando que su voz sonase serena dijo:

—Creo que yo me marcharé a dormir, la tensión de la reunión me ha dejado agotada. No os preocupéis por mí, en nuestro apartamento hay una pequeña cocina y en la nevera hay frutas y queso. Tomaré algo rápido antes de acostarme.

—Quiéren vernos «a todos», Sara, incluida tú.

Ella tragó saliva y se quedó paralizada. Jean Jacques se le acercó y añadió en voz baja.

—Los donantes son totalmente voluntarios y todos somos bastante discretos cuando estamos entre extraños. No te preocupes, nada malo va a pasarte.

Aterrada y de la mano de Markus, entraron a un salón decorado al más puro estilo oriental. Ricas alfombras cubrían suelos y paredes pero apenas tenía muebles. Los techos, de gran altura, estaban rematados por una cúpula donde se habían pintado las constelaciones. Era curioso, pues mirando la casa desde el exterior, nadie hubiera podido imaginar que escondía tesoros como este.

Sara detuvo su mirada en todos y cada uno de los intrincados trabajos de yesería de las paredes, que alternaban la geometría con el ataurique y la epigrafía. Y por la disposición de aquel amplio salón, se descubrió pensando en el Salón de Comares de la Alhambra, pues en sus muros se abrían pequeñas salas que se independizaban con pesados cortinajes.

El centro de la sala estaba a un nivel inferior. Este espacio estaba lleno de cojines y bajos sofás sin respaldo, y allí, como si se tratase de una exposición en un burdel, hombres y mujeres jóvenes, ligeros de ropa, aguardaban para ser seleccionados por los vampiros.

A Sara se quedó el corazón congelado, la situación era espeluznante. Ante sus ojos los aspirantes a vampiros, o a esclavos de los vampiros o lo que fueran, esperaban para ser elegidos y desangrados.

En una de las paredes laterales Juliette y Bjorn estaban sentados a una mesa. Ella intentaba comer sin mirar lo que sucedía alrededor y al vikingo se le veía tremendamente tenso.

Los integrantes del Consejo fueron entrando, sentándose junto a los humanos en la parte central, charlando y riendo con ellos, escogiendo. No iban solos. En pequeños grupos, también fueron accediendo a la sala hasta un total

de diez vampiros más, seguramente integrantes de las líneas de sangre del órgano de gobierno vampírico.

Salomé no se molestó en esconderse, cogió la mano de una joven y la mordió, tomó lo justo y le cerró las heridas. Fue limpio y breve.

Olivier d'Aubry eligió a dos muchachas y se las llevó a uno de los apartados. Tras un buen rato y amortiguados sonidos de risas, salió abrochándose la chaqueta y con la peluca un tanto descolocada. Tenía los labios muy rojos y buen color de cara. Ellas salieron unos minutos más tarde, un tanto excitadas y emocionadas.

El guerrero oriental se lanzó al cuello de un joven muchacho. Tras tomar algo de su sangre lo cogió de la mano, y lo llevo a una de las pequeñas salas. Sara ya no les vio salir.

Intentando no prestar atención a lo que sucedía alrededor, le dijo a Markus:

—Entiendo que tengas que ir con ellos, yo te esperaré aquí. No quiero saber qué tipo de cuello te gusta, no de momento.

—Mi niña, la única garganta que quiero es la tuya, y la quiero mientras te hago el amor. Pero no puedo abusar de ti, y aquí no dispongo de plasma sintético, así tengo que comer y ellos son mi comida. No voy a llevarme a nadie a ningún apartado y no vuelvas la cabeza, quiero que observes que no hay nada íntimo entre el donante y yo.

Con paso ágil y cadencioso Markus se acercó al grupo, eligió a un hombre joven que automáticamente le sonrió, y tomó su mano y le mordió. Succionó de la herida unos instantes y como en el caso de Salomé fue limpio y no hubo nada más. Durante todo el proceso no dejó de mirar a Sara a los ojos.

Julius estaba hablando con una joven rubia con la cara llena de pecas. Era una niña preciosa. Su alimentación también fue breve y sin dobles intenciones. Cuando regresó junto a ellos dijo:

—Hacía tiempo que no me reía tanto, Colette es una chiquilla preciosa e



inteligente. Creo que esta noche voy a estar ocupado. No me esperéis despiertos —añadió guiñándoles el ojo.

Erik y Celine, tras alimentarse, desaparecieron juntos, tomando el corredor que llevaba al subterráneo, dándose miraditas y cogidos de la mano.

Los extraños gemelos se quedaron amodorrados entre los cojines, abrazados a unas cuantas jovencitas después de tomar su ración.

El salón se quedó extrañamente tranquilo, los sonidos se fueron amortiguando. El bullicio que momentos antes los humanos habían protagonizado también se había apaciguado, parecía que tanto vampiros como ellos tras una buena comida se tomaban un descanso.

La mayoría se fueron retirando discretamente, marchándose por donde habían venido. Bjorn y Juliette se despidieron y se retiraron a sus aposentos, y en el salón quedaron solo Jean Jacques, que estaba charlando con Salomé, los gemelos pelirrojos y Markus y Sara, que aún estaba sentada a la mesa aunque no había tomado ni un solo bocado.

—Voy a hablar un momento con Salomé —dijo Markus—. No te muevas de aquí.

Sara suspiró y dejó su mirada vagar por las paredes, admirando de nuevo la arquitectura de la sala.

Una armoniosa voz de tenor la sacó de sus pensamientos.

—¿Escandalizada?

Olivier d'Aubry que había salido de la nada, se sentaba frente a ella, retirando los faldones de su chaqueta al hacerlo, mientras la miraba de arriba abajo, estudiándola. A pesar del minucioso escrutinio, Sara no sintió que fuese una mirada sexual, advirtió simplemente curiosidad. Cuando se paró en su rostro, ahora que le veía de cerca, pudo observar que el hombre era realmente guapísimo. La ostentosa peluca barroca y el maquillaje que llevaba no ocultaban unos rasgos muy masculinos. Mandíbula cuadrada, mirada intensa.

Tenía los ojos verde azulados, ese extraño color que según la intensidad de la luz hace que se vean verdes, azules, o incluso grises. Su nariz de tipo griego, era bastante recta pero a la altura del hueso tenía una pequeña desviación, lo que le daba una ligera imperfección a un rostro perfecto y lo hacía aún más atractivo.

—*Bonjour, ma Belle!* ¿Hay alguien ahí?

Sara se dio cuenta de que Olivier le hablaba por segunda vez. Debía haberse quedado ensimismada observando su rostro.

—Yo... lo siento. Creo que todo esto me sobrepasa.

El vampiro le dedicó una sonrisa despiadada y le dijo.

—Ya te acostumbrarás.

Markus llegó a toda prisa al ver que Olivier se había sentado con Sara, y al descubrir la maniobra, el francés manifestó:

—Tranquilo, vampiro, solo estaba admirando la belleza de una dama y de paso brindándole la hospitalidad de esta casa. Aprovecho para presentarme, creo que no nos conocemos. —Y le tendió la mano rodeada de puntillas y encajes, Markus la tomó y se dieron un masculino apretón.

—No pretendía incomodarla, *mademoiselle*, le ruego me disculpe. Y levantándose, hizo una reverencia que hubiera podido estar dirigida a la mismísima realeza, giró el rostro hacia Markus y diciendo su nombre al mismo tiempo que inclinaba la cabeza, dio la vuelta y se marchó.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Mark, con un tinte de alarma en su voz.

—Realmente nada, creo que solo intentaba entablar una conversación trivial.

—Nunca hay nada trivial en un vampiro, no lo olvides.

Los dos se quedaron mirando cómo Olivier se alejaba con paso cadencioso, para sentarse junto a Salomé. Desde allí, inclinó su cabeza y de forma pícaro, les guiñó un ojo.

## Capítulo 21

Sara bostezó y dijo:

—Necesito dormir.

Los extraños horarios comenzaban a hacer mella en su cuerpo y como si se tratase del jet lag de un viaje, se sintió repentinamente agotada. No en vano eran las cuatro de la madrugada.

—Claro, pequeña, yo también me encuentro cansado.

Iban a darse una ducha antes de acostarse cuando Markus girando de forma brusca en dirección a la entrada a su cuarto dijo:

—Cierra la puerta cuando me vaya.

Y toda velocidad salió al salón del apartamento.

Julius apareció en la puerta de su habitación al mismo tiempo mientras se metía los faldones de la camisa y abrochaba sus pantalones.

—¿Has oído eso?

Markus asintió.

—Espadas... Alguien lucha ¿Y Colette?

—Satisfecha y profundamente dormida.

La cabeza de Sara apareció en la puerta para exclamar: —¿Espadas?

—Te dije que no salieras.

—No pienso quedarme sola.

—Está bien, síguenos pero mantén las distancias, y sobre todo no te despistes, no quiero que te separes de nosotros.

Sara siguió a los dos vampiros que parecían muy seguros de qué camino tomar, aunque ella no escuchaba nada. Llegaron a una escalera que conducía al sótano y comenzaron a bajar con cautela. A pocos metros del final del tramo de escalones, escucharon las risas de los gemelos escoceses.

El largo corredor abovedado terminaba en una amplia sala rectangular, de grandes dimensiones, pero con techos bajos. La zona central estaba vacía, como si se tratara de un salón de baile.

Uno de los hermanos, espada en mano, se batía en duelo con Olivier d'Aubry. El escocés parecía bastante enojado y en su brazo izquierdo, el que no estaba armado, tenía una herida de la que manaba sangre y manchaba la tela rasgada de su camisola.

—No entiendo cómo eres tan rápido. Maldito franchute, vas a ver lo que es bueno.

—Pero Ian, no has tenido bastante... Te dije que mi espada es más rápida que tu *claymore* y que te puedo despellejar antes de que tú ni siquiera puedas soñar con tocarme.

No se podía negar que el francés era un bastardo arrogante, en sus palabras se advertía claramente cierta chulería y el gesto en su cara era de total desgana. Simulando un bostezo que cubrió con su mano rodeada de encajes, dejó ambos brazos caídos a los lados de su cuerpo, dejando su torso sin protección. Aprovechando esta aparente error en la bajada de su guardia, el escocés comenzó un ataque, pero fue pulcramente esquivado y con un rápido giro a su alrededor, Oliver le golpeó la espalda con la hoja de la espada.

Otro corte. Más sangre.

Gato y ratón en un juego mortal.

Otro envite del pelirrojo fue eludido y respondido a su vez con un nuevo corte, ahora en el hombro.

Julius, Markus y Sara se quedaron atónitos ante el sangriento espectáculo.

—Dios mío, está herido —dijo Sara dando un paso al frente hacia el escocés, al tiempo que se encontraba el brazo de Mark en su trayectoria obstaculizándole el paso. Pero no solo fue eso lo que le impidió avanzar, una mano se posó suavemente en su hombro, casi sin tocarla. Ella se giró,

sorprendida de encontrar a Jean Jacques a solo un paso de su espalda.

No había sentido, ni oído su llegada.

—Solo es un rasguño, Sara. Los vampiros nos curamos rápido —dijo Mark, al tiempo que lanzaba una mirada desdeñosa a Jean Jacques y hacía que este retirase su mano a toda velocidad.

Al verles, Olivier hizo una reverencia a modo de saludo y con una media sonrisa que mostró las puntas de sus colmillos, manifestó:

—Sonríe, Ian, con público será más divertido humillarte.

—Arrogante gabacho —escupió el otro pelirrojo—. Verás cómo entre los dos te bajamos los humos.

—¡Oh! *C'est fantastique!* Andrew se une a la fiesta. Confieso que me estaba aburriendo, a ver si esto le da más emoción.

Y dicho esto, se giró hacia uno de los laterales de la sala donde había un soporte con espadas y dagas. Allí dejó apoyada la que llevaba en la mano, y comenzó a desabrocharse la chaqueta.

—Odiaría que se me manchase de sangre —explicó con cierta burla.

La dejó sobre una silla y tomo de nuevo la espada, no con la izquierda, como hasta ahora, sino con la derecha. En su otra mano empuñó una daga.

—Y ahora os daré una pequeña lección de esgrima española...

—Hmm —dijo Ian—, ¿Pero tú no eras zurdo hasta hace un rato?

—No. En realidad no lo soy, pero hubiera sido tan aburrido hacerlo con la diestra...

Se giró y los enfrentó. Comenzó a avanzar y los hermanos retrocedieron.

—*Allez!* ¡Sois dos contra uno! No puedo creer que tengáis miedo de un pordiosero y..., cómo dijiste, Ian, ¿bastardo afeminado?

Olivier sonrió de forma implacable.

—La «Verdadera Destreza» —continuó diciendo mientras les rodeaba—, es un método de lucha con espada basado en la razón, la geometría y las

matemáticas. Aunque yo prefiero las «tretas» de la esgrima común, más parecidas a la escuela italiana de la misma época....

—¿Nos vas a dar una clase? —preguntó Andrew con sorna.

—*Mais oui*, no está de más saber porque los antiguos tercios españoles eran más temidos en el mundo, que el mismísimo diablo.

Aún no había terminado de hablar cuando arremetió contra los hermanos y en apenas cinco movimientos y un suspiro dejó a Andrew desarmado y a Ian tumbado boca arriba con la espada apoyada en su cuello.

—Maldito francés. ¿Por qué eres tan rápido? —masculló el hombre que tenía inmovilizado bajo su arma.

Olivier sonrió y relajó su mirada, enfundó la daga en su cinturón y bajo la espada hasta que la punta tocó el suelo, dándole la mano libre al escocés para que se levantara.

—Son años de entrenamiento y estudio... cuando seas tan viejo como yo quizá hayas aprendido algo.

—¿Viejo? Soy al menos tres siglos mayor que tú.

—No es el tiempo que pasas aquí, sino cómo lo vives... y digamos que yo he vivido rápido.

Andrew comenzó a aplaudirle y d'Aubry repitió una de sus habituales reverencias, tras lo que añadió.

—Y si con ello, además puedo humillar a dos escoceses, mejor que mejor. Los tres rieron y se palmaditas en la espalda. Todo muy varonil.

Julius dijo:

—Creo que esta exhibición de testosterona ha sobrepasado mis niveles de tolerancia. Me vuelvo a mi cuarto, tengo una preciosa mujer que espera en mi cama.

Sin decir nada, Sara y Markus le siguieron, con la intención de regresar a su dormitorio, dejando allí a los tres hombres en una animada conversación

sobre esgrima española.

De camino a sus respectivos cuartos, Jean Jacques les interceptó.

—Sé que es tarde, pero si tenéis un momento me gustaría hablar con vosotros.

Markus se giró para enfrentarle y se paró a un paso de Jean con gesto desafiante.

—Más vale que sea rápido.

—Tranquilo. No os entretendré mucho.

Julius se excusó con la intención de irse, pero el purasangre le pidió que se quedase a escuchar lo que había ido a explicarles.

Con gesto preocupado se dirigió a Mark.

—Antes, en la reunión que tuvimos con el Consejo, Salomé tuvo la gentileza de abrirme su mente para que viese de primera mano lo que María hizo con Sara —girando su cuerpo hacia ella y mirándola añadió—: Sé que pueden parecer palabras vacías, pero lo siento, Sara. No tenía ni idea.

De nuevo se centró en Mark para continuar su discurso.

—Si fui a casa de Julius en Londres para pedir vuestra clemencia no fue por mí, fue por Juliette, mi madre. Sabía el daño que iba a hacerle que María pudiese llegar a ser castigada por algo así, pero quiero que sepas que me retracto de ello, y que pediré que mi hermana sea condenada. Markus, sé que entre tú y yo las cosas no han ido como deberían. Me refiero a la relación padre-hijo, pero recuerda que yo quise ayudarte y me negaste como progenitor. —Hizo una pausa y añadió—: Una vez te ofrecí mi protección y vuelvo a hacerlo ahora.

Tras decir esto, sacó un pesado sello de su dedo con lo que parecía un escudo familiar, y con suavidad lo depositó sobre una de las consolas del corredor en el que se encontraban.

—Lo que necesites. Corrijo, lo que necesitéis, los dos.

Se giró para marcharse y no hubo avanzado dos pasos cuando la voz de Mark le detuvo.

—Cierto, me ofreciste tu apoyo, pero no crees que, en el estado en que me encontraste, ¿debiste haber insistido un poco más? No te recuerdo muy persuasivo.

Julius intervino.

—Mark, cuando le rechazaste vino a verme. No nos conocíamos personalmente, pero aunque yo tengo mi propia línea de sangre, una orden directa de un purasangre no puede evitarse así como así. Él me pidió que te orientase y te acogiese como mi pupilo hasta que tu vida tomase otra dirección. Y lo hice.

—¿Por qué nunca me contaste nada?

—Me ordenó que no lo hiciera y cuando tú comenzaste a salir del pozo en el que te habías metido, me liberó de mis obligaciones. La amistad posterior que surgió entre nosotros no tiene nada que ver. Y si ahora te lo cuento es porque ya está bien de rencores y secretos. ¿No lo crees tú así también, Jean?

—Sí, lo creo. Y no pretendo hacer uso de nuestro vínculo, que podría. Solo te ofrezco mi apoyo y amistad.

Mark se acercó a la mesa y cogió el anillo con gesto desafiante y acortó los tres pasos que le separaban de Jean, poniendo el sello a la altura de sus ojos.

Jean respiró profundamente, intuía lo que venía a continuación: un nuevo rechazo. Pero Mark se puso el anillo en el dedo anular y le tendió la mano.

—No te prometo una relación fraternal ni una amistad incondicional, pero es un comienzo ¿Sin secretos?

El rostro de Jean se iluminó. Apretó su mano y con la que tenía libre le dio un medio abrazo.

—Sin secretos. Y quiero que sepáis que cuando vinculaste a Sara, lo que sentí me hizo llorar de alegría por vosotros.



—¿Lo sintió? ¿Cómo que lo sintió? —preguntó alarmada Sara a Julius que se encontraba a su lado.

Este con tiento le respondió:

—Jean creó a Mark, tiene un vínculo de sangre con él. Y un sentimiento tan grande no puede ocultársele a un padre.

Los ojos de Sara se abrieron como platos, su cara se tiñó de color grana y no acertaba a articular palabra.

Con pasos cadenciosos, Jean se le acercó y dijo:

—No fue como si estuviera presente. Solo experimenté lo que Markus sintió. El otro día en casa de Julius no quise decir nada, pero si se me permite... mis más sinceras felicidades.

La besó en la frente y le dio un tierno abrazo, que Sara abochornada soportó con aplomo, pero que temblorosa no devolvió.

A sus espaldas sonó un gruñido de Markus.

Jean sonrió sin dejar de mirar a Sara.

—Entendido, Mark, lo he pillado.

Y con una reverencia y un suave, buenas noches, comenzó a desfilarse por el pasillo, camino de sus habitaciones.

—Padre... —murmuró casi de forma inaudible el vampiro, pero consiguiendo que Jean se detuviese y se girase a mirarle.

—¿Cuándo Sara...? ¿Cuándo Sara estuvo a punto de morir, me diste tú un empujón de energía?

—Sentí que desfallecías...

Tras lo cual se giró y continuó caminando.

Markus se quedó allí de pie, mirando cómo Jean Jacques desaparecía por el pasillo, pensando en lo que su mentor acababa de admitir.

Ya en la intimidad de su cuarto, y con Mark aún pensativo, Sara dijo:

—¡Qué vergüenza lo de Jean Jacques! ¿Y siente lo que tú, cada vez que estamos juntos?

—No, tranquila. Solo cuando te vinculé, y porque él es un purasangre y a mí me resultó imposible controlar mi mente en esos momentos.

—Ah.

—No te preocupes, ni te sofoques. No es algo malo.

—Vale.

Lo que había dicho Jean le atormentaba, así que decidió dar un giro de ciento ochenta grados a la conversación.

—Nunca había visto nadie luchar con espada.

—Pues para ser tu primera vez has presenciado una demostración de uno de los mejores, sino el mejor espadachín de Europa de todos los tiempos.

—¿D'Aubry?

—Sí.

—Ese hombre me pone los pelos de punta. Con su actitud parece que va pregonando a los cuatro vientos que es guapo, arrogante y peligroso.

—Es que lo es, Sara. Humm, te parece guapo... ¿Tengo que ponerme celoso?

—¿De ese engreído y chulo francés? No lo digas ni en broma.

Sara se sentó sobre la cama, llevaba una de las camisetas del vampiro ya que como siempre había olvidado el pijama. Su pelo estaba recogido en una coleta alta bastante despeinada. Se notaba que algo atormentaba sus pensamientos pues no paraba de morderse el labio inferior.

Al final se armó de valor y habló:

—Mark..., ¿puedo preguntarte algo?

—Ya sabes que sí.

El vampiro se acercó a ella y le soltó el pelo, metiendo sus dedos entre los suaves mechones y aproximándose para oler su melena.

—Es que no sé cómo plantearlo. No quiero que te sientas mal...

Bruscamente, Mark cesó en sus movimientos, se separó unos centímetros y la miró.

—Me estás asustando. ¿De qué se trata?

—¿Qué hay que hacer para terminar el vínculo?

—¡Ah! Es «eso».

—Desde nuestra conversación en el avión no he parado de pensar en ello.

—No hay por qué precipitarse...

—Pero quiero saber cuál es el siguiente paso.

Mark habló suavemente:

—Ya sabes que has de tomar mi sangre...

—Sí.

—Yo te di mi sangre para hacerte mía y ahora tú, deberías beber de la mía para hacerme tuyo.

—Pero ya tomé de ti una vez. Te mordiste mientras me besabas, ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo... Tenías que ser mi novia ante el Consejo y te engañé porque no quería perderte. Pero no solo cuenta que ingieras mi sangre, sino el momento en que lo estés haciendo. ¿Recuerdas lo que pasó mientras yo te ponía «mis marcas»? —preguntó tocando las dos punzadas de su cuello con ternura.

—Estábamos haciendo el amor...

—Correcto. Pero además de eso toqué tu mente con la mía para tener una unión más profunda.

—Entonces...

—Lo mismo, pero a la inversa. Tú has de hacerme tuyo, tomar mi sangre y fundirte con mi mente para que seamos uno por siempre.

—Pero yo no sé hacer eso. Tomar tu sangre es factible, pero tocar tu mente

es imposible...

—Cuando llegue el momento, si llega, lo harás. Créeme.

Sara suspiró.

—¿Te parece repulsivo tener que beber de mí? —preguntó Markus a bocajarro.

—No sé..., no. Beberé de tu fuerza, de tu amor, de tu cariño. Supongo que es más simbólico que otra cosa.

—No creas. Tu sangre y la mía serán la misma, nuestros corazones latirán al unísono y nuestras mentes se vincularán. Es más que un matrimonio, Sara. Entonces... ¿lo estás pensando?

—Sí.

—¿Sabes que no puedo quererte más?

Ella le sonrió.

—Mark, yo...

—Shhh. No digas nada amor mío. Solo déjame abrazarte y disfrutar. Y no te preocupes, cuando tenga que llegar el momento, llegará.

## Capítulo 22

Al mediodía, tocaron a su puerta y una suave voz femenina habló amortiguada tras la pulida madera.

—Arriba holgazanes, el Consejo os espera dentro de una hora en el salón de los espejos.

—De acuerdo Celine, allí estaremos —respondió Mark.

Tranquilamente, entre caricias y besos, se ducharon y vistieron, y al salir de su cuarto, vieron la tierna despedida que Julius y Colette protagonizaban en la puerta de la otra habitación.

Ella se separó agitó su mano simulando un adiós y le lanzó un beso. Se giró y a toda velocidad se marchó por el corredor.

Julius la miraba con ojitos...

—Creo que me he enamorado.

—Julius... tú te enamoras todos los meses.

—Creo que esta vez es de verdad —suspiró.

—En fin —dijo agitando su cabeza y volviendo a la realidad—. Vayamos al salón de los espejos, a ver que han decidido los sabios consejeros.

En la sala, la disposición del Consejo fue igual que el día anterior, solo que en los laterales y diseminados en distintos sofás y sillones, se encontraba el sequito de vampiros, que Sara había podido ver en «la cena» de la pasada madrugada.

Ahora que los tenía más cerca pudo observarles, y vio en ellos miradas curiosas hacia su persona.

Salomé se levantó y habló.

—El Consejo está de acuerdo en que no se puede tolerar el comportamiento de María de Confranc. Y aunque, en este caso, hay un atenuante pues la chica

se encuentra sana y salva con su maestro, si perdonamos los hechos, otros de nosotros pueden decidir saltarse nuestras leyes ancestrales, y eso es algo que no podemos permitir. Para garantizar nuestra supervivencia no debemos consentir que ninguno de nosotros se encuentre libre para hacer lo que desea, el poder que nos ha sido dado ha de mantenerse controlado, para ello están las leyes. María será juzgada y castigada. Bjorn, tendrás que convocarla.

Y en eso la doble puerta de salón se abrió de par en par y una voz femenina se alzó sobre el murmullo de voces de la sala:

—No va a ser necesario. Aquí estoy.

Todas las caras se volvieron hacia la puerta. Allí, desafiante estaba la baronesa, enfundada en cuero rojo de la cabeza a los pies.

—Y... no vengo sola.

Avanzó unos pasos, dejando libre el acceso a la sala, por dónde entraron seis vampiros vestidos de negro y armados con espadas, que se colocaron tras ella en formación de ataque. Y no solo eso, tres hombres lobos transformados en medio bestias medio hombres, aparecieron también y se quedaron al final del grupo.

—Creo que... hoy se termina vuestro reinado, Salomé.

—No lo lograrás sin luchar —respondió la dama, que ya se incorporaba de su asiento.

—No vais a castigarme por una miserable humana. ¿Queréis que expíe mis culpas por querer matar a una puta? Hoy se termina este tu mandato, aquí y ahora.

Olivier d'Aubry se levantó y mirando su chaqueta de seda verde y oro dijo:

—Mierda, esta me gustaba.

Se arrancó la peluca y la tiró al suelo dejando al descubierto una melena rubia que le llegaba hasta la mandíbula. Dio un giro a la empuñadura de su bastón y *voilà!* Tal y como Sara sospechaba desenvainó una espada. En un

borrón desapareció de la tarima y antes de que ella pestañeara se había colocado al frente de todos ellos.

—Olivier... No podrás con todos —dijo María dándole un tono agrídulce a sus palabras—, y será una pena matarte. Únete a nosotros, en mi nuevo régimen de poder, tú serás mi rey.

—¿Y conformarme solo con una mujer? —contestó Olivier con desdén—. No puedes ser tan vanidosa.

Mientras hablaban, el resto había tomado posiciones. El séquito se había trasladado al fondo de la habitación, exceptuando a dos jóvenes que, espada en mano avanzaron al centro del salón. Salomé había llegado junto a Olivier y con los puños apretados a ambos lados de su cuerpo empezaba a acumular energía. Los gemelos escoceses, con las *claymore* desenfundadas, se colocaron a los lados cubriendo los flancos.

El samurái empuñó la katana que llevaba a su espalda y les hizo señas al grupo de Julius para que retrocediera.

—María... no hagas esto —suplicó Juliette—. Tú no eres así.

—Cállate madre. Estoy harta de que me digas lo que debo y no debo hacer con mi vida. ¿Olivier? ¿Qué contestas a mi oferta?

—Armas, Julius, necesitamos armas —murmuró Mark.

Celine ya estaba abriendo un arcón y sacando unas espadas. Erik, que estaba tras ella, con cariño puso la mano en su hombro y susurró algo a su oído. Ella asintió y le dio un par de espadas a Markus y a Julius. El vikingo eligió un hacha pesada, de larga hoja y grande, que balanceó con sus dos manos.

Tras comprobar el arma se volvió hacia Julius y le dijo:

—Cuando tengáis ocasión, salid de aquí y llevaos a las mujeres.

—¿Olivier?

Por toda respuesta el francés le sonrió, enseñando sus colmillos.

—Los lobos son míos —dijo. Y como un loco homicida, se lanzó a la batalla.

Fue impresionante ver la arrancada del vampiro hacia el grupo que lideraba María. Sin vacilar se lanzó contra ellos, y para alcanzar su objetivo, como estaban en la retaguardia, se decantó por pasar por uno de los flancos. Uno de los vampiros quiso anticiparse a su maniobra e intentó interceptarle, pero al verle prepararse para frenar su carrera, siguió corriendo por la pared de la sala hasta llegar tras el grupo.

Sus sorprendentes movimientos hicieron que todos se quedasen parados durante unos segundos, tiempo que utilizó para cortar de un tajo la cabeza del primer animal.

Esto desencadenó el caos.

El sonido de huesos al partirse y metales al chocar era ensordecedor. Todo ocurría muy rápido, y para Sara era difícil seguir los movimientos de los vampiros, aunque se dio cuenta de que podía ver pequeños flashes de los avances del grupo. Debía ser por el vínculo. Pero, sobre todo, los gritos, los lamentos y el pánico de los que no participaban en la pelea daban una dimensión real de los acontecimientos y si en un primer momento todo fue absurdo e irreal, ellos hicieron que olvidara que no era una escena en una película de acción. Estaba pasando de verdad. Era real.

A pesar de esta mejoría en sus sentidos, se sorprendió cuando un reguero de sangre cubrió su cara. Al girarse para ver de dónde provenía, pudo ver con horror que uno de los vampiros había llegado hasta Julius, que aparentaba estar bastante herido y acorralado.

Erik llegó hasta ellos y sin dudar lo más mínimo, se abalanzó sobre el monstruo y de un corte limpio hizo rodar su cabeza.

Jean Jacques llegó a la carrera y lo rodeó con sus brazos para sentarlo a continuación sobre las losas de mármol. Puso sus manos sobre la herida y



musitando unas palabras en un lenguaje desconocido, comenzó un ritual de curación.

Mark hizo que Sara retrocediera y se uniera al grupo de vampiros que estaban atrincherados al fondo del salón. Él y Erik se colocaron delante de todos ellos en posición de defensa.

Jean Jacques se levantó al ver a sus padres clavados junto al estrado, mirando abrazados la lucha encarnizada que se desarrollaba a su alrededor. El purasangre había conseguido detener la hemorragia de Julius, y corrió hacia ellos a toda prisa para guiarles hasta el fondo, junto al sequito de Salomé.

Una luz cegadora propagada por el poder de Salomé aturdió a los atacantes durante unos segundos. Pero la batalla era encarnizada y solo fue una distracción de salón. El fogonazo solo propició cierta confusión, pero pasados unos breves instantes volvieron a enzarzarse en la pelea.

Al fondo de la sala Olivier luchaba contra los dos lobos a la vez, y solo gracias a su velocidad podía zafarse de sus ataques. Las bestias eran ágiles, tremendamente fuertes y tenían cinco pequeñas armas en cada mano, y el vampiro tenía que hacer verdaderos esfuerzos para esquivarles.

En un rápido giro, el francés hundió sus dedos en el pecho de uno de ellos, rompiendo el compacto esternón y arrancándole el corazón. El animal cayó de rodillas mirando incrédulo a su contrincante que, aún con el órgano en la mano, tuvo el tiempo justo para eludir una garra que iba directa a su mandíbula. El último lobo estaba fuera de sí y comenzó un ataque devastador. Olivier, lo esquivó como pudo, y no tuvo otro remedio que retroceder unos pasos, pero lejos de amedrentarse, le lanzó el corazón a sus pies y con la mano ensangrentada le hizo señas para que se acercase.

El aullido que emitió el animal heló la sangre en las venas de Sara que solo tuvo tiempo de mirar cómo se lanzaba sobre el vampiro y lo aplastaba contra el suelo.

Con el mercenario francés fuera de combate, los aliados de María comenzaban a llevarse la gloria de la batalla. El guerrero samurái tenía serios problemas frenando a uno de los vampiros, y los dos gemelos luchaban con otro que gracias a su rapidez estaba inclinando la balanza a su favor.

En el centro de la sala, Salomé y la baronesa se enfrentaban cuerpo a cuerpo. Ambas transformadas se golpeaban, arañaban, y mordían la una a la otra, como gallos en una pelea.

Dos vampiros avanzaron a toda velocidad al grupo que defendían Erik y Mark. Y mientras uno se enzarzaba en una lucha brutal con Erik, el otro, con los brazos puestos en jarras, estudiaba divertido como Mark ante él, empuñaba su arma.

—¿Músico? —preguntó—, ¿poeta? —Sus carcajadas resonaron en el salón—, no sabes ni coger bien una espada.

«Dios mío esto no puede estar pasando», pensó Sara, mientras se tapaba la cara con ambas manos.

—Pues entonces... ¡Lucha conmigo! —respondió a su espalda una voz de tenor que ella reconoció—. ¡Olivier! —murmuró aliviada, mientras descubría su rostro cubierto de lágrimas.

El vampiro estaba hecho un asco, lleno de sangre de la cabeza a los pies, con la chaqueta desgarrada y los encajes de sus mangas hechos jirones.

Él se dirigió a ella y abriendo sus brazos dijo en tono de disculpa:

—*Excusez-moi, mademoiselle!* Sé que no estoy presentable.

—¡Puto francés maricón! —dijo el vampiro en perfecto castellano, enfrentándosele.

Olivier resopló y negó con la cabeza a la vez que decía:

—*Sacrebleu!* Cómo... —y lanzó una rápida estocada que dio de lleno en el hombro de su atacante— tengo... —y con un giro evitó un lance de su oponente— que decir... —para continuar bloqueando la espada de su

contrario— que no soy... —Y cogiéndole del pelo le clavó la espada en el pecho hasta la empuñadura, y a dos centímetros de su boca terminó diciendo: —Maricón.

Y dicho esto y sonriendo despiadadamente, le dio un sonoro beso en los labios.

El español trastabilló hacia atrás, mientras que su oponente le sacaba la espada de pecho. Con un rápido giro de su muñeca, Olivier le cortó la cabeza de un tajo, se pasó la sucia manga por la boca y escupió sobre él.

Solo cuando le vio inerte en el suelo levantó la mirada y preguntó: —¿Estáis bien?

A Markus no le dio tiempo a contestar, porque Sara se desmayó.

—Cuídala —dijo el francés mirándole a los ojos—. En ella tienes un tesoro.

Y dicho esto volvió a la pelea.

Los dos jóvenes del séquito de Salomé luchaban contra otro vampiro español y Olivier se acercó en su ayuda, inclinando inmediatamente la balanza a su favor. Erik acudió a frenar al rival del samurái que, aun en pie, pero muy mal herido aguantaba cómo podía.

Markus les miraba admirado. Los dos vampiros eran impresionantes. El francés por su rapidez, agilidad y destreza, el vikingo por su imponente mole de músculos y su maestría en el uso del hacha. En apenas unos segundos redujeron a sus adversarios, quedando en pie la baronesa y el mercenario que luchaba con los gemelos. Este último, sabedor de su derrota, lanzó su espada al suelo, se arrodilló y puso sus manos tras la nuca.

—¿Y ahora qué? —le dijo Olivier a María, al tiempo que comenzaba a darse una vuelta a su alrededor como un tiburón acosando a su presa—. ¿Todavía sigues creyendo que eres caballo ganador?

María le siguió con la mirada y al saberse vencida, soltó el cuello de

Salomé. Un pequeño titubeo de sus ojos en dirección a las ventanas les hizo intuir que intentaría escapar, pero aunque se sujetaba la garganta y apenas podía hablar, la mujer morena cerró las contraventanas exteriores dejando la sala en la penumbra, con un golpe de su poder. Erik dio la vuelta y se posicionó delante de la puerta del salón, disuadiendo a cualquiera de salir de allí sin su aprobación.

—Íbamos a juzgarte por el intento de asesinato de una protegida de un miembro de nuestra comunidad. Y la condena hubieran sido unos años enterrada viva, pero ahora... ¿Sabes cuál es el castigo por traición?

—preguntó con voz ajada y ronca Salomé—. No hay perdón posible para lo que intentabas hacer.

El rostro de María empezaba a curarse y levantando el mentón orgullosa anunció: —No pediré perdón por intentar matar a una puta y tampoco voy a arrodillarme ante ti, Salomé. Eres una líder débil.

Olivier, desde atrás, le dio una fuerte patada en la corva, haciendo que la rodilla se doblase y diese con ella contra el suelo.

—No hay más que hablar. —respondió la mujer morena—. Tú misma has cavado tu propia tumba. Le tendió la mano a Erik, éste comprendió y girando el hacha le ofreció el mango. Ella la tomó con ambas manos y susurró: —Ya sabes lo que has de hacer...

—¿Jean? —profirió con voz lastimera.

El joven apareció entre los presentes que la rodeaban.

—Aquí estoy, hermana.

Ella le miró intentando aparentar humildad.

—Lo siento, María. Esta vez no voy a interceder.

—¡Jean Jacques! —gritó Juliette desde el fondo de la sala.

—Madre... son demasiadas veces ya. María hace mucho que ya no se comporta como una hermana y no voy a ser yo quién le saque del pozo donde

se ha metido.

Conocedora de su fracaso, María terminó de arrodillarse, y durante unos instantes se quedó mirando el techo, mientras sus labios se movían sin emitir sonido alguno, como si rezara. Sus ojos volvieron a ser humanos y una solitaria lágrima roja se deslizó por su mejilla. Cuando terminó su plegaria, inclinó la cabeza y ofreció su cuello.

La reacción de Salomé no se hizo esperar, apretó sus manos sobre el mango y levantó el arma por encima de su cabeza. Tomó impulso y con toda la fuerza que pudo imprimir con sus brazos y su cuerpo, la decapitó.

El desgarrador grito de Juliette rompió el silencio e hizo eco por toda la sala. Bjorn no tuvo más remedio que soltarla, pues no paraba de forcejear con él.

A toda carrera, se reunió con su hija y arrodillándose sobre el charco de sangre, abrazó su cuerpo tendido en el suelo.

Era desolador.

El tiempo parecía haberse detenido. Nadie se atrevía a moverse aunque todo había terminado por fin. Poco a poco suspiros de alivio sonaron entre algunos de los presentes. Los vampiros que estaban en el fondo de la estancia avanzaron hasta el centro de la sala y rodearon a Salomé.

Susurrando, tocándola, besándola...

Un bramido de Erik hizo que los que observaban atónitos el espectáculo, despertaran.

—¡Que traigan a algunos humanos! ¡Los necesito ya!

Sin esfuerzo, cargó con Julius y se dirigió con paso rápido al piso de los dormitorios.

Sara empezaba a recuperarse y Mark la sacó a toda prisa, siguiendo los pasos del vikingo, para que no viera el dantesco espectáculo.

Celine llegó a la carrera, con tres humanos, a la habitación donde habían

dejado a Julius, entre ellos Colette, que estaba como loca por llegar hasta su lado.

—Tranquila —dijo el romano, que malherido pero consciente les ofrecía una temblorosa sonrisa—. No está tan mal como aparenta. El poder de Jean Jacques detuvo la hemorragia. Un poco de sangre ahora y en breve estaré como nuevo.

Por medio de transfusiones, los humanos dieron sangre suficiente para restablecerle. El color volvía a sus mejillas y se iba recuperando por momentos.

—Es increíble ver cómo os curáis... —dijo Sara—. Parece un milagro.

Horas más tarde estaban empaquetando sus cosas para volver a Londres.

—Mark.

—Dime, cariño

—Todos están haciendo las maletas. Deberíamos darle las gracias a Olivier y a Jean Jacques antes de que se marchen.

—Cierto, vamos.

Salieron de su cuarto y encontraron a Erik en el pasillo. Al preguntarle por el francés, les dijo que estaba fuera metiendo las cosas en el maletero de su coche.

Apretaron el paso y llegaron al vestíbulo, pero al abrir la puerta de la entrada solo encontraron a un chico de unos veintiocho años, con vaqueros azules desgastados, camiseta blanca de manga larga y chaleco gris de corte sastre. Estaba dejando una pequeña bolsa de mano sobre el asiento del copiloto de su Porsche 911 Carrera.

—Lo malo de este trasto es que no sirve para llevar maletas —dijo al oírles—. Tendré que mandar a recoger mis baúles.

Levantó su cabeza para mirarles y sonrió, cerró la puerta del copiloto y se dirigió hacia donde estaban.

Podía parecer increíble, pero era Olivier.

Pelo rubio oscuro con mechas más claras, un poco ondulado, con una melena corta hasta la altura de su mandíbula, la raya en medio y un flequillo despeinado que casi le cubría los hermosos ojos que, a la luz de la noche, se veían grises.

La cara lavada, nada de lunares postizos y polvos blancos.

Sin un ápice de maquillaje su piel se veía clara y rosada, y tenía unas pocas pecas sobre su nariz que le daban un aire infantil. Todo el look barroco-gótico había desaparecido. Alto, delgado, atlético, parecía un modelo de Ralph Laurent en el *backstage*.

Le dio la mano a Markus y cuando se acercó a Sara dudó.

—¿Puedo darte un abrazo? —Su voz era normal, nada de giros extraños ni de palabras afectadas —Oh, vamos, ¡no muerdo!

Y sin esperar respuesta se acercó y la abrazó. Sara estaba sin palabras.

—¿Me invitaréis a la boda?

—Por supuesto —dijo Mark—. En realidad veníamos a darte las gracias. Si no hubiese sido por tu intervención no podríamos celebrarla.

Su mano hizo un giro como moviendo el aire lejos.

—Es mi trabajo. Para eso me llamaron, bueno para eso... y para dar la nota de color —dijo con sonrisa burlona.

—Un placer haberte conocido

—El placer ha sido mío.

Sara por fin recuperó el habla y dijo:

—Gracias.

Él se giró y se dirigió al deportivo, volvió a mirarles, hizo una de las mejores reverencias que ella había visto en su vida y se subió al coche. El

motor rugió, encendió las luces y arrancó.

Cuando ya encaraba el camino, un brazo salió por la ventanilla diciendo adiós.

—Quién lo hubiera dicho... —dijo Sara embobada mientras veía el coche alejarse.

—Al final tendré que ponerme celoso.

—He de reconocer que es guapo, pero te vi a ti primero y me robaste el corazón. Y ahora, ¿qué haremos?

—Volver a Londres con Julius, quiero pasar unos días con él hasta que este recuperado del todo y después... preparar la boda. ¿Has pensado ya dónde quieres casarte?

—La verdad... con todo este lío. No. «Casarme...con un vampiro».

—¿Sabes que acabas de compartir tus pensamientos conmigo? Si te da miedo el siguiente paso quizá deberíamos posponerlo.

—No. Mark todo esto es raro. Los seres como tú no existen, o no existían en mi mundo, y todo esto es difícil de asimilar, pero lo que tengo muy claro es que quiero casarme contigo, y si para que seamos «felices para siempre» he de vincularme a ti, pues bienvenido sea. Quiero sentirme tuya todos los días de mi vida y egoístamente, quiero que tú también seas mío.

Mark cogió sus manos y dijo:

—Ese deseo ya lo tienes. No puedo imaginar mejor manera de vivir que pasar lo que me queda en este mundo a tu lado. Boda o no boda, vínculo o no vínculo, te quiero, Sara. Ya lo sabes.

—¿Queréis dejaros de cursiladas?

—Hola Celine —dijo Mark sin volverse.

—Erik y yo nos vamos también. —Se volvió a Sara y le dijo—; si al final te decides y hay boda, quiero asistir. A ver si tengo suerte y cazo el ramo cuando lo lances.



Erik que salía en ese momento con un par de maletas, la miró sorprendido, pero no dijo nada.

—Habrá boda, y por supuesto estáis invitados —dijo Sara. Y volviéndose a Mark dijo, intentando ponerse seria—: Tus amigos tienen un morro que se lo pisan, aún no hemos hecho oficial nuestro compromiso y ya tenemos tres invitados.

—Y la cosa no acaba ahí, yo también quiero asistir. —Esta vez la voz era de Jean Jacques—. ¿O pensabais que me ibais a dejar al margen?

—¡Oh, sí! —dijo Celine—. ¡Qué venga! Podríamos vestirlo de marinerito y dejarlo llevar las arras.

—Celine... —masculló Erik.

—Pero si es un niño precioso, con esa cara de angelito estaría guapísimo vestido de oficial.

Erik tomó la mano de la vampiresa y la sacó de allí antes de que pudiese añadir algo más. La llevó hasta el coche., guardó el equipaje en el maletero y se marcharon.

Jean Jacques miraba el coche alejarse con cara de pocos amigos.

—En verdad es un asco parecer un niño por toda la eternidad. Puede que me tengan miedo, pero nadie me toma en serio —gruñó—. Olivier es tan purasangre como yo. ¿Por qué él se desarrolló hasta hacerse de verdad un hombre? Tengo casi seiscientos años y no me sale ni barba.

—Tampoco es eso, —dijo Sara—. Aparentas unos diecisiete. Eso no ser «tan niño».

—Gracias por el intento Sara, pero no es necesario. La mayor parte del tiempo lo tengo asimilado, esto es solo una pequeña rabieta.

Se giró hacia ellos y su cara se puso la careta de no-expreso-nada.

—De verdad, me gustaría asistir, y... si tengo que llevar las arras lo superaré.

Se dirigió hasta la Ducati 1199 Panigale S Tricolore que estaba aparcada a unos pocos metros. Cogió el casco integral con visera ahumada y los guantes que estaban sobre el asiento, se los puso y se subió con naturalidad. Les hizo un saludo con la mano y se marchó.

—¡Sois como humanos de verdad! —afirmó Sara.

—¿Te sorprende? Somos humanos, o lo fuimos, pero viviendo por tan largo tiempo aprendemos a controlar las emociones para crear nuestra propia zona de seguridad, y a veces... nos olvidamos de sentir.

Sara nada dijo, pero se quedó por un momento perdida en sus pensamientos mientras miraba como Jean se alejaba por el camino.

—¡Vamos! —la animó Markus—. Será mejor que entremos y terminemos de hacer nuestras maletas. Julius ya debe estar listo esperándonos.

## Capítulo 23

Llegaron a Londres pasada la medianoche. Julius ya tenía buen color y parecía totalmente recuperado.

—Es la última vez que me dejáis aquí —protestó Paul en el momento les vio franquear la puerta—. Ha sido horrible estar aquí sentado esperando.

—A menos que hubieras ido con collar y bozal no habiéramos podido llevarte, lobito. La mayoría de los vampiros no entiende nuestra «asociación».

Paul resopló y un gruñido feroz salió de su garganta. —En fin, ¿quiere alguien contarme que ha pasado?

—Quédate con lo importante —dijo Mark—. María no volverá a molestarnos y... —cogiendo la mano izquierda de Sara le mostró su anillo.

Paul aulló y Sara dio un paso atrás impresionada. El licántropo se abrazó a ella y casi gritó:

—¡Vais a casaros! ¡Guau! Es genial.

Estuvo a punto de lanzarse también a los brazos de Mark, pero después de un ligero titubeo optó por darle una palmada en la espalda que casi le hace doblarse.

—¡Felicidades, sanguijuela! Es una gran noticia. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Cuando y donde quiera Sara.

Sara se aclaró la voz e intervino en la conversación:

—Pues... aún no he pensado en ello pero será pronto y aquí en Londres. Si Julius nos deja su casa, claro.

—Mi querida niña —dijo el viejo vampiro emocionado—, por supuesto. Tienes mi casa a tu entera disposición.

—Como no serán muchos invitados había pensado en el jardín de atrás...

—Buena elección —sonrió y, tomando su mano, la llevó hasta la magnífica vidriera que daba al jardín. Le abrió la puerta y cediéndole el paso salieron,

dejando a Paul y a Mark plantados en medio del zaguán.

—Acabas de perderla para toda la noche, Julius ha sacado su vena de artista y van a estar hablando sin parar de cómo decorar el sitio, de su vestido y de las damas de honor...

—Cierto, lobito. Cierto.

—¿Te apetece jugar a la Play?

—Vale.

Al final decidieron que la boda sería a finales de ese verano, en septiembre. Una ceremonia sencilla y discreta oficiada por un juez de paz, en el jardín trasero de la mansión londinense de Julius.

Sara no tenía familia cercana y decidió que era mejor no mezclar lo humano con lo sobrenatural, así que sus invitados eran básicamente vampiros. Früa, Judas y Poppy, los auto-invitados Olivier, Erik, Celine y Jean Jacques, Julius y Paul, y diez personas más, amigos de Markus que ella no conocía.

Cuando se lo dijo a Früa, ella se empeñó en ser su dama de honor.

—Pero Früa —le dijo Sara—, no llevaré cola, ¿qué harás? ¿llevarme en brazos? Eres casi medio metro más alta que yo. ¿No crees que quedará raro?

—Por favor, por favor. Nunca he llevado un vestido rosa.

—¿Tiene que ser rosa? —preguntó Sara con gesto de desagrado.

—Por supuesto.

—¿Y llevarás tu habitual maquillaje gótico?

—Claro.

—Entonces vale.

Y Früa fue dama de honor.

Los días previos a la ceremonia la mansión se llenó de flores, velas, ricos adornos, plantas....

Julius era magnífico organizando eventos. Un verdadero profesional. Y Poppy se encargó de llevarla a todas partes, a ver el vestido, a elegir la tarta, los anillos...

—Pero Poppy, ¿para qué una tarta? Nadie va a comer.

—Tu y yo, sí. Y también Paul.

—Pero entonces no tiene por qué tener tres pisos, ¿no?

—Lo que sobre se lo restregaremos por los morros a los que no la hayan probado. ¿Sabes que si comen un poco no les pasa nada? pero como son unos esnobs dirán que ellos no pueden tomar sólidos azucarados.

—Yo pensaba que no podían comer nada.

—Pues que no te engañen, niña. El día que lleve a Judas a conocer a mis padres se comió una tarta de manzana casi entera, para no enfadar a mi madre. Estuvo enfermo del estómago una semana.

—¿Se lo presentaste a tus padres? —preguntó Sara abriendo mucho los ojos.

—Pues claro. Al principio fue todo un poco raro, pero ahora le quieren con locura.

—Y saben que es un... un...

—Por supuesto. Mi madre aún finge y en su último cumpleaños le regaló un kit de playa: bañador, toalla y bronceador. No tiene mala leche «ni na».

La futura esposa suspiró:

—Está bien. Tres pisos, pero que tenga chocolate.

Poppy sonrió, otra vez más se salía con la suya.

Jean Jacques llegó a Londres un par de días antes del evento, el mismo día que Olivier y sus baúles de ropa, que por el despliegue parecía que iba a vestir al Royal Ballet al completo. Ambos se hospedaron en un hotel de lujo en la zona de Knight's Bridge, pero se pasaron por casa de Julius a saludar a los novios y expresar sus felicitaciones.

Y así, sin apenas darse cuenta llegó el dieciséis de septiembre....

Sara salió despedida como un cañón cuando sonó el despertador.

—¿Dónde vas? —preguntó Markus—. Es temprano.

—Tengo cita en la peluquería y Poppy va a pasar a recogerme. ¡Mierda! Está lloviendo...

—Eso en Londres no es una novedad... —comentó el vampiro. Mark se incorporó en la cama y estiró su mano hasta tocarla—. ¿No tienes ni cinco minutos?

—Si me quedo cinco minutos se convertirán en dos horas, y créeme, Poppy echará la puerta abajo.

Tras una ducha rápida saco una camisa y unos vaqueros del armario. Empezó a abrochársela, y calculó mal la pareja de ojal y botón. El resultado quedaba un tanto torcido. Markus sonrió, se levantó y dijo:

—Quédate muy quieta...

Desabrochó los botones mal emparejados y tras besar su escote comenzó lentamente a abotonarlo bien. Su rostro transmitía una felicidad absoluta.

—Sara, Sara...

En eso, oyeron un grito estridente desde el vestíbulo.

—Saraaaa, date prisa.

Era Poppy, que puntual como siempre, esperaba mirando su reloj de

pulsera y dando pequeños golpecitos con su pie en el suelo, en el recibidor de la lujosa mansión.

Tras un rápido beso se sentó a calzarse las botas. Y sin decir nada salió corriendo del dormitorio.

—Ya estoy, ya estoy.

—¿No desayunas? —dijo Markus desde lo alto de la escalera.

Y al volverse para contestarle Sara se quedó sin habla. Allí estaba, con unos pantalones de raso de pijama de color azul marino que le quedaban a las caderas, y la bata a juego abierta mostrando su magnífico torso desnudo...

—Desayunaremos en la peluquería —contestó Poppy.

Le dio un sonoro cachete a Sara y añadió: —¡Vámonos! Ya babearás después.

En el salón se ocuparon de las dos. Les dieron un masaje, les arreglaron el pelo y les hicieron la manicura y pedicura. Pasaron casi todo el día allí, entre risas y bromas, para cuando volvieron a la mansión ya era media tarde.

—¡Ya era hora, niñas! —dijo Judas—. Empezaba a pensar que os habían raptado. Y abrazando a Poppy añadió—: Estás preciosa cariño.

—Rápido, Sara —dijo Julius que en ese momento aparecía en la puerta de la gran casa—. Früa y Paul tienen a Markus inmovilizado en el salón. Ya sabes que no puedes verle antes de la boda, así que sube corriendo al dormitorio, no sé cuánto tiempo más podrán retenerle.

Julius había preparado un dormitorio de invitados para que ella tuviera intimidad y terminara de arreglarse. Al entrar, se le heló la sangre cuando vio en el centro de la estancia, el maniquí con su vestido.

Siguiendo la tradición era de color blanco y estaba confeccionado con un tejido bordado en pedrería del mismo color. La parte superior se ceñía a su

cuerpo como un guante, por delante no enseñaba nada, el escote redondo era discreto y quedaba bordeado con una cinta dorada que se ataba a su cuello con un lazo, pero por detrás su espalda quedaba descubierta hasta la cintura. La falda era tipo sirena remarcando su fina cintura y caderas, y arrastraba ligeramente por detrás. Un frunce trasero le permitía andar, quedando ligera, marcando sin apretar. El estilo era un tanto vintage y hacía juego con el recogido un tanto despeinado y lleno de mariposas doradas, que le habían hecho en el salón.

Un par de golpes sonaron en la puerta.

—Soy Jean Jacques, ¿Estás visible? ¿Puedo pasar?

—Claro, adelante.

—Solo será un momento, no pretendo molestarte. Quería darte algo.

Menudo vestido. Es difícil, pero vas a estar aún más bonita de lo que nos tienes acostumbrados.

—Jean...

—¡Es verdad! En fin, yo solo quería darte esto.

Del bolsillo de sus pantalones sacó una caja de joyería, la abrió y extrajo un colgante con un medallón que tenía extraños símbolos.

—Tiene truco, mira. Si aprietas aquí y aquí a la vez —dijo poniendo estratégicamente sus dedos—, se divide en dos. Ten cuidado porque la parte que se suelta de la cadena, está muy afilada.

Sara lo miraba sin comprender.

—No es un arma, es para que lo uses cuando estés preparada. Tus dientes no son tan afilados como los nuestros, y con esto no tendrás problema en rasgar la piel. Los símbolos que aparecen son los de mi línea de sangre y, aunque no te hacen «mía», te dan mi amparo y protección. Si tú quieres, con esto me convierto en tu tutor, paladín y protector. Y si algún día ocurriera algo y me necesitases solo tienes que buscarme. Mi casa es tu casa.



—Jean, yo...

—Shhh. Prepárate, hoy comienza una nueva vida para ti. Y no llores, tonta.

Sara le abrazó sin pensar y él le besó en la frente. Cuando ya estaba en la puerta para irse, ella le llamó.

—Dime, pequeña.

—¿Qué eres?

—¿Cómo? No te comprendo. Soy como Markus...

—No. No eres como él. Tú desprendes energía.

—Lo siento. Intento mantener mi perfil bajo cuando estoy con humanos.

—¿Qué eres Jean? ¿Cómo pudiste notar que nos vinculábamos? ¿O que Mark necesitaba tu energía?

—No olvides también el enfrentamiento de mi hijo con Didier, sufrí con él su debilidad cuando se desangraba en el bosque...

—¿Tú?

—Solo que tomó rápidamente sangre y se recuperó. Imagino que tú tendrías algo que ver...

—No me distraigas... ¿Qué eres?

—Un amigo, un padre, un tutor... muchas cosas. Soy... como Mark, pero más viejo. Nada que deba preocuparte.

Mientras hablaba se acercó de nuevo a la muchacha con andares gatunos, que parecían hacerle flotar más que caminar.

—Estoy muy contento por vosotros. Sé qué haces a Markus muy feliz y eso me llena de satisfacción.

Pasó el reverso de sus dedos por la mejilla de Sara, y antes de que ella se diera cuenta se marchó.

Aún tenía el medallón en sus manos cuando en la puerta alguien golpeó de nuevo.

—¿Puedo pasar? —Una melodiosa y grave voz masculina sonó

amortiguada tras la maciza madera—. Prometo no mancillar tu honor en el día de tu boda.

Sara sonrió.

—Olivier, pasa.

—*Bonsoir!* Quiero hacerte un regalo. No es material pero creo que te gustará. Solo nos tomará unos minutos... y que confíes plenamente en mí—. La cogió de la mano y la llevó hasta la cama, al pasar junto al maniquí, silbó como un camionero y murmuró: —Menudo vestido...

Se sentó sobre el colchón con las piernas cruzadas y dio un par de golpecitos delante suyo como indicando que tomase asiento frente a él.

—Siéntate. Pon tus palmas sobre las mías, cierra los ojos y relájate porque voy a entrar en tu mente.

Estaba siguiendo sus órdenes hasta que oyó esto último y rápidamente quitó las manos y lo miró con los ojos como platos.

Olivier suspiró.

—Verás, los purasangres tenemos este sentido mucho más desarrollado que los vampiros normales. Puedo meterme en la cabeza de quien quiera, humano o vampiro y si se resisten puedo «violar» sus defensas sin demasiados problemas. En los dos días que llevo por aquí, no he interceptado ninguna comunicación entre vosotros, así que... o no puedes o no «sabes». Me inclino por lo segundo. ¿Estoy equivocado?

Sara negó con la cabeza.

—Bien, pues solo pretendo enseñarte. Pero he de hacerlo «desde dentro», *mi capisci?*

—¿Tú no eras francés?

—Ha sido un lapsus.

Con cierto reparo, ella volvió a poner sus manos sobre las esbeltas y fuertes manos de Oliver, cerró sus ojos y aspiró aire lentamente.

Notó un empuje suave, fresco que la envolvía por dentro. Fue algo parecido a lo que sintió la noche que Markus la marcó, pero sin ninguna connotación sexual. Aquella brisa se hizo sólida hasta que apareció el rostro del vampiro que tenía frente a ella. Tras su cara apareció el cuerpo, brazos y piernas. El sueño le tendió la mano, la llevó hasta el borde de su mente y le enseñó a cruzar el puente que estaba tendido entre ambos. Era suave, como caminar sobre nubes de algodón.

Se encontraba en la mente del vampiro cuando vio a un niño. Olivier de pequeño, que corría ante ella entre risas y gritos, Sara le siguió hasta un jardín donde el niño cortó una rosa y se la dio.

Suavemente todo se fue disipando y volvió a estar sobre la cama con las manos enlazadas entre las de un atractivo vampiro.

—¿Qué ha pasado?

—Has estado en mi mente. Ahora ya sabes cómo cruzar. Volvamos a intentarlo pero esta vez tu sola. Concéntrate, tengo mi mente abierta para ti.

Titubeando volvió a poner sus manos sobre las del francés e inmediatamente vio el puente, paso a paso lo cruzó para encontrarse con un Oliver adolescente que le esperaba en un salón de baile. La música sonó, él la cogió de las manos, y le hizo dar unos pasos al son de un piano.

Lentamente volvió a su consciencia en el dormitorio.

—¿Solo funciona por el tacto?

—Con el tacto es lo más sencillo, pero cuando practiques más bastará una mirada o el sonido de una voz...

Oliver se acercó y la besó en la frente.

—Me voy, tengo que ir a acicalarme, y tú también deberías pensar en vestirte ya. Te esperaré en el pasillo para llevarte al altar. Hasta dentro de un rato niña.

—¡Olivier!

—*Oui?*

—Gracias. Me equivoqué contigo al principio.

—Suele pasarme a menudo. Ponte guapa.

Le guiñó un ojo y la dejó sola..

Miro el reloj que estaba sobre el tocador. Tan solo faltaba media hora para que diera comienzo la ceremonia. Sacó la ropa interior del cajón y empezó a vestirse. Cuando estaba a medias Früa entró como un ciclón y dijo:

—Es el deber de una dama de honor ayudar a la novia a vestirse.

—Gracias, Früa, no sé si sola hubiera podido abrocharlo.

—También te he traído esto. Es antiguo, un pequeño broche para que lo lleves. Lo llevaban las novias de mi aldea para que la unión fuese fértil... eso ahora ya no sirve, pero es bonito y te quedará bien.

Ella se puso de puntillas y abrazó a la corpulenta nórdica.

—No llores, tonta. Solo es un detalle.

—Ha sido muy bonito, Früa, muchas gracias.

Terminó de vestirse y con la vampiresa tras ella, bajó al recibidor y desde allí pudo ver al grupo de personas que le esperaba en el jardín. El aspecto de los invitados era impresionante.

Celine, con un largo, vaporoso y escotado vestido de Just Cavalli estaba espectacular. Su larga melena cobriza armonizaba a la perfección con el *print* de leopardo del tejido, y sus largas piernas se entreveían por unas aberturas laterales, que también dejaban al descubierto unas sandalias doradas de Jimmy Choo, con cierre frontal de pedrería.

La noche era fresca, pero el hecho de llevar un escote hasta el ombligo y toda la espalda al aire no parecía amedrentar a la vampiresa.

Poppy estaba guapísima. Llevaba un vestido de noche dorado de Atelier

Versace que marcaba su esbelta figura. Sus rubios rizos caían desordenados dándole un aspecto juvenil.

Al fondo del jardín, había un pequeño grupo de personas que ella no conocía y supuso que eran los amigos que Markus había dicho que llegarían hoy.

Erik, Jean Jacques, Paul, Julius y Judas estaban imponentes en sus smokings. Pero no podrían hacerle sombra a Oliver que con un conjunto que hubiera eclipsado al mismo Luis XIV, la esperaba en el pasillo hecho con flores, para acompañarla al altar.

Su mirada socarrona, como la que seguramente hubiera lucido el mejor de los piratas, la hizo temblar. Unos instantes de duda y el maestro de esgrima le ofreció la mano envuelta en encajes y su mejor sonrisa, esta vez sincera y sin tapujos.

—El novio te espera... —Y añadió sin hablar—, «estás preciosa».

Ella sonrió y tomó su fría mano. Giró para enfrentar el pasillo y entonces le vio. «Mi vampiro. Mi amor...»

Aunque el nivel de aquella reunión era muy alto, no había hombre más guapo para ella en aquel jardín. Como casi siempre que le miraba, se le aceleró el corazón, se le secó la boca y el aire se negó a salir de sus pulmones.

Olivier noto el titubeo y aferró su mano.

—Sara... respira.

Soltó el aire y comenzó a andar.

Un cuarteto de cuerda comenzó a interpretar una suave melodía al fondo del jardín. Caminaron despacio y al llegar al final del pasillo Olivier se separó con una reverencia magistral y Markus tomó su mano, la besó y ella sintió el habitual cosquilleo por la espalda que siempre notaba, cuando él rozaba su piel.

La ceremonia para Sara duró un suspiro, pues tan absorta estaba fantaseando con el leve contacto de la mano de Mark que cuando se quiso dar cuenta el juez de paz ya estaba diciendo aquello de:

«... puedes besar a la novia».

En verdad existía la magia. Sara se dio cuenta en ese mismo instante, cuando Markus la levantó en volandas y la besó delante de todos.

Antes de entrar a la casa para la fiesta se subió a los escalones de la escalinata para, de espaldas, lanzar el ramo.

Vio a Celine prepararse, pero nada pudo hacer contra el uno noventa de Frúa, añadido a los fantásticos tacones que hoy lucía la vikinga. El ramo fue suyo y solo suyo, desde casi el mismo momento en que salió de las manos de Sara.

Hubo muy pocas fotos de boda, pero contrariamente a lo que esperaba, cortaron la tarta y sorpresa, casi todos la probaron.

Sebastian, el mayordomo, y su hijo pasaban entre los invitados con bandejas sobre las que portaban grandes copas de vidrio opaco.

—¿Es plasma sintético? —le pregunto alarmada al anciano mayordomo.

—No. Es humana —respondió este. Y al ver la cara de angustia de ella añadió—: El señorito Julius la compró en un banco de sangre.

Suspiró un tanto aliviada, a menos no había «donantes vivos» en alguna parte de la casa, pero tendría que acostumbrarse poco a poco a las costumbres de alimentación de su pareja.

«Su pareja», pensó, y sonrió.

Se volvió a mirarle, y casi automáticamente sintió sus ojos en ella.

«Mark...».

Él sonrió de forma enigmática y se acercó.

—¿Sabes que te he oído decir mi nombre?

—¿En serio? Fue sin querer.

—Quizá podríamos practicar luego...

«Quizá luego tengas una sorpresa».

—¡Eh! Lo has vuelto a hacer.

—Maldita sea. ¡Tengo que encontrar a Oliver!

Dejó a Markus plantado junto a la puerta, y corriendo todo lo que le permitían los altos tacones llegó hasta donde estaba el francés.

—Tienes que decirme cómo parar —dijo de forma abrupta al llegar a su lado.

—*Ma chérie? Qu'est-ce qui t'arrive?*

—¿Qué?

—Perdón, preguntaba que qué te ocurre.

—Pues que ahora todo lo que pienso lo proyecto hacia Mark. Tienes que decirme cómo puedo pararlo.

—Vayamos un minuto a la biblioteca. Has aprendido rápido, pensé que tardarías en pedirme este segundo paso.

Con premura le siguió y una vez estuvieron en la intimidad de la habitación, el tono de su voz fue imperativo:

—¡Mírame!

Sara lo hizo, e inmediatamente sintió la fresca brisa de poder que envolvía al francés.

Desde el interior de su mente Olivier le instruyó en la forma de construir un muro que bloqueara tanto la entrada como la salida de pensamientos. En realidad era algo simple, solo tenía que levantar una pared.

—Esto es lo básico Sara, el resto es cosa tuya, en tan solo unos minutos no puedo ayudarte más.

—¿Con esto podría bloquearte a ti?

—Me temo que no, pero cuando practiques, a Markus si podrás.

Ella suspiro con cierto alivio.

—Bueno, al menos podré guardar algunas intimidades. —Justo cuando estaba con la puerta abierta ya para salir, se volvió y le dijo: —Olivier... No comprendo porque te empeñas en vestir así, ¿sabes que estás mucho más guapo sin maquillaje ni peluca, verdad?

—Esta es una forma cualquiera de mantener entre los demás y yo una cierta distancia. Es una especie de coraza. Cuanto menos sepan sobre mi persona, mejor.

—Veo que tienes muchos enemigos.

—*C'est la vie!* —respondió con resignación.

Ella sonrió, vocalizó un «gracias» y desapareció.

Markus estaba esperando en el mismo sitio donde Sara le había dejado, cuando salió corriendo en busca de Olivier.

—¿Qué tramas con el francés?

—¿Qué francés? —disimuló ella.

El vampiro sonrió y nada dijo, de sobra imaginaba de qué podía tratarse.

Pasaba ya la medianoche cuando poco a poco los invitados fueron dispersándose.

Poppy se había bebido al menos cuatro copas de champaña, tenía una chispa dorada en sus ojos y se resistía a dejar a su amiga. Al final, Judas la cogió en brazos y se la llevó.

Früa estaba radiante.

—Hacía décadas que no lo pasaba tan bien, hasta he comido tarta.

—Früa, creo que sales poco. No hemos hecho nada especial.

—Pues eso, pero me lo he pasado genial —dijo, y le dio a Sara un pequeño achuchón antes de marcharse.

Los amigos de Markus se despidieron y también Jean y Olivier.



Al final se quedaron solos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sara.

Markus la cogió en brazos, como si no pesara nada, y la subió en volandas por las escaleras. Abrió la puerta y atravesó con ella el dintel.

El dormitorio estaba iluminado con la luz de velas, de color rojo, de todos los tamaños. Estas se hallaban por doquier, en el suelo, junto a los muebles, sobre el alfeizar de la ventana... En la mesa auxiliar próxima a la ventana, habían colocado un enorme ramo de capullos de rosa de color rojo sangre, y su fragante olor impregnaba de un cálido aroma la atmósfera del cuarto. Las sábanas de la cama eran de un blanco immaculado, pero sobre ellas un puñado de pétalos de rosa de color rojo, estaban esparcidos de forma desordenada.

El vampiro la dejó en el suelo y se fue hasta la cómoda. Del primer cajón sacó una pequeña caja de joyería y al abrirla dejó a la vista un anillo con un enorme rubí con forma de corazón engastado en oro blanco y pequeños diamantes.

—Sara, ya te he dado mi corazón, pero espero que este lo lleves siempre puesto en tu dedo.

La boca de ella se abría y cerraba sin encontrar las palabras.

—¡Dios mío! —dijo por fin—. ¿No crees que es demasiado?

Hizo amago de tocarlo pero apartó la mano como si quemara.

—Nada es lo suficientemente bueno para ti.

Y sacándolo de la caja se lo puso en el anular de su mano derecha, junto con la fina alianza que horas antes le había puesto en la ceremonia.

Una sensación de fresco poder invadió la estancia, Sara despegó los ojos del anillo para mirar a Markus a la cara, y se sorprendió al verle totalmente transformado. Sus caninos sobresalían, como nunca hubiera visto de su boca.

Ella dio un paso atrás. Él avanzó.

Sara retrocedió hasta dar con su espalda en el poste del dosel de madera de

la hermosa cama y Markus puso su cara a un suspiro de sus labios, pero sin tocarla.

Aquellos orbes de obsidiana la observaban.

Sin decir palabra una de sus manos convertidas en garras llegó hasta el lazo que en el cuello llevaba el vestido. Con sumo cuidado tiró de uno de sus extremos y lo deshizo.

La suave tela se deslizó por su cuerpo dejándola solo con sus culottes blancas de encaje.

Ella siguió retrocediendo, subiéndose al colchón, sin desconectar su mirada, hasta llegar al cabezal. Markus se quitó la chaqueta y desabrochó el chaleco del smoking, soltó los gemelos de los puños de la camisa y los lanzó al suelo. Puso una rodilla sobre el colchón y se estiró hasta coger a Sara del tobillo.

—No puedes escapar....

Tiró de ella arrastrándola sobre las sábanas hasta tenerla cerca de nuevo y se quitó el chaleco y la camisa, esta última arrancando los botones de un fuerte tirón.

Ella lo miraba absorta, Markus parecía fuera de sí.

Él la miró unos instantes y deslizó la mano detrás de su nuca para atraerla hacía su boca.

—No tengas miedo...

Y la besó, pasando la lengua entre aquellos colmillos enormes y profundizando en el beso.

Lento. Muy lento.

Los dedos de Sara fueron hasta su abdomen y su simple roce hizo gemir al vampiro, con placer.

En un suspiro, él terminó de desnudarse y se subió a la cama sobre ella. Su lengua paso por sus senos, su hombro y su garganta, para detenerse allí, donde

estaban las marcas. Las olió y las besó mientras murmuraba:

—Mía, mía para siempre.

Hundió los colmillos al tiempo que la penetraba y comenzó a beber despacio, sus mentes se tocaron y ella derribó la pared que había construido con Olivier para que Markus tuviera acceso pleno.

«Te quiero Markus, deseo ser tuya hasta el fin de los tiempos mientras dure nuestro amor».

La mano de Sara fue hasta el medallón que le había regalado Jean Jacques, pero Mark la detuvo y dijo:

—No. Si quieres beber de mí, utiliza tus dientes.

—Pero...

—Úsalos. Si quieres mi sangre y mi vida, tómame. Sométeme.

Liberó la mano de Sara del medallón y la llevó hasta tu cuello, tomó suavemente su dedo índice y comenzó a dibujar con él el contorno de su garganta.

—Es aquí —dijo señalando un lugar—, donde la piel es más fina, donde el pulso es más fuerte.

Ella se dejó guiar y llevó sus labios hasta el punto indicado, pero no se atrevió a morder. Él se separó y le sonrió de forma extraña con aquel rostro deforme.

—No tiene que ser ahora, no quiero que tengas dudas, seré tuyo cuando estés preparada.

—No tengo dudas, es que te haré daño...

—No me asusta el dolor. Clávame las uñas, muérdeme, golpéame.... No cambiaré lo que siento por ti.

Ella volvió a poner la boca en el punto indicado y tras un suave beso, mordió con todas sus fuerzas hasta que notó el sabor metálico de la sangre brotar de aquella suave piel.

—¡Bebe! ¡Bebe, mi amor! —murmuró el vampiro con voz ronca mientras, todo su cuerpo se mantenía en tensión.

Al principio solo sintió el líquido espeso y caliente sobre su lengua y el intenso sabor a hierro, después experimentó cómo se abría ante ella un mundo de olores, colores y sonidos. Sus cuerpos se fundieron en un sólido abrazo y se movían al unísono como si sus huesos se hubieran fusionado.

En su mente, dos niños se cogían de las manos y se miraban a los ojos.

«¿Markus?»

«Estoy aquí, mi vida».

El placer les llegó a ambos a la vez y les sacudió en ondas que se expandieron por sus cuerpos hasta llegar a un límite que no sabían que existía, dejándoles exhaustos y totalmente laxos.

Después de las réplicas posteriores al orgasmo, Sara se separó del vampiro para encararle.

—Yo... —logró articular—. Te he destrozado el cuello.

—Deberías también mirar mi espalda... Shhh, no te preocupes por mí, me siento tremendamente halagado, lo único realmente malo, es que no quedará cicatriz que me haga recordar este momento.

—¿Soy tuya ahora?

—No eres mía más que antes.... Ahora «yo» soy tuyo. Has completado el vínculo Sara.

«Me haces tan feliz...».

—¿Y qué va a pasar ahora?

—Que comenzaremos una nueva vida, cariño. Nueva para ti y para mí.

«Te quiero Sara».

La herida de su cuello ya se había cerrado y los arañazos de su espalda desaparecían ante sus ojos asombrados.

—Te curas rápido.

—Ahora tú también. Con mi sangre en tu sistema eres un poco sobrenatural y eso conlleva algunas ventajas.

Ella cerró los ojos y suspiró.

—Quién me iba a decir a mí, aquella tarde en Santiago cuando empezó a llover y nos cobijamos en aquel café, que tú y yo acabaríamos juntos.

—Yo no lo dudé ni un momento, mi niña. Sabía que iba a costar pero mantuve vivas mis esperanzas y nunca dejé de pensar que al final me aceptarías. —Se abrazaron y Markus añadió —: Mmmm, se siente bien... Tengo tantas cosas que enseñarte, tanto que aprender de ti.

—¿De mí? No soy ningún misterio. Creo que ya conoces todo lo que hay que saber.

—No creas. Tu piel esconde secretos que estoy dispuesto a descubrir —dijo mientras con sus yemas recorría despacio la curva de su cintura—. Tu suave y sedosa piel...

Sara cerró los ojos dejándose llevar. Sintiendo los cálidos dedos del vampiro dibujar arabescos junto a su ombligo.

Markus sonrió, ella le aceptaba, se sentía segura a su lado, le quería y era «suya» para toda la eternidad.

La vida era caprichosa. Una mujer, con mismo rostro de su amada, le había quitado su humanidad hacía más de doscientos cincuenta años y él había sufrido, llevando esa cruz consigo durante demasiado tiempo. Ahora Sara, la cara de Helena en el siglo XXI, le mostraba el camino para por fin volver a ser feliz.

No podía más que dar gracias por todas aquellas cosas que le había deparado el destino.

Miró a Sara, que tenía dibujada en su rostro una serena sonrisa y le contestó:

—Tenemos todo el tiempo del mundo mi niña. Todo el tiempo.

FIN